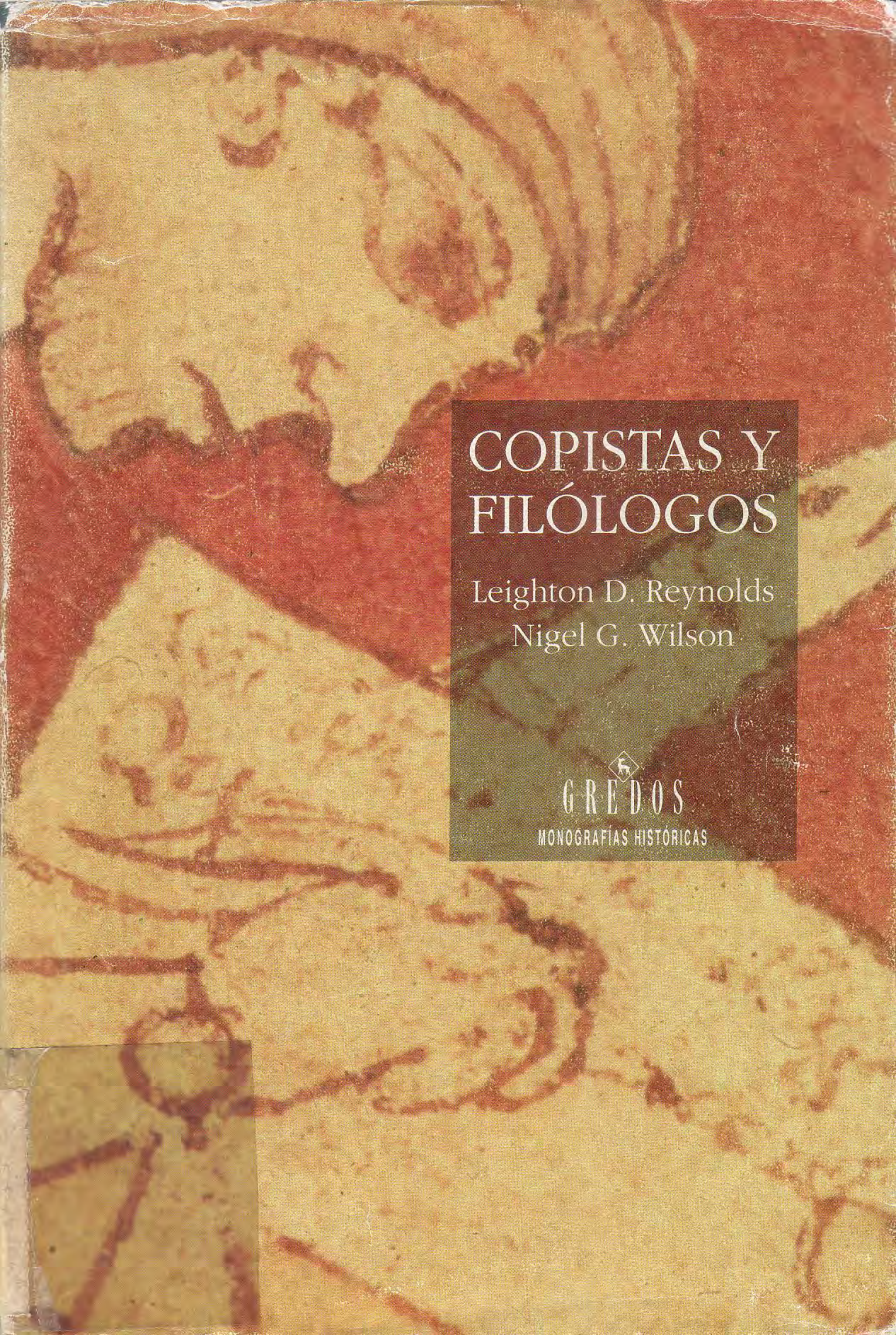

COPISTAS Y FILÓLOGOS
Leighton D. Reynolds
Nigel G. Wilson
GREDOS
MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS

MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS





Título original:
Scribes and Scholars

Maqueta de colección y
diseño de cubierta
MANUEL JANEIRO

Fotografía de cubierta: Inicial de las *Vitae Sanctorum*, s. XII.
Sta. Cruz de Coimbra. Oporto.
Aisa. Barcelona.

ISBN: 84-249-1028-1
Dep. Legal: M. 26285-1995
Impreso en España. Printed in Spain
Gráficas Cóndor, S.A.,
Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1995-6737

COPISTAS Y FILÓLOGOS

LAS VÍAS DE TRANSMISIÓN DE LAS LITERATURAS GRIEGA Y LATINA

Leighton D. Reynolds
Nigel G. Wilson

VERSIÓN ESPAÑOLA DE
Manuel Sánchez Mariana



PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La primera edición de esta obra apareció en 1968. La historia de su texto es compleja, ya que comprende una traducción italiana, una segunda edición inglesa de 1974 considerablemente aumentada, que a su vez apareció en italiano y luego en griego, y una versión francesa que ha aparecido en el año 1984, en cuyas notas se han incrementado sustancialmente las referencias bibliográficas con relación a cualquiera otra de las ediciones, y en la que el número de láminas ha aumentado de dieciséis a veinte. Somos en gran medida deudores de M. Pierre Petitmengin, de la École Normale Supérieure, por la ayuda prestada a la edición francesa y por sus abundantes y valiosos consejos. Queremos también aprovechar la oportunidad para agradecer a otros amigos y autores de reseñas sus observaciones, y en especial las de la recensión de J. E. G. Zetzel en *Classical philology*, 72 (1977), 177-83.

Teniendo en cuenta que cada sucesiva edición ha sido revisada en cuestiones de detalle, debemos aclarar que el texto ahora ofrecido al público de habla española incorpora todas las revisiones hechas hasta hoy en el texto principal. También las notas han sido actualizadas, aunque no aumentadas en tan gran medida como en la edición francesa, y no hemos considerado esencial la inclusión de las láminas suplementarias.

La obra fue planeada como una simple introducción para principiantes en un campo de los estudios clásicos que generalmente permanece poco conocido o mal entendido, a pesar de su importancia e interés intrínseco. En institutos y universidades los estudiantes leen a los autores griegos y latinos en ediciones equipadas con aparato crítico, pero a menudo no se dan cuenta de los hechos históricos que hacen necesario tal

aparato, y no saben evaluar la información que éste les proporciona. Hay pocas obras a las que puedan acudir, y se hace necesaria una breve guía que incluso pueda ser utilizada por aquellos cuyos conocimientos lingüísticos e históricos son limitados.

Hemos intentado trazar el proceso a través del cual se ha preservado la literatura griega y latina, describiendo los peligros a que estuvieron expuestos los textos en la época del libro manuscrito, y mostrando hasta qué punto los lectores o estudiosos antiguos y medievales estaban implicados en la preservación o transmisión de los textos clásicos. La historia de los textos no puede separarse de la historia de la educación y de la erudición, que también ocupan un puesto importante en estas páginas. Al contrario, las cuestiones de pura paleografía sólo se examinan si son de importancia directa para la transmisión.

El libro está pensado principalmente para los estudiantes de griego y latín, pero el tema tratado está tan inseparablemente conectado con la historia cultural de la Edad Media y del Renacimiento, que pensamos que nuestro manual puede ser útil a todos los interesados en esos períodos. También esperamos que los dedicados a los estudios bíblicos puedan encontrar algo de interés.

L. D. R.
N. G. W.

PUBLICACIONES CITADAS DE FORMA ABREVIADA

AJP	*American Journal of Philology,* Baltimore.
BICS	*Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London.*
BZ	*Byzantinische Zeitschrift,* München.
CLA	E. A. Lowe, *Codices latini antiquiores,* Oxford, 1937-72.
C & M	*Classica et Mediaevalia,* København.
CPh	*Classical Philology,* Chicago.
CQ	*Classical Quarterly,* Oxford.
CR	*Classical Review,* Oxford.
GIF	*Giornale Italiano di Filologia,* Roma.
GRBS	*Greek, Roman and Byzantine Studies,* Durham, N. C.
HSCP	*Harvard Studies in Classical Philology,* Cambridge, Mass.
IMU	*Italia Medioevale e Umanistica,* Padova.
JEA	*Journal of Egyptian Archaeology,* London.
JÖBG	*Jahrbuch der Österreichischen Byzantinischen Gesellschaft* (después *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik),* Wien.
JRS	*Journal of Roman Studies,* London.
JTS	*Journal of Theological Studies,* Oxford.
JWI	*Journal of the Warburg and Courtauld Institutes,* London.
MH	*Museum Helveticum,* Basel.
MGH	*Monumenta Germaniae Historica,* Hannover, etc., 1826 ss.
Mnem.	*Mnemosyne,* Leiden.
NGG	*Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen, Philol.-Hist. Klasse.*
RE	Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft,* Stuttgart, 1894 ss.
REG	*Revue des Études Grecques,* Paris.
RhM	*Rheinischen Museum,* Frankfurt.

RHT *Revue d'Histoire des Textes*, Paris.
SIFC *Studi Italiani di Filologia Classica*, Firenze.
TAPA *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, Cleveland.
VCh *Vigiliae Christianae*, Amsterdam.

I

LA ANTIGÜEDAD

1. EL LIBRO ANTIGUO

Para describir el proceso a través del cual la literatura clásica se ha transmitido desde el mundo antiguo hasta nuestros días puede empezarse, por motivos prácticos, con un breve panorama del origen y desarrollo del comercio de libros. En la Grecia preclásica la literatura precedió a la lectura. El núcleo de los poemas homéricos se transmitió a través de varias centurias en las cuales el uso de la escritura parece haberse perdido totalmente; y en la última parte del siglo VIII, cuando se adaptó el alfabeto fenicio a la escritura del griego, la tradición de la composición literaria oral era todavía fuerte, con el resultado de que no se creyó inmediatamente necesario trasladar los poemas homéricos a la escritura. Según una tradición frecuentemente repetida en la antigüedad, el primer texto escrito de las epopeyas se preparó en Atenas a mediados del siglo VI, por orden de Pisístrato. Este relato, aunque no deba ser creído al pie de la letra, es sin embargo verosímil; pero esto no tuvo como consecuencia el que las copias del texto de Homero comenzaran a circular en cierta cantidad, ya que el objeto de Pisístrato era con toda probabilidad el asegurar la existencia de una copia oficial de los poemas para que pudiesen ser recitados en el festival de la Panatenea. El hábito de leer la poesía épica en lugar de oírla recitar no se habría creado de un día para otro, y así los libros seguirán siendo una rareza hasta bien entrado el siglo V. Por otro lado, el nacimiento de formas literarias que no dependen de la composición oral aseguró el que desde el siglo VII en adelante

los autores necesitasen escribir sus obras, aunque se hiciese una sola copia con propósitos de referencia; así, se dice de Heráclito que había depositado su famoso tratado en un templo, y quizá por este motivo sobrevivió y pudo ser leído por Aristóteles a mediados del siglo IV (Diog. Laert. 9.6). La multiplicación y circulación de copias fue probablemente muy limitada, y puede conjeturarse que las primeras obras que alcanzaron un siquiera modesto público fueron o los escritos de los filósofos e historiadores jonios, o los de los sofistas. Debió haber también una cierta demanda de copias de los textos poéticos básicos para la formación escolar. Hasta mediados del siglo V o un poco más tarde no se puede decir que el comercio de libros haya existido en Grecia: encontramos referencias a un sector del mercado de Atenas en el que se vendían los libros (Eupolis fr. 304K), y Sócrates es presentado por Platón diciendo en su *Apología* (26) que cualquiera puede comprar las obras de Anaxágoras por una dracma en la orquesta. Los detalles de este comercio, sin embargo, permanecen desconocidos.

Del aspecto de los libros producidos en la Grecia clásica no podemos decir gran cosa con seguridad. El número de libros o fragmentos del siglo IV que han llegado hasta nosotros es tan reducido, que no sería razonable considerarlos como muestras representativas. Las consideraciones de tipo general que siguen están basadas principalmente en el material helenístico, aunque podemos deducir con alguna probabilidad que son también aplicables a la época clásica. Trataremos de mostrar cómo las diferencias físicas entre los libros antiguos y los modernos influyeron en el lector de la antigüedad en su relación con los textos literarios.

La forma del libro era la del rollo, sobre una de cuyas caras se escribía el texto en columnas sucesivas. El lector lo desenrollaría gradualmente, usando una mano para sostener la parte ya vista, que iba enrollando; pero como el resultado de este proceso consistía en darle la vuelta completa al rollo, todo el libro tenía que ser desenrollado de nuevo antes que un nuevo lector pudiera usarlo. La incomodidad de esta forma de libro es obvia, especialmente si pensamos en que algunos eran de considerable longitud; uno de los más largos que han sobrevivido (P. Oxy. 843) contenía, cuando estaba completo, la totalidad del *Symposium* de Platón, y debió medir cerca de 7 m. Otro inconveniente era que la materia de que estaban compuestos no era nada fuerte y se dañaba con facilidad. No es difícil imaginar que un lector del mundo antiguo que se viese precisado a verificar una cita o comprobar una referencia confiaría, a ser posible, en su memoria antes que tomarse la molestia de

abrir el rollo y quizá contribuir a acelerar con esto su proceso de deterioro. Esta sería, sin duda, una de las causas de que cuando un autor antiguo cita a otro hay a menudo una diferencia sustancial entre las dos versiones.

El material para escribir habitualmente usado era el papiro (Lám. I), preparado a base de cortar en delgadas tiras la médula fibrosa de un tallo que crecía libremente en el delta del Nilo; en el siglo I a. de C. hubo también centros menores de producción en Siria y cerca de Babilonia. Dos capas superpuestas de dichas tiras, una perpendicular a la otra, eran prensadas para formar las hojas (Plinio, N. H. 13.68 ss.). Las hojas se pegaban una junto a otra en larga fila, para fabricar así el rollo. Se hicieron hojas de muchos tamaños, aunque el término medio permitía contener una columna de escritura de entre 20 y 25 cm. de alto, con entre 25 y 45 líneas. Como sólo había una gran fuente de suministro de material, el comercio del libro estuvo probablemente expuesto a fluctuaciones producidas tanto por las guerras como por el deseo de los productores de explotar su virtual monopolio. A tal tipo de dificultades debe referirse la observación de Heródoto (5.58) cuando dice que los jonios, disponiendo de poco material para escribir, habían usado en su lugar pieles de cordero y de cabra. Para resolver esta dificultad parece que siguieron la práctica de sus vecinos orientales. Pero el cuero era menos apto para recibir la escritura que el papiro, e indudablemente se usó sólo en casos de emergencia. En la época helenística, si confiamos en las palabras de Varrón (Plinio, N. H. 13.70), el gobierno egipcio prohibió la exportación del papiro, lo cual parece que estimuló la búsqueda de una alternativa aceptable. En Pérgamo se inventó un procedimiento de tratar la piel de animal para dotarla de una superficie más apta para la escritura que la del cuero, y el resultado fue lo que ahora llamamos pergamino; la palabra debe parcialmente su etimología al nombre de Pérgamo, pero si esta tradición es cierta, el experimento debió durar al principio poco tiempo; debemos pensar que la prohibición egipcia fue pronto levantada, ya que hasta los primeros siglos de la era cristiana el pergamino no se hace de uso común en los libros; los ejemplos más antiguos son los fragmentos de *Las Cretenses* de Eurípides (P. Berol. 13217) y de *Sobre la falsa embajada* de Demóstenes (Brit. Mus. Add. 34473 = P. Lit. Lond. 127).

Es imposible determinar hasta qué punto las condiciones del suministro y el precio del papiro dificultaron o favorecieron su uso en Grecia. Cuando se empleó para la fabricación del libro, se escribió casi invariablemente por una sola de sus caras. La forma del libro hacía esto

obligado, puesto que el texto escrito sobre la parte trasera del rollo se habría borrado fácilmente, y quizá la propia superficie del papiro contribuyó a la formación de esta práctica, ya que los copistas siempre preferían usar en primer lugar la cara en la que las fibras estaban colocadas horizontalmente. En alguna rara ocasión tenemos noticia de rollos escritos sobre ambas caras (Juvenal 1.6; Plinio, *Epp.* 3.15.17), aunque tales libros eran una excepción. La falta de material escritorio, sin embargo, dio lugar en alguna ocasión a que un texto literario se escribiese también sobre el reverso, en el sentido contrario al de las fibras: un ejemplo famoso es el del manuscrito de *Hipsipila* de Eurípides (P. Oxy. 852). Es importante hacer constar en relación con esto que la cantidad de texto que contenía un libro antiguo era muy pequeña: la copia del *Symposium* de Platón antes mencionada, aunque de gran longitud para lo usual en la antigüedad, contenía un texto que impreso no ocuparía más de unas 70 páginas.

Finalmente hay que insistir en que el texto dispuesto sobre el papiro resultaba para el lector mucho más incómodo de interpretar que el de cualquier libro moderno. La puntuación era extremadamente rudimentaria. Los textos se escribían sin división de palabras, excepto en textos latinos de algunas épocas, y hasta la Edad Media no se hizo ningún intento de alterar este uso. El sistema de acentuación, que podía haber compensado esta dificultad en el griego, no se inventó hasta la época helenística, e incluso durante mucho tiempo después de su invención no fue generalmente usado; de nuevo no se generalizó esta práctica hasta principios de la Edad Media. Durante toda la antigüedad no se indicaron los cambios de parlamentos de los personajes en los textos dramáticos con la precisión que hoy juzgamos necesaria; bastaba con trazar un rasgo horizontal al principio de una línea, o dos puntos, uno encima de otro, para cualquier tipo de cambio; los nombres de los personajes se omitían con frecuencia. La escasa precisión de este método y el estado de confusión a que pronto llegaron algunos textos pueden comprobarse en el estado del papiro que contiene el *Díscolo* y el *Sicionio* de Menandro. Otra característica, y quizá más extraña, de los libros del período prehelenístico era que el verso lírico se escribía como si se tratase de prosa; hay un ejemplo de esto en el papiro de Timoteo (P. Berol. 9875), del siglo IV, pero aunque no contásemos con este documento valioso el hecho podríamos deducirlo de la afirmación de que Aristófanes de Bizancio (c. 257-180 a. de C.) inventó la colometría tradicional que pone claridad en las unidades métricas de la poesía (Dion. Hal., *De comp. verb.* 156, 221). Debemos tener en cuenta que las dificultades que había

de afrontar el lector de un libro antiguo resultaban igualmente molestas para aquel que deseaba transcribir su propia copia. No debe ser, pues, subestimado el riesgo de mala interpretación y la consecuente corrupción del texto en esta época. No hay duda de que un alto porcentaje de textos clásicos corruptos se retrotraen a estos tiempos y constaban ya así en los libros que fueron a parar a la biblioteca del Museo de Alejandría.

2. LA BIBLIOTECA DEL MUSEO Y LA ERUDICIÓN HELENÍSTICA

El incremento del comercio del libro posibilitó el que las personas privadas pudiesen formar sus bibliotecas. Aunque debe ser desechada la tradición de que los tiranos del siglo VI como Pisístrato y Polícrates de Samos poseyeron grandes colecciones de libros (Athenaeus I.3a), no hay duda de que existían bibliotecas privadas a fines del siglo V; Aristófanes se burla de Eurípides por inspirarse en fuentes literarias al componer sus tragedias *(Las ranas,* 943), y su propia obra, llena de parodias y alusiones, parece haber dependido en alguna medida de una colección particular de libros.

No hay rastro de que existiese en Atenas ninguna biblioteca general mantenida con fondos públicos, pero parece probable que las copias oficiales de las piezas representadas en los principales festivales, tales como los de Dionisos, se conservasen en los archivos públicos. El Pseudo-Plutarco *(Vidas de los diez oradores,* 841f) atribuye al orador Licurgo (c. 390-324 a. de C.) una propuesta para conservar las copias oficiales en tales lugares, aunque probablemente esta necesidad se habría hecho sentir antes. Sabemos que después de la primera representación las obras se volvían a ejecutar de vez en cuando. Los actores necesitarían nuevas copias del texto, y si se hubiesen visto obligados a obtenerlas transcribiéndolas de las copias privadas, habría resultado sorprendente que sobreviviese en época helenística un conjunto tan completo de tales piezas.

Los avances en la educación y en la ciencia en el siglo IV dieron lugar a que al cabo de poco tiempo se fundasen instituciones académicas con sus propias bibliotecas. No es sorprendente ver cómo Estrabón (13.1.54) nos informa de que Aristóteles formó una gran colección de libros, sin duda representativa de la amplia variedad de intereses del Liceo. Esta colección y la de la Academia fueron los modelos imitados poco después por el rey de Egipto al fundar la famosa biblioteca de

Alejandría (Diog. Laert. 4.1, 5.51). Los principales temas de interés en el Liceo eran los científicos y filosóficos, aunque tampoco se olvidaron los estudios literarios. El propio Aristóteles escribió sobre los problemas de la interpretación de Homero, además de sus bien conocidas *Poética* y *Retórica;* y en relación con esta última, parece claro que él y sus sucesores estuvieron interesados en el estudio de los discursos de Demóstenes.

Mucho más significativos fueron los estudios literarios emprendidos en el Museo de Alejandría. Oficialmente era, como su nombre indica, un templo en honor de las Musas presidido por un sacerdote. De hecho fue el centro de una comunidad tanto literaria como científica, y es esencial no subestimar este último aspecto; el bibliotecario Eratóstenes (c. 295-c. 214 a. de C.), además de literato fue un científico que adquirió fama por su intento de medir la circunferencia de la tierra, y es probable se contaran entre los miembros del Museo otros distinguidos científicos de Alejandría. El Museo se mantenía a las expensas del rey, y sus miembros tenían salas de estudio y un salón en el que comían juntos; recibían también un sueldo de las arcas reales. Se ha hecho observar que hay una semejanza superficial entre esta institución y un Colegio de Oxford o Cambridge, pero la analogía se rompe en un aspecto importante: no nos consta que los estudiosos del Museo impartiesen regularmente la docencia a estudiantes. La comunidad fue establecida por Ptolomeo Filadelfo hacia el 280 a. de C., y pronto ganó reputación, quizá despertando envidia a causa del lujo de su instalación, pues vemos que el autor satírico Timón de Flíus escribió de ella hacia el 230 a. de C.: «En el populoso Egipto se engordan muchos pedantes librescos que disputan sin cesar en la jaula de las Musas» (Athenaeus 1.22d).

Una parte fundamental de esta fundación, albergada en el mismo complejo de edificios o en una cercana vecindad, fue la famosa biblioteca. Parece que ya se habían dado algunos pasos para la fundación de una biblioteca en el reinado anterior del primer Ptolomeo, invitando a Demetrio Falereo, el eminente discípulo de Teofrasto, a venir a Alejandría para este propósito hacia el 295 a. de C. La biblioteca creció rápidamente. Las fuentes antiguas estiman el número de volúmenes de un modo variable, y dada la falta de precisión con que se nos han transmitido las cifras altas dadas por los autores clásicos, es difícil calcular la cifra auténtica. Si aceptamos como cierta la tradición de que en el siglo III la biblioteca contenía 200.000 o 490.000 volúmenes (Eusebio, *Praep. Evang.* 350b; Tzetzes, *Prolegomena de comoedia)*, debemos te-

ner en cuenta que un solo rollo no contendría más del equivalente en extensión a un diálogo de Platón de moderada longitud o una pieza ática. Tampoco tenemos medio de saber hasta qué punto las bibliotecas tenían como práctica el coleccionar copias duplicadas. Pero a pesar de esta falta de noticias, no cabe duda de que se hizo un gran esfuerzo para formar una colección completa de literatura griega, y hay anécdotas que arrojan luz sobre el espíritu que guiaba la constitución de la biblioteca. Dícese que el rey estaba determinado a obtener un texto fiel de una tragedia ática, y convenció a los atenienses para que le prestaran la copia oficial conservada en sus archivos; los atenienses le pidieron un depósito de 15 talentos como seguridad de que el texto sería devuelto, pero una vez que lo hubieron conseguido, las autoridades egipcias decidieron retenerlo y perder su depósito (Galeno, 17(1).607). También nos informa Galeno de que, en su afán de completar la colección, los bibliotecarios habían sido engañados frecuentemente al adquirir falsificaciones de textos raros (15.105).

Los bibliotecarios tuvieron una enorme tarea para poner orden en la masa de libros que entraron en el Museo. Desconocemos el sistema de ordenación de la biblioteca, pero podemos hacernos una idea de los amplios trabajos desarrollados si consideramos que Calímaco, que no era bibliotecario principal, compiló una especie de guía bibliográfica de todas las ramas de la literatura griega que constaba de 120 libros *(Pinakes,* fr. 429-53). A causa de las condiciones de producción del libro antiguo, los bibliotecarios hubieron de afrontar ciertos problemas que no preocupan a sus colegas modernos. Los textos copiados a mano están muy expuestos a la corrupción; hacer una copia fiel, incluso de un breve texto, es una tarea más dificultosa de lo que generalmente piensan aquellos que no la han tenido que realizar. Además los libros prehelenísticos no daban ayuda al lector para resolver las dificultades de la lectura. En consecuencia, debió de haber numerosos pasajes en los que resultaría imposible determinar lo que el autor quería decir, y otros muchos en los cuales las varias copias de textos que entraron en el Museo mostrarían notables discrepancias. El incentivo que supuso para los bibliotecarios el tratar de aclarar los textos dio como resultado un gran avance en los métodos de estudio e investigación. No es una coincidencia el que cinco de los seis primeros bibliotecarios (Zenodoto, Apolonio Rodio, Eratóstenes, Aristófanes y Aristarco) se encontrasen entre los más famosos literatos de su tiempo, y si los textos clásicos griegos han llegado hasta nosotros en un estado razonablemente libre de corrupción, se debe en gran medida al éxito de sus métodos.

Hay un caso en el que podemos ver claramente la influencia que los estudiosos del Museo ejercieron sobre el estado de los textos que circulaban comúnmente. De los muchos fragmentos de copias antiguas de Homero, sólo una pequeña porción se retrotrae al siglo III a. de C. El texto de estos papiros es bastante diferente del que hoy generalmente se imprime, y hay numerosos versos añadidos u omitidos. Pero poco después este tipo de textos desapareció de la circulación. Esto nos indica que los estudiosos no sólo fijaron cuál debía ser el texto de Homero, sino que llevaron a cabo su proyecto de imponer este texto como básico, ya permitiendo que fuese transcrito de una copia matriz puesta a disposición del público, ya empleando un cierto número de escribas profesionales que preparasen las copias para el mercado del libro. Aparte el caso de Homero, las discrepancias en el texto de otros autores eran probablemente menos importantes, aunque no se nos han conservado suficientes papiros antiguos como para que podamos formar un juicio; es razonable pensar que los de Alejandría hicieron lo necesario para preparar un texto básico de todos los autores comúnmente leídos por el público instruido.

Después de la normalización de los textos, la siguiente realización de los estudiosos alejandrinos que merece nuestra atención es el desarrollo de algunas ayudas al lector. El primer paso fue conseguir que los libros del siglo v que venían del Ática, algunos de los cuales debían haber sido escritos en el alfabeto antiguo, fuesen todos transliterados a la ortografía griega normal del alfabeto jonio. Hasta el 403 a. de C. en Atenas se había usado oficialmente el alfabeto antiguo, en el que la letra épsilon representaba las vocales épsilon, épsiloniota y eta; del mismo modo la ómicron se usaba por la ómicron, la ómicron-upsilon y la omega; y faltaban las letras compuestas xi y psi. No es necesario comentar los inconvenientes de esta escritura, y ya antes de fines del siglo v el más preciso alfabeto jonio era usado en algunas inscripciones en piedra atenienses, lo que quizá se hizo también en los libros. Sin embargo es probable que algunos de los textos que entraron en la biblioteca de Alejandría estuvieran en la escritura antigua, pues encontramos a Aristarco tratando de explicar una dificultad de Píndaro como debida a una mala interpretación del alfabeto antiguo; nos dice que en *Nemeas* 1.24 un adjetivo que parece estar en nominativo singular (ἐσλός) es incorrecto por motivos métricos, y debe entenderse como en acusativo plural (ἐσλούς) (cf. schol. ad loc.). Otro lugar en el cual los críticos dejaron constancia del uso del viejo alfabeto fue en Aristófanes, *Los pájaros* 66. Es importante hacer constar que la adopción del alfabe-

to jonio para los antiguos textos áticos ha sido reconocida como la norma desde la época de Alejandría. En contraste con los procedimientos usados en la edición de textos en todas las demás literaturas, nunca ha habido en ésta un intento de restaurar la ortografía original de los autores en su totalidad.

La segunda ayuda a los lectores consistió en una mejora de los métodos de puntuación y en la invención del sistema de acentuación, ambos comúnmente atribuidos a Aristófanes de Bizancio. En un texto en el que las palabras no estaban separadas, la colocación de unos pocos acentos proporcionó al lector una ayuda sustancial, y es bastante extraño que esto no fuese considerado inmediatamente como indispensable en un texto escrito. Pero aunque a veces los acentos se escribían sobre palabras que de otro modo hubieran resultado complicadas o ambiguas, en general es difícil saber cuáles son los principios que determinan que se añadiesen en los libros antiguos, y en realidad no fueron regularmente añadidos hasta principios del siglo x.

Aunque estas mejoras en el aspecto exterior de los textos literarios tuvieron resultados significativos y duraderos, fueron de bastante menos importancia que los avances en los métodos de investigación hechos por los miembros del Museo. La necesidad de fijar el texto de Homero y de los otros autores clásicos obligó a los estudiosos a delimitar y aplicar los principios de la investigación literaria de un modo más sistemático de lo que se había hecho antes. La discusión de los pasajes difíciles condujo no sólo a la elaboración de un texto fiel de los autores en cuestión, sino también a la de comentarios en los cuales eran discutidos los problemas y se ofrecían interpretaciones. Existieron antes algunas obras aisladas dedicadas a Homero; Aristóteles había tratado sobre los problemas textuales, y mucho antes Teágenes de Reggio (c. 525 a. de C.), quizá espoleado por los ataques de Jenófanes a la inmortalidad de los dioses homéricos, había tratado de suprimir esta molesta característica de los poemas recurriendo a la interpretación alegórica. Pero ahora por primera vez se producirá literatura crítica en cantidad. Alguna altamente especializada; por ejemplo, Zenodoto escribió, según parece, una vida de Homero y un tratado sobre la duración temporal que requiere la acción de la *Ilíada*. Aristófanes escribió sobre la regularidad gramatical (περὶ ἀναλογίας) y compiló correcciones y adiciones a la guía bibliográfica de la literatura griega que había compuesto Calímaco. Estas obras no se limitaban a Homero; sabemos de monografías sobre los caracteres en la comedia por Hipsícrates, y sobre los mitos en la tragedia por Terságoras (P. Oxy. 2192). Estas obras exploratorias se es-

cribieron en todos los casos como textos separados independientes de la obra que ilustraban; dejando aparte algunas notas breves y rudimentarias, los comentarios sobre un autor no se añadían al margen de un texto en esta época, sino que formaban otro libro. Especialmente en el caso de Homero, y menos frecuentemente en la poesía lírica, en el teatro, en Demóstenes y Platón, se ponían en el margen del texto unos signos convencionales para llamar la atención sobre un determinado pasaje, por ejemplo si éste era corrupto o falso, y para indicar que el lector podía encontrar un comentario sobre el pasaje en la monografía explicativa. Aunque ha sobrevivido muy poco de este tipo de literatura en su forma original, encontramos un ejemplo famoso en el papiro que contiene parte de una obra del estudioso tardío Dídimo (siglo I a. de C.) sobre Demóstenes (P. Berol. 9780). Pero en general nuestro conocimiento de estas obras proviene de fragmentos de ellas que se han incorporado a la forma tardía de comentario conocida como escolios; éstos se han transmitido generalmente en los márgenes de los manuscritos medievales, y más adelante habremos de decir algo más de ellos.

Haremos ahora una breve exposición sobre los signos críticos y los comentarios. El primer y más importante signo fue el *obelos*, un trazo horizontal colocado en el margen a la izquierda de un verso. Fue usado ya por Zenódoto, e indicaba que el verso era falso. Otros signos de menos importancia y de menos frecuencia de uso parecen haber sido inventados por Aristófanes. El desarrollo final del sistema para ser aplicado a Homero lo llevó a cabo Aristarco, que elaboró ediciones completas de la *Ilíada* y la *Odisea*. Usó seis signos: además del *obelos* aparece el *diplē* >, que indicaba un pasaje que debía ser anotado por el lenguaje o contenido; el *diplē* punteado (περιεστιγμένη) ⸖ hacía referencia a un verso en el que Aristarco difería en el texto de Zenódoto; el *asteriskos* ⋇ indicaba un verso incorrectamente repetido en otro pasaje; el *asteriskos* junto con el *obelos* indicaba la interpolación de versos de otro pasaje; y, finalmente, la *antisigma* ⊃ indicaba pasajes en los que el orden de los versos había sido cambiado (Láms. I y II).

Como es natural, un sistema complicado como éste, que tenía la desventaja de que el lector que deseaba descubrir los motivos por los que se había puesto un signo en un determinado pasaje tenía que consultar otro libro, sólo era recomendable para estudiosos especializados. Solamente en una pequeña parte de los papiros que han sobrevivido, alrededor de 15 de más de 600, se utilizan los signos. En los manuscritos medievales del siglo X en adelante generalmente se omiten; pero hay una famosa e importante excepción a esta regla, el manuscrito venecia-

no de la *Ilíada* (Marc. gr. 454), del siglo x, que conserva una amplia colección de escolios en sus márgenes. Como en aquella época el comentario se escribía en los márgenes y no en un libro aparte, quizá resultaba menos interesante transcribir los signos; pero por fortuna el copista del manuscrito veneciano se decidió a copiar lo que encontró en su ejemplar sin omitir nada. Por este motivo, en el libro aparecen numerosos signos convencionales, y es sin duda la fuente más completa y fiable de nuestro conocimiento del sistema puesto en práctica por los alejandrinos. No siempre hay concordancia, sin embargo, en el uso de los signos en los pasajes que habían de ser comparados con los papiros, y hay signos que no tienen relación con una nota correspondiente en los escolios.

Aunque los comentarios a Homero de Aristarco y sus colegas se han perdido, bastantes de ellos pueden reconstruirse a través de los escolios conservados, que son más copiosos que los de cualquier otro autor griego, tanto como para permitirnos formar un juicio correcto de los procedimientos de estudio de la época. No hay duda de que las numerosas copias de los textos homéricos que entraron en el Museo procedían de diferentes fuentes: los escolios hacen referencia a textos que vienen de lugares tales como Massilia, Sinope y Argos. Éstos eran examinados y evaluados por los estudiosos, pero no está claro qué texto, si lo hubo, consideraban como el más autorizado. Los alejandrinos se hicieron célebres por su facilidad para condenar versos considerándolos espurios (ἀθετεῖν, ἀθέτησις). Las razones para hacerlo, aunque tengan su propia lógica, generalmente no suelen convencer al lector moderno. Un motivo que alegaban frecuentemente era el del lenguaje o la conducta indignos (ἀπρέπεια). El primer pasaje de la *Ilíada* condenado por este motivo servirá de ejemplo. Al principio del Libro I (29-31) Agamenón, cuando se niega a liberar a Criseida, dice a su padre el sacerdote: «No la dejaré libre; antes bien, la vejez la alcanzará en mi palacio de Argos, lejos de su casa, donde ella trabajará en el telar y compartirá mi lecho». Los versos están marcados con un *obelos* en el manuscrito de Venecia, y el comentario antiguo sobre ellos es el siguiente: «los versos se han rechazado porque debilitan la fuerza del sentido y el tono amenazador..., además es impropio de Agamenón hacer tales observaciones». Otro ejemplo típico es el de la *Ilíada* 3423-6, versos que rechaza Zenódoto alegando el motivo de que es impropio de la diosa Afrodita el transportar un asiento para Helena. Y naturalmente todos los pasajes que tendían a mostrar a los dioses en un aspecto poco lisonjero eran un objetivo fácil para críticos de esta mentalidad; de aquí

que hubiese algunos que rechazaran el episodio entre Ares y Afrodita en la *Odisea* VIII.

Unos estudiosos capaces de tratar un texto de un modo tan radical, especialmente por su afán de condenar versos como espurios por motivos de inadecuación, podrían haber hecho gran daño a los textos. Pero, por fortuna para las siguientes generaciones de lectores, los alejandrinos rechazaron la tentación de incorporar al propio texto las alteraciones que proponían, y se contentaron con anotar sus propuestas en los comentarios; si no hubiera sido así, el texto de Homero habría llegado a nosotros seriamente desfigurado. Es interesante hacer notar que la mayor parte de sus propuestas no resultaron al lector antiguo lo suficientemente convincentes como para incorporarlas al texto ordinario en circulación; por supuesto esto no ha de ser tomado como una evidencia de la superioridad del juicio del público lector en la antigüedad, que apenas podría haber expresado alguna opinión sobre tales materias. Un recuento de las correcciones hechas por los alejandrinos ha mostrado que, de las 413 alteraciones propuestas por Zenódoto, sólo 6 son admitidas en todos nuestros papiros y manuscritos, y sólo 34 más en la mayoría de ellos, mientras 240 no aparecen jamás. De las 83 correcciones que pueden atribuirse a Aristófanes, sólo una encontró reconocimiento universal, y otras 6 aparecen en la mayoría de los testimonios del texto, mientras 42 no aparecen nunca. Aristarco tuvo más influencia, y aun así sus sugerencias tardaron tiempo en ser admitidas; de 874 de sus lecturas, 80 aparecen siempre, 160 se encuentran en la mayoría de los textos, y 132 sólo en los escolios.

Quizá no sería justo terminar esta información sobre los estudiosos de Alejandría sin mencionar algunas muestras más acertadas de su crítica. Algunos aspectos de su obra tuvieron un nivel lo suficientemente alto como para ser considerados de valor permanente. Sus intentos de identificar versos o pasajes de dudosa autenticidad no siempre se basaron en motivos tan débiles. Encontraron dudosa la historia de Dolon, en la *Ilíada* X, y sin duda reconocieron que era de un estilo diferente al del resto de la *Ilíada* y que había sido imprecisamente acoplada a la narración. En el descenso de Odiseo a los infiernos de la *Odisea* XI, Aristarco notó que los versos 568-626 se apartaban del hilo principal de la historia. Quizá todavía más interesante fue la observación por Aristarco y Aristófanes de que la *Odisea* debía terminar en el verso 23.296. Los estudiosos modernos pudieron preferir rechazar la condenación de esos pasajes como espurios y considerarlos en cambio como producto de una

etapa de composición más tardía que el cuerpo principal del texto; pero esto no resta mérito a la apreciación de aquellos críticos.

Otro aspecto por el cual los antiguos, especialmente Aristarco, merecen nuestro elogio, es el desarrollo del principio crítico de que la mejor guía para los usos de un autor es el corpus de sus propios escritos, y por lo tanto las dificultades deben explicarse, siempre que sea posible, por referencia a otros pasajes del mismo autor (Ὅμηρον ἐξ Ὁμήρου σαφηνίζειν). Esta noción fundamenta muchas notas de los escolios que establecen que una palabra o expresión dada es más típicamente homérica que la posible lectura alternativa. Naturalmente, el principio se prestaba al abuso si era empleado por un crítico de inteligencia mediocre, como sucedió muy frecuentemente; pues podía considerarse que dicho principio implicaba que si un texto literario contenía una expresión que fuese única y difícil, ésta debía ser modificada para adecuarla a la práctica general del autor. Esta interpretación extrema de la regla podía haber conducido a resultados desastrosos, y parece que debemos atribuir a Aristarco o a uno de sus discípulos la formulación de un principio complementario, el de que hay muchas palabras o expresiones en Homero que aparecen sólo una vez y sin embargo deben ser aceptadas como genuinas y mantenidas en el texto (cf. schol. A, sobre la *Ilíada* 3.54). Los problemas que origina la aplicación correcta de estos principios todavía crean grandes dificultades a los críticos de hoy.

Por último, debemos aclarar que, aunque estos críticos se interesaban principalmente en anotar los aspectos lingüísticos o arqueológicos, no fueron ciegos a los valores literarios de la poesía, y a veces nos ofrecen un comentario adecuado a un pasaje bello. Tomemos como ejemplo el famoso episodio de la *Ilíada* VI, en que Héctor se despide de Andrómaca y Astianax, y el poeta narra cómo su hijo se asusta a la vista del penacho del yelmo de su padre. Los críticos comentaron: «Estos versos tienen tal poder descriptivo que el lector no sólo escucha su sonido, sino que ve la escena ante sí; el poeta tomó la escena de la vida diaria y la copió con gran acierto». Y a continuación viene este comentario: «Al representar la vida diaria con tal acierto el poeta no destruye lo más mínimo el carácter solemne propio de la épica» (cf. schol. T, sobre la *Ilíada* 6.467, 474, del ms. Burney 86 de la British Library).

Casi todo lo que antes hemos dicho sobre los estudios en Alejandría se ha referido al texto de Homero, a causa de los numerosos testimonios que poseemos. Pero no hay duda de que los trabajos de los alejandrinos sobre otros autores fueron también muy importantes, y debemos exponer brevemente algunos datos. Se fijó el texto de la tragedia, quizá por

referencia a la copia oficial de Atenas, como antes dijimos. Aristófanes de Bizancio ideó la colometría de los pasajes líricos, para que éstos no fuesen escritos del mismo modo que la prosa. Se escribieron varios tratados sobre aspectos diversos de las obras escénicas, y generalmente se atribuye a Aristófanes la autoría de los argumentos que precedían a las piezas; sin embargo se suele considerar que los argumentos que han sobrevivido no son los de aquél o han sido muy alterados con el transcurso del tiempo. Los signos marginales para guiar al lector se usaron mucho más escasamente que en las ediciones de Homero. El más corriente fue probablemente la letra *ji*, que indicaba un lugar de interés del mismo modo que el *diplē* en los textos homéricos; este signo se menciona en los escolios, y a veces se encuentra en algún manuscrito medieval. Un aspecto especialmente interesante del trabajo de Alejandría sobre la tragedia es la identificación de versos alterados o añadidos por los actores, generalmente en las obras de Eurípides, que fue más popular que los otros dramaturgos. Estas interpolaciones son probablemente muy numerosas, pero no es fácil tener certeza en cada caso de que el verso o versos en cuestión no sean originales; aun admitiendo que sean tardías, puede no haber certeza de si deben atribuirse a los actores helenísticos (o más bien a los directores de escena), o si son de interpoladores más tardíos. Sin embargo los escolios, que dependen especialmente del trabajo helenístico, señalan algunos versos como interpolación de los actores. En *Medea* 85-8 el escoliasta acusa a los actores de haber interpretado mal la puntuación del 85, y en consecuencia de haber alterado el texto; añade certeramente que el 87 es superfluo, y su origen no está muy lejos. En *Orestes* 1366-8 el coro anuncia que uno de los frigios va a salir a escena a través de la puerta delantera del palacio, mientras que en 1369-71 el frigio dice que saltó del tejado. Según los escolios, la puesta en escena original exigía que el actor saltase, pero se consideró esto peligroso, de modo que en su lugar el actor descendió por detrás del escenario y salió por la puerta principal. Los versos 1366-8 habrían sido compuestos, pues, para disimular este cambio. Aunque esos versos resultan necesarios para introducir un cambio adecuado de personaje y son lingüísticamente intachables, pueden usarse para ponernos sobre la pista de una interpolación más extensa.

Otros trabajos de la escuela de Alejandría que no deben dejar de ser mencionados son las ediciones de las comedias, de Píndaro y de los poetas líricos. También aquí hubieron de determinar la colometría, y podemos comprobar en una ocasión cómo Aristófanes la utilizaba para demostrar que una frase que no correspondía métricamente con la antis-

trofa debía ser eliminada del texto (schol. sobre Píndaro, *Olímpicas* 2.48). La tarea de editar la comedia se llevó a cabo del mismo modo que la de la tragedia. No sabemos qué copias del texto se tomaron como base de la edición, pero la rica colección de materiales contenidos en los escolios sobre Aristófanes que ha llegado a nosotros nos muestra que sus comedias se estudiaron con intensidad y entusiasmo, aunque no hay muestras de que todavía entonces fuesen llevadas a la escena.

3. OTROS TRABAJOS HELENÍSTICOS

La gran época de los estudios de la escuela de Alejandría se desarrolló durante los siglos III y II; en su período más antiguo el Museo no tuvo posible rival. Sin embargo, pasado algún tiempo, los gobernantes de Pérgamo decidieron disputarles esta primacía al fundar una biblioteca propia; el proyecto se suele asociar al nombre del rey Eumenes II (197-159 a. de C.): se construyeron grandes edificios, y las excavaciones de los arqueólogos alemanes del siglo pasado sacaron a la luz algunas partes de la biblioteca. De la biblioteca de Pérgamo tenemos muchas menos noticias que de la de Alejandría. No hay duda de que los bibliotecarios emprendieron trabajos bibliográficos en gran escala, y los críticos consideraron conveniente consultar sus trabajos a la vez que los de Alejandría (Ateneo 8.336d, Dion. Hal., *De Dinarcho* 1). Pero los estudiosos de Pérgamo no se hicieron célebres por las ediciones de los autores clásicos, sino que parece que se dedicaron a hacer breves monografías sobre aspectos específicos, a veces en controversia directa con los de Alejandría. No se interesaron exclusivamente por las cuestiones literarias; Polemón (c. 220-160 a. de C.), aunque recopiló ejemplos de parodia, fue en primer lugar y ante todo un estudioso de la topografía y las inscripciones; estos importantes aspectos de la investigación histórica habían quedado fuera del tipo de estudios llevados a cabo en el Museo. El más famoso nombre relacionado con Pérgamo es el de Crates (c. 200-c. 140 a. de C.). Sabemos que trabajó sobre Homero; algunas de sus propuestas para la corrección del texto se han conservado en los escolios, y prestó especial atención a la geografía homérica, en un intento de reconciliarla con los puntos de vista de los estoicos. Fue también el primer griego que dio lecciones sobre cuestiones literarias en Roma (véase pág. 29).

Los estoicos prestaron gran atención a la literatura. Consideraron que un aspecto importante de la interpretación de Homero consistía en la aplicación de las explicaciones alegóricas, y ha llegado hasta nosotros uno de sus tratados sobre esto, obra de un cierto Heráclito. Aparte de los estudios homéricos, se ocuparon de la gramática y la lingüística, y elaboraron una terminología más completa que la que existía anteriormente. Sin embargo, la primera auténtica gramática griega fue la de Dionisio Tracio (c. 170-c. 90 a. de C.); éste parece que por su edad pudo haber sido discípulo de Aristarco, pero no debe ser considerado uno de los de Alejandría en el pleno sentido, ya que haría su aprendizaje principalmente en Rodas. Su gramática comienza con una determinación de sus partes, la última de las cuales, descrita por el autor como la más noble de todas, es la crítica de la poesía. Trata seguidamente de las partes de la oración, de las declinaciones y conjugaciones, pero no tiene en cuenta los aspectos de la sintaxis y del estilo. Esta breve guía tuvo una larga vigencia, como nos atestigua el volumen de comentarios sobre ella escritos por gramáticos tardíos. Fue la base de las gramáticas griegas hasta tiempos relativamente modernos, y obtuvo la distinción de haber sido traducida al siríaco y al armenio en la antigüedad tardía.

Por esta época la mejor parte del trabajo de Alejandría se había ya completado; la decadencia de esta escuela sobrevino a causa de la actuación de Ptolomeo Euergetes II, que inició la persecución de los literatos griegos (c. 145-4 a. de C.); entre otros, Dionisio Tracio, que había empezado su formación en Alejandría, hubo de ir al exilio. La única figura sobresaliente en la parte final del período helenístico es Dídimo (siglo I a. de C.). Alcanzó notoriedad en el mundo antiguo a causa del volumen de sus escritos (se dice que salieron de su pluma 4.000 libros, lo cual debe ser una exageración, aun teniendo en cuenta que muchos de éstos no habrían sido más largos que un folleto moderno). Su nombre aparece con frecuencia en los escolios, y no hay duda de que su obra abarcó la totalidad de los aspectos de la poesía clásica. Por lo que podemos juzgar a través de testimonios fragmentarios, su actividad se dirigió no tanto a la composición de comentarios originales, cuanto a la compilación de la ya enorme cantidad de obra crítica existente, y esta compilación tuvo la importancia de haber sido una de las principales fuentes de material utilizadas por los estudiosos tardíos que dieron su forma definitiva a los escolios que nos han llegado. Uno de sus libros cuya influencia puede rastrearse en obras posteriores es su colección de vocablos raros o difíciles que aparecen en la tragedia (τραγικαὶ λέξεις); en esta fuente se inspiran algunos diccionarios tardíos, como el

de Hesiquio. Dídimo es también importante por su obra sobre los prosistas; comentó a Tucídides y a los oradores, y el único pasaje importante de sus escritos que se ha preservado es una parte de una monografía sobre Demóstenes (P. Berol. 9780); este libro contenía notas sobre los discursos IX-XI y XIII, y confirma el punto de vista habitual sobre Dídimo como el de un compilador sin gran originalidad ni independencia de pensamiento; hay muchas citas de fuentes que de otro modo se habrían perdido, tales como las de Filocoro y Teopompo, pero la propia contribución de Dídimo es muy pequeña. Llega hasta el punto de recoger sin comentar la noticia de que el discurso XI es una compilación de varios temas de Demóstenes hecha por Anaxímenes de Lampsaco, lo cual, sea o no correcto, requiere una explicación por parte del comentarista. No se examinan todos los pasajes interesantes, aunque debemos tener en cuenta que estas monografías solían tener una menor amplitud que los comentarios modernos. Por otro lado constituye una interesante sorpresa el comprobar que el comentario, en lugar de limitarse a las cuestiones de interés lingüístico o válidas sólo para los profesores de retórica, se refiere también a los problemas cronológicos y a la interpretación histórica.

4. LOS LIBROS Y LA ERUDICIÓN EN LA REPÚBLICA ROMANA

Aunque pueda haber testimonios escritos desde época muy temprana, la literatura latina no comenzó a existir hasta el siglo III a. de C. Siguiendo el ejemplo griego, probablemente desde sus comienzos fue plasmada en la forma de libro que había sido habitual en el mundo griego, es decir, el rollo de papiro. Hacia mediados del siglo II Roma tenía ya una considerable cantidad de literatura propia, tanto en poesía como en teatro o prosa, y el surgimiento de una sociedad literaria y filosófica tan refinada como se nos aparece en el círculo de Escipión implica que los libros circulaban libremente dentro de una determinada clase de la sociedad romana. Un siglo después, cuando Cicerón y Varrón estaban en su apogeo, el mundo de los libros se había convertido en gran medida en el mundo del romano instruido.

Poco sabemos acerca de los medios a través de los cuales se transmitió la literatura latina en sus primeros doscientos años de existencia. En una época en que no había un mecanismo organizado para la multiplicación y circulación de libros, ni existían bibliotecas para con-

servarlos, y antes de que los estudiosos hubiesen comenzado a interesarse críticamente por su contenido, los canales de transmisión debieron ser casuales y azarosos. Unas obras tuvieron mejor fortuna que otras. Las epopeyas de Nevio y Ennio gozaron de una consideración especial y recibieron atención por parte de los estudiosos en una fecha relativamente temprana. La prosa probablemente tuvo menos fortuna. La única obra de Catón que se nos ha transmitido directamente, su *De agricultura,* da la impresión de haber sido mutilada y modernizada a través de las frecuentes e incontroladas copias. Parece que ya no existía la colección de sus discursos en tiempos de Cicerón, quien protesta contra el olvido en que había caído *(Brutus* 65f) y afirma habérselas arreglado para recopilar más de 150 de ellos. Los textos dramáticos corrieron sus propios peligros, como vemos claramente en el caso de Plauto. Sus piezas fueron escritas para la representación, compradas por el magistrado o su agente, y transmitidas en principio como copias para la escena. Sabemos por el prólogo a la *Casina* que las obras se reponían de vez en cuando, y cada nueva puesta en escena significaría que el texto era cortado, aumentado, reformado o modernizado para acomodarlo a los gustos del director o de la audiencia. Todavía nos quedan restos de esta antigua manipulación en los textos de nuestros manuscritos; las diferentes versiones de la última escena del *Poenulus* constituyen un ejemplo evidente. La popularidad de Plauto fue tan grande que pronto recibió atribuciones falsas, y se dice (Gellius 3.3.11) que estuvieron circulando bajo su nombre no menos de 130 piezas a la vez. Las obras de Terencio gozaron de una transmisión más resguardada, aunque algunos manuscritos nos han conservado un final alternativo en *Andria* que probablemente data de época temprana.

Se ha de tener en cuenta este período de transmisión fluida para calibrar la corrupción de estos textos. En un lugar nos ha conservado Varrón (L. L. 7.81) la descripción auténtica del astuto Ballio asomándose cautelosamente por la puerta *(Pseud.* 955):

> ut transvorsus, non provorsus cedit, quasi cancer solet.

El afán de desembarazarse del arcaico *provorsus* dio lugar a la versión normalizada del verso que nos presentan las dos recensiones supervivientes del texto, es decir, el palimpsesto Ambrosiano (A) y los restantes manuscritos (P):

> non prorsus, verum ex transverso cedit, quasi cancer solet.

Pero en el *Miles gloriosus* (24) A conserva la forma de Plauto *epityra estur insanum bene* («la mezcla de queso y aceitunas es comida locamente buena»), mientras que P y Varrón (L. L. 7.86) leen *insane.* En general el texto de Plauto parece que ha sufrido sorprendentemente poco desde los días de Varrón. La supervivencia de lo que nos ha llegado de la literatura latina primitiva se debe en gran medida, primeramente, al nuevo interés que se tuvo por esos escritores en el último siglo de la República; el relativo buen estado de sus textos se lo debemos en parte a la obra de los gramáticos romanos primitivos, quienes se habían tomado el trabajo de coleccionarlos y comentarlos.

Según Suetonio, el estudio de la gramática lo introdujo en Roma Crates de Malos, estudioso de Homero. Crates llegó a Roma en misión diplomática probablemente el 168 a. de C., y se rompió una pierna en una alcantarilla, haciendo buen uso de su forzosa inmovilidad al dedicarse a dar lecciones de poética. La infiltración gradual de la cultura helenística se rigió sin duda por factores más complejos que la ruptura de un hueso, aunque de todos modos debemos agradecer a Suetonio el haber convertido su colorista anécdota en el punto de partida desde el cual los romanos, que cuando muere Ennio tienen ya una tradición literaria propia bien establecida, están dispuestos a interesarse en el aspecto académico por su lengua y su literatura. Nombra Suetonio dos gramáticos de este período primitivo, C. Octavio Lampadión y Q. Vargunteyo. Lampadión trabajó sobre la *Guerra púnica* de Nevio, y quizá se interesó también por Ennio, aunque no es muy seguro el dato, pues se habla (Gellius, 18.5.11) de una copia de los *Anales* por él corregida como si todavía existiese en el siglo II d. de C. De Vargunteyo se dice que daba muy concurridas lecciones sobre los *Anales.* Fuera de los círculos profesionales, se halla una fuerte preocupación por los aspectos literarios y lingüísticos en la poesía de Accio y de Lucilio.

Pero el primero de los grandes gramáticos romanos fue L. Elio Estilón, de quien los antiguos hablan con el mayor respeto. Una fecha firme y quizá significativa en su vida fue el año 100 a. de C., en que siguió a Metelo Numídico al exilio de Rodas. Se ha conjeturado con probabilidad que podría haber adquirido su conocimiento de la escuela de Alejandría allí, a través del discípulo de Aristarco, Dionisio Tracio. En cualquier caso, Elio es el primer estudioso que se sabe que haya empleado en Roma los signos críticos convencionales de los alejandrinos. Encontramos la demostración en un notable documento conocido como el *Anecdoton Parisinum.* Este tratado, conservado en un manuscrito escrito en Monte Cassino hacia fines del siglo VIII (Paris lat. 7530), des-

cribe los signos críticos usados por Aristarco y sus sucesores. Éste deriva con toda probabilidad, por medios semejantes, del perdido *De notis* de Suetonio. En una importante frase (en la que algunos nombres han sido restaurados conjeturalmente) leemos:

> His solis [*sc.* notis] in adnotationibus Ennii Lucilii et historicorum [= *¿comediógrafos?*] usi sunt Varro Servius Aelius aeque et postremo Probus, qui illas in Vergilio et Horatio et Lucretio apposuit, ut Homero Aristarchus.

No hay duda acerca del nombre de Elio, y su interés por Plauto y en la aclaración de textos arcaicos nos lo presenta dedicado a estudios del tipo de los de Alejandría. Aunque no hay comparación entre Plauto y Homero, la naturaleza de su texto y las circunstancias de su transmisión presentaban problemas similares a los que habían dilucidado los estudiosos helenísticos y para los cuales sus métodos críticos tenían sin duda validez. El texto de Plauto debía ser normalizado: había una gran cantidad de obras falsamente atribuidas, y las auténticas contenían añadidos e interpolaciones tardías y variaban considerablemente de una copia a otra. Ya Accio había intentado hacer una lista de piezas auténticas; también Estilón se ocupó de esto, como otros, y declaró auténticas veinticinco. Su yerno Servio Claudio se interesó sin duda por la detección de interpolaciones, pues Cicerón se refiere a su habilidad en determinar «hic versus Plauti non est, hic est» *(Fam.* 9.16.4). Elio influyó grandemente en su discípulo Varrón (116-27 a. de C.). Varrón fue un sabio con especial interés por la historia literaria, el teatro y la lingüística. Parece haber jugado un papel decisivo en la selección de las piezas de Plauto que debían pasar a la posteridad como auténticas. Aunque aceptó alguna más como auténtica, Varrón separó las veintiuna obras que consideró incuestionables de Plauto, y este canon, conocido como las *Fabulae Varronianae,* debe coincidir con las veintiuna obras que han llegado hasta nosotros. La fijación del texto de estos escritores primitivos llevaba consigo otros problemas de crítica textual además del de la autenticidad; que Varrón se dio cuenta de los problemas rutinarios lo vemos claramente a través de su definición de *emendatio* como *recorrectio errorum qui per scripturam dictionemve fiunt* (fr. 236F).

Otra actividad en la que había un amplio campo de trabajo era la interpretación de palabras anticuadas o difíciles. Encontramos abundantes ejemplos de esta actividad en Varrón y en los escasos restos que nos quedan del primer léxico latino, el importante e influyente De *significatu verborum* del gramático augústeo Verrio Flaco. Esta obra sobrevive

en parte en la versión abreviada hecha por Pompeyo Festo, y en parte en el todavía más reducido epítome de Festo hecho por Paulo Diácono en el siglo VIII, así como en algunas otras referencias dispersas. Veamos, por ejemplo, la *Nervolaria* de Plauto, que contenía una mordaz descripción de las prostitutas decrépitas:

scrattae, scruppedae (?), strittabillae, sordidae.

Estas señoras ya tenían relaciones con la investigación en tiempos de Varrón: éste recoge (L. L. 7.65) los puntos de vista de tres diferentes escritores sobre la segunda de las palabras citadas. Puesto que las interpretaciones de las palabras difíciles se solían escribir interlineadas en el propio ejemplar (según testifica el propio Varrón, L. L. 7.107), podían ser fácilmente incorporadas al texto o dar origen a interpretaciones dobles. Por ejemplo, en *Epidicus* 620 la recensión P da la lectura *gravastellus* (viejecito), mientras la A trae *ravistellus* (hombrecito de cabellos grises); Festo conoció ambas variantes, que por tanto se retrotraen por lo menos a la época de Augusto. En *Miles gloriosus* 1180 tenemos tres variantes, todas antiguas: la lectura auténtica es *exfafillato bracchio* (descubierto), conservada en P y atestiguada por autoridades antiguas; pero también se retrotrae a la antigüedad *expapillato* (a pecho descubierto), y A ofrece una tercera variante *(expalliolato),* que será al menos tan antigua como A (siglo V).

La expansión de la literatura y del estudio en los últimos tiempos de la República se acompañó de algunas importantes realizaciones de tipo práctico, y no nos sorprende oír hablar por primera vez durante esta etapa de planes para establecer una biblioteca pública en Roma, así como de la organización de medios para la difusión de los libros. Ya existían grandes bibliotecas privadas. Especialmente los libros griegos habían entrado en cantidad como parte de *praeda belli,* y adquirió fama la biblioteca de Lúculo, abierta a los que deseasen usarla. Para Cicerón supuso un gran esfuerzo el formar una buena colección de libros; recibió mucha ayuda y consejo de su amigo Ático, y tuvo la fortuna de heredar la biblioteca del estudioso Servio Claudio. Pero fue César quien primeramente planeó una gran biblioteca pública. Comisionó a Varrón (quien entre sus muchas obras tiene un *De bibliothecis)* para reunir libros con destino a aquélla, aunque el plan no se llevó a cabo: la primera biblioteca pública de Roma la fundó en el Atrium Libertatis C. Asinio Polión en el 39 a. de C.

Nada sabemos del comercio de libros en Roma antes de la época de Cicerón. Por entonces los libreros y copistas (inicialmente llamados

ambos *librarii)* desarrollaron un activo comercio, aunque parece que no llegaron a niveles suficientemente altos como para satisfacer la demanda de un autor selecto, ya que Cicerón se queja de la pobre calidad de su trabajo *(Q. f.* 3.4.5, 5.6). Quizá para subsanar esta deficiencia, Ático, que había vivido mucho tiempo en Grecia y tenía experiencia en un comercio del libro bien organizado, puso su personal de bien experimentados *librarii* al servicio de sus amigos. No podemos saber si Ático trataría de satisfacer a Cicerón como amigo en un determinado momento, o si actuaría como un profesional, pero está claro que Cicerón acudió a él para obtener los servicios de un editor de primera categoría. Ático le revisaría cuidadosamente la obra, criticaría cuestiones de estilo o de contenido, discutiría la conveniencia de la publicación o lo aconsejable del título, organizaría lecturas privadas del nuevo libro, enviaría ejemplares de compromiso, organizaría su distribución. Su nivel de ejecución fue el más alto, y su nombre una garantía de calidad.

A través de las cartas intercambiadas entre Cicerón y Ático podemos hacernos una idea de la naturaleza fortuita e inestable de la edición en el mundo antiguo. No existían los derechos de autor (de ahí la importancia del patronazgo literario), y de la circulación privada se podía pasar, a través de varios grados, a la publicación en gran escala; un autor podía introducir alteraciones en un texto publicado pidiendo a sus amigos que corrigiesen sus copias, pero las copias restantes quedarían sin corregir. Cicerón reformó su *Academica* mientras Ático estaba encargado de sacar las copias, y le consolaba del esfuerzo empleado con la promesa de una versión mejorada. Pero ya existían copias de la primera redacción; ambas «ediciones» han sobrevivido, e incluso tenemos más testimonios de la primera que de la segunda. El mismo Cicerón protesta de que su *Oratio in Clodium et Curionem,* de la que nos han llegado fragmentos en algunos escolios, se publicó sin su consentimiento. En el *Orator* (29) había atribuido incorrectamente una cita de Aristófanes a Eupolis, y pidió a Ático que rectificara rápidamente el error en todas las copias. En este caso tuvo éxito al corregir la tradición que ha llegado a nosotros, pero no fue tan afortunado cuando en la *Republica* (2.8) quiso cambiar *Phliuntii* (como había denominado por error a los habitantes de Phlius) por *Phliasii;* el único manuscrito de aquella obra que nos ha llegado recoge todavía *Phliuntii,* y es el editor moderno quien lleva a cabo la corrección que Cicerón pedía.

5. DESARROLLO BAJO EL TEMPRANO IMPERIO

Hacia fines de la República romana ya existían unas instituciones y procesos que regían y salvaguardaban la transmisión de la palabra escrita, que bajo Augusto y sus sucesores fueron perfeccionados y consolidados. El comercio del libro floreció, y en seguida aparecen nombres de libreros: Horacio nos habla de los Sosii, después Quintiliano y Marcial se refieren a Tryphon, Atrectus y otros. En tiempos de Séneca el joven, el coleccionismo de libros se había convertido en una forma de ostentación extravagante. Augusto fundó dos bibliotecas públicas, una en el 28 a. de C. en el templo de Apolo en el Palatino, y la otra, poco después, en el Campus Martitus. Desde entonces, la formación de bibliotecas fue una forma de ejercer la munificencia tanto privada como imperial, no sólo en Roma sino también en las provincias; una de las más afamadas y duraderas fue la Bibliotheca Ulpia, fundada por Trajano, que sobrevivió durante largo tiempo a los desastres del fuego y las guerras, y permanecía todavía en pie en el siglo v. Un emperador ilustrado podía proteger el estudio tanto como la creación literaria; bajo Augusto fue designado Higinio bibliotecario Palatino, y Verrio Flaco fue nombrado tutor de los hijos del emperador. Durante esta época la educación escolar adquirió también la forma que iba a mantener durante siglos, y según el estado iba tomando creciente interés en la educación, se fue convirtiendo en la de uso general en todo el mundo romano.

La educación secundaria en Roma la impartía el *grammaticus*, y consistía sobre todo en la lectura cuidadosa y en la interpretación detallada de la poesía. De la prosa se ocupaba más bien el *rhetor*, aunque sus respectivos campos se confundían en algunas ocasiones. Q. Cecilio Epirota, liberto de Ático, inició un importante desarrollo poco después del 26 a. de C., al introducir en la escuela que había abierto la práctica de estudiar a Virgilio y a otros autores de la época. La introducción de Virgilio en el programa normal de las escuelas debió tener lugar a expensas de Ennio. A partir de este momento un poeta de éxito, como un Horacio o un Ovidio, podía ver entrar sus obras en el programa de estudios de las escuelas antes de su muerte, y así continuó sucediendo hasta que la reacción arcaizante de fines del siglo I interrumpió el proceso y congeló el canon de autores clásicos. Aunque poetas como Horacio y Lucano continuaban siendo leídos en las escuelas, se estudiaron

sobre todo dos poetas, Virgilio y, quizá más sorprendentemente, Terencio, aunque en otras épocas había sido un texto popular en las escuelas; en la prosa, Cicerón y Salustio ocuparon una posición igualmente destacada.

El estudio intenso y minucioso aplicado a los autores comúnmente leídos tanto por expertos como por inexpertos pudo afectar a los textos lo mismo para perfeccionarlos que para deteriorarlos. La gran demanda de obras populares y sobre todo de las que figuraban en los programas escolares debía haber inundado el mercado de copias defectuosas, y, aunque la cuidadosa atención de estudiosos y gramáticos tendería a conservar la pureza de los textos, está claro que los estudiosos de todos los tiempos, con su mejor intención, han tenido la posibilidad no sólo de corregir, sino también de deteriorar los textos que pasaban por sus manos. Esto es lo que ocurrió especialmente en el siglo I d. de C., en que los cambios radicales en los programas educativos no fueron contrapesados por los correspondientes reajustes en los métodos críticos. Los gramáticos tendieron a continuar aplicando a los autores recientes unos métodos creados por los estudiosos alejandrinos para el tratamiento de Homero, lo que pudo dar fácilmente como resultado un esfuerzo mal empleado y una manipulación hipercrítica del texto. En resumen, ni los malos efectos de la popularización, ni las interferencias de eruditos pedantes, parecen haber enlodado el curso central de nuestras tradiciones textuales tanto como era de temer. Pero en un mundo de libros escritos a mano sus posesores y lectores podían muy bien desear cambiar el texto para acomodarlo a sus gustos o a su concepción del mismo; tenían forzosamente que darse algunas chapuzas de *amateur*, y conservamos algunos interesantes ejemplos de primitivas corrupciones en los autores más divulgados. En época tan temprana como en los años 60, Séneca *(Epist.* 94.98) cita uno de los versos inacabados de la *Eneida*, «audentis fortuna iuvat» (10.284), con el añadido «piger ipse sibi obstat». El carácter sentencioso de este medio verso, y la posibilidad sugestiva de llenar este vacío, podían tan fácilmente haber dado lugar a la formación de un proverbio, que no es fácil pensar que Séneca usase una copia de Virgilio interpolada, sino que no hay duda de que aquellos que deseaban mejorar la épica nacional se habían puesto ya a trabajar. Livio nos ofrece un caso más claro. Quintiliano, que escribía unos treinta años después de Séneca, nos cuenta (9.4.74) que el prefacio a la *Historia* de Livio empezaba con el dactílico «Facturusne operae pretium sim», que debía preferirse a la versión corrupta que entonces circulaba. Debemos la finura estilística de estas palabras iniciales de Livio, con su

resonancia épica, a Quintiliano, ya que en todos los manuscritos de la familia Nicomaquea, de la que dependemos en este aspecto, se lee «Facturusne sim operae pretium». En el siglo siguiente, Gelio (20.6.14) se queja de que «maiores vestrum» de Salustio *(Cat.* 33.2) se ha corrompido en «maiores vestri», y los manuscritos que nos han llegado demuestran que la queja estaba justificada.

El gran estudioso de la época de Augusto, Verrio Flaco, todavía dedicó su atención a los escritores antiguos, pero su contemporáneo Julio Higinio, hombre de amplios conocimientos, escribió una obra sobre Virgilio que incluía observaciones sobre su texto. Julio Higinio leyó «sensus... amaror» en lugar de «sensu... amaro» en las *Geórgicas* 2.247, alegando la autoridad de un manuscrito «ex domo atque ex familia Vergilii» (Gelio, 1.21); en *Eneida* 12.120 corrigió «velati lino» en «velati limo» *(limus* significa delantal sacrificial), quizá más admisible, aunque es difícil no llegar a la conclusión de que a Higinio le interesaba más enmendar a Virgilio que enmendar el texto de Virgilio. Remio Palemón, gramático influyente, continuó interesándose por los autores de su época, y Asconio, que destaca entre los comentaristas antiguos por su buen sentido e integridad, escribió sobre Cicerón, Virgilio y Salustio. Pero entre los estudiosos del siglo I el más famoso en su tiempo y en épocas posteriores fue M. Valerio Probo, de Beirut. Las fechas de su vida quedan entre los años 20 y 105 d. de C., y su período de actividad estudiosa probablemente corresponde a las décadas finales del siglo. Es una figura controvertida, ya que nuestra información sobre él es escasa y generalmente exagerada. Los datos que tenemos sobre su vida nos los proporciona Suetonio *(De gramm.* 24), quien nos cuenta que Probo, desilusionado en sus esperanzas de ascenso militar, se entregó al estudio de los viejos autores que había aprendido a admirar en su escuela de provincias, y que en aquel momento en Roma estaban pasados de moda. Reunió una gran cantidad de textos, y los estudió detenidamente de acuerdo con los métodos de Alejandría, colocando ayudas para el lector y añadiendo signos críticos en los márgenes: «multaque exemplaria contracta emendare ac distinguere et adnotare curavit». Aunque no practicó la enseñanza, tuvo algunos seguidores con los que se reuniría en ocasiones para leer textos; sólo publicó unas pocas obras cortas, pero dejó tras de sí una *Silva observationum sermonis antiqui* de buen tamaño. Que usó los instrumentos de la crítica de Alejandría nos lo atestigua el *Anecdoton Parisinum* (véase pág. 29): se cree que usó ciertas *notae (asteriscus, asteriscus cum obelo, diplē)*, y su empleo de otros signos aparece implícito en los comentarios posteriores; se dice que trabajó en

especial sobre Virgilio, Horacio y Lucrecio. Se encuentran rastros de su actividad, algunos quizá apócrifos, en los comentaristas posteriores, como Servio y Donato, y en Gelio. Por ejemplo, en *Aen.* 1.44 quiso corregir *pectore* por *tempore;* en 8.406 encontró impropia la expresión *coniugis infusus gremio,* y leyó *infusum;* en 10.173 colocó una coma tras *trecentos;* en 10.539 cambió *armis* por *albis;* en *Adelphi* de Terencio atribuyó las palabras «quid festinas, mi Geta» (232) a Sostrata; en *Catilina* de Salustio (5.4: «satis eloquentiae, sapientiae parum») quiso imponer a Salustio la palabra *loquentia.* Poco de esto nos inspira confianza. No es seguro que cotejase manuscritos, aunque pudo haber tenido acceso a por lo menos un texto autorizado: afirmaba que su conocimiento del uso por Virgilio de *i* o *e* en acusativos como *urbes/urbis* y *turrem/turrim* se basaba en un manuscrito corregido por la propia mano de Virgilio (Gelio, 13.21.1-8). Es difícil valorar la influencia que tuvo en nuestras tradiciones textuales. Probo ha sido fácil comodín tanto para adjudicarle débiles reconstrucciones de la historia antigua de numerosos textos, como para atribuirle autorizadas ediciones de Virgilio, Terencio, Horacio, Lucrecio, Plauto, Persio y Salustio. Encontramos la noticia de sus trabajos sobre Virgilio y Terencio en Servio, en Donato y en otros, y poseemos un par de referencias aisladas a su interés por Plauto y Salustio. Existe una vida de Persio que se dice haber sido tomada «de commentario Probi Valerii». De sus citadas ediciones de Horacio, Lucrecio y Plauto no tenemos más que conjeturas. Sin duda circularon en la antigüedad copias por él corregidas, se pudo disponer de algunos de sus escritos, y los puntos de vista que había expuesto en sus reuniones informales, transmitidos oralmente, fueron accesibles a las generaciones siguientes, como demuestra Gelio. Un legado tal no pasaría desapercibido, pero no es suficiente para dar a entender la existencia de una serie de ediciones autorizadas que hubieran dado forma a la corriente principal de la transmisión. Las observaciones de los estudiosos sobre los textos que estudiaban quedarían incorporadas a sus comentarios, que durante esta época constituirían libros aparte. Hay, pues, una saludable división entre conjetura y texto, y de hecho en los manuscritos que han llegado a nosotros hay, por ejemplo, pocas trazas de las correcciones o enmiendas de Probo que nos son conocidas. Nuestra tradición de Virgilio nos demuestra lo poco que la obra de los estudiosos que surgían alrededor de un autor debió afectar en el fondo a su texto.

6. ARCAÍSMO EN EL SIGLO II

La marcada decadencia de la literatura creativa que se extendió durante el siglo II, se acompañó de un amplio interés académico por los escritores del pasado. En especial hubo un resurgimiento del entusiasmo por los autores antiguos de Roma. Los comienzos de este renacimiento arcaico pueden encontrarse en Probo; fue fomentado por Hadriano, y su influencia puede encontrarse en las obras de Frontón, Gelio y Apuleyo. Este culto de lo arcaico, además de producir los más barrocos efectos en la prosa de la época, dio lugar a que los escritores de la primitiva República —Ennio, Plauto, Catón, y también otros menos conocidos— fuesen sacados de sus estantes y estudiados con apasionado interés. Debemos a este renacimiento gran parte de lo que conocemos de estos escritores antiguos. Su oportunidad para una supervivencia definitiva era escasa; su lenguaje era demasiado arcaico y oscuro para superar el escaso interés y la decadencia literaria de las épocas que estaban por venir, y, con algunas notables excepciones, sobrevivieron sólo en los fragmentos y comentarios recogidos por Gelio o algunos de los tardíos recopiladores de hechos y dichos.

Podemos entresacar de las páginas de las *Noches áticas* de Aulo Gelio una interesante pintura del comercio del libro antiguo en el siglo II d. de C. Nos cuenta que vio en venta en una librería de Roma una antigua versión latina de los *Anales* de Fabio Pictor (5.4.1), y relata cómo uno de sus maestros, para comprobar una palabra, se procuró con gran esfuerzo y dispendio un viejo manuscrito de los *Anales* de Ennio «casi con certeza corregido por el propio Lampadión» (18.5.11). También podían hacerse hallazgos valiosos en las bibliotecas de Roma y de provincias: él había encontrado en Roma una obra rara de Elio Estilón (16.8.2), en Patras una copia venerable de Livio Andrónico (18.9.5), en Tibur un manuscrito del historiador de la época de Sila, Claudio Cuadrigario (9.14.3). Un amigo suyo tenía un Virgilio «mirandae vetustatis, emptum in Sigillariis XX aureis» (2.3.5), es decir, un hallazgo, si la historia es cierta, hecho en una feria de Pascuas. Frontón corrobora la existencia de este paraíso del anticuario al hablar del alto precio y del prestigio que alcanzaban en su época los manuscritos de Catón, Ennio, Cicerón y otros escritores republicanos, si estaban transcritos por hombres como Lampadión y Elio Estilón, si habían sido publicados por

Tirón o copiados por Ático o Nepote *(Ad M. Caes.* 1.7.4). Quizá debamos pensar que la venerabilidad de los libros que podían encontrarse todavía en esta época ha sido exagerada por astucia comercial o por entusiasmo de coleccionista, y parece que no hay duda de que algunos de los ejemplares más cotizados eran claras y notorias falsificaciones; pero aunque algunos de los detalles sean sospechosos, los hechos fundamentales de esta situación permanecen, tales como la disponibilidad continuada de los escritos de la época de la República, el valor atribuido a los viejos autores y a los viejos manuscritos, y el interés de los estudiosos en poseerlos, a veces solamente por la esperanza de recuperar una lectura auténtica o arcaica. La práctica de consultar otros manuscritos para verificar o mejorar la copia es un acto natural que debe haber tenido lugar en alguna medida en todos los tiempos, pero no hay evidencia de una tal búsqueda de manuscritos hasta los tiempos de Gelio. El más antiguo testimonio de lo que podemos considerar una recensión de un texto también se retrotrae a esta época, y se refiere a la actividad de Estatilio Máximo, conocido estudioso ciceroniano del siglo II. En un manuscrito de discursos de Cicerón descubierto en 1417 (véase pág. 135), el segundo discurso *De lege agraria* comienza con una nota que se nos ha transportado con el texto y nos lleva muchos siglos atrás: «Statilius Maximus rursum emendavi ad Tyronem et Laecanianum et Domitium et alios veteres III. oratio XXIIII». El sentido general está claro: Estatilio corrigió el texto teniendo en cuenta varios manuscritos, entre ellos uno que se decía proceder de Tirón.

7. LOS COMPENDIOS Y LOS COMENTARIOS

La decadencia intelectual iniciada en el siglo II se incrementó a consecuencia de la ruptura económica y el caos político del siglo III, y no aparecerá ninguna figura literaria destacada, aparte de los escritores cristianos, hasta la época de Claudiano. Muchas de las obras producidas en este período, aunque faltas de interés en sí, tienen importancia para la historia de los textos clásicos. Algunas fueron importantes porque aseguraron la continuidad de la tradición clásica a lo largo de la Edad Media, cuando las grandes obras literarias no estaban disponibles o no se adaptaban a las necesidades y posibilidades de la época; algunas todavía tienen valor, al haberse perdido o mutilado sus fuentes. Entre éstas se encuentran los compendios. Floro había escrito en el reinado

de Hadriano un resumen de historia romana, y antes de esto era conocido un epítome de Livio. A éstos siguieron, en el siglo III, el epítome del escritor de la época de Augusto Pompeyo Trogo hecho por Justino, y en el IV las historias abreviadas de Eutropio, Aurelio Víctor y otros sin nombre conocido. Algunos de éstos fueron muy leídos en épocas en que no era posible asimilar el rico caudal de Livio, y en que las obras de Tácito estaban perdidas. Ya a fines del siglo III el emperador Tácito (275-6), según se dice, habría ordenado que las obras de su homónimo fuesen copiadas diez veces en un año, «ne lectorum incuria deperiret» *(Hist. Aug.* 27.10.3). Esta historia es casi con seguridad una invención de fines del siglo IV, pero es *ben trovata*. Aparte de los desastres políticos del siglo III, que sin duda tuvieron su influencia, la destacada ausencia de cualquier manifestación literaria nos sugiere fuertemente que la preservación y transmisión de la herencia literaria pudo además haber padecido el olvido y la incomprensión. En otros campos tenemos el epítome de Verrio Flaco por Festo, y el saqueo de Plinio y Mela por Solino. Este período, que produjo tantos manuales concentrados, fue también la gran época de los comentaristas y escoliastas, de los cuales los mejor conocidos son Acrón y Porfirio, que comentaron a Horacio, y los dos grandes estudiosos del siglo IV, Elio Donato y Servio; Donato escribió sobre Terencio y Virgilio, Servio colaboró en el gran comentario virgiliano que lleva su nombre. Donato fue también autor de dos gramáticas, conocidas como *Ars minor* y *maior*, que, junto con las *Institutiones grammaticae* de Prisciano (siglo VI), fueron los principales textos gramaticales de uso en la Edad Media.

Debemos mencionar aquí, a causa de su significado en épocas posteriores, otras dos compilaciones, el *De compendiosa doctrina* de Nonio Marcelo, de fecha incierta, y el *De nuptiis Philologiae* de Martianus Capella, del siglo V. El primero es un diccionario, todavía valioso en cuanto contiene muchas citas de obras hoy perdidas; parece que el autor extractó dos tragedias del propio Ennio. El *De nuptiis* es un tratado alegórico sobre las siete artes liberales, que aparecen como doncellas en las bodas de Mercurio y Filología. Hacia finales del siglo I se había normalizado el canon de las artes liberales: gramática, retórica, dialéctica, aritmética, música, geometría y astronomía. Este canon se traspasó a la Edad Media y se convirtió, en teoría, en la base de la educación medieval. Con el tiempo se dividirían en dos grupos, el *trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y el *quadrivium* (aritmética, música, geometría, astronomía), correspondientes a un curso elemental y otro más avanzado.

Las gramáticas y compilaciones de la antigüedad tardía sirvieron para una doble finalidad, pues además las citas que usaban para ilustrar una palabra o un hecho proporcionaron a los hombres de la Edad Media lo que fue en sus tiempos la suma de sus conocimientos de la literatura antigua, y les permitieron dar a sus escritos un barniz de sabiduría que lamentablemente desentonaba con la escasez de sus lecturas clásicas.

8. DEL ROLLO AL CÓDICE

Entre los siglos II y IV se desarrolló un hecho muy significativo para la historia del libro y por tanto para la transmisión de los textos clásicos en general. Se trata de la desaparición gradual del rollo en favor del códice, es decir, la adopción de una forma de libro que tiene esencialmente el mismo aspecto que los que hoy están en uso.

Hasta el siglo II d. de C. el soporte normal de todos los textos escritos había sido el rollo de papiro, aunque desde tiempos muy antiguos había existido un material alternativo en las tabletas enceradas, que consistían en unas cuantas tablas cubiertas de cera y unidas con una correa o broche; se usaron a través de toda la antigüedad para escribir cartas, ejercicios escolares, borradores u otros propósitos ocasionales. Los romanos extendieron su uso a los documentos legales, y dieron el importante paso de reemplazar las tabletas de madera por hojas de pergamino. Estos cuadernos de anotaciones en pergamino *(membranae)* estaban en uso a fines de la República, pero todavía habría de pasar mucho tiempo antes de que adquirieran el estado de libros.

La primera mención de obras literarias publicadas en códices de pergamino la encontramos en Marcial, en algunos poemas escritos en los años 84-6. Insiste Marcial en su forma compacta y en su manejabilidad por el viajero, y dice al lector el nombre de la tienda donde puede adquirirse esta novedad (1.2.7-8). Aunque conservamos un fragmento de un códice de pergamino escrito en latín alrededor del año 100 (el anónimo *De bellis Macedonicis,* P. Lit. Lond. 121), las ediciones de bolsillo que Marcial se tomó la molestia de anunciar no tuvieron éxito. El códice no se empleó en la literatura pagana hasta el siglo II; pero ganó terreno rápidamente en el III, y triunfó en el IV. Podía estar fabricado tanto de papiro como de pergamino, aunque fue el códice de pergamino el que prevaleció. Aunque un rollo de papiro podía durar hasta 300 años (Galeno, 18(2).630), el término medio de vida sería más corto, y el per-

gamino resultaba un material mucho más duradero; su resistencia al paso del tiempo supuso un factor vital en la supervivencia de la literatura clásica. El impulso para el cambio de forma del libro debe haber surgido del cristianismo primitivo, ya que mientras el códice pagano apenas existía en el siglo II, la forma de códice era ya de uso general para los textos bíblicos.

El códice tenía muchas ventajas sobre el rollo: era más manejable, cabía en él más texto, era más fácil de consultar. Era más sencillo referirse a un texto por medio de la numeración de las páginas, y la inclusión de un índice del contenido preservaba contra las interpolaciones falsas y otras interferencias en el texto. Éstas debieron ser importantes consideraciones en una época en que gran parte de la vida giraba alrededor de los textos autorizados de las Escrituras y del Código. La importancia del códice para la religión y para el derecho es obvia. También tenía un gran valor para los textos literarios: un libro en el que cabía el contenido de varios rollos suponía la posibilidad de incluir bajo una única cubierta un *corpus* de textos relacionados entre sí, o lo que se considerase mejor de la obra del autor, y esto ofrecía gran interés a una época que trataba de disponer su herencia intelectual en una forma manejable.

El cambio del rollo al códice implicaba la transferencia, gradual pero total, de la antigua literatura de una a otra forma. Éste fue el primer gran obstáculo que la literatura clásica tuvo que saltar. No hay duda de que mucho se perdió en este proceso, aunque es difícil especificar o valorar estas pérdidas. Existió el peligro de que obras poco leídas no se pasasen a la forma de códice, y los rollos perecerían con el paso del tiempo. Un autor de obras voluminosas, si algunos de sus rollos no estaban disponibles en un momento crítico, pudo no recobrar nunca sus libros perdidos.

Si tenemos en cuenta que algunos de los más viejos libros del mundo antiguo que han llegado a nosotros son códices en pergamino del siglo IV, puede resultar apropiado el referirse ahora a otra cuestión, la de las principales escrituras usadas en la época romana para la producción del libro. Fueron la capital cuadrada, la capital rústica, la uncial y la semiuncial. Los únicos manuscritos totalmente copiados en capital cuadrada son unos pocos códices majestuosos de Virgilio; esta escritura, copiada de la de las inscripciones monumentales, parece haberse introducido como un refinamiento deliberado para las ediciones de lujo del poeta nacional romano. No resulta por tanto acertada la denominación tradicional de capital rústica aplicada a la escritura capital normal

de la antigüedad por comparación de sus líneas menos regulares con las de la escritura monumental (Lám. IX); y esta denominación encantadora, pero bastante equívoca, está hoy día siendo cambiada por la de «capital canónicas» y «capital» normal. Los más antiguos ejemplos que pueden datarse son el papiro de Gallus (P. Qaṣr Ibrîm, c. 50-20 a. de C.), y el fragmento de un poema sobre la batalla de Actium (Nápoles, P. Herc. 817), escrito entre el suceso que describe (31 a. de C.) y la destrucción de Herculano (79. d. de C.), donde se encontró. Esta escritura continuó sin apenas variaciones hasta principios del siglo VI; manuscritos famosos en esta escritura son el Codex Bembinus de Terencio (Vat. lat. 3226) y los grandes códices de Virgilio, el Mediceus, el Palatinus y el Romanus. Las otras caligrafías del período romano fueron esencialmente una evolución de las escrituras romanas, y quedaron constituidas cuando las formas cursivas fueron normalizadas y refinadas para poder servir a las necesidades de los calígrafos. La uncial, una bella escritura mayúscula redonda, apareció como caligrafía completamente desarrollada en el siglo IV, y duró hasta el IX. Un ejemplo primitivo es el palimpsesto vaticano del *De republica* de Cicerón (Vat. lat. 5757, de fines del siglo IV o principios del V, Lám. X); otro de los más bellos es el Codex Puteanus de la tercera *Década* de Livio, del siglo V (Paris lat. 5730, Lám. XI). Otra evolución de la cursiva, particularmente de la minúscula cursiva, dio como resultado la creación de la primera caligrafía minúscula, la semiuncial. Hay algunos textos clásicos escritos en esta grafía, principalmente en papiros, pero fue utilizada sobre todo en los escritos cristianos.

9. PAGANISMO Y CRISTIANISMO EN EL SIGLO IV

El siglo IV fue testigo de las últimas batallas entre el cristianismo y el paganismo. En el 312 el primer emperador cristiano, Constantino, dio un giro espectacular a la política de su predecesor Diocleciano al permitir a los cristianos la libertad de culto, y en el espacio de unas pocas décadas éstos habían ganado la guerra en el campo pagano. El momento álgido de esta lucha se manifiesta en el solemne debate que tuvo lugar en el 384 entre Ambrosio, entonces obispo de Milán y en camino hacia la cumbre de su poder, y Q. Aurelio Símaco, administrador y escritor pagano, que elevó una conmovedora súplica para que fuese restituido el altar de la Victoria que había sido retirado de la curia. En el 394

el jefe de la última resistencia pagana, Virio Nicómaco Flaviano, fue derrotado por Teodosio, y se suicidó según la vieja tradición. En el centro de la oposición pagana en Occidente estaban los senadores romanos, que retomaron durante algún tiempo el espíritu de sus antepasados y se reagruparon para defender sus tradiciones y su herencia espiritual.

Conservamos un recuerdo vívido y sentido de este movimiento en los *Saturnalia* de Macrobio. La importancia de este simposio erudito radica en la escena y en las *dramatis personae.* En el año 384, con ocasión de los Saturnalia, se reunieron algunos romanos cultivados de clase alta en días sucesivos en las casas de Vettius Agorius Praetextatus, Virius Nicomachus Flavianus y Symmacus, y sostuvieron sabias conversaciones sobre religión, historia, filología, y en particular sobre su gran poeta pagano Virgilio. Entre los presentes estaban otros conocidos oponentes al cristianismo. Servio estaba presente como representante de los estudiosos profesionales, algo intimidado por la compañía. Sabemos que Pretextato murió en el 384, y Flaviano en el 394; Macrobio ha recreado nostálgicamente la gran sociedad pagana del pasado como un cuadro de fondo para su compilación erudita, en el que vemos a sus miembros, antes de que su mundo se hubiese derrumbado en torno suyo, discutiendo las minucias de la vida y la literatura romanas con la cultivada erudición de los grandes romanos de la República.

Estos hombres nos han dejado su propio recuerdo, modesto pero efectivo, en las notas, llamadas generalmente subscripciones, puestas a algunos textos latinos. La producción de textos correctos de los autores latinos, aunque sólo fuese con la modesta intención de contar en la biblioteca propia con un texto legible, continuó durante todas las épocas. Pero las subscripciones nos dan a entender que hubo un súbito incremento de esta actividad hacia fines del siglo IV, y la intensificación de este proceso fue en su origen una faceta del renacimiento pagano. Por fortuna éste sobrevivió al paganismo: las grandes familias romanas de la tardía antigüedad continuaron esta tradición, y los descendientes de los Símacos, de los Nicómacos y otros, tanto paganos como cristianos, continuaron preservando su herencia nacional mientras las sucesivas oleadas de bárbaros se expandían por el Imperio.

Afortunadamente el triunfo del cristianismo no suprimió la necesidad de contar con textos legibles de los autores paganos. Los cristianos que eran hostiles a la literatura pagana se encontraron con un grave dilema. Aquélla resultaba claramente inconveniente para ser la base de la educación cristiana. Los poetas eran politeístas, y sus historias sobre los

dioses, y en particular las que versaban sobre el padre de todos ellos, solían ser escasamente edificantes, cuando no claramente inmorales; la retórica romana, aunque podía ser útil si se empleaba correctamente, fomentaba la desenvoltura en el discurso y el uso de argumentos contrapuestos a la piedad sencilla; incluso los filósofos, que tenían tanto que ofrecer al pensador cristiano, contenían muchos argumentos contrarios a la fe religiosa y al modo de vida cristiano; la magnitud de la perfección alcanzada por el paganismo en todas las esferas de la actividad humana, de la cual tanto los escritos como los restos materiales eran un constante recuerdo, podía contribuir a socavar la confianza en los nuevos valores e instituciones. Por otro lado, la gran deuda que el cristianismo tenía con la civilización clásica, y el grado en que todavía se podía beneficiar de ella, fueron evidentes incluso en épocas en que la tensión entre las dos culturas alcanzó su punto más alto. Así como Ambrosio fue capaz de elaborar en su *De officiis ministrorum* un influyente manual de ética cristiana, reelaborando el contenido básicamente estoico del *De officiis* de Cicerón, de la misma forma Agustín, en su *De doctrina christiana,* escrita en la época en que se mostró menos inclinado a la literatura secular, adaptó con éxito, a las necesidades del predicador cristiano, la retórica clásica romana, y en particular la teoría de los tres estilos, tal como había sido elaborada por Cicerón en el *Orator.* La angustia del dilema con el que se enfrentaba el cristianismo ortodoxo educado en las escuelas paganas se refleja de un modo dramático, en términos humanos, en Jerónimo, quien oscila entre la conciencia y la renunciación, la tentación y el compromiso. Este último era inevitable. En general se reconoció que la literatura pagana podía ser saqueada con provecho con tal de que se guardasen las debidas precauciones y el fin justificase los medios. Jerónimo usa la analogía de la mujer cautiva que aparece en el Deuteronomio (21:10-13), la cual puede ser tomada como esposa y convertida en una auténtica israelita una vez que se le ha afeitado la cabeza y se le han cortado las uñas *(Epíst.* 70.2). Agustín sanciona el uso de la sabiduría secular por comparación con el despojo de los egipcios *(De doctrina* 2.60). Aunque la actitud cristiana ante la sabiduría pagana continuó siendo compleja e inestable, y la generalización es peligrosa, las dos comparaciones antedichas resonaron a través de los tiempos y proporcionaron una buena justificación para aquellos que deseaban tener lo mejor de ambos mundos. Por el momento, la necesidad práctica tuvo la última palabra: el viejo sistema romano de educación continuó por la simple razón de que no había otra alternativa. Los escritos cristianos no se adaptaban a los programas escolares, los

libros de texto básicos eran todos paganos, y en cualquier caso el romano cultivado ordinario tenía pocos escrúpulos acerca de la educación tradicional; los compromisos de la sociedad educada y su propio y altamente desarrollado sentido del estilo le hicieron difícil el cambio a la menos cultivada dieta de la literatura cristiana. El sistema educativo romano, incluidos autores y dioses y demás, continuó hasta que las escuelas monásticas y episcopales estuvieron en condiciones de reemplazarlo por una educación que, a pesar de lo mucho que debía al sistema tradicional, era esencialmente cristiana en orientación y propósito.

10. LAS SUBSCRIPCIONES

Las subscripciones nos proporcionan una serie de fascinantes testimonios del interés que se tuvo en la tardía antigüedad por la literatura clásica y su preservación. Estas notas, que se colocaban originalmente al final de una obra o de los libros de una obra, se han ido copiando a veces de manuscrito en manuscrito junto con el texto. Pero el copista podía omitirlas fácilmente, y el hecho de que nos hayan llegado tantas es una indicación de lo extendida que estuvo esta actividad. El trabajo que llevó a cabo Pretextato para la corrección de textos se recuerda en su epitafio (Dessau, *ILS* 1259, 8-12), pero no queda traza de aquél en ninguno de los manuscritos supervivientes, aunque la tradición familiar se continuó hasta el siglo VI: el Vettius Agorius Basilius Mavortius que trabajó sobre el texto de Horacio algo después del 527 debió ser miembro de la misma familia. En muchos casos la subscripción se ha recogido en manuscritos de fecha más tardía, que nos la han transmitido junto con el texto al que fue añadida. El arquetipo de Pomponio Mela del siglo IX (Vat. lat. 4929) refleja el ejemplar antiguo con tal fidelidad en algunos lugares, que puede verse en él la subscripción tal como constaba, inserta en el lugar acostumbrado entre el *explicit* de una obra y el *incipit* de la siguiente. Si bien puede dudarse de que la subscripción del Vergilius Mediceus (Laur. 39.1, Lám. IX) sea el auténtico autógrafo de Asterio, sin embargo ésta habría sido añadida al manuscrito de la forma usual. En ella Asterio, cónsul en el 494, nos deja el recuerdo de que él corrigió y puntuó el texto. El palimpsesto antiguo de las Cartas de Frontón (Vat. Pal. lat. 24) lleva la subscripción autógrafa de Cecilio. Merece la pena hacer notar que Mavortio, descendiente de una gran familia pagana, y Asterio, corrector del gran poeta pagano, no sintieron

escrúpulos en dedicarse a los textos cristianos. Mavortio trabajó sobre un manuscrito antiguo de Prudencio (Paris lat. 8084), y Asterio fue responsable de la publicación del *Carmen Paschale* de Sedulio.

Las subscripciones comienzan a aparecer hacia fines del siglo IV, y se continúan hasta el VI. Varían desde el simple «Iulius Celsus Constantinus v. c. legi» *(Guerra de las Galias* de César) hasta una explicación más detallada en la que se da la fecha, el lugar y las circunstancias de la revisión. El autor de ellas puede ser en ocasiones un administrador o incluso un oficial del ejército, más bien que un estudioso profesional. En algunos casos el corrector aficionado busco la ayuda del experto o tuvo acceso a otro manuscrito, en otros confiesa, en un *cri de coeur,* que ha trabajado «sine exemplario» o «prout potui sine magistro».

Entre las más antiguas está la subscripción puesta al *Asno de oro* de Apuleyo:

> Epo Sallustius legi et emendavi Romae felix, Olibrio et Probino v. c. conss., in foro Martis controversiam declamans oratori Endelechio. Rursus Constantinopoli recognovi Caesario et Attico conss.

Es un interesante documento que se retrotrae a los tiempos del renacimiento pagano. Los años en cuestión son el 395 y el 397, y el Sallustius que llevó a cabo la revisión sería un miembro de la familia cercanamente emparentada con Símaco. El trabajo lo realizó con la ayuda de Severus Sanctus Endelechius en el foro de Augusto, que, junto con el cercano foro de Trajano, albergaba las escuelas de retórica y gramática. Una de las tres familias de manuscritos de Marcial se basa en una antigua «recensión» que había sido corregida por Torquatus Gennadius en el 401, también en el foro de Augusto, y los foros imperiales continuaron siendo centros de vida intelectual hasta fines del mundo antiguo.

La más celebrada serie de subscripciones es la que se encuentra en varios de los libros de la Primera Década de Livio:

> Emendavi Nicomachus Flavianus v. c. ter praef. urbis apud Hennam.
> Nicomachus Dexter v. c. emendavi ad exemplum parentis mei Clementiani.
> Victorianus v. c. emendabam domnis Symmachis.

La «recensión» nicomaquea de la Primera Década de Livio fue un trabajo de colaboración llevado a cabo por las familias emparentadas de los Nicómacos y los Símacos, que tuvieron el ambicioso proyecto de revisar a Livio en su totalidad. Nicomachus Flavianus es el hijo del an-

tes referido jefe pagano, y Nicomachus Dexter es su nieto; Tascius Victorianus, quien aparece aquí colaborando con los Símacos, editó una de las obras del viejo Flaviano. Parte del trabajo de revisión se hizo en la *villa* de los Nicómacos en Enna, Sicilia.

Podemos ver la continuidad de esta tradición en la subscripción al comentario, por Macrobio, del *Somnium Scipionis* de Cicerón:

> Aurelius Memmius Symmachus v. c. emendabam vel distinguebam meum [*sc.* exemplar] Ravennae cum Macrobio Plotino Eudoxio v. c.

Aquí el bisnieto del Símaco que aparece en los *Saturnalia* de Macrobio se nos muestra corrigiendo otra obra de éste, con la ayuda de un nieto del propio autor. La cadena se extiende hasta los propios umbrales de la Edad Media, pues este Symmachus, cónsul en 485, fue el suegro de Boecio.

II

EL ORIENTE GRIEGO

1. LITERATURA Y ERUDICIÓN BAJO EL IMPERIO ROMANO

Durante los primeros siglos del Imperio Romano la vida intelectual en las provincias griegas permaneció en estado de decadencia. A pesar de existir instituciones de educación superior, tales como las escuelas de filosofía y de oratoria en Atenas, en Rodas y en otros lugares, hubo pocas realizaciones sobresalientes en la literatura o en la erudición. Todavía existía el Museo de Alejandría; aunque el fin del gobierno independiente en Egipto puso término a la protección real de la erudición, pronto se restauró la situación anterior, como vemos por Estrabón, quien nos informa (17.1.18) de que el emperador romano sostenía ahora el Museo, y hay referencias concretas a estudiosos que disfrutaron de sus privilegios. Pero no parece que se produjesen notables obras de erudición. Sólo la biblioteca continuó prestando servicio como destacada colección de materiales para el público estudioso; la tradición de que César fue el responsable accidental de su destrucción durante su visita a Egipto (48-47 a. de C.) se ha aceptado ampliamente, pero las fuentes no están totalmente de acuerdo en cuanto a la valoración del daño producido, y parece más bien que no debió arder más que una sección de la biblioteca, o que las deficiencias fueron compensadas por Antonio, quien según se dice trasladó la biblioteca de Pérgamo a Alejandría (Plutarco, *Antonio* 58); tampoco parece que sea fácil de conciliar el hecho de la destrucción con el de que Estrabón realizó, según parece, sus investigaciones geográficas en Alejandría. Más difícil es ras-

trear los trabajos literarios que allí se realizasen. En la época de Augusto, Aristónico continuó seleccionando comentarios homéricos, y Trifón estudió y clasificó las figuras del discurso (el tratado que hoy figura bajo su nombre fue revisado por redactores posteriores). Durante el reinado de Tiberio hay de nuevo signos de alguna actividad; Teón comentó varios textos poéticos, especialmente helenísticos, tales como Teócrito, Apolonio de Rodas y Calímaco; recientemente ha salido a la luz un fragmento de sus notas sobre las *Píticas* de Píndaro (P. Oxy. 2536). Apión preparó un glosario de Homero citado por Hesiquio y Eustacio (sobrevive un fragmento en el P. Rylands 26). Heliodoro escribió un comentario sobre la métrica de Aristófanes, parte del cual se encuentra en los escolios conservados. Nicanor escribió una monografía sobre la puntuación de la *Ilíada,* de la que sobreviven extractos en los escolios. Pero tal como podemos ver ninguna de estas obras fue importante como para suponer un avance en los métodos de investigación o en los principios críticos. La mayor parte de esto podemos aplicarlo también a los siglos II y III, con la excepción de que los gramáticos Apolonio Díscolo y su hijo Herodiano fueron importantes en su campo, y algunas de sus obras sobreviven independientemente de sus escolios. Apolonio fue el primer gramático que escribió sobre la sintaxis de un modo que se asemeja al sentido moderno del término; el nombre de Díscolo se dice que se le aplicó por la dificultad de la materia de que trataba. Entre otras cosas caracterizó el tiempo perfecto en griego como una descripción de un estado presente; también mostró claramente por primera vez la diferencia implícita en el uso del presente y del aoristo en modos diferentes del indicativo. En ambas cuestiones realizó un avance sobre los teóricos estoicos, quienes ya habían conseguido desarrollar una terminología útil para aplicar a los tiempos verbales.

La decadencia de la erudición y de la crítica no tiene por qué ser explicada simplemente como parte de la decadencia general de la época. Existe otra causa más tangible. Aunque la educación escolar incluía la lectura de Homero y los otros poetas, especialmente de la tragedia y la comedia, se fue poniendo un progresivo énfasis en el estudio de la retórica. Como resultado de esto se escribieron gran número de manuales de oratoria, y los oradores áticos, en particular Demóstenes, recibieron mayor atención que antes. En cierto modo se desvió el interés por los poetas. Otro cambio más importante en la educación pudo haber estado relacionado con el hecho de que la pobreza de Grecia y su evidente inferioridad respecto a Roma en todas las esferas alimentó fácilmente una admiración nostálgica por la perfección del período clásico;

si ellos ya no podían llevar a cabo acciones comparables a las de los grandes días del pasado, podían al menos rivalizar en estilo literario. La aparición de este sentimiento puede ser rastreada tan tempranamente como en la época de Augusto, y se hizo mucho más sobresaliente en el siglo II d. de C. Por esta época la lengua griega había experimentado considerables cambios, como podemos comprobar comparando la lengua clásica con la del Nuevo Testamento o con las cartas y documentos que figuran en los papiros. El deseo de escribir en estilo clásico creó la necesidad de manuales de instrucción, y las energías de los hombres con gustos literarios se volcaron en la composición de tales libros de texto. Los diccionarios compuestos por Elio Dionisio y Pausanias en época de Hadriano (117-38) han sobrevivido en fragmentos; también tenemos las obras enteras de Pólux y Frínico, que datan de los reinados de Marco Aurelio (161-80) y Commodo (180-92). Todos estos libros constituían una guía para el aspirante a escritor de prosa clásica ática; en general recogían palabras o construcciones del uso diario que el escritor podía verse tentado a emplear, y añadían la correcta expresión clásica. Cualquier persona cultivada que salpicase su prosa con expresiones modernas que no se encontraban en los grandes escritores atenienses, se consideraba que había estropeado su estilo gravemente, y que había hecho una vergonzosa exhibición de ignorancia y mal gusto; esto se desprende muy claramente de la carta dedicatoria que Frínico puso a su *Eclogé* y colocó al frente de la obra. Estos expertos en ático clásico no siempre estuvieron de acuerdo en sus recomendaciones, ni fueron igualmente estrictos en la construcción de las normas que proponían. Algunos, como Frínico, no acertaron a apreciar la distinción entre dicción poética y dicción en prosa, y recomendaron usos que se encuentran sólo en la tragedia griega. Esto los convirtió en guías poco fiables para el estudiante de la escuela o la universidad. Entre ellos surgió un cierto grado de controversia. Una cuestión fue si una sola aparición de una palabra en un autor clásico justificaba su uso, y por tres veces encontramos a Frínico en su *Eclogé* (206, 258, 400) diciendo que no le satisface recomendar palabras de este tipo, pues desea seguir el uso común y bien establecido de los autores áticos. También surgió la controversia cuando un purista daba instrucciones incorrectas; hay una obra del llamado «Anti-Aticista» que demuestra que algunas de las expresiones prohibidas pueden encontrarse en textos atenienses anteriores al año 200 a. de C.

Aunque esta moda era extremadamente artificial y tuvo efectos indeseables sobre las composiciones literarias de todo tipo, la práctica del

aticismo duró mucho tiempo; fue el principio que regía para todos los literatos, no sólo bajo el Imperio Romano, sino incluso hasta el fin del período bizantino. Los bizantinos quizá tuviesen en general menos éxito en su imitación de los modelos antiguos que los escritores de la segunda edad sofística, como Luciano y Arístides, pero no hay duda de que sus propósitos eran los mismos, pues los estudiosos tardíos compusieron léxicos de dicción ática, por ejemplo Focio en el siglo IX y Thomas Magister en el XIV; e incluso en el siglo XV, encontramos al historiador Critobulus escribiendo un relato de la caída de Constantinopla en poder de los turcos en 1453, en un estilo que pretende claramente imitar al de Tucídides. Un arcaísmo estilístico de este tipo no tiene paralelo, excepto quizá en China, donde todavía Mao Tse Tung pudo creer conveniente escribir poesía en el estilo de los poetas del siglo VIII como Li Po.

El aticismo tuvo otra consecuencia importante y menos desafortunada. La imposición de usar sólo dicción ática del mejor período aseguró el que los clásicos de la literatura ateniense continuasen siendo leídos en las escuelas formando parte de su programa normal; lo que por consiguiente dio lugar a que se produjesen regularmente nuevas copias del texto de las obras más importantes, en número suficiente como para garantizar la supervivencia de la mayoría de ellas; Menandro fue la única excepción. Incluso cuando el Imperio de Oriente descendió a su más bajo nivel, la tradición de la lectura de la literatura clásica en las escuelas nunca llegó a borrarse del todo.

El estudio detallado de los textos áticos condujo a otros resultados. La aparición de palabras no áticas en un texto que se suponía procedente del período clásico podía suscitar sospechas sobre su autenticidad; y de hecho vemos cómo Frínico señalaba que el discurso *Contra Neaera,* del corpus demosténico, debía ser considerado falso, en parte teniendo en cuenta su lenguaje impuro *(Eclogé* 203). Pero estas observaciones lingüísticas insignificantes de las escuelas no fueron enteramente beneficiosas. Tuvieron el efecto de inculcar las formas e inflexiones del dialecto ático tan profundamente que, cuando un hombre instruido transcribía un texto, tendía a reemplazar las formas procedentes de otros dialectos por las del ático que él conocía bien. Esto aparece claramente en obras que contienen dialecto dórico, tales como las partes líricas de la tragedia o los *Idilios* de Teócrito; en muchas partes del texto las formas dóricas originales han sido eliminadas por sucesivas generaciones de copistas. El texto de Jenofonte ha sufrido el mismo proceso. Frínico nos dice *(Eclogé* 71) que Jenofonte se apartó de su na-

tivo dialecto ático para escribir la palabra «olor» como *odmē* en lugar de *osmē;* del mismo modo Focio dice en su *Léxicon* que Jenofonte usaba la expresión poética para «amanecer», *ēōs,* en lugar de la ática *hĕōs;* pero en los dos casos citados, los manuscritos supervivientes de Jenofonte muestran regularmente las formas áticas normales. Aquí está clara también la influencia de los copistas.

2. LA IGLESIA CRISTIANA Y LOS ESTUDIOS CLÁSICOS

Ahora tenemos que considerar los efectos de la expansión de la Iglesia cristiana sobre la educación y los estudios literarios. En la temprana antigüedad la tolerancia religiosa había sido la norma más bien que la excepción, y los adictos a muchas diferentes religiones habían vivido en paz unos junto a otros; pero la animosidad con la que los cristianos y los paganos se miraron mutuamente trajo consigo un cambio sustancial y permanente. Gran parte del clero influyente rechazaba tanto a los no creyentes como a la literatura clásica griega que ellos estudiaban con entusiasmo, y así los miembros de las comunidades cristianas fueron advertidos de que no leyesen tales libros. Si todo el clero hubiese adoptado esta actitud, habría acabado por imponer una efectiva censura sobre la literatura clásica, pues la nueva religión se convirtió en universal hacia el siglo v; teniendo esto en cuenta, no cabe duda de que una de las principales causas de la pérdida de textos clásicos es que la mayor parte de los cristianos no se interesaron en su lectura, y de aquí que no se hiciese el número suficiente de copias nuevas de los textos como para asegurar su supervivencia en una época de guerra y destrucción. Pero el mérito literario de los autores clásicos fue suficiente como para incitar a algunos cristianos a leerlos, especialmente porque había, al menos en el primer período, comparativamente pocos clásicos literarios cristianos que pudiesen recomendarse como sustitutos aceptables para los textos tradicionales estudiados en las escuelas. Podía emplearse la interpretación alegórica para hacer ciertos pasajes inofensivos al gusto cristiano. Otra consideración importante fue la necesidad de atraer al cristianismo al pagano bien instruido, y un medio para esto era la demostración de que algunos de los importantes conceptos de la nueva fe podían ser discutidos en términos tomados de los filósofos clásicos, especialmente los estoicos y Platón. La fusión del pensamiento griego y cristiano en Justino y Clemente ejemplifica esta actitud.

Los más autorizados de los primitivos padres de la Iglesia estaban conformes en que los cristianos debían leer algunos textos paganos durante su educación. Cuando San Gregorio Taumaturgo asistió a la escuela de Orígenes en Cesarea en los años 233-8, vio cómo su maestro animaba a sus discípulos a leer literatura clásica, y especialmente a los filósofos; sólo deberían rechazarse aquellos autores que negaban la existencia de una deidad o una divina providencia (Migne, *PG* 10.1088A, 1093A). Debe hacerse notar que el deseo de Orígenes de aprender de la cultura pagana se extendía al campo de la crítica textual. La interpretación del Antiguo Testamento se había convertido en materia de controversia, al comprobar que la versión de los Setenta presentaba variantes respecto a otras versiones griegas antiguas, y la dificultad surgía cuando se requería la interpretación precisa de un pasaje. Orígenes adaptó al Antiguo Testamento el sistema de signos marginales usado por los críticos de Alejandría; un *obelos* señalaba un pasaje que se encontraba en el griego pero no en el hebreo, y un asterisco los pasajes en los que el hebreo coincidía con las traducciones diferentes de la de los Setenta. En su *Hexapla* Orígenes fue más lejos al desarrollar un método de presentación del texto hebreo y las traducciones en columnas paralelas. Las sucesivas columnas contenían el original hebreo, el hebreo transliterado a griego, y las traducciones griegas de Aquila, Símaco, los Setenta y Theodotion. El libro resultante, una engorrosa anticipación de los modernos aparatos críticos, debió tener gran extensión, y sin duda éste es uno de los motivos por los que no ha llegado a nosotros en su forma original, excepto los fragmentos de una versión a cinco columnas que omite el texto en caracteres hebreos que ha llegado a nosotros subyaciendo en un palimpsesto de Milán (Ambros. S. P. 11.251, *olim* O. 39 sup.).

La actitud de los padres del siglo IV no fue menos liberal. San Basilio escribió un breve tratado en el que aconsejaba a los jóvenes sobre el mejor modo de sacar provecho de la literatura griega (Homilía 22), y San Gregorio Nacianceno criticó a la mayoría de los cristianos por su completo rechazo de las obras paganas, algunas de las cuales le parecían ser útiles (*PG* 36.508B). En general no se intentó alterar los planes escolares desterrando de ellos a los autores clásicos. Durante un breve período la persecución de los cristianos por Juliano en el 362 impelió a Apolinar (c. 310-90) a construir un plan de estudios totalmente cristiano, para lo cual él y su padre compusieron un largo poema en estilo homérico sobre las antigüedades de los judíos, y una paráfrasis de los Salmos, también en hexámetros. Pero la persecución terminó pronto, y

paganos y cristianos continuaron teniendo el mismo sistema educativo sin polémica o controversia grave. Algunos profesores de retórica eran cristianos, pero no excluían de sus clases a los paganos: en el siglo IV, en Atenas, el cristiano Proheresio se ganó la admiración de su resueltamente pagano estudiante Eunapio. Del mismo modo, en Gaza, a principios del siglo VI, dos destacadas figuras como Procopio y Coricio siguieron a la vez estudios clásicos y cristianos.

Los principales textos clásicos, que tenían un lugar destacado en los programas, se leían tanto por creyentes como por no creyentes; pero la supervivencia de otros textos quedó inmediatamente en peligro en cuanto la nueva religión se convirtió en universal, pues la masa del público, después de haber terminado su educación, dejó de tener interés en la lectura de libros paganos. A veces se afirma que la Iglesia impuso oficialmente una censura y siguió la política de quemar libros paganos. Pero esta política, si es que existió, tardó mucho en dar los pretendidos resultados; en el siglo VII los poemas de Safo todavía se leían en Egipto (P. Berol. 5006). Existe algún informe sobre quema de libros paganos; se dice que Joviano en el 363-4 quemó una biblioteca formada en Antioquía por su predecesor Juliano (*Suda*, v. Iobianos). Pero éste fue un caso aislado por motivos de venganza: tal fervor destructivo estuvo reservado generalmente a las obras de algunos seguidores del cristianismo que se habían desviado heréticamente, y tenemos recuerdo de varias ceremonias de quema de libros heterodoxos en los siglos IV y V.

La actitud de la Iglesia permaneció sustancialmente inalterable durante la época bizantina. Los autores clásicos conservaban su lugar en las escuelas. Miembros eminentes del más alto clero figuran entre los más competentes estudiosos del griego clásico de todos los tiempos. No hay evidencia fidedigna de que existiese censura. Un informe famoso del humanista Petrus Alcyonius (1486-1527), sobre los efectos que las autoridades eclesiásticas ocasionaron a los textos de los poetas paganos que hicieron quemar, no presenta en su apoyo ningún testimonio. Los numerosos autores que menciona en relación con esto se habían ya probablemente perdido por otras causas a fines de la edad oscura. La iglesia bizantina sólo estuvo relacionada con la destrucción de libros por ser éstos heréticos; por ejemplo, en 1117, cuando el metropolitano Eustracio de Nicea examinó los argumentos contra los puntos de vista de la iglesia armenia, descubrió que las obras de San Cirilo parecían contener tendencias heréticas, y cuando empezaron a circular copias de estas obras de Cirilo, aquél llevó el asunto ante las autoridades, quienes ordenaron que todas las copias debían ser enviadas en un plazo de cuaren-

ta días a Santa Sofía para ser destruidas. De nuevo en 1140 llegó a los oídos del patriarca que se encontraban en circulación las obras de un monje herético; fueron buscadas y se hallaron tres copias, que fueron quemadas. En cambio no ha salido todavía a luz ningún caso en el que la Iglesia tomase medidas similares contra un texto clásico; incluso las obras del detestado apóstata Juliano sobrevivieron.

3. EL PERÍODO BIZANTINO PRIMITIVO

Mientras la situación general del mundo antiguo decaía rápidamente, la educación superior en la parte oriental del imperio atravesaba su momento más floreciente. Conocemos la existencia de escuelas en Alejandría, Antioquía, Atenas, Beirut, Constantinopla y Gaza, que fueron de hecho las universidades del mundo antiguo. Éstas variaron en carácter e importancia: en Alejandría, Aristóteles fue uno de los principales temas de estudio; la materia principal en Beirut fue el derecho. La necesidad de tales instituciones se creó por el vasto incremento de la burocracia romana en el siglo IV. El gobierno requirió administradores de formación liberal y de prosa de buen estilo, tal como el emperador Constancio estableció explícitamente en un edicto al parecer del año 360 conservado en el código de Teodosio (14.1.1). El estudio de la poesía y la oratoria clásicas continuó en las escuelas como antes; se prestó especial atención al cultivo de la propia estilística ática, para lo que habían de dominarse una serie de artimañas retóricas de estilo. Las obras de los primitivos escritores aticistas del siglo II d. de C., como Luciano y Arístides, fueron tomadas como modelos que merecían la imitación no menos que los clásicos de la antigua Atenas; la valoración equivalente de lo ático y lo aticista se prolongó a lo largo de todo el período bizantino. La educación literaria parece que se sostuvo por sí misma durante algún tiempo frente a las demandas de unas disciplinas más prácticas; pero a fines del siglo IV encontramos a Libanius, jefe de una famosa escuela literaria, lamentando el que los estudiantes se sintiesen atraídos por el estudio del derecho y del latín, que eran también de obvia utilidad para los funcionarios en potencia (*Autobiografía* 214 y 234). Una a una las escuelas decayeron o cerraron, hasta que a mediados del siglo VI sólo quedaron Constantinopla y Alejandría: el propio Justiniano había cerrado la escuela filosófica de Atenas en el 529, y las otras ciudades habían quedado muy disminuidas por las guerras o los desastres naturales.

El énfasis puesto en la retórica y en el aticismo no supuso gran estímulo para el estudio filológico. Sin embargo, una realización que puede haberse llevado a cabo en este período es la reducción de antiguos comentarios a la forma de escolios, ahora colocados en los márgenes de un texto en lugar de ocupar un libro aparte (Láms. II y III). En particular hay motivos para creer que el trabajo sobre Demóstenes y los otros oradores se llevó a cabo en la escuela de Gaza. La labor fue esencialmente de compilación y selección, y requería inteligencia para escoger el material seleccionado de las obras exegéticas previas, aunque en la práctica los escolios sobre todos los autores están estropeados por notas absurdas e irreverentes. La fecha de esta actividad se sitúa generalmente en los siglos IV y V, aunque permanece incierta, ya que no puede establecerse la identidad de los compiladores. La idea de anotar abundantes escolios en los márgenes de un texto puede haber surgido en cualquier época después de que el códice se convirtiese en la forma normal del libro; sin embargo, comúnmente no se encuentran abundantes escolios marginales hasta el siglo IX.

En relación con esto debería quizá mencionarse que Procopio de Gaza (c. 460-c. 530) es considerado como el inventor de una forma de literatura, que tiene algún parecido con los escolios, conocida como la *catena,* comentario continuo sobre un libro de la Biblia que reúne las opiniones de varios intérpretes previos, normalmente con citas literales de sus argumentos. Esta invención marcó una nueva etapa en los estudios bíblicos; pero el si la catena debe considerarse un precedente de los escolios clásicos o una imitación de los mismos es una cuestión que no ha sido todavía resuelta.

La última característica de este período que merece comentarse es el progresivo estrechamiento de la gama de literatura que se lee normalmente. Después del siglo III resulta cada vez más raro encontrar un hombre instruido que muestre conocimiento de textos que no han llegado hasta el mundo moderno. Para explicar este hecho Wilamowitz formuló la teoría de que en el siglo II o III un prominente maestro seleccionó un programa escolar que se hizo tan prestigioso, que todas las escuelas lo adoptaron. Con la decadencia general de la cultura y el empobrecimiento del imperio ningún texto aparte de este conjunto fue leído y copiado con la suficiente frecuencia como para garantizar su supervivencia. Para poner un ejemplo: se seleccionarían siete piezas de Esquilo y otras siete de Sófocles, por lo que sólo éstas han llegado a nosotros; nueve o diez de las obras de Eurípides se escogieron para la lectura en la escuela, pero en este caso la suerte ayudó a la superviven-

cia de un único manuscrito que contiene algunas otras piezas. Aunque la teoría resulta muy atractiva, hay motivos para pensar que presenta unos puntos de vista de la historia de los textos demasiado esquemáticos. Una objeción inicial es que no hay evidencia positiva de la identidad del maestro en cuestión. Un posible candidato sería Eugenio, quien en el siglo v escribió sobre la colometría de quince piezas teatrales. Si esta suposición fuese correcta, supondría ya una selección de nueve obras de Eurípides y tres de cada uno de los otros dramaturgos; pero la reducción del conjunto a tres es con mayor probabilidad una realización del plan revisado de las escuelas bizantinas tardías. De cualquier modo, cuando tantas cosas permanecen desconocidas, sería absurdo poner énfasis en nuestra ignorancia del origen de la selección. Más importante es la lectura de textos fuera del programa escolar en la antigüedad tardía; tenemos fragmentos del siglo v del *Phaeton* y de *Melanippe Desmotis* de Eurípides, y del siglo vii de Safo y de Calímaco; tres de los cuatro documentos en cuestión vienen de zonas campesinas de Egipto, donde se puede suponer que el gusto por la lectura de los textos paganos menos comunes habría decaído en una fecha bastante más temprana. En contraste, Menandro era todavía leído en la escuela de Gaza en el siglo vi, pero no sobrevivió en la Edad Media. En fin, y lo que es más importante, está claro que no todas las pérdidas de la literatura antigua tuvieron lugar en época tan temprana. En el siglo ix, Focio pudo leer una buena cantidad de libros que han desaparecido posteriormente, y no nos son conocidos por ninguna otra fuente salvo su propia noticia. Por estos motivos es quizá mejor abandonar la idea de que un acto consciente de selección por un individuo fuese el factor primario en la determinación de la supervivencia de los textos.

A finales del siglo vi la decadencia del estudio y de la cultura era grave. La universidad imperial de Constantinopla, vuelta a fundar por Teodosio II hacia el 425, y una nueva academia clerical bajo la dirección del patriarca, eran las únicas instituciones educativas de importancia en la parte principal del imperio; la escuela de Alejandría continuaba, aunque bastante aislada. El estado de agotamiento del imperio no permitió hacer nada para promocionar el estudio, y antes de que pudiese tener lugar su recuperación se empeoraron las cosas a causa de la controversia religiosa sobre el culto a los iconos. Durante unos tres siglos apenas hay noticias sobre la educación y el estudio de los clásicos. Los iconoclastas no fueron definitivamente derrotados hasta el 843, en que un concilio eclesiástico restauró oficialmente la práctica tradicional del culto a las imágenes. Muy pocos manuscritos de cualquier clase de

este período nos han quedado, y hay pocos indicios externos sobre estudios clásicos. Las únicas obras de la época que merecen mención son las de Choeroboscus, un profesor de gramática en el seminario de Constantinopla, y los *Cánones* de Theognostus, una larga obra sobre ortografía de principios del siglo IX; debido al cambio en la pronunciación del griego, la ortografía fue entonces un obstáculo tan grande para los escolares como lo es hoy en Inglaterra

4. TEXTOS GRIEGOS EN EL ORIENTE

Aquí conviene hacer una breve digresión para referirnos a un capítulo de la historia de la transmisión textual bastante olvidado: el significado de las traducciones de los textos griegos a las lenguas orientales. En un momento de la antigüedad tardía los textos griegos empezaron a traducirse al siríaco, actividad que se centró en las ciudades de Nisibis y Edessa. Se creyó que las tierras del Mediterráneo oriental habían sido bilingües en la época del Imperio Romano. Pero este punto de vista es exagerado, y la masa de la población probablemente hablaba poco o nada de griego. Cuando la autora de la *Peregrinatio Aetheriae*, primitivo relato de una peregrinación, visitó la Tierra Santa alrededor del 400, hizo notar que en las iglesias el sacerdote oficiaba la liturgia en griego, y un ayudante daba acto seguido la versión siríaca de lo que aquél acababa de decir (c. 47). La Iglesia sólo podía conseguir sus propósitos con el uso de la vernácula.

Probablemente el primer texto que se tradujo fue el Nuevo Testamento, seguido poco después por una serie de obras patrísticas. Los más antiguos manuscritos de esas versiones se retrotraen a los siglos IV y V, y es bien sabido el interés que tienen para los teólogos. Supone una sorpresa, sin embargo, comprobar que se tradujo también otro tipo de literatura griega. Se sabe que las escuelas de Nisibis y Edessa prepararon versiones de Aristóteles, y una parte de la *Meteorología* de Teofrasto ha sobrevivido sólo en siríaco. Los sirios no sólo se interesaron por la filosofía y la ciencia; tradujeron parte de Luciano y la gramática de Dionisio Tracio, como si hubiesen tratado de proporcionar a sus alumnos los beneficios de la educación literaria griega a través de traducciones. Las últimas traducciones citadas no tienen gran valor para el filólogo moderno interesado en fijar la forma correcta del texto griego;

suele suceder que el siríaco, en vez de ayudar a corregir el griego, debe ser corregido por éste.

Las versiones árabes de textos clásicos son quizá más numerosas que las siríacas, y desde luego mejor conocidas; esto puede deberse a la causa accidental de su supervivencia. El estímulo para llevar a cabo esas traducciones parece proceder simplemente del deseo de usar los mejores manuales de ciencia y filosofía disponibles, y parece poco probable que una traducción de la Biblia precediese a las de los textos clásicos. Generalmente las traducciones se hicieron de versiones siríacas ya existentes, y así hay que tener en cuenta las dos etapas en las que la posible falta de habilidad del traductor pudo haber equivocado la expresión del original. Cuando existe una versión árabe junto a la tradición griega, no se puede suponer, desde luego, que ello pueda ayudar substancialmente a determinar el texto griego. Sin embargo, un ejemplo famoso mostrará cómo el pesimismo total es injustificado. En la *Poética* de Aristóteles el texto árabe, aunque excepcionalmente difícil de entender, ofrece unas pocas lecturas que el editor debe aceptar y varias más que debe considerar seriamente: una razonable cosecha si consideramos la brevedad del tratado. El que la *Poética* hubiese sido traducida puede producir sorpresa a primera vista; pero la explicación de las versiones tanto siríaca como árabe puede estar simplemente en que todos los escritos del «maestro de los que saben» eran considerados suficientemente importantes como para justificar la traducción. Principalmente, sin embargo, fue la ciencia y la filosofía lo que interesó a los árabes. Platón, Aristóteles y Teofrasto fueron muy estudiados. Los matemáticos recibieron especial atención; la versión de *Sobre las secciones cónicas* de Apolonio de Perga es importante porque varios de sus libros se han perdido en griego; lo mismo puede decirse de la *Mecánica* de Filón de Bizancio y las obras de Arquímedes y Herón de Alejandría. Los escritos médicos de Hipócrates, Galeno y Dioscórides han sido detenidamente investigados. Por supuesto, no todas las versiones que han sido atestiguadas han aparecido entre los manuscritos árabes; de muchas de ellas sólo sabemos por referencias en las enciclopedias medievales árabes. Pero como en el estudio de los manuscritos árabes todavía quedan por hacer muchos avances, cabe la esperanza de que todavía se recuperen otras versiones.

Lo que antes dijimos acerca de la calidad general de las traducciones necesita una precisión. Está claro que en el siglo IX hubo un traductor cuyos conocimientos filológicos por lo menos igualaban los de sus contemporáneos bizantinos. Hunain ibn Ishaq (809-73) conocía el ára-

be, el persa, el griego y el siríaco, que al parecer era su lengua madre. Empezó su obra de traductor a los diecisiete años, y si a esa edad poseía ya el dominio de los idiomas, eso significaría que se había criado en una comunidad multilingüe. Parece que vivió en Bagdad, donde fundó una escuela de traductores, y se refiere a reuniones celebradas en dicha ciudad en las que los cristianos se juntaban para leer su literatura antigua. Aunque no aclara si estas lecturas se hacían en la lengua original o en versiones siríacas, dice que las comunidades griegas, quizá en torno a los focos que constituían los monasterios, conservaron el uso de su lengua, y que era posible encontrar manuscritos griegos en todo el mundo islámico. Él mismo los buscó por Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto. En una carta a un amigo que le había pedido una lista detallada con indicaciones de contenido de todas las obras griegas de medicina que fuesen conocidas por él, Hunain hace una larga relación de su método de trabajo; escribe largamente sobre Galeno, y detalla particularmente qué textos habían sido traducidos al siríaco solamente, y cuáles también al árabe, quién fue el traductor, a quién fue dedicada la obra, y dónde podían encontrarse manuscritos griegos de otras obras todavía no traducidas. El comentario que hace a sus predecesores resulta revelador. Con frecuencia les achaca el que eran incompetentes en sus conocimientos lingüísticos, o que trabajaban con manuscritos en mal estado o ilegibles, un obstáculo que el propio Hunain tuvo que afrontar de vez en cuando. En tales casos él coteja la versión defectuosa existente con tantos manuscritos griegos como ha podido encontrar, y elabora una versión revisada. Más de una vez insiste en la gran cantidad de libros griegos a los que tuvo acceso y su mal estado de conservación. Es posible que el escrupuloso examen y comparación de textos divergentes fuese una técnica aprendida por él, al menos en parte, de Galeno, quien emplea más o menos el mismo método en el manejo de los difíciles textos del corpus hipocrático. El mérito que las versiones árabes posean puede muy bien deberse a los estudios de Hunain y sus compañeros.

También debemos referirnos aquí a otra lengua: las traducciones al armenio probablemente comenzaron por propósitos eclesiásticos, como sucedió en Siria. La versión armenia de la Biblia es una de las más celebradas. En el campo de la literatura patrística, algunas obras de Filón han llegado a nosotros sólo en armenio, lo mismo que una parte del *Chronicon* de Eusebio. En cuanto a los textos clásicos, en otros lugares (véanse págs. 26 y 64) mencionamos las traducciones de Platón y Dionisio Tracio. Un extraño e intrigante informe sugiere que se tradujeron otras obras griegas de carácter puramente literario y secular; además de

algunos historiadores se mencionan sin nombrarlas algunas obras de Calímaco. De una fuente armenia procede una relación del argumento de *Peliades* de Eurípides.

5. EL RENACIMIENTO DEL SIGLO IX

Las primeras realizaciones auténticas de la erudición bizantina comienzan a mediados del siglo IX. Hubo entonces personalidades de sobresaliente capacidad que pudieron desarrollar sus posibilidades en las mejores condiciones de paz del imperio. Alrededor del 860 el ayudante del emperador Bardas resucitó la universidad imperial, que había desaparecido en el tumulto de los siglos precedentes, al fundar en la capital una escuela bajo la dirección de León, distinguido filósofo y matemático; otros profesores nombrados al mismo tiempo fueron el geómetra Teodoro, el astrónomo Teodegio y el estudioso literario Cometas; este último parece haberse especializado en retórica y aticismo, pero también preparó una recensión de Homero. El temperamento investigador de León puede verse a través de un episodio desarrollado durante su residencia en la isla de Andros. Allí conoció a un hombre instruido que le dio lecciones de retórica, filosofía y aritmética; esto le hizo desear continuar el estudio de estas materias, y se trasladó al continente para buscar libros en las bibliotecas monásticas. Este modo de actuar es característico de la renovada atmósfera de Bizancio; durante la época iconoclasta los emperadores como León el Armenio habían buscado libros simplemente para encontrar textos que pudiesen proporcionarles un soporte en la controversia teológica.

El renacimiento del estudio coincidió con ciertos cambios en el aspecto y la producción de los manuscritos, y quizá fue ayudado por ellos. Hasta entonces la escritura de libros generalmente usada había sido la uncial, que había alcanzado el desarrollo total de su forma en época tan temprana como el siglo IV, y había cambiado sorprendentemente poco en el transcurso de los siglos. A pesar de su aspecto impresionante, tenía la importante desventaja de que era lenta de escribir, y tan grande de tamaño que la cantidad de texto que cabía en cada página era muy limitada. Cuando la materia escritoria barata del mundo antiguo dejó de estar fácilmente disponible, pues las plantaciones de papiro estaban agotadas o eran usadas principalmente por los árabes después de su conquista de Egipto en el 641, la demanda de pergamino debió incre-

mentarse acusadamente; incluso en una época en que no había mucho interés por la literatura existía demanda de textos teológicos y litúrgicos y tenían que ser satisfechas las necesidades de la administración pública. Para afrontar estas dificultades parece que se ideó el procedimiento de adaptar para su uso en los libros la escritura que había sido de uso normal desde hacía algún tiempo en círculos oficiales para cartas, documentos, cuentas, etc.; la denominación técnica moderna para esta escritura revisada es la de minúscula. Ésta ocupaba bastante menos espacio en la página, y podía ser escrita a gran velocidad por un copista experimentado. El primer ejemplar datado pertenece al año 835, y es conocido como los Evangelios Uspensky (Leningrado gr. 219). Como la escritura de este libro no es de ningún modo ni inmadura ni primitiva, la adopción de este estilo debe datar probablemente de al menos medio siglo antes. Su lugar de origen no se conoce con certeza, pero hay algunos motivos para pensar que fue popularizada por miembros del importante monasterio de Stoudios en la capital, que fue un conocido centro de producción de libros en fecha posterior. La letra uncial fue abandonada gradualmente, y a fines del siglo x ya no estaba en uso excepto para unos pocos libros litúrgicos especiales. La nueva escritura facilitó la copia de los textos al hacer un uso más económico del pergamino, y no mucho tiempo después la situación mejoró a consecuencia de otra invención. En el 751 los árabes habían hecho algunos prisioneros de guerra chinos en Samarkanda, y aprendieron de ellos el proceso de fabricación del papel. Pronto la producción árabe en Oriente y en España alcanzó proporciones notables, y a su debido tiempo se exportó a Bizancio. Las hostilidades entre los dos imperios pudieron haber tenido un efecto desfavorable sobre este comercio, pero no hay duda de que el papel llegó a ser ampliamente usado en Bizancio, y parece haber estado en uso en los archivos imperiales desde mediados del siglo XI.

Los estudiosos del siglo IX emprendieron de un modo intensivo la transliteración de los viejos libros en uncial a la nueva escritura. Debemos en gran medida a su actividad el que la literatura griega pueda leerse hoy todavía, ya que el texto de casi todos los autores depende en último grado de uno o más libros escritos en minúscula en esta fecha o poco después, de los cuales derivan todas las copias posteriores; la cantidad de literatura de que disponemos en los papiros y en los manuscritos en uncial es sólo una pequeña proporción del total. En el proceso de transliteración se hicieron a veces faltas, especialmente por la mala lectura de letras que eran similares en la escritura uncial y por tanto fáciles de confundir. En muchas partes de los textos griegos hay errores

comunes a todos los manuscritos supervivientes que parecen derivarse de la misma fuente, y esta fuente se considera generalmente que fue una copia del siglo IX. Otra suposición general es la de que se sacó una copia en minúscula de cada ejemplar en uncial; el libro en uncial fue entonces desechado, y el libro en minúscula se convirtió en la fuente de todas las demás copias. La teoría tiene una cierta justificación a priori en dos fundamentos: que la tarea de transliteración de un escrito que se iba haciendo cada vez menos familiar no se emprendería voluntariamente más que en un caso absolutamente necesario, y que hay al menos alguna verosimilitud de que después de la destrucción de los siglos anteriores muchos textos sobrevivieron sólo en una copia. Pero estos argumentos no cuentan como prueba, y hay casos que sólo pueden explicarse a través de más complicadas hipótesis. En la tradición de Platón hay un manuscrito (Viena, supp. gr. 39) que difiere en sus errores de todos los otros en gran medida, y es difícil creer que derive del mismo ejemplar del siglo IX; puede derivar de la transliteración de un manuscrito en uncial diferente, de modo que parece que al menos dos manuscritos antiguos habrían sobrevivido a la edad oscura. Esto nos lo confirma el hecho de que cuando un texto griego ha sido traducido a una lengua oriental en una época temprana, quizá en el siglo V, las lecturas que son características de la traducción oriental pueden aparecer también en un pequeño grupo de manuscritos griegos. Esto puede aplicarse a la versión armenia de alguno de los diálogos de Platón, a la versión árabe de la *Poética* de Aristóteles, y, si podemos admitir aquí un ejemplo de un texto patrístico, a la traducción siríaca del *De virginitate* de San Gregorio de Nyssa. Otro argumento que apunta en la misma dirección puede extraerse de la dificultad que surge al estudiar los manuscritos de algunos textos que fueron leídos frecuentemente en la Edad Media, como las obras de Eurípides incluidas en los programas escolares. En este caso las relaciones de los manuscritos no pueden establecerse con precisión por el método usual, puesto que no pueden adscribirse a grupos que coincidan con regularidad en los errores. Esta situación presupone el que los estudiosos y los maestros de las escuelas medievales comparaban con frecuencia su propia copia del texto con otras, y hacían alteraciones o añadían lecturas variantes encima de la línea; este proceso se conoce como contaminación. En tales casos pudo ocurrir que más de una copia hubiese sobrevivido la edad oscura en disposición de ser transcrita, y así pues se hicieron dos o más transliteraciones; o bien tuvo lugar esta otra alternativa: que sólo se hiciese una transliteración, pero que esta copia fuese depositada en un lugar central donde fue consulta-

da por los lectores interesados y recibió como adiciones marginales las lecturas variantes que se habían hallado en otras copias. Es fácil imaginar, aunque no hay evidencia externa de esta suposición, que este depósito de copias semioficiales tuvo lugar en la biblioteca de la academia fundada por Bardas. También es posible que existiesen copias similares en la academia patriarcal, ya que hay un manuscrito de las *Leyes* de Platón (Vat. gr. 1), escrito a principios del siglo x, con variantes marginales añadidas en el siglo siguiente por un estudioso que se refiere a tales adiciones como procedentes del «libro del patriarca»; por desgracia no podemos estar seguros de si se trataba de una copia privada o formaba parte de la biblioteca del seminario.

La universidad de Bardas se fundó bajo condiciones favorables, y fue probablemente el centro de un activo grupo de estudiosos dedicados a recuperar y difundir textos clásicos de muy diferentes tipos. Sin embargo no parece haber tenido la influencia que podía haberse esperado, ya que hay muy pocas referencias a ella en fecha posterior. Sus profesores han quedado ensombrecidos por su contemporáneo Focio (c. 810-91), hombre de notable talento que es quizá tan importante por su posición en la Iglesia y en los asuntos del gobierno como por su constante fomento del estudio. Dos veces estuvo en el trono patriarcal de Constantinopla (858-67, 877-86), y en esos años tuvieron lugar algunas de las negociaciones que llevaron al cisma entre las iglesias oriental y romana; el que los esfuerzos para obtener ayuda para el debilitado imperio de los siglos XIV y XV fuesen gravemente obstaculizados por el distanciamiento de las dos iglesias es sólo una de las consecuencias de este cisma. Para nuestro propósito, sin embargo, la fase más interesante de la vida de Focio es la época anterior a su súbita y rápida elevación al patriarcado (fue seglar hasta una semana antes de su nombramiento). De joven había sido siempre un estudiante aplicado en una gran variedad de materias, y desde una edad muy temprana comenzó a seguir dos diferentes carreras simultáneamente. La envidia y el rencor dieron origen a la leyenda de que, como otro Fausto, había adquirido sus conocimientos por medio de una transacción con un mágico judío, entregándole su fe cristiana a cambio de su éxito, la sabiduría y la riqueza. Tuvo mucha influencia en la corte, y ocupó puestos de confianza en el círculo del emperador; pero aparte de esto dirigió una especie de sociedad literaria privada. En el 855 fue nombrado para una embajada con el encargo de negociar un intercambio de prisioneros de guerra con el gobierno árabe. Antes de emprender tan largo y peligroso viaje Focio escribió, como regalo y consuelo a su hermano Tarasio, un sumario de libros que ha-

bían sido leídos o discutidos en las reuniones de su círculo, especialmente aquellas a las que Tarasio no había podido asistir. La obra resultante, conocida como la *Bibliotheca* o *Muriobiblos,* es una realización impresionante en la que Focio aparece como inventor de las reseñas de libros. En 280 secciones que varían en extensión, desde una simple frase hasta varias páginas, Focio resume y comenta una amplia selección de textos paganos y cristianos (en casi la misma proporción; 122 secciones tratan de textos seglares). Dice haber compilado la obra de memoria, pero generalmente se considera que es una versión revisada de las notas que había tomado en el curso de sus lecturas de los veinte años anteriores. No está ordenada según un determinado plan. Focio indica que el orden de los autores reseñados es aquel en que se le iban ocurriendo, y que no tenía tiempo de ser más sistemático. Su valor para el filólogo moderno es el de que Focio resume muchos libros que hoy se han perdido: esto se puede aplicar, por ejemplo, a unos veinte de los treinta y tres historiadores que comenta. Podemos aprender mucho acerca de lo que interesaba a un destacado personaje bizantino de esta época: entre los textos seglares, los de los historiadores son los más numerosos, pero además los hay de oradores, novelistas y compiladores de diccionarios aticistas. Estos últimos son significativos, pues muestran el interés del autor por las cuestiones estilísticas, que también se nos pone de manifiesto en sus frecuentes y breves caracterizaciones del estilo de un autor; el deseo de escribir y apreciar un buen estilo ático nunca estuvo lejos del pensamiento de los literatos bizantinos. Focio se interesa por una gran amplitud de temas. El que un hombre pío y futuro patriarca se preocupe de leer a los novelistas griegos resulta sorprendente; los apreciaba desde el punto de vista lingüístico, aunque no podía estar a favor de su contenido. También es notable el que leyese tratados anticristianos; precisamente esto constituye un fuerte argumento contra la teoría de que las autoridades eclesiásticas trataron de imponer una censura. La filosofía no está bien representada en la *Bibliotheca*, pero hay por toda la obra demostraciones de sus conocimientos en este campo. La más grave limitación que se muestra en el libro es la ausencia de la poesía. Nos preguntamos si en este aspecto se reflejan exactamente las propias lecturas de Focio. Podría deducirse la posibilidad, aunque sin certeza, de que la poesía clásica no fuese todavía objeto de interés en los círculos intelectuales; el hecho de que los manuscritos de los poetas que nos han llegado no son datables antes de c. 925 puede ser significativo a este respecto. El interés de Cometas por Homero que mencionamos antes no es una seria objeción a este punto de vista, ya

que la épica disfrutó de una posición inviolable en los programas de las escuelas, que la coloca en un plano aparte del resto de la poesía.

La única otra obra de Focio que merece mencionarse aquí es su *Lexicon,* del que en 1959 se descubrió la primera copia completa en un remoto monasterio de Macedonia. Es una obra típica de su clase, valiosa por sus breves citas de textos clásicos hoy perdidos. Su propósito fue amalgamar y revisar varias obras de la misma clase ya existentes; en la *Bibliotheca* Focio señala lo útil que sería un libro de este tipo. Focio fue moderado en su aticismo, y admitió de buena gana palabras de fuentes poéticas si le parecían ser los medios más expresivos que convenía a una noción. Las citas de los poetas no implican una lectura de todo el texto, sino que fueron probablemente tomadas como tales de sus fuentes. Además de hacer este léxico, fue en parte responsable de la compilación de al menos otro, y también dio muestras de su pedantería estilística al corregir el uso del lenguaje en las cartas de sus amigos.

La súbita aparición de tan distinguido personaje después de la oscuridad reinante en tiempos anteriores resulta notable; es verdaderamente extraño que no se sepa nada de la identidad de sus maestros, ni de las fuentes a través de las cuales pudo adquirir el conocimiento de tan raros textos. A partir de esta época, como resultado de la actividad del círculo de Focio y de la nueva universidad, existe en Bizancio una tradición de estudios clásicos prácticamente continua. Los textos literarios se copiaron regularmente, y las obras de carácter técnico, especialmente las de matemáticas y medicina, se estudiaron mucho, entre otros motivos porque en general todavía eran los mejores libros de texto disponibles. El primer resultado importante de estos nuevos estímulos al estudio puede verse en Arethas (c. 860-c. 935), quien fue arzobispo de Cesarea en Capadocia; de nuevo es un eclesiástico quien muestra gran interés por el estudio.

Mientras los libros que poseía Focio no han sobrevivido, o al menos no han sido identificados, todavía poseemos varios volúmenes de la biblioteca de Arethas, y se conocen copias derivadas de otros volúmenes perdidos, de modo que puede tenerse una buena visión de su colección. Los volúmenes conservados son obras maestras de la caligrafía sobre pergamino de buena calidad, y nos son conocidos los precios de algunos de ellos al haber sido registrados por su propietario original. Por su Euclides (D'Orville 301, del año 888) pagó 14 monedas de oro; el precio de su Platón, un volumen más grueso y de mayor formato (E. D. Clarke 39, del año 895, Lám. III), fue de 21 monedas. En relación con el nivel de vida de la época tales precios son indicativos

del alto coste de un libro; los salarios por servicios civiles partían de 72 monedas de oro anuales, y podían alcanzar en casos excepcionales las 3.500. El coleccionismo de libros no era una afición adecuada para hombres de medios modestos.

Arethas encargó libros a los copistas profesionales, principalmente monjes de monasterios que aceptaban regularmente encargos sobre una base comercial, y luego él escribió de su propia mano una gran cantidad de comentarios en los márgenes (Lám. III). Aunque no era un crítico de gran fuerza u originalidad, estos comentarios marginales son valiosos porque están extraídos de buenas fuentes; las notas puestas en sus copias de Platón y de Luciano son buen ejemplo de esto. Los volúmenes de su biblioteca que han sobrevivido comprenden obras de Platón, Euclides, el *Organon* de Aristóteles, Arístides, Luciano, y algunos escritores cristianos. Además hay otros que pueden deducirse de varios testimonios, como los de Pausanias, Dión Crisóstomo y Marco Aurelio; este último fue probablemente el ejemplar que aseguró la supervivencia posterior de este texto. De nuevo encontramos una ausencia de interés por la poesía, mientras que los escritores aticistas están bien representados; pero Arethas se distingue evidentemente de Focio en que no muestra afición por los escritos de historia.

Las fuentes de la colección de Arethas son desconocidas. Las copias de Platón y Euclides las adquirió cuando era diácono. En esa época probablemente vivía en la capital, donde debió haber durante algún tiempo copias de muchos autores fácilmente disponibles. Para textos más raros pudo haber sido necesario buscar más lejos, aunque no poseemos ninguna información sobre el comercio de libros que arroje luz sobre las adquisiciones de Arethas. Sin embargo, puesto que un historiador de hacia el 800, George Syncellus, se refiere a libros antiguos y valiosos procedentes de Cesarea en Capadocia, puede conjeturarse que cuando Arethas llegó a su arzobispado haría allí algunos descubrimientos.

6. EL PERÍODO BIZANTINO POSTERIOR

Tras la muerte de Arethas, en los años treinta del siglo x comienza un nuevo período, en el que es mucho más difícil identificar a eminentes estudiosos y bibliófilos. La actividad del erudito emperador Constantino VII Porfirogénito (913-959) proporcionó algún estímulo al es-

tudio. Durante un largo período de retiro forzoso compiló varios manuales sobre el arte de gobernar que sobreviven parcialmente. Éstos adoptaron la forma de compilaciones enciclopédicas basadas en una amplia gama de fuentes históricas, y como tales tienen alguna importancia para los estudiosos clásicos, ya que muchos de los textos no sobreviven en ningún otro lado. La gran actividad de Constantino no fue indudablemente llevada a cabo por su sola mano, pero no sabemos nada acerca de sus colaboradores. Poco después, quizá en el reinado de Juan Tzimisces (969-76), la colaboración entre estudiosos dio como resultado una obra valiosa por los mismos motivos que la de Constantino; se trata del *Suda*, menos correctamente conocido como *Suidas* (como si se tratara de un nombre de persona), que puede ser mejor descrito como una combinación de diccionario y de enciclopedia elemental. Tiene artículos sobre gran número de personajes y asuntos clásicos, y, a pesar de una cierta cantidad de material dudoso o erróneo, transmite mucha información útil. Podemos rastrear algunas de sus fuentes: entre las más frecuentemente utilizadas están el texto y los escolios de Aristófanes, para quien el *Suda* es en efecto un testimonio bastante importante. Sin embargo son las fuentes perdidas, algunas no fácilmente identificables hoy día, las que le dan su mayor valor. Aunque la labor intelectual de sus autores no raye a gran altura, su obra marca sin duda algún avance, puesto que es bastante más que un léxico de dicción ática, y se trata de uno de los más antiguos libros a los que se puede aplicar el título de enciclopedia, y quizá la más antigua enciclopedia ordenada por orden alfabético.

No debemos pensar que porque no conozcamos los nombres personales de los estudiosos de esta época, el ímpetu dado a los estudios literarios por Focio hubiese dejado enteramente de tener efecto. Los manuscritos de textos clásicos conservados dejan claro que ya a principios del siglo x había comenzado la lectura de poesía clásica distinta a Homero; las más antiguas copias de Theognis (Paris supp. gr. 388) y Musaeus (Barocci 50) pertenecen casi con certeza a esta época. Otros varios textos poéticos se leían a mediados del siglo o poco después, y de hecho algunos de los más valiosos de entre todos los manuscritos sobrevivientes son el resultado de esa actividad; puede darse como ejemplo el texto de la *Antología griega*, a veces conocida como la *Antología Palatina*, para distinguirla de la antología posteriormente compuesta por Planudes (Heidelberg gr. 23 + Paris supp. gr. 384); la *Ilíada* de Venecia (Marc. gr. 454, Lám. II), cuya importancia es incluso mayor por los escolios que por el texto; el Aristófanes de Ravenna, que es el único

manuscrito medieval que contiene las once piezas (Ravenna gr. 429); el Laur. 32.9, que además de ser la única copia medieval de las siete obras de Esquilo es también de fundamental importancia para los textos de Sófocles y Apolonio Rodio. Los autores en prosa no fueron olvidados, como vemos por el manuscrito fundamental de Polibio, escrito por el monje Ephraem probablemente en el 947 (Vat. gr. 124), y por dos copias de Demóstenes (Paris gr. 2935 y Laur. 59.9). Estos tres códices fueron escritos por copistas cuyas manos pueden identificarse en otras partes, y por tanto podemos formarnos una impresión sobre el tipo de libros escritos por un mismo copista, incluso aunque éstos fueran a menudo obras de encargo y por tanto no fuesen representativos del propio interés del copista. Ephraem puede identificarse como el copista de otros tres libros: el *Organon* de Aristóteles del año 954 (Venecia, Marc. gr. 201); los *Hechos* y las *Epístolas*, no fechado (Athos, Lavra 184); los *Evangelios*, del año 948 (Athos, Vatopedi 747). El Demóstenes de París fue escrito principalmente por el copista del Platón antes mencionado (Vat. gr. 1), mientras el otro Demóstenes es probablemente de la misma mano que el manuscrito de Rávena de Aristófanes. Muchos manuscritos de autores clásicos escritos en varias fechas durante el período bizantino pueden relacionarse entre sí mediante la identificación de la mano del escriba. Aunque los libros conservados no deben ser más que una pequeña proporción de los que se copiaron, el número de identificaciones posibles indica que la copia de textos antiguos estuvo en manos de un grupo bastante pequeño de estudiosos, de maestros de las escuelas y de copistas profesionales.

Los estudios y la educación clásicos continuaron en el siglo XI del mismo modo que antes. El más importante cambio de esta época consistió en una reorganización de la universidad imperial; no sabemos si ésta fue provocada por la decadencia de la institución en la forma que Bardas le había dado, pero la nueva organización incluía la fundación de una facultad de derecho y otra de filosofía. Los cambios se hicieron bajo la égida del emperador Constantino IX Monómaco en el 1045. La escuela de derecho no nos interesa aquí, excepto para hacer notar que su fundación antecede en algunos años a la de la famosa facultad de Bologna, de la que en último grado derivan las modernas facultades de derecho. La escuela filosófica, que también proporcionó instrucción en gramática, retórica y materias literarias, fue dirigida por Michael Psellus (1018-78), con mucho el hombre más versátil de su generación, quien se distinguió como funcionario público, consejero de varios emperadores, historiador y filósofo académico. Su producción literaria pone de

manifiesto la amplitud de sus lecturas de los clásicos, aunque sus intereses intelectuales estaban puestos principalmente en la filosofía, y su eminencia como conferenciante y profesor condujo a un renovado interés por Platón y en menor medida por Aristóteles. La fortuna no fue enteramente favorable a esta escuela de filosofía, y por motivos que parecen haber sido más políticos que intelectuales, los profesores cayeron en desgracia en la corte, y el propio Psellus tuvo que retirarse a un monasterio durante algún tiempo; pero volvió a ocupar puestos importantes a su debido tiempo, y parece que la escuela continuó su trabajo.

Aunque la mayor parte de la producción literaria de Psellus queda fuera del contenido de este libro, hay una media docena de ensayos, todos ellos excepto uno muy breves, que nos ponen de manifiesto algunos aspectos de él mismo como hombre de letras fuertemente interesado tanto en la literatura pagana como en la patrística, y son quizá más reveladores que otras manifestaciones de escritores bizantinos sobre sí mismos. Al igual que Focio, se interesó por la novela griega, y dio una comparación de Heliodoro y Aquiles Tacio no exenta de inteligencia. En un análisis del estilo de sus propios escritos reconoce su deuda para con varios modelos clásicos que él había estudiado, mencionando las cualidades estilísticas que le causaron más impresión en Demóstenes, Isócrates, Arístides, Tucídides, Plutarco y Lisias; el único autor patrístico a quien menciona en compañía de éstos es Gregorio de Nacianzo. Su caracterización del estilo de los Padres Capadocios y de Juan Crisóstomo no es notable como crítica literaria, pero contiene una reveladora descripción de la sensibilidad de un lector bizantino cultivado hacia el sonido de la prosa formal. Psellus confiesa que al leer a Gregorio de Nacianzo,

> cada vez que le leo, y vuelvo a él con frecuencia, principalmente por sus enseñanzas cristianas pero también por su encanto literario, me siento colmado de una indescriptible belleza y gracia; y a menudo abandono mi propósito, y olvidando su significado teológico, me deleito en el jardín de rosas de su dicción, siendo transportado por mis sensaciones; y sabiendo que he sido transportado, adoro y venero al escritor que me transportó.

Podemos sospechar que en cuanto a esta capacidad de saborear la retórica de la prosa formal la actitud de Psellus era la típica de la elite literaria. El si él u otros bizantinos pudieron obtener gran cosa de la poesía clásica debe permanecer dudoso en extremo. Uno de sus más breves ensayos es una consideración perfectamente seria de la cuestión

a él propuesta de si Eurípides era superior como versificador a Jorge de Pisidia, quien en el siglo VII había escrito versos yámbicos según el modelo clásico para celebrar las hazañas del emperador Heraclio y sobre ciertos temas teológicos. Aunque el texto del ensayo no es fácil de interpretar, parece claro que Psellus no acierta a apreciar la diferencia entre verso dramático y narrativo, ni a indicar la mediocridad derivativa del escritor bizantino.

A principios del siglo XII podemos quizá rastrear un nuevo resurgimiento de la filosofía, esta vez con Aristóteles como principal autor objeto de estudio. Ana Comnena, la princesa que había sido obligada a vivir recluida en un monasterio y compuso una famosa *Historia*, estuvo en relación con dos estudiosos que escribieron comentarios sobre Aristóteles: Eustratius de Nicea y Michael de Efeso. Lo más interesante de su actividad es que sus tratados están dedicados principalmente a la *Retórica*, la *Política* y las obras zoológicas; estos textos no habían sido comentados hasta entonces, a pesar de la enorme cantidad de estudios sobre Aristóteles producidos en el mundo antiguo y en el primitivo período bizantino. Parece como si Ana hubiese notado esta falta y hubiese decidido encargar los comentarios que faltaban. Parece ser que ella también animó a un grupo de estudiosos a trabajar sobre la *Ética*.

Desde el siglo XII en adelante la historia puede continuarse de nuevo haciendo referencia a personalidades destacadas. Sin duda la figura más eminente de la erudición de esta época fue Eustacio (trabajó entre 1160-90), quien después de haber sido profesor de retórica en una de las principales instituciones de la capital fue designado para el arzobispado de Tesalónica en 1175. Durante el tiempo que ejerció como profesor en la capital llevó a cabo, según parece, la mayor parte de su obra erudita. Las bibliotecas de Constantinopla sin duda conservaban tesoros todavía no explotados por los estudiosos, y podemos sospechar que a Eustacio no le satisfizo enteramente un nombramiento que le obligaba a trasladarse a otra ciudad; aunque fuese importante, Tesalónica no era al parecer en esa fecha un centro de vida intelectual. Su interés por los clásicos no le impidió tomarse en serio sus obligaciones clericales, y todavía poseemos un tratado suyo sobre la reforma de la vida monástica; en él, entre otras cosas, se muestra que la mayoría de los monjes no tenían interés por los libros o el estudio y que eran indignos de sus votos; y la bibliofilia de Eustacio se muestra en una anécdota que cuenta de un abad que vendió una bella copia caligráfica de San Gregorio Nacianceno porque su monasterio no hacía uso de ella. Esta parte del tratado sirve para recordarnos que la tradición del estudio fue ajena al es-

píritu de muchos miembros de la Iglesia, a pesar de que hubo altos prelados que dieron ejemplo con su dedicación al estudio profundo. El propio Eustacio conoció algunos textos que después se han perdido y nos hubieran resultado útiles de haberse conservado. Esto se pone de manifiesto en parte por el uso en sus comentarios de fuentes que de otro modo serían desconocidas, y en parte por una cita que hace de unos pocos versos de la *Antígona* de Sófocles; aquí se refiere a las «buenas copias» (ἀκριβῆ ἀντίγραφα) que dan el texto completo de los versos 1165-8, mientras todos los manuscritos de Sófocles conservados reducen el pasaje a la incoherencia al omitir uno de los versos. Eustacio había advertido evidentemente el estado insatisfactorio del texto, y comparó otras copias hasta que encontró una con el texto correcto. Parece muy probable, a juzgar por una observación que hace en su introducción a Píndaro, que él leyó más de sus *Epinicia* de lo que poseemos hoy.

Sus obras principales fueron los comentarios sobre autores clásicos. El que escribió sobre Píndaro no ha sobrevivido, excepto la introducción, y de sus notas a Aristófanes no conocemos más que pequeños fragmentos conservados en manuscritos tardíos. Pero tenemos sus notas a Dionisio Periegetes, un poeta tardío de poco mérito que escribió un resumen de geografía en unos 1.000 hexámetros; estos versos han llegado a nosotros en tantos manuscritos, que debemos suponer que sirvieron de libros de texto de geografía en las escuelas bizantinas. Más importantes y mucho más voluminosos son sus comentarios sobre Homero; el de la *Ilíada* llena alrededor de 1.400 grandes páginas de texto impreso en la edición de Leipzig de 1827-30. Ambos comentarios son esencialmente compilaciones, con muy poca contribución personal de Eustacio. Las proporciones del comentario, especialmente del de Homero, son enormes: la discusión del primer verso de la *Ilíada* se extiende a lo largo de diez páginas, y aunque sólo fuese una pequeña parte de esto lo que utilizase un profesor en la clase de una escuela bizantina, debió dar como resultado el confundir al alumno con una masa de conocimientos de dudosa importancia, y al mismo tiempo impedirle leer el texto seguido a un ritmo suficiente como para permitirle disfrutar de él. Eustacio es aficionado a las interpretaciones alegóricas, y critica a Aristarco por no adoptarlas. La obra es en ocasiones útil al filólogo moderno, pero sólo a causa de aquellas cualidades que la hicieron excesivamente pesada a los contemporáneos del autor; en cuanto a su importancia en sí, no supone un avance sobre el término medio de los comentarios producidos en el mundo antiguo.

Otros dos más jóvenes contemporáneos de Eustacio merecen mención. Juan Tzetzes (c. 1110-80) no recibió las órdenes sagradas, pero parece que tuvo una escuela en Constantinopla. Además de algunas cartas que revelan mucho sobre su personalidad y sobre la vida diaria, sus escritos comprenden comentarios sobre tres obras de Aristófanes, sobre Hesíodo y sobre parte de Homero. Es inferior a Eustacio en conocimiento e inteligencia, aunque él estuviese muy injustificablemente orgulloso de su propio talento: no es fácil respetar a un hombre que en la mitad de una nota a Aristófanes *(Plutus* 677) indica que no alargaría su explicación de no ser por el hecho de que le sobra mucho espacio en la página que tiene delante. Sin embargo las alusiones de sus cartas muestran sus amplias lecturas, y sabemos que asistía a reuniones en las que se discutían interpretaciones de textos clásicos; nos hubiera gustado tener más información sobre estas reuniones filológicas. Como Eustacio, también él pudo leer algunos libros que nosotros ya no poseemos, entre ellos algunos de Calímaco e Hipponax. Lo mismo podemos decir de Miguel Choniates (también conocido como Acominatus), un hombre algo más joven que mantuvo correspondencia con Eustacio y como él fue elevado a un obispado lejos de la capital, en este caso Atenas. En sus cartas lamenta su suerte; el tener para su uso como catedral el todavía no dañado Partenón no suponía una compensación por la pérdida de la sociedad instruida, y su congregación de campesinos ignorantes era incapaz de apreciar las bellezas de sus altisonantes sermones aticistas. Pero él fue el ufano poseedor de un libro muy raro que ya no existe, la *Hecale* de Calímaco, y se deleitó haciendo citas de él en sus cartas. Él y Tzetzes son los últimos bizantinos de quienes podemos decir con certeza que pudieron leer más poesía clásica de la que se puede leer hoy.

El motivo de esto está en un suceso de la máxima importancia que Miguel Choniates todavía pudo ver: la captura y saqueo de Constantinopla por la Cuarta Cruzada en 1204. Se produjeron grandes daños, y no hay duda de que las bibliotecas padecieron gravemente. Para el historiador de la literatura este saqueo de la ciudad supuso un desastre mayor que el más famoso de 1453. En 1204 los textos raros antes mencionados fueron destruidos; como quiera que fuere, no quedaba ningún rastro de ellos cuando la sede del gobierno fue repuesta en Constantinopla en 1261 después de la caída del reino latino. Si los sucesos de 1204 no hubiesen tenido lugar, estos textos podían muy bien haber viajado hacia Occidente por medio de los numerosos visitantes italianos y coleccionistas de libros que fueron a Grecia y volvieron portando ma-

nuscritos. En la época en que la ciudad cayó en poder de los turcos quedaba ya poco que descubrir por los coleccionistas; la única pérdida sustancial y confirmada se registra en la información que nos da Constantino Láscaris de que una copia completa de la *Historia universal* de Diodoro Sículo fue destruida por los turcos.

Mientras la capital era ocupada por los francos, y la mayor parte de Grecia dividida entre los barones occidentales, la administración bizantina arrastraba una existencia precaria en Nicea, conservando las posesiones del imperio en Asia Menor. A pesar de la drástica reducción de la riqueza y del poder del imperio, este período de exilio en Nicea no fue de ningún modo uno de los peores para los estudios literarios. Los emperadores Juan Vatatzes y Teodoro Ducas Láscaris se preocuparon de promover escuelas y bibliotecas, y acabaron por crear toda una tradición de educación secundaria. Poco es lo que conocemos en detalle, ya que son muy escasos los manuscritos que pueden identificarse como escritos en el imperio de Nicea, pero parece claro que se estudiaron los poetas y los oradores, y algunas cartas del propio Teodoro muestran actitudes cultivadas y eruditas. Otros trabajos de erudición fueron los del monje Nicephorus Blemmydes (c. 1197-c. 1272), que escribió sobre muchas materias, entre ellas sobre lógica, física y geografía, e hizo un viaje a algunas partes del antiguo imperio, ahora bajo control latino, en busca de libros que no podían encontrarse en Asia Menor. Éste es uno de los pocos períodos breves en que los estudios literarios florecieron fuera de la capital. También es posible que el siglo XIII fuese una época de importancia cultural en la provincia bizantina exterior situada en el talón de Italia; Sicilia y el extremo Sur de Italia fueron principalmente zonas de lengua griega durante la Edad Media, y tenemos muchas noticias de los numerosos monasterios griegos que allí había. La parte de este territorio en contacto más cercano con Constantinopla fue distrito de Otranto, donde hubo un famoso monasterio de San Nicolás que mantuvo una escuela y una gran biblioteca. Unos cuantos libros copiados allí y en las cercanas ciudades de Nardò y Gallipoli nos sugieren un estado bastante floreciente de la instrucción escolar; hay copias de Homero, Hesíodo y Aristóteles atribuibles con seguridad a estos centros, y algunos otros libros, entre ellos algunos léxicos, pudieron haber sido copiados allí. Pero no hay rastros de estudios filológicos que supongan un avance, ni de ningún intento de escribir comentarios sobre los autores clásicos.

Los reinos latinos de Constantinopla y Grecia llegaron a su fin en 1261, y los emperadores griegos reinaron de nuevo desde su capital

tradicional; pero su imperio quedó reducido en tamaño y poderío, siendo gradualmente recortado tanto por las invasiones de los turcos por el Este como por las ocupaciones de los estados mercantiles italianos como Génova y Venecia en Grecia y en las islas; los mercenarios contratados para ayudar al imperio a menudo hicieron más daño que otra cosa, como por ejemplo una banda de catalanes que produjeron una gran cantidad de destrozos antes de establecer un pequeño estado independiente en Atenas. Sin embargo, a fines del siglo XIII y comienzos del XIV se produjeron algunos de los mejores trabajos de los bizantinos sobre los textos clásicos. Aunque sabemos poca cosa delas principales instituciones de la capital, parece que hubo en Constantinopla y en Tesalónica varias escuelas dirigidas por hombres de estudio. En un tratado tan breve como éste no hay espacio para referirnos más que a dos de ellos. El primero es el monje Máximo Planudes (c. 1255-1305), que trabajó en la capital y realizó muchos trabajos en una vida bastante corta. Después de dirigir una escuela durante algún tiempo, fue enviado en misión diplomática a Venecia, y ya antes o bien durante ésta adquirió un buen conocimiento del latín, logro excepcionalmente raro en Bizancio (pues el conocimiento de esta lengua había quedado limitado al parecer a unos pocos hombres de leyes e intérpretes). Leyó con amplitud y sin duda con considerable interés obras en latín, y preparó un gran número de traducciones, entre las que figuran las de Agustín, Boecio, Macrobio y muy especialmente las *Heroidas*, las *Metamorfosis* y las obras amatorias de Ovidio. No todas estas traducciones se han impreso, pero se ha sugerido con verosimilitud que las de las obras teológicas podían todavía resultar útiles como introducción a los padres latinos para los teólogos griegos; el conservadurismo de la lengua literaria griega es tal que las versiones de Planudes podrían publicarse con pocos cambios, pero el obstáculo más serio, el rechazo griego a la reconciliación con la iglesia occidental, ha permanecido esencialmente inalterado hasta el día de hoy. El primer contacto entre Bizancio y Occidente por motivos que no fuesen los tratados comerciales o las disputas religiosas no obtuvo resultado inmediato; pero en el siglo siguiente el monje Demetrius Cydones continuó esta tarea de traducción con algunas obras de Tomás de Aquino, y se inició un tráfico de ideas en dirección contraria con los italianos que iban a Constantinopla a aprender griego. De importancia más práctica e inmediata fue el estudio que Planudes hizo de los textos griegos. Generalmente se le cree responsable de la ejecución de un gran volumen (conservado en Florencia, Laur. 32.16) que contiene una colección de poesía clásica, en la que se incluyen autores escola-

res y otros tales como Nono. Pero su interés estaba lejos de quedar reducido a la gama usual de los textos escolares; le encontramos investigando sobre las obras de Plutarco, de las que compiló un catálogo, y preparó una versión revisada de la *Antología griega* que incluye un buen número de epigramas que no aparece en el manuscrito Palatino; su autógrafo de esta última obra se conserva hoy en Venecia (Marc. gr. 481). Su método de tratar los textos griegos no fue siempre como para recomendárselo a los editores modernos; en el caso del poema didáctico sobre astronomía de Arato (c. 315-c. 240 a. de C.), que probablemente se usó como libro de texto de astronomía en las escuelas en que se enseñaba esta materia, Planudes no pudo resistir la tentación de revisar algunas partes del texto que de hecho eran incorrectas. En lugar de registrar simplemente en un comentario los avances en la interpretación, reemplazó los versos 481-96, 501-6 y 515-24 por pasajes compuestos por él mismo (Lám. VI). De sus cartas podemos extraer más información sobre lo que le interesaba. Menciona manuscritos del abstruso escritor matemático Diofanto, y sabemos que se interesó por otros autores científicos como Ptolomeo y Euclides; también escribió un folleto sobre la introducción de los números arábigos (en general los griegos todavía usaban el molesto sistema alfabético de numerales). Otro hecho digno de mención que aparece en sus cartas es que frecuentemente solicita de uno de sus corresponsales que vivía en Asia Menor la obtención de pergamino, y muestra su contrariedad cuando su amigo no puede proporcionarle más que algunas pieles de asno. Es muy sorprendente que una persona que vivía en la capital o en su proximidad acusase esta carencia de material escritorio. Merece la pena hacer notar de paso que aunque había sido destinado por el emperador a una embajada, y aunque era claramente un estudioso distinguido, no hay señal de que obtuviese nunca el patronazgo imperial o apoyo económico en su trabajo erudito, lo que se puede aplicar a los estudiosos bizantinos en general, con la excepción de los que trabajaron en el reino de Nicea.

De aficiones menos amplias que Planudes, aunque no menos importante como estudioso, fue Demetrio Triclinio, maestro de una escuela, de quien sabemos que vivió en Tesalónica c. 1305-20. Su trabajo sobre los textos poéticos de uso corriente en los programas escolares puede seguirse en parte en los autógrafos que conservamos y en parte en los numerosos libros posteriores que contienen comentarios encabezados con su nombre (Lám. VII). Su principal mérito para ocupar un lugar de honor en la historia de la erudición es el de que fue el primer bizantino que comprendió los metros de la poesía clásica y que supo utilizar este

conocimiento. Todos sus predecesores o habían ignorado virtualmente las cuestiones métricas, o no habían acertado a apreciar la utilidad potencial de la materia para un estudiante de poesía clásica. Pero Triclinio llegó a conocer una copia del antiguo tratado métrico de Hefestión y comprendió lo esencial de éste con vistas a la corrección de los muchos pasajes de los textos clásicos que resultaban sospechosos de corrupción o indudablemente corruptos. Parece probable que él o sus contemporáneos mayores fuesen los primeros en enmendar los textos de un modo sistemático, y en el caso de Triclinio sobreviven los suficientes documentos como para permitirnos tener una visión de su forma de trabajar. Aunque su conocimiento del metro no era de ningún modo perfecto, podía corregir yámbicos; a veces obtuvo resultados que han ganado la aprobación general de los críticos modernos, pero a menudo recurrió a medidas fáciles tales como la inserción de palabras sustitutivas para remediar una falta métrica, y es evidente que no era sensible a las cuestiones de estilo lingüístico en la poesía clásica. En metros más complicados que los yámbicos estaba menos seguro de su terreno, pero tenía un arma vital: sabía que las partes líricas del coro en la tragedia y en la comedia debían tener responsión métrica exacta, y el texto de Eurípides que contiene las correcciones autógrafas de Triclinio (Laur. 32.2) nos le muestra deseando emplear la violencia de Procusto para obtener el resultado deseado (véase pág. 223). A pesar de sus muchos errores en el uso de sus conocimientos, representa el más importante paso adelante en el tratamiento de los textos poéticos por aquellas fechas. De este modo la crítica textual ascendió de nuevo al nivel que había alcanzado en el mundo antiguo, pero la tarea que esperaba al crítico se había incrementado, ya que la continua práctica de copiar a mano durante más de un milenio había introducido necesariamente muchos nuevos errores en los textos.

El otro trabajo principal de Triclinio fue la nueva redacción de los escolios sobre varios autores. Examinó el material de los escolios antiguos y seleccionó lo que creyó ser más útil para la instrucción escolar. El nuevo comentario resultante contenía un cierto número de glosas adicionales u otras notas elementales por él añadidas, y tendía a omitir o reducir las partes de los escolios que tienen más valor para los filólogos modernos; los conocimientos antiguos no siempre tenían una importancia directa para la comprensión del texto, y Triclinio no tenía los motivos de los filólogos modernos para desear conservarlos. Consciente de la importancia de sus conocimientos métricos, compuso aparte comentarios métricos a muchas piezas teatrales; en el caso de Aristófanes

tenía una guía en el antiguo comentario métrico de Heliodoro, que sobrevivía en los escolios antiguos. En sus copias autógrafas dispuso en columnas separadas el comentario métrico compuesto por él mismo y los antiguos escolios que él había revisado.

Por sus trabajos sobre texto y escolios, que fueron en conjunto más complejos y competentes que los de sus colegas, Triclinio merece ser considerado como el precursor de los modernos editores de textos. Como otros estudiosos se dedicó a la búsqueda de nuevos manuscritos con la esperanza de mejorar los textos. En algunas de sus notas se refiere a las diferentes lecturas de las varias copias que le había sido posible consultar. En una ocasión esta búsqueda parece que quedó recompensada con un descubrimiento espectacular: encontró un texto de nueve obras de Eurípides que eran casi desconocidas en Bizancio; las copias de este códice que preparó él para sus discípulos o encargó a un escritorio local, a las que añadió una buena cantidad de alteraciones de su propia mano, son nuestra única fuente para el texto de estas obras. Debemos, por tanto, en gran parte a Triclinio nuestro conocimiento de aproximadamente la mitad de la obra sobreviviente de Eurípides.

Planudes y Triclinio pueden ser seleccionados como las figuras más representativas de su época y los últimos bizantinos cuyas actividades tuvieron efectos duraderos sobre los textos clásicos. Aunque no fuesen seguidos por otras personalidades de comparable capacidad, no les faltaron colegas y rivales en sus propios días, y la obra de estos últimos puede verse igualmente en los manuscritos que han sobrevivido. Algunos manuscritos de esta fecha comparativamente tardía tienen importancia para la constitución de los textos; contienen buenas lecturas que debemos a la perspicacia de los estudiosos de la época o representan ramas de la tradición de las que no existen testimonios anteriores. Los estudios clásicos gozaron de gran popularidad; no sólo se leyó la literatura, sino que también las obras técnicas y científicas escritas en la antigüedad tenían todavía suficiente actualidad como para demandar y merecer atención. Con cierta justificación este período es conocido como el Renacimiento Paleólogo, por el nombre de la casa que gobernaba en aquel tiempo. La educación secundaria parece que mejoró notablemente, pese a que el estado general del imperio no era de ningún modo satisfactorio. Los maestros de las escuelas se dedicaron a la elucidación o corrección de textos que raramente pueden haber formado parte de los programas regulares de las escuelas; hemos visto, por ejemplo, cómo Planudes trabajó sobre Nono y sobre textos científicos, a la vez que el estudio por Triclinio de las recién halladas obras de Eurípides no te-

nía según parece relación con los programas escolares, pues no hay evidencia de que ninguna de ellas fuese añadida al plan normal de estudios. Éste comprendía a los prosistas áticos o aticistas, los libros de texto del arte de la retórica, especialmente los de Hermógenes y Aftonio, y a los poetas, especialmente Homero (Lám. IV), y las piezas selectas de la tragedia y la comedia. A fines del siglo XIII se había hecho costumbre leer tres obras de cada uno de los trágicos y otras tantas de Aristófanes, que en ocasiones se conocían como la «tríada»; esta costumbre puede retrotraerse al siglo XII o incluso antes, ya que Tzetzes compuso un comentario completo sobre las únicas tres comedias de Aristófanes que más tarde constituían la lectura habitual. Gran parte de los manuscritos de estos cuatro autores contienen sólo la tríada; algunos de los manuscritos posteriores contienen sólo una o dos piezas, que pueden muy bien ser un indicio de que los programas habían sido reducidos todavía más. Las piezas que quedaban fuera de la tríada podían haberse perdido fácilmente a causa del olvido, pero por fortuna se conservaron el tiempo suficiente como para poder ser rescatadas por los visitantes y coleccionistas italianos del Renacimiento; todos los manuscritos más importantes de esos textos llegaron a Italia en el Renacimiento, y muchos de ellos todavía se encuentran allí. Los textos dramáticos constituyen sólo un ejemplo de un proceso de carácter general. El principal mérito de los bizantinos fue el haberse tomado interés en una amplia gama de textos clásicos y de este modo haberlos podido conservar hasta que los estudiosos de otro país estuvieran en disposición de usarlos y apreciarlos. La tradición del estudio filológico fue recogida por los humanistas italianos, que se parecieron a sus colegas bizantinos en muchos aspectos. En el último siglo de su historia, se sacaron del Imperio Bizantino gran cantidad de manuscritos, y los coleccionistas mantuvieron su actividad durante mucho tiempo después, de modo que hoy día las bibliotecas del Oriente griego están virtualmente desprovistas de textos clásicos. Este proceso fue indudablemente necesario para asegurar la supervivencia de la literatura griega.

III

EL OCCIDENTE LATINO

1. LOS SIGLOS OSCUROS

El siglo VI contempló el colapso final de lo que quedaba del Imperio Romano de Occidente. En Italia, durante el relativamente ilustrado gobierno de Teodorico (493-526), destacaron las dos figuras más notables del período de transición del mundo antiguo al medieval, Boecio y Casiodoro; pero a este período siguió la destrucción del reino ostrogodo por los bizantinos y una espectacular caída cultural. En las provincias las cosas no irían mucho mejor. El norte de África, ahora en manos vándalas, iba a quedar pronto al margen de la cultura occidental; algunas de sus realizaciones literarias, como la *Antología latina,* se transmitió a su debido tiempo a Europa y de aquí a la posteridad. España, presa de los ataques externos y las disensiones internas, iba a ver un resurgimiento de la cultura a fines del siglo VI y comienzos del VII, alcanzando una modesta cumbre con Isidoro de Sevilla, pero también sucumbiría a comienzos del siglo VIII con las invasiones musulmanas. En las Galias, aunque quedaran trazas de la antigua cultura romana entre las clases altas, la dinastía franca merovingia fundada por Clovis (481-511) se ajustaba grotescamente mal a cualquier posible fomento de continuidad cultural.

Los estragos de la conquista y la barbarie hacían que los proyectos de vida cultural fuesen muy poco prometedores, y dentro del cada vez más estrecho mundo de la cultura el lugar asignado a la literatura clásica era cada vez más inseguro. La educación y el cuidado de los libros

iban pasando rápidamente a manos de la Iglesia, y los cristianos de esta época eran fundamentalmente hostiles a la literatura pagana. Diezmados por la continua destrucción de la guerra, encarados a la hostilidad y al olvido en manos de los nuevos intelectuales, los clásicos latinos parecían tener escasas oportunidades de sobrevivir.

Pero tenían la condición fundamental para su supervivencia: todavía existían libros. No sabemos qué es lo que sobrevivió de las veintiocho bibliotecas públicas de las que Roma podía enorgullecerse en el siglo IV; pero al menos existían vestigios de las grandes bibliotecas de la época de los Símacos, había colecciones importantes en centros eclesiásticos tales como Roma, Rávena y Verona, y los libros comenzaban a encontrar su refugio en los monasterios. Las copias de lujo de Virgilio ponen de manifiesto que el comercio del libro era todavía floreciente a fines del siglo V, y las bellas producciones monásticas italianas del siglo VI que han llegado hasta nosotros demuestran que nada se había perdido en las artes del libro al pasar éste a manos de la Iglesia. Han sobrevivido muchos bellos manuscritos en capital y en uncial de los siglos IV y V, aunque en gran parte de los casos de un modo fragmentario; éstos contienen restos de Plauto y Terencio, de Ovidio, Virgilio y Lucano, una variada selección de obras de Cicerón, Salustio, Livio, Plinio el Viejo, las tragedias y obras en prosa de Séneca, Frontón y Gelio. Según éstos y otros testimonios resulta claro que en el año 500 todavía era posible, al menos en Italia, obtener copias de la mayoría de los autores latinos. Algunos, como Catulo y Propercio, quizá fuesen raros, y gran parte de la literatura latina primitiva se había perdido para siempre. Pero hasta en época tan tardía como el siglo VI Johannes Lydus tenía en Constantinopla un texto de las *Cuestiones naturales* de Séneca más completo que el que hoy tenemos, y había visto un Suetonio con prólogo y dedicatoria a Septicius Clarus, el amigo de Plinio; en África, Fulgencio pudo citar pasajes de Petronio que no han llegado a nosotros; y en España, Martín de Braga pudo plagiar una obra de Séneca hoy perdida y que apenas pudo haberle sobrevivido.

El grueso de la literatura latina todavía existía; es más, el mecanismo para su transmisión a épocas posteriores seguía configurado en la biblioteca monástica y el *scriptorium*. Los centros monásticos estaban destinados, a menudo a pesar de ellos mismos, a representar el papel principal en la conservación y en la transmisión de lo que quedaba de la antigüedad pagana; también a través de las escuelas y bibliotecas anejas a las grandes catedrales puede seguirse el hilo de su descendencia, generalmente más delgado aunque a veces vital.



Monasterios y otros centros de Europa Occidental

Un ejemplo primitivo y conspicuo de la tradición monástica lo tenemos en el monasterio de Vivarium que Casiodoro fundó algo despuès del 540 en sus posesiones de Squillace en el extremo Sur de Italia. Su concepción y carácter se debían en gran medida a las necesidades de su tiempo, en que las devastaciones de la guerra y la conquista amenazaban con destruir los centros de cultura e incluso los libios, de los que dependía el estudio y la literatura. Casiodoro dotó a su fundación de una buena biblioteca de trabajo, y puso un especial énfasis en la educación y en la copia de manuscritos. Su programa educativo quedó establecido en los dos libros de sus *Institutiones divinarum et saecularium litterarum*, compuesto alrededor del 562. Aunque no tuviese excepcionales dotes intelectuales, Casiodoro se nos presenta hoy como un hombre de visión que supo prever el papel que los monasterios iban a desempeñar en los siglos siguientes, que comprendió el hecho crucial de que con la desintegración de la vida pública tales lugares de retiro iban a proporcionar la principal ayuda para la continuidad intelectual. Pero también tuvo sentido práctico y noción de la realidad al desempeñar una carrera larga y de éxito en la administración civil ostrogoda. Se dio cuenta de la necesidad de traducciones latinas de las autoridades griegas sobre exégesis, filosofía y ciencia, e influyó tanto en el aumento como en la diseminación del creciente conjunto de sabiduría griega disponible en forma latina. Puso un particular interés en la conveniencia del volumen colectivo y cuando le fue posible reunió en un solo tomo varios textos relacionados entre sí; uno de los volúmenes así compuestos contenía el *De inventione* de Cicerón, a Quintiliano, y el *Ars rhetorica* de Fortunaciano, libro que Lupus de Ferrières comprensiblemente buscó por todas partes en el siglo IX. Insistió en la importancia de la copia meticulosa de libros, prestó gran atención a la ortografía y a la presentación, y con conmovedora elocuencia confirió una nueva dignidad al copista:

> felix intentio, laudanda sedulitas, manu hominibus praedicare, digitis linguas aperire, salutem mortalibus tacitum dare, et contra diaboli subreptiones illicitas calamo atramentoque pugnare *(Inst.* 1.30.1).

Los servicios de Casiodoro a la tradición clásica podrían ser fácilmente exagerados; precisamente una de sus preocupaciones principales había sido la de erosionar el monopolio secular de la educación superior. Los autores paganos tenían un lugar tanto en su biblioteca como en su programa educativo, pero reducidos a la categoría de libros de texto y manuales. Las únicas obras clásicas que, según nuestros conocimien-

tos seguros, colocó en sus estantes, fueron el *De inventione* de Cicerón, *De forma mundi* de Séneca (hoy perdido), Columela, Quintiliano, el *De interpretatione* de Pseudo-Apuleyo, algo de Aristóteles y ciertas obras técnicas; de los poetas, a los que cita y en los que había sido educado, no tenía al parecer nada. La biblioteca de su contemporáneo Símaco, por ejemplo, que tuvo una actitud mucho más positiva hacia la cultura pagana, probablemente habría tenido un sabor muy diferente. Tampoco parece que Vivarium haya representado ningún papel directo en la transmisión de los textos clásicos. Parece ser que el monasterio desapareció al morir Casiodoro, y la teoría que una vez se mantuvo de que sus libros pasaron más tarde al gran monasterio de Bobbio, fundado en el Norte de Italia en el 614, constituyéndose así un enlace directo entre la Antigüedad y la Edad Media, hoy ha quedado abandonada: algunos de sus libros a los que se puede seguir la pista parece que fueron a parar principalmente a Roma, posiblemente a la Biblioteca Laterana, y desde allí habrían sido dispersados por la generosidad de los sucesivos papas. Se han identificado unos pocos manuscritos que o fueron escritos en Vivarium o tuvieron antepasados con origen en la biblioteca de Casiodoro, entre ellos el famoso *Codex Amiatinus* de la Vulgata (véase pág. 245), pero entre ellos no hay textos clásicos. Casiodoro es importante por varios motivos, y no es el menor de ellos el proporcionarnos nuestro único ejemplo de una biblioteca del siglo VI; pero debió haber otras colecciones —y mejores desde el punto de vista clásico— de las cuales no sabemos nada.

De propósitos más limitados, pero de efectos inconmensurablemente mayores, fue la fundación de Monte Cassino, hacia el año 529, por Benito de Nursia, quien, por medio de la promulgación de su Regla, estableció los fundamentos sobre los que se iba a basar la vida monástica occidental en los siglos siguientes. Aparte de dejar fijado un tiempo diario para la lectura —operación más espiritual que intelectual—, la Regla benedictina nada tiene que decir sobre objetivos intelectuales, y la copia de libros no figura explícitamente formando parte del ideal monástico; pero, al no decir nada, dejó la puerta abierta a las influencias liberales cuando llegase el momento, y en cualquier caso la lectura no podía llevarse a cabo sin libros.

Mientras Italia había gozado de un renacimiento tardío en la primera mitad del siglo VI, el florecimiento de la cultura visigótica en España no tuvo lugar hasta fines del siglo VI y principios del VII. Este resurgimiento debe su lugar en la historia de la cultura clásica principalmente a la obra de su más notable escritor, Isidoro de Sevilla (c. 570-636). Gra-

cias a la extraordinariamente rápida difusión de su obra por toda Europa, hecho sorprendente en la época precarolingia, Isidoro quedó rápidamente consolidado como uno de los agentes más influyentes en la transmisión y elucidación de la sabiduría antigua. Sus *Etimologías* fueron al mismo tiempo el último producto de la tradición enciclopédica romana y el punto de arranque de muchas compilaciones medievales; sus partes copiadas con más frecuencia, los tres primeros libros, que contienen las materias del *trivium* y *quadrivium*, debieron contribuir enormemente a la consolidación del sistema educativo medieval. Esta enciclopedia ordenada sistemáticamente, repleta de información y desinformación sobre todas las materias, desde ángeles hasta partes de la silla de montar, desciende con tanta frecuencia a la falsa etimología y al alarde acrítico de la curiosidad absurda que no puede leerse sin una sonrisa. Pero Isidoro se gana el respeto e incluso el afecto de uno por su evidente aprecio del conocimiento por sí mismo. La hostilidad hacia la literatura pagana está explícita en algunos de sus pronunciamientos públicos, y se encuentra más a gusto entre las páginas neutras de los escoliastas y compiladores que entre los propios autores clásicos, a los que con unas pocas excepciones cita de segunda mano; pero su curiosidad no conocía barreras y daba por descontado el valor independiente de la cultura profana. Cuando entresaca de los padres de la Iglesia los pedazos de poesía clásica y de sabiduría pagana que contenían, y los reordena en el lugar adecuado dentro del sistema tradicional del conocimiento, este obispo está paradójicamente recreando en una forma resecularizada la estructura básica de la sabiduría antigua.

Sin embargo, el proceso a través del cual se nos ha preservado la literatura latina pudo no empezar hasta que se diese una actitud más abierta y positiva hacia los autores clásicos que la que generalmente existía en el continente en los siglos oscuros. Los cristianos todavía vivían bajo las sombras de la literatura pagana; sus obras les empequeñecían las propias, y representaban una amenaza real para la moral y la doctrina. Esto sería diferente cuando la cultura latina se transplantaba a un lugar distante, donde los deseosos de aprender la lengua de la Iglesia podían mirar a la antigüedad sin sentido de inferioridad o miedo, puesto que no cabía la posibilidad de una rivalidad, y la gente en general estaba protegida de los peligros del paganismo antiguo por la simple ignorancia de la lengua latina. Pero este espíritu no se infiltró a ninguna escala en el continente europeo hasta el renacimiento carolingio a fines del siglo VIII, y entre tanto pereció buena parte de la literatura clásica.

Aunque pocas épocas hay tan oscuras que no dejen penetrar algunos rayos de luz, el período que va desde aproximadamente el 550 hasta el 750 fue de una casi increíble tiniebla total para los clásicos latinos en el continente; prácticamente dejaron de ser copiados. Entre la masa de manuscritos patrísticos, bíblicos y litúrgicos de esta época que sobreviven quedan unos pocos y preciosos textos de autores clásicos: del siglo VI tenemos fragmentos de dos manuscritos de Juvenal, y restos de uno de Plinio el Viejo y otro de Plinio el Joven, aunque al menos dos de éstos son de principios de siglo; del siglo VII tenemos un fragmento de Lucano; de principios del siglo VIII no hay nada.

La suerte que corrieron los bellos libros de la antigüedad está tristemente ilustrada por los palimpsestos supervivientes —es decir, los manuscritos en que los textos originales han sido borrados para dejar espacio útil para copiar obras que eran de mayor demanda en la época—. Muchos textos que se habían librado de la destrucción al derrumbarse el imperio de Occidente perecieron dentro de los muros de monasterios; algunos de ellos estarían demasiado deteriorados cuando llegaron como para ser de uso práctico, y no habría mucho respeto para tales restos, aunque fueran venerables. El período culminante para este tipo de operaciones fue el siglo VII y los principios del VIII, y aunque sobreviven palimpsestos de muchos centros, el grueso de ellos procede de las fundaciones irlandesas de Luxeuil y Bobbio. Si los textos perecieron, no fue porque los autores paganos fueran atacados, sino porque nadie estaba interesado en leerlos, y el pergamino era demasiado valioso para llevar en él un texto anticuado; algunas obras cristianas, heréticas o superfluas, también fueron al paredón, mientras que los antiguos gramáticos, de especial interés para los irlandeses, a menudo llevaron ventaja. Pero entre los autores clásicos hubo abundantes bajas: entre los que fueron borrados encontramos a Plauto y Terencio, Cicerón y Livio, los dos Plinios, Salustio y Séneca, Virgilio y Ovidio, Lucano, Juvenal y Persio, Gelio y Frontón. Este último sobrevive en tres palimpsestos, tocándole siempre estar entre los perdedores. Entre los textos que han sobrevivido únicamente en esta forma mutilada se encuentran algunos de interés excepcional, como el *De republica* de Cicerón (Vat. lat. 5757, Lám. X), escrito en uncial de entre los siglos IV y V y reescrito en Bobbio en el siglo VII con el tratado de Agustín sobre los Salmos, una copia del siglo V del *De amicitia* y del *De vita patris* de Séneca (Vat. Pal. lat. 24) que sucumbió a fines del siglo VI o principios del VII bajo el Antiguo Testamento, y un códice del siglo V de las *Historias* de Salustio (Orleáns 192 + Vat. Reg. lat. 1283B + Berlín lat. qu. 364) que en

Francia y probablemente en Fleury fue suplantado a la vuelta del siglo VII por Jerónimo. Otros palimpsestos importantes son el Plauto Ambrosiano (Ambros. S. P. 9/13-20, *olim* G. 82 sup.) y el Livio de Verona (Verona XL (38)), ambos del siglo V.

2. IRLANDA E INGLATERRA

Un nuevo movimiento intelectual que iba a valorar los textos clásicos por algo más que por el precio de su pergamino se había ya iniciado en un lugar remoto de la cristiandad. Se trataba de Irlanda, poseedora de una cultura latina en época tan temprana como el final del siglo V, y destinada a representar un papel vital en la civilización europea. Se ha discutido mucho la auténtica cantidad de literatura clásica conocida en Irlanda en la época precarolingia, y verdaderamente parece haber sido pequeña; el conocimiento cercano de la poesía latina que revela su principal figura literaria, Columbano (c. 543-615), se relaciona con la fase continental de su vida y quizá pertenezca más al contexto de la cultura antigua tardía que al de los monasterios de Irlanda. La más importante característica de esta cultura no fue por tanto su contenido clásico, sino la forma intensa y desinhibida en que leyeron cualquiera de los libros que poseían, su entusiasmo y aptitud para el estudio, por peculiar y artificioso que este estudio fuese, y su laboriosidad, que produjo en el curso de los siglos VII y VIII una notable cantidad de obras gramaticales y exegéticas. Los irlandeses también tuvieron un notable talento artístico: a partir de los manuscritos en semiuncial que habían adquirido en la Galia en los siglos V y VI, desarrollaron una bella semiuncial propia, que aparece en forma más fina en el *Libro de Kells,* y una escritura minúscula más práctica y de igual personalidad. Su importancia para la transmisión de los textos clásicos comenzó cuando aquéllos salieron de Irlanda, impelidos por un celo misional cuyas consecuencias fueron de largo alcance. El establecimiento de Iona como centro del cristianismo celta fuera de Irlanda por Columba, alrededor del año 563, señaló el comienzo efectivo de la conversión de Escocia y dio lugar, pasado el tiempo, a la fundación de monasterios tan importantes como Lindisfarne en Northumbria y Malmesbury en el Sudoeste. Todavía más espectacular fue la misión continental de Columbano, quien abrió un camino a través de Europa señalado por fundaciones monásticas tan importantes como Luxeuil en Borgoña (590), desde el

cual se fundó Corbie un siglo más tarde, Bobbio en el Norte de Italia (614), y Saint Gall, que se desarrolló a partir de un cenobio que su discípulo Gallus había fundado en Suiza hacia el 613. Los *Scotti peregrini* constituyeron una característica colorista de la escena continental en los siglos VIII y IX, prestando una importante contribución a la misma, como demuestran los nombres de Virgilio de Salzburgo, Dungal, Sedulio Escoto y Juan Escoto Eriugena. Por mucho que estos estudiosos formaran parte del renacimiento carolingio, su sabiduría tendía a conservar un fuerte acento irlandés.

Mientras la cultura latina de Irlanda se iba infiltrando por la Inglaterra del Norte, en el Sur se restablecía una relación más directa con Roma y su pasado cuando, en el 597, Gregorio Magno envió a Agustín a Inglaterra con la misión de convertir a los anglosajones a la cristiandad. Canterbury se convirtió en el centro de la cristiandad romana, y Agustín en su primer arzobispo. Más significativa, por haber sido más efectiva, fue la segunda misión, del 668, encabezada por Teodoro de Tarso y Hadriano de Niridano, que lograron establecer la Iglesia romana en todo el país. Teodoro era griego, Hadriano africano de nacimiento; ambos eran hombres de amplios conocimientos. Un resultado importante del renovado contacto con Roma fue la afluencia de libros. Gregorio había enviado a Agustín los vestidos y vasijas necesarios para desempeñar el servicio divino, «nec non et codices plurimos» (Beda, *Hist. eccl.* 1.29). Éstos serían Biblias, libros litúrgicos y otros por el estilo, muchos de los cuales estarían sin duda escritos en unciales, y estos libros fueron los que dieron lugar al desarrollo en Inglaterra de una bella escritura uncial que gozó de un par de siglos de gloria antes de dejar paso en el siglo VIII a la minúscula, introducida en Northumbria por los irlandeses. Teodoro y Hadriano llegaron con un programa educativo y literario; debieron llevar gran cantidad de libros, latinos y griegos, quizá paganos y cristianos, aunque carecemos de detalles sobre esto. La cultura anglo-latina que surgió de las influencias convergentes de Irlanda y Roma creó la necesidad de libros de todas clases; algunos llegaron de Francia y España, aunque la principal fuente fue Italia (Roma y el Sur). Wilfrid (c. 634-709), obispo de York y abad de Ripon, hizo varios viajes a Roma, de los que no volvería con las manos vacías, y lo mismo puede decirse de Aldhelm; pero el gran viajero de la época fue Benedict Biscop, fundador de los monasterios gemelos de Wearmouth y Jarrow (674 y 682), quien hizo no menos de seis viajes a Italia. El quinto de éstos es el más famoso: «innumerabilem librorum omnis generis copiam adportavit» (Beda, *Hist. abbatum* 6). Hay que asignar un lugar distinguido en la

historia inglesa a Benedict Biscop y a su protegido el abad Ceolfrido, que hicieron posible que un muchacho provinciano que al parecer nunca había salido de Northumbria, Beda, adquiriese un caudal de erudición sin igual en la Europa de su tiempo y pudiese saltar el barranco infranqueable que separaba a su mundo del bajo imperio romano. Conocemos otras importaciones de libros en el siglo VIII, y el resultado de éstas puede verse en las ricas bibliotecas que se formaron en Canterbury y York.

Sabemos algo sobre la amplitud de las lecturas de los estudiosos ingleses de los siglos VII y VIII por los escritos de Aldhelm (c. 639-709) y Beda (673-735), el uno originario de Wessex y Kent, y el otro de Northumbria. Se trata sin duda de casos excepcionales, pero que dan testimonio de los libros de que un estudioso podía disponer en Inglaterra. La impresionante lista de autores clásicos nombrados o citados muestra un saludable respeto por la tradición clásica más que un conocimiento de primera mano, ya que la mayoría de las citas derivan de Macrobio, Isidoro o los gramáticos. Puede que la lista tenga que ser reducida, pero Aldhelm parece haber conocido a Virgilio y Lucano, Persio y Juvenal, Plinio el Viejo, algo a Cicerón, quizá Ovidio, mientras que Beda tuvo conocimiento de primera mano de un gran número de gramáticos, de Virgilio, algunos libros de Plinio el Viejo, Macrobio, Eutropio y Vegecio, más dudosamente Ovidio y Lucano. La lista es impresionante y está corroborada por un testimonio ligeramente posterior que debemos a la buena oportunidad de que Alcuino (c. 735-804), en un poema en alabanza de York, nos haya dado una visión del contenido de aquella gran biblioteca. Cuando se trata de catalogar, un poema es algo muy diferente de un fichero: algunos autores y títulos son excluidos por razones métricas, por lo que la lista resulta vaga e incompleta. Sin embargo, entre una rica colección de nombres teológicos, tenemos a algunos *auctores:* Virgilio, Estacio, Lucano, Cicerón, Plinio y Pompeyo. El Cicerón, al que se le da el epíteto *rhetor,* sería el *De inventione,* y el Pompeyo sería el *Epitome* de Pompeyo Trogo por Justino. Tales indicios nos revelan la existencia en Inglaterra de un conocimiento más amplio y sistemático de la literatura, tanto pagana como cristiana, del que podía haber en ningún otro sitio en esta época.

3. LOS MISIONEROS ANGLOSAJONES

La rica y vigorosa cultura que floreció en la Inglaterra anglosajona pronto se extendió al continente. Los irlandeses habían contagiado su impulso misional; los más famosos sucesores de Columbano fueron Willibrord (658-739), nativo de Northumbria, y Bonifacio (c. 675-754), originario de Wessex. Willibrord inició su misión entre el pueblo frisio en el 690, con lo que inauguró un período de influencia anglosajona en el continente que iba a durar hasta el siglo IX; su consagración como arzobispo de los frisios por el Papa, sugerida por Pipino II, señaló el primer paso en la cooperación entre la dinastía carolingia y el papado. Bonifacio finalmente fijó su esfera de actividad en Alemania central; pero su empresa misionera, llevada adelante gracias a la activa ayuda de sucesivos patronos carolingios, especialmente Carlos Martel, al estímulo papal, y en no menor grado a su propia enorme capacidad para la organización eclesiástica, creció de tal modo que dio como resultado la reforma de toda la iglesia franca y el establecimiento de Alemania como provincia de la Iglesia de Roma. Entre sus oponentes teológicos estaba un pintoresco irlandés, Virgilio de Salzburgo, que administró esta sede entre 746-84, hombre de amplios conocimientos y talento satírico. Éste reclama nuestro interés a causa de su sátira cosmológica, la llamada *Cosmographia* de Aethicus Ister, que le revela como la primera persona al Norte de los Alpes que conoció las obras geográficas de Pomponio Mela, formando así un eslabón de la cadena de transmisión que conduce de la antigua Rávena al Renacimiento (véanse págs. 105, 128). Uno de sus paisanos, si no el propio Virgilio, pudo muy bien ser el responsable de la glosa proirlandesa que se introdujo en el texto de Mela: la descripción poco lisonjera de los antiguos irlandeses como «omnium virtutum ignari magis quam aliae gentes» (3.6.53) recibió el comentario «aliquatenus tamen gnari».

Uno de los resultados de esta alianza de entusiasmo misional e interés temporal fue el surgimiento de importantes centros episcopales, tales como Maguncia y Würzburg, y una nueva oleada de fundaciones monásticas, que tenían necesidad, tanto unos como otras, de bibliotecas y *scriptoria*. Entre los monasterios se encontraban Fulda, fundado en el 744 por Sturmi, discípulo de Bonifacio, y Hersfeld, cercanamente relacionado con el anterior, fundado hacia el 770 por su ayudante, el anglo-

sajón Lullus. Otros dos importantes monasterios, Reichenau en el lago Constanza (724) y su filial de Murbach (727), fueron fundados por Pirminio, hombre de origen oscuro que se cree habría huido de la España visigoda con la llegada de los árabes el 711.

Los anglosajones llevaron consigo su escritura, sus libros, unas actitudes intelectuales liberales, y el reconocimiento de que una biblioteca bien abastecida y seleccionada constituía la base de la educación eclesiástica. Debieron importarse libros a cierta escala, y no sólo de Inglaterra; las cartas de Bonifacio y Lullus están llenas de peticiones de libros. La escritura anglosajona quedó establecida en centros que estaban bajo la influencia insular, y se ejecutó a menudo, a la vez que la continental, en un mismo escritorio. Una cierta cantidad de escritos en letra insular se continuaron haciendo hasta mediados del siglo IX, y algunas de sus características, especialmente los signos de abreviación, fueron incorporadas a la tradición de la escritura continental.

4. INFLUENCIAS INSULARES EN LOS TEXTOS CLÁSICOS

El impacto de la cultura anglo-latina sobre el renacimiento intelectual del continente europeo, que culminó finalmente en la persona de Alcuino, unido a la provisión práctica de libros, escritorios y copistas, debió tener un efecto inconmensurable en el resurgimiento —y por tanto en la supervivencia— de la literatura latina. Pero no es fácil demostrar esto con detalle, ya que los testimonios son fragmentarios y dispares. Un par de manuscritos clásicos han sobrevivido de entre los que fueron de hecho escritos en el siglo VIII en Northumbria; éstos muestran que parte de la tradición textual de estos autores pasó efectivamente en una cierta etapa por el Norte de Inglaterra. Uno de estos manuscritos contiene partes de los libros II-VI de la *Historia natural* de Plinio (Voss. lat. F. 4, Lám. XII), y el otro es una sola hoja de Justino (Weinheim, Ms. Fischer). Ambos manuscritos fueron copiados en Northumbria, y las dos obras que contienen estaban, como hemos visto, en la biblioteca de York. El manuscrito de Justino efectivamente hizo el viaje que se puede sospechar en el caso de algunos otros textos clásicos: cruzó el canal y siguió su camino hasta la corte carolingia, donde encabezó la familia transalpina —que es la mejor— de los manuscritos de Justino. Un fragmento recientemente publicado que contiene extractos del comentario de Servio sobre la *Eneida* parece haber sido escrito en la

Inglaterra sudoccidental en la primera mitad del siglo VIII (Spangenberg, Pfarrbibliothek S. N.); se asocia posteriormente con Fulda, y se ha conjeturado que pudo haber sido llevado a Alemania por Bonifacio o alguien de su círculo.

Tenemos manuscritos de algunos otros autores que fueron copiados en escritura insular en el continente (conocidos paradójicamente como «insulares continentales»), y el texto de estos autores claramente debe mucho a la actividad de los misioneros ingleses e irlandeses. Los textos que sobreviven en manuscritos que fueron copiados o conservados en centros monásticos y episcopales insulares del continente se beneficiaron igualmente de esta actividad, aunque no presenten muestra de ello en su escritura. Lo mismo puede decirse de aquellos textos que muestran «síntomas insulares», es decir, errores que pueden explicarse como originados por una transcripción defectuosa de las letras o abreviaturas peculiares de las escrituras inglesa o irlandesa; esto indica que el texto pasó a través de una tradición insular en una etapa de su historia más antigua que la representada por los manuscritos conservados. Pero tales hipótesis han de ser consideradas con precaución: los síntomas, especialmente cuando son escasos en número, pueden dar lugar a un diagnóstico erróneo, y los antepasados insulares, como la abuela escocesa, suelen ser más pretendidos que comprobados. Entre los autores que pueden pretender tener antepasados insulares con un alto grado de probabilidad están Amiano Marcelino, las *Disputaciones tusculanas* y *De senectute* de Cicerón, el comentario de Macrobio al *Somnium Scipionis*, la poesía épica de Estacio y Valerio Flaco, el *De architectura* de Vitruvio, y algunos otros candidatos. Los grandes centros de actividad insular fueron Hersfeld y Fulda, que representaron un papel dominante en la preservación de algunos textos. Pero su contribución pertenece más bien a la historia del renacimiento carolingio, y será más apropiado describirla en ese contexto.

5. EL RENACIMIENTO CAROLINGIO

El renacimiento clásico de fines del siglo VIII y comienzos del IX, sin duda la etapa más trascendental y crítica de la transmisión del legado de Roma, se desarrolló teniendo como fondo un imperio reconstituido que se extendía desde el Elba hasta el Ebro, desde Calais hasta Roma, reunido a la vez en un todo político y espiritual por la personalidad

dominante de un emperador que unió a sus recursos militares y materiales la bendición de Roma. Aunque las realizaciones políticas de Carlomagno (768-814) se desmoronaran en manos de sus sucesores, el movimiento cultural que promovieron conservó su ímpetu en el siglo IX y sobrevivió a lo largo del X.

La administración seglar y eclesiástica de un vasto imperio exigía una gran cantidad de funcionarios religiosos experimentados. La Iglesia, único común denominador en un reino tan heterogéneo, y depositaría tanto de la tradición clásica como de la cristiana, era el medio evidentemente necesario para llevar a cabo el programa educativo que iba a proporcionar ejecutivos experimentados. Pero bajo los merovingios la Iglesia había pasado por una mala época: algunos de sus sacerdotes eran tan ignorantes del latín que Bonifacio había escuchado a uno administrando un bautismo de dudosa eficacia «in nomine patria et filia et spiritus sancti» *(Epíst.* 68), y el conocimiento de la antigüedad había caído tan bajo que hubo un autor de un sermón que tenía la desafortunada impresión de que Venus era un hombre. Se había iniciado una reforma bajo Pipino el Breve; pero ahora la necesidad era mayor, y Carlomagno sintió la fuerte responsabilidad personal de elevar el nivel intelectual y cultural de los eclesiásticos, y a través de ellos el de sus súbditos:

> igitur quia curae nobis est ut nostrarum ecclesiarum ad meliora proficiat status, oblitteratam paene maiorum nostrorum desidia reparare vigilanti studio litterarum satagimus officinam, et ad pernoscenda studia liberalium artium nostro etiam quos possumus invitamus exemplo *(Epist. gen., MGH, Legum sectio II, Capit. Regum Francorum I* (1883), p. 80)

Al tener que crear una clase educada casi de la nada, se pensó en los anglosajones, que en esto eran viejos maestros, y Carlomagno tuvo la sagaz iniciativa de recurrir a York, por entonces el centro educativo de Inglaterra y de hecho de Europa, e invitar en el 782 a Alcuino, cabeza de su escuela, para hacerse cargo de la escuela palatina y ser su consejero en materia de la educación.

Alcuino era sobre todo un profesor eficiente. El sistema educativo que transplantó al continente y refinó en él no tenía nada de ambicioso: elemental y utilitario, pretendía formar letrados más que literatos, y su contenido clásico, previamente dosificado, estaba enteramente supeditado al objetivo cristiano. El programa educativo carolingio entró en decadencia antes de que pudiera ser ampliamente difundido, pero el

establecimiento por edicto imperial de escuelas anejas a los monasterios y catedrales garantizó el que se fuese manteniendo para el futuro, al menos en algunos puntos de Europa, un nivel básico de formación literaria, que diese más importantes frutos cuando las circunstancias fuesen favorables. Mas la cultura carolingia no se limitó a la escuela. Alcuino podía ascender a mayores alturas cuando lo deseaba, y la corte se convirtió en un punto de interacción fructífera entre poetas y estudiosos atraídos a ésta desde toda Europa, entre los que había hombres de imaginación y elegancia y sabiduría, tales como Pedro de Pisa y Paulo Diácono, de Italia, el estudioso irlandés Dungal, el poeta Teodulfo, de España. De este círculo emanó una corriente cultural más elevada y más secular; hubo hombres que se alzaron sobre los límites bastante constreñidos de la mayoría del pensamiento y la literatura carolingios y se acercaron a los clásicos antiguos con genuina curiosidad intelectual y sincera apreciación estética. Uno de los resultados importantes de este programa educativo rápidamente desarrollado y altamente organizado, que desde la corte se difundió a los monasterios y catedrales, fue la necesidad de contar con libros; éstos se produjeron en una proporción sin precedentes, a través de una intensa actividad que salvó para nosotros la mayor parte de la literatura latina.

6. EL DESARROLLO DE LA MINÚSCULA CAROLINA

De acuerdo con el orden y la uniformidad de la nueva situación se adoptó universalmente una nueva escritura, la minúscula carolina (Lám. XIII), que, aunque se desarrolló demasiado pronto como para que Carlomagno y Alcuino hubiesen tenido parte en ello, sin duda debió a su estímulo su aceptación y perfeccionamiento. El final del siglo VII y el siglo VIII habían constituido un período de experimentación universal en el arte de escribir, inspirado por la necesidad de una escritura más económica y actualizada. Así como ingleses e irlandeses habían desarrollado una escritura minúscula a partir de la semiuncial, en el continente aparecieron otras caligrafías minúsculas. Éstas tuvieron un origen más humilde, pues no se formaron a partir de la uncial de libros manuscritos, aunque en algunos lugares ésta influyó en su evolución, sino de la cursiva romana que había permanecido como la escritura de los negocios y los documentos oficiales. De esta poco prometedora grafía se formó una escritura caligráfica que adoptó sus propias formas en las di-

ferentes regiones y produjo las «escrituras nacionales» de España, del Sur de Italia y de la Galia, es decir: la visigótica, la beneventana y la merovingia.

La escritura visigótica, que floreció en España desde principios del siglo VIII hasta el XII, nos interesa menos, ya que conservamos muy pocos manuscritos clásicos copiados en esta escritura y muy pocos testimonios de que fuese un instrumento de transmisión de los textos clásicos. La beneventana, así llamada porque se desarrolló en el término del antiguo ducado de Benevento —la designación de lombárdica está hoy día anticuada—, tiene una marcada similitud con la visigótica, y se convirtió en la escritura normal de Italia meridional desde el Sur de Roma y de partes de la costa Dálmata (Lám. XIV). Esta bella escritura, formada enteramente de elementos cursivos, se constituyó en el siglo VIII, alcanzó su momento culminante en el XI, y permaneció casi hasta el XV, aunque en el XIII dio paso a la minúscula carolina como vehículo para los textos literarios. Su gran centro fue Monte Cassino (véase pág. 108), pero surgió una variante suya bajo la influencia bizantina a lo largo de la costa Adriática y especialmente en Bari, y en esta variedad local de la Apulia se escribieron algunos textos clásicos, entre ellos obras de Terencio, Cicerón, Salustio, Virgilio y Ovidio.

Las escrituras minúsculas antiguas de la Galia merovingia son importantes, no como vehículos para la transmisión de textos clásicos —en la que desempeñaron muy pequeña parte—, sino como precedentes de las grafías carolingias. A través de estas escrituras, más fluidas que las de Italia y España, el instinto caligráfico del artífice desarrolló, tras pruebas y errores, una minúscula destinada a convertirse en la escritura normal de la Europa occidental. La primera minúscula caligráfica de Francia fue producida en Luxeuil, y lleva el nombre de esta gran fundación irlandesa; alcanzó su punto culminante hacia el año 700. En el siglo VIII la palma pasó a Corbie, donde en la segunda mitad del siglo pueden distinguirse no menos de tres escrituras, todas en uso a la vez, conocidas técnicamente como la «escritura en», la «escritura ab», y la «tipo Maurdramnus». En los libros bíblicos producidos en Corbie en tiempos del abad Maurdramnus (772-80) vemos surgir de esta escritura precarolina el primer ejemplo de una minúscula carolina desarrollada. Se eliminan los elementos cursivos, las letras son redondeadas, separadas y regulares, y el resultado es de una gracia y lucidez no sobrepasada, que debe haber tenido un enorme efecto sobre la supervivencia de la literatura clásica, al plasmarla en una forma que todos podían leer con facilidad y placer. Se hizo universal en todo el imperio

carolingio en el curso de unas pocas décadas, cruzó a Inglaterra en el siglo x, y para finales del xii había barrido a sus rivales del campo.

7. LAS BIBLIOTECAS CAROLINGIAS Y LOS CLÁSICOS LATINOS

Una reciente investigación nos ha permitido penetrar en el corazón del renacimiento clásico carolingio al demostrar que una lista de autores conservada en un manuscrito de Berlín (Diez B. 66), y notable por la riqueza y rareza de su contenido, puede ser nada menos que un catálogo parcial de libros existentes en la biblioteca de la corte de Carlomagno alrededor del año 790. La lista incluye a Lucano, la *Tebaida* de Estacio, Terencio, Juvenal, Tibulo, el *Arte poética* de Horacio, Claudiano, Marcial, algunos de los discursos de Cicerón (las *Verrinas, Catilinarias, Pro rege Deiotaro),* y una colección de oraciones extraídas de las *Bella* e *Historiae* de Salustio. Otras obras clásicas citadas en la poesía cortesana de la época sugieren la presencia en la biblioteca de rarezas adicionales tales como la *Cynegetica* de Gracio y las *Silvae* de Estacio. Es razonable deducir de pasajes de la correspondencia de Alcuino que aquélla también poseía una copia de Plinio el Viejo. Paulo Diácono hizo su extracto de Festo expresamente como un regalo para la biblioteca de Carlomagno, y sabemos que el *Liber medicinalis* de Q. Sereno fue copiado bajo las instrucciones de Carlomagno. Algunos de los libros de esta impresionante lista habrían sido códices antiguos escritos en capital o en uncial, y no sorprende que algunos manuscritos que se sabe fueron copiados en el escritorio palatino sean tan notables por la calidad de su texto como por su soberbia ejecución. Nuestros mejores manuscritos de Lucrecio y Vitruvio (Leiden, Voss. lat. F. 30; Londres, Harley 2767) se copiaron allí alrededor del año 800.

Según los testimonios está claro que los abades y obispos que tenían las conexiones oportunas podían enriquecer sus bibliotecas con copias sacadas de los libros de la biblioteca palatina; y tras la muerte de Carlomagno, aunque no conocemos detalles sobre cómo se dispersó su biblioteca, sabemos que muchos de sus libros fueron a parar a bibliotecas monásticas. Hay una notable correlación entre las obras de la lista del palacio y las que se sabe que fueron copiadas en Corbie hacia mediados del siglo: el manuscrito único de Corbie que contiene la conocida colección de discursos y cartas tomados de Salustio (Vat. lat. 3864) es el ejemplar más llamativo. Otra pieza con historia es el grupo

de tres discursos ciceronianos que reaparecen en el importante Codex Holkhamicus, hoy en la British Library (Add. 47678): éste se escribió en Tours en los primeros años del siglo IX —Alcuino fue abad de San Martín de Tours entre 796 y 804—, y es fácil adivinar la procedencia de su modelo. Otro caso más: uno de los más famosos manuscritos de Livio es el Codex Puteanus de la tercera década (Paris lat. 5730, Lám. XI), copiado en Italia en el siglo V, y que es la fuente de todos los manuscritos posteriores; de él se hizo una copia en Tours hacia el año 800 (la copia es el Vat. Reg. lat. 762, Lám. XIII) y otra en Corbie hacia mediados del siglo IX (Laur. 63.20), lo que sugiere fuertemente que la localización del Puteanus debió hallarse en el palacio carolingio. El modelo de distribución de muchas tradiciones carolingias, que revela líneas de transmisión que se extienden hacia el Sur y el Oeste a través de los Países Bajos y la Francia del Norte, y a la vez a lo largo del Rin hasta las orillas del lago Constanza, sugiere que aquéllas pueden muy bien haber tenido su origen en el fértil nexo en torno a Aquisgrán; y posteriores investigaciones sobre el origen y movimiento de los libros sin duda confirmarán la importancia crucial del palacio como centro de difusión de textos clásicos.

Ganando impulso según se sucedían las décadas, la labor de copia de libros se extendió rápidamente a lo largo y a lo ancho del imperio de Carlomagno. El importante papel del escritorio palatino parece haberse continuado bajo el sucesor de Carlomagno, Luis el Piadoso, pues entre los manuscritos que se han adscrito al mismo durante esa época hay libros tan sobresalientes como los manuscritos conservados en Bamberg de las *Epístolas* de Séneca (Class. 46 (M. V. 14)) y de la *Historia natural* de Plinio (Class. 42 (M. V. 10)). Según iban apareciendo manuscritos clásicos antiguos, con su imponente escritura mayúscula, iban siendo transformados, a menudo a gran velocidad, en copias en minúscula, y éstas a su vez, pasado el tiempo, engendraron nuevas copias, dando lugar al complicado árbol genealógico a que la teoría stemmática ha reducido este fascinante proceso. Una idea de la escala, quizá excepcional, a que estos libros fueron copiados, nos la pueden dar los manuscritos latinos escritos en Corbie durante un breve período después de mediados del siglo. Los ejemplares de que se copiaron venían en parte del palacio, y el mérito de esta febril actividad que dio lugar a su producción quizá deba atribuirse al bibliotecario de Corbie, Hadoard; entre éstos se encuentran una gran colección de obras filológicas de Cicerón, la primera y tercera décadas de Livio, Salustio, Columela, Séneca el Mayor, Plinio el Joven, la *Guerra de las Galias* de César, el *Ad Heren-*

nium, el comentario de Macrobio al *Somnium Scipionis,* la *Tebaida* de Estacio, Marcial, las *Heroidas* y los *Amores* de Ovidio, Terencio, Vitruvio y Vegecio. Queda claro, por los catálogos de bibliotecas carolingias conservados y por otros testimonios, que existían o se estaban formando otras colecciones comparables en centros tales como Tours, Fleury, Ferrières, Auxerre, Lorsch, Reichenau y Saint Gall. La multiplicación de textos populares suponía el que el contenido de estas bibliotecas fuese inevitablemente algo repetitivo; en lugar de examinarlas en detalle, será más interesante individualizar los ejemplares más notables, y así tratar de resumir lo que el renacimiento carolingio había acertado a rescatar del hundimiento del mundo antiguo.

Aunque se trataba de una fundación reciente (764), el monasterio de Lorsch, en Hesse, disfrutó del especial patronazgo de Carlomagno y formó rápidamente una de las más ricas bibliotecas carolingias. El famoso Codex Pithoeanus de Juvenal y Persio (Montpellier 125) se escribió en Lorsch, y este monasterio poseía copias de las *Epístolas* de Cicerón, que entonces eran muy raras. Entre los manuscritos que poseyó había algunos libros muy notables, como el códice del siglo v que es nuestra única fuente para la quinta década de Livio (Viena lat. 15) y que antes había circulado por los Países Bajos; el principal manuscrito de *De beneficiis* y *De clementia* de Séneca (Vat. Pal. lat. 1547), escrito en el Norte de Italia alrededor del año 800 y uno de los más antiguos manuscritos clásicos del período carolingio; el Codex Palatinus de Virgilio (Vat. Pal. lat. 1631), escrito en capital rústica a fines del siglo v o comienzos del vi; un famoso palimpsesto de Italia (Vat. Pal. lat. 24), que había sido hecho de restos de algunos de los más antiguos libros de la antigüedad que han sobrevivido, entre ellos de códices de Séneca, Lucano, Frontón y Gelio.

Ya hemos mencionado antes la importancia de las fundaciones insulares de Fulda y Hersfeld. De estos monasterios proceden los dos manuscritos de Amiano Marcelino de los que derivan todos los demás, y debemos la supervivencia de las *Opera minora* de Tácito y del *De grammaticis* de Suetonio a un manuscrito copiado en Hersfeld o en Fulda y conservado en el primero de ellos. Además de aportar importantes manuscritos para la tradición textual de algunos autores, como Plinio el Joven, Aulo Gelio, Eutropio y Nonio Marcelo, Fulda desempeñó un papel dominante en la historia de otros textos: nuestro único manuscrito medieval superviviente de Valerio Flaco fue copiado en Fulda; de los dos manuscritos carolingios de Columela, uno se escribió en Corbie y el otro en Fulda; la fuente primaria de la *Historia Augusta*

(Vat. Pal. lat. 899), que fue escrita en el Norte de Italia, debió llegar a Fulda, pues hay una copia directa de ella que tiene su origen en Fulda; los libros 1-6 le los *Anales* de Tácito han llegado a nosotros en un manuscrito copiado en Fulda y conservado en Corvey, una fundación derivada de Corbie; por último, y para terminar con una nota ligera, mientras uno de los manuscritos antiguos del libro de cocina de Apicio es una muestra característica de la escritura de Tours, el otro, escrito en una mezcla de minúscula anglosajona y escritura continental, señala casi con certeza a Fulda.

Ya hemos mencionado a Tours como fuente de algunos de nuestros más antiguos y finos manuscritos carolingios; podemos añadir a aquéllos la más antigua copia conservada de Suetonio (Paris lat. 6115). También fue la cabeza de un grupo de abadías, entre las que se encontraban Fleury, Ferriéres y Auxerre, que se extendían a lo largo de los valles del Loira y del Yonne, y que constituían una arteria principal para la circulación de los conocimientos clásicos. Fleury fue un centro importante para Quintiliano y para la *Guerra de las Galias* de César; Fleury y Auxerre, tan directamente relacionadas a través del círculo de Lupus y Heiric que con frecuencia no se distinguen fácilmente sus respectivas contribuciones, tienen gran importancia en la historia primitiva del texto de Petronio. La fértil interacción entre todo este grupo de monasterios, cuyos resultados pueden apreciarse en tradiciones tales como las de Nonio Marcelo y el comentario al *Somnium Scipionis* de Macrobio, fue sin duda intensificada por la actividad de Lupus y Heiric, quienes en las décadas medias del siglo IX constituyeron la zona en un punto focal para los estudios clásicos y ayudaron a aumentar el rico depósito de libros, que tanto hizo para alimentar el renacimiento literario de fines de la Edad Media y todavía afectó en gran medida a la historia de los estudios clásicos en el siglo XVI. Dos de los grandes códices de Virgilio, el Augusteus y el Romanus (Vat. lat. 3256 y 3867), llevan el *ex-libris* de la abadía de Saint-Denis de París, y pueden haberse conservado allí desde esta época primitiva. Los monasterios del lago Constanza, en especial Reichenau y Saint Gall, cercanos al corazón del renacimiento carolingio, y también en una posición como para mantener contacto con los centros de Italia del Norte, contribuyeron enormemente a la preservación de los textos clásicos. Sabemos que Reichenau poseía en esta época primitiva piezas tan escasas como las *Metamorfosis* y el *Ars amatoria* de Ovidio, Silio Itálico, y las *Cuestiones naturales* de Séneca. La abadía de ella derivada de Murbach tuvo una colección de manuscritos que rivalizó con la suya propia; entre los que dicha abadía poseyó

estaban una antigua y quizá influyente copia del *Appendix Virgiliana* y el arquetipo perdido de Veleyo Patérculo. Bobbio tenía algunos textos poéticos raros, como Lucrecio, Manilio y Valerio Flaco, y su copia de este último pudo muy bien haber sido el arquetipo de nuestra tradición existente; algunos de los muchos textos a los que había dado refugio no volvieron a salir a la luz hasta el siglo xv, otros hasta época reciente.

Si alguien hubiera tratado de hacer inventario de las obras clásicas disponibles a fines del siglo IX, hubiera quedado claro que algunos autores estaban tan bien integrados en la tradición literaria y educativa y tan nutridos en los estantes de las bibliotecas, que su supervivencia dejaba de estar cuestionada; en este grupo incluiríamos a Virgilio y Horacio (las *Sátiras* y las *Epístolas* más bien que las obras líricas, que fueron menos populares en la Edad Media), Lucano, Juvenal y Persio, Terencio, las obras épicas de Estacio, algunas de las obras retóricas y filosóficas de Cicerón (las *Epístolas* y *Discursos* eran todavía raros o desconocidos), *Catilina* y *Yugurta* de Salustio, Plinio el Viejo, Justino y Vitruvio. Séneca el Mayor y Valerio Máximo estaban disponibles, lo mismo que Aulo Gelio y las *Epístolas* de Séneca, aunque tanto Gelio como Séneca circularon en dos partes independientes, una de las cuales era mucho menos común que la otra; en esta época las copias completas eran raras o inexistentes. Quintiliano era menos común de lo que podía esperarse (su lugar había sido usurpado por el *Ad Herennium* y el *De inventione),* y también estaba incompleto: la mayoría de sus manuscritos eran *mutili,* aunque apareció un texto completo en Alemania en el siglo x. Marcial y Suetonio no eran corrientes, aunque la *Vida de Carlomagno* de Einhard, gracias a una feliz conexión con Fulda, es una brillante adaptación del método literario de Suetonio y un hito en el desarrollo de la biografía secular. Plauto, Lucrecio, Livio y Plinio el Joven eran también escasos, y la gran época de Ovidio estaba todavía por llegar. Algunos autores existían en tan pocas copias —a veces una sola— que su futuro era todavía precario: las *Epístolas* de Cicerón, Tácito, Columela, Petronio, Apicio, Valerio Flaco y Amiano fueron copiados en esta época, pero no a una escala que asegurase su supervivencia a través de las guerras y de los hechos inevitables, y de los menos dramáticos pero omnipresentes daños de los ratones y los hongos; necesitarían una *renovatio* para asegurar su posición. Las pocas o únicas copias de Tibulo y Catulo, las *Tragedias* de Séneca y las *Silvas* de Estacio, estuvieron prácticamente en hibernación, mientras Propercio, los *Diálogos* de Séneca, el *Asno de oro* de Apuleyo y gran parte de Tácito,

Manilio, Nepote y Veleyo Patérculo, eran todavía completamente desconocidos.

No podemos considerar estos hechos sin maravillarnos de la delgadez del hilo de que colgaba el destino de los clásicos latinos. En el caso de muchos textos sobrevivió en la época carolingia una sola copia, y con frecuencia muy deteriorada. Cuando la gran época de este renacimiento terminó, algunas de las grandes obras de la literatura latina no eran sino un solo manuscrito en un solo estante. El más ligero accidente podría habernos privado de alguno de nuestros más preciosos textos, de Catulo y de Propercio, Petronio o Tácito. Hay algunos ejemplos de supervivencia extraordinarios: el manuscrito de la quinta década de Livio del siglo v que fue a parar a Lorsch (Viena lat. 15) sobrevivió sin que ni siquiera fuese copiado hasta el siglo xvi. Un simple accidente, y cinco más de los libros de Livio habrían desaparecido sin dejar rastro.

8. LA ERUDICIÓN CAROLINGIA

Uno de los más evidentes aspectos de la época carolingia es la sorprendente cantidad de pergamino que consumió; hubo un enorme torrente de publicaciones que se extendían desde la poesía creativa, a través de la historia, la biografía, la hagiografía, la teología, la filosofía y la exégesis bíblica, hasta los manuales de retórica, dialéctica, métrica y gramática. Todo esto tiene su importancia, pues todo lo que diera lugar a un estudio y utilización más completos de la lengua y la literatura latinas suponía un avance en la tradición clásica. Pero si, para nuestro propósito actual, limitamos nuestra atención al estudio de la literatura clásica y ponemos especial énfasis en los estudios filológicos, sólo hay unas pocas personalidades que atraigan nuestra atención.

Uno de los más antiguos vislumbres de actividad filológica ejercida sobre un texto clásico en la época carolingia nos lo proporciona el más célebre manuscrito de Lucrecio, el Codex Oblongus (Voss. lat. F. 30), copiado en el escritorio palatino de Carlomagno en los primeros años del siglo ix. Este códice ha sido corregido y a veces añadido en escritura insular por el misterioso «corrector Saxonicus», cuya característica escritura ha permitido a los paleógrafos darle una figura de carne y hueso: en realidad no era sajón, pues ha demostrado ser nada menos que el estudioso irlandés Dungal, la autoridad astronómica de su época, a quien vemos dedicando un comprensible interés a nuestro más anti-

guo texto conservado de Lucrecio. Un lugar más importante en la historia de la erudición clásica se ganó otro irlandés, Sedulius Scottus, activo en Lieja a mediados del siglo. Versátil y bien dotado, teólogo y versificador a la vez que autor de comentarios gramaticales sobre Prisciano y otros, Sedulius nos interesa más como compilador de un *Collectaneum,* colección de extractos de varios autores. Es principalmente un cajón de sastre de tipo moral, del estilo de los que se encuentran con frecuencia en la Edad Media, pero Sedulius muestra algún interés por el estilo de los autores coleccionados, y es verdaderamente notable por la amplitud de sus lecturas: selecciona un gran número de obras ciceronianas (entre ellas las *Filípicas, Pro Fonteio, Pro Flacco, In Pisonem),* Valerio Máximo, Macrobio, los manuales militares de Frontino y Vegecio, y la *Historia Augusta.* Para los *Discursos* de Cicerón parece ser que utilizó uno de los importantes manuscritos conservados (Vat. Arch. S. Petri H. 25), copiado en Italia, probablemente de un original en uncial. Una colección similar nos ha dejado Hadoard, el *custos librorum* de Corbie (véase pág. 98), escrita casi con certeza de su propia mano (Vat. Reg. lat 1762, de mediados del siglo IX). Hadoard muestra mucho menos respeto por los autores: sus máximas morales están separadas del contexto, despojadas de nombres y referencias históricas que las enlacen a un lugar o a una época, y cristianizadas donde es necesario. Pero su amplitud es también notable, especialmente en cuanto a obras ciceronianas *(Academica priora, De natura deorum, De divinatione, De fato, Paradoxa, De legibus, Timaeus, Tusculanae disputationes, De officiis, De amicitia, De senectute, De oratore).* Tiene menos importancia textual de lo que podría esperarse, pues algunos de los manuscritos que usó todavía se conservan. Un documento más fascinante, ya que refleja toda la carrera y los intereses personales del compilador, es el libro de fragmentos (Saint Gall 878) de Walafrid Strabo (808-49), poeta, tutor del futuro Carlos el Calvo y abad de Reichenau. Los extractos en sí no resultan reveladores de sus intereses literarios: las únicas obras paganas del período clásico de las que tomó extractos fueron Columela y las *Epístolas* de Séneca; no resulta sorprendente la elección de la primera de ellas en el autor de un encantador poema sobre el jardín de su monasterio. Pero este libro de fragmentos ha ayudado a demostrar una intervención más activa en la transmisión de los autores clásicos de lo que es normal en un compilador, al revelar que la elegante mano que ha adicionado y en algunos lugares escrito o reescrito nuestro más antiguo manuscrito de Horacio (Vat. Reg. lat. 1703 = R) pertenece al propio Walafrid.

Pero el estudioso que destaca entre sus contemporáneos es Lupus de Ferrières (c. 805-62). Autor del famoso dicho «propter se ipsam appetenda sapientia» *(Epíst.* 1), es el único de los hombres de su época que nos da un anticipo del Renacimiento. Fue educado en Ferrières, y completó sus estudios en Fulda bajo el gran maestro del período posterior a Alcuino, Hrabanus Maurus (780-856); regresó a Ferrières en el 836, y fue abad desde el 842 hasta su muerte. Sus cartas tienen gran interés; a pesar de su dedicación a los asuntos del mundo, su correspondencia está dominada por sus aficiones eruditas. Deseoso de incrementar los fondos de la biblioteca de Ferrières, que habían sido bastante modestos en sus días de estudiante, escribió a donde pudo en busca de libros, a Einhard (quien por entonces había dejado la corte y se había retirado a Seligenstadt), a Tours, a York, al propio Papa. Sin embargo, no fue el único buscador de manuscritos en el siglo IX: lo que le distingue es el hecho de que estuviera deseoso de obtener manuscritos de obras que él ya poseía, para poder por medio de su colación corregir y complementar su propio texto. Consiguió llenar algunas de las lagunas del incompleto Valerio Máximo que había sobrevivido del mundo antiguo, utilizando para ello el raro epítome hecho por Julio Paris en el siglo IV. El siguiente párrafo de una carta escrita en el 847 a un monje de Prüm nos ilustrará sobre su modo de proceder *(Epíst.* 69):

> Tullianas epistolas quas misisti cum nostris conferri faciam, ut ex utrisque, si possit fieri, veritas exculpatur. Tu autem huic nostro cursori Tullium in Arato [la *Aratea*] trade, ut ex eo quem me impetraturum credo, quae deesse illi Egil noster aperuit, suppleantur.

Contento de dar, tanto como de recibir, Lupus contesta de buena gana a las preguntas sobre cuestiones de gramática, prosodia o exégesis, y nos da una aguda visión de la vida intelectual de uno de los círculos de estudiosos de la época carolingia. Escribió poco, y el principal monumento de su humanismo, aparte de sus cartas, son los manuscritos de autores clásicos —en número de más de una docena— que revelan el trabajo de su mano. El más importante de ellos en cierto aspecto es un manuscrito del *De oratore* de Cicerón, de la British Library (Harley 2736), copiado por el propio Lupus; entre los manuscritos que anotó hay textos de Cicerón, entre ellos el más antiguo manuscrito del corpus de Leiden de las obras filosóficas (Viena lat. 189), Livio (VI-X), Valerio Máximo, Aulo Gelio, Macrobio (comentario al *Somnium Scipionis)* y Donato (comentario a la *Eneida* I-VI). Sabemos que Einhard envió un Gelio a Fulda a petición de Lupus y que Hrabanus se tomó el trabajo de

copiarlo en el 836 *(Epist.* 5). Recientemente salió a luz un manuscrito de Gelio copiado en Fulda (Leeuwarden, Prov. Bibl. van Friesland 55), pero la esperanza de que pudiese tratarse del manuscrito utilizado por Lupus para corregir su propia copia de Gelio (Vat. Reg. lat. 597) ha resultado decepcionada. Su práctica de dejar espacios donde se han determinado o sospechado lagunas, marcar textos corruptos y registrar variantes, revela una sólida aproximación filológica a los textos clásicos que tiene más peso que la modesta calidad de su propia contribución crítica. En el campo de los estudios bíblicos la práctica de Lupus de colacionar manuscritos fue sorprendentemente anticipada por Teodulfo, obispo de Orleáns y abad de Fleury. Dejó terminada antes de su muerte en el 821 una edición de la Vulgata en la que se anticipó a los modernos métodos de edición de textos al usar siglas en los márgenes para distinguir la fuente de las variantes, como por ejemplo ā para las lecturas de Alcuino, o s̄ para la recensión hispana.

Lupus fue importante como profesor, y entre sus alumnos estuvo Heiric de Auxerre (c. 841-76), quien a su vez fue profesor de tan importantes figuras de la siguiente generación como Hucbald de Reims y Remigius de Auxerre. Si pensamos en que Lupus fue discípulo de Hrabanus y éste de Alcuino, podremos apreciar claramente uno de los hilos de la continuidad de la educación carolingia. Heiric ocupa un lugar importante en la historia de los textos clásicos; publicó colecciones de extractos de Valerio Máximo y Suetonio que había tomado al dictado de Lupus. El manuscrito de Valerio de Lupus ha llegado a nosotros (Berna 366). A principios del siglo IX había textos de Suetonio tanto en Tours (Paris lat. 6115) como en Fulda, y de este último Lupus había tratado, probablemente con éxito, de obtener una copia. Heiric es también el primero de quien se sabe que utilizó los extractos de Petronio que empezaron a circular en el siglo IX, y es el responsable de una colección de textos raros que han sobrevivido en un manuscrito copiado en Auxerre entre 860 y 862 y anotado por el propio Heiric (Vat. lat. 4929). Esta curiosa colección de textos tiene extraordinario interés porque sabemos algo tanto de su historia primitiva como de la posterior. Entre su variado contenido hay dos textos, el epítome de Valerio Máximo por Julius Paris y la geografía de Pomponio Mela, que llevan una subscripción en la que se recuerda que ambos fueron editados en Rávena en el siglo VI por Rusticius Helpidius Domnulus, poeta cristiano que floreció en el segundo cuarto de siglo. Rávena fue el lugar de residencia principal de muchos de los emperadores de los siglos V y VI, y un próspero centro de vida intelectual en la antigüedad tardía; después de ser recobrado del domi-

nio bizantino a mediados del siglo VIII pudo haber sido, junto con Roma, una de las principales fuentes de suministro de libros para los primitivos carolingios. De cualquier modo, Mela había alcanzado la Europa del Norte hacia la segunda mitad del siglo VIII, ya que su obra fue conocida por Virgilio de Salzburgo (véase pág. 91), y ambos textos finalmente habían llegado al círculo de Lupus y Heiric. Los irlandeses del continente pudieron haber tenido parte en su transmisión: además de haber sido conocido por un famoso irlandés como Virgilio de Salzburgo, el texto de Mela absorbió una glosa pro-irlandesa en alguno de los lugares por los que pasó. En cambio fue Heiric quien transmitió la pequeña enciclopedia de Helpidius a la posteridad: a través de una copia del siglo XII el contenido del Vaticanus llegó a Petrarca, quien aseguró su amplia difusión en el Renacimiento.

9. EL OCASO DEL MUNDO CAROLINGIO

La vida intelectual del renacimiento carolingio había estado directamente conectada con la cohesión y seguridad de la obra política de Carlomagno. En el curso de los siglos IX y X su imperio padeció repetidos ataques por todos lados, desde los vikingos a los sarracenos y los húngaros; regiones enteras fueron devastadas, y los monasterios saqueados, mientras las discordias internas conducían a su división en el 843 en unidades políticas independientes que ya adelantaban la fragmentada faz de la Europa moderna. Sin embargo, la maquinaria educativa que Carlomagno y Alcuino habían puesto en movimiento, trabajando a través de las escuelas monásticas y catedralicias, tenía ímpetu suficiente como para mantenerse en marcha hasta que una nueva época pudiese retomar la tradición clásica y explotarla de un modo más completo.

El siglo X fue en gran medida un período de transición desde la época carolingia hasta la expansión económica e intelectual de los siglos XI y XII. Hubo un descenso general del nivel cultural y una caída en la producción de manuscritos clásicos, aunque los autores latinos continuaron siendo estudiados y copiados. De hecho, entre los estudiosos de la época hubo dos cuya amplitud de conocimientos no hubiera encontrado paralelo en el siglo anterior: éstos fueron Ratherius (c. 887-974), obispo de Lieja y tres veces obispo de Verona, y Gerbert de Reims (c. 950-1003).

Ratherius fue una de las más turbulentas figuras en un siglo turbulento.[1] Verdaderamente, gran parte de sus amplios conocimientos los debió a sus varios cambios de residencia, y éstos a su temperamento impetuoso y lengua vitriólica, más fuertemente deudora de los satíricos latinos de lo que resultaba admisible por sus compañeros de clero, que le obligaron a huir de un modo casi picaresco de un lado para otro a través de Europa. Éste requiere nuestra atención especial por su conocimiento de dos textos raros, Plauto y Catulo. Es probable que conociese las obras de Plauto en Francia, que fue el lugar de origen de la familia de manuscritos Palatina, y lo mismo pudo ocurrir con Catulo, ya que aunque el gran descubrimiento de los poemas de Catulo tuvo lugar en Verona, la primera señal de su supervivencia fue la inclusión del poema 62 en el *Florilegium Thuaneum* (Paris lat. 8071), escrito en Francia a fines del siglo IX. Todavía nos queda un monumento a la devoción de Ratherius por los clásicos, en la forma del más importante manuscrito suelto de la primera década de Livio (Laur. 63.19 = M), copiado en Verona según sus instrucciones; algunas de sus más explosivas notas marginales delatan rápidamente a su autor. Un manuscrito gemelo de éste, probablemente copiado al mismo tiempo y regalado a Otón I, fue a parar a la catedral de Worms.

Las tradiciones carolingias se mantuvieron mejor en Alemania, especialmente bajo la dinastía otoniana (936-1002), y Gerbert, como preceptor de Otón III, estuvo en el centro de este renacimiento intelectual. Gran profesor, pionero en matemáticas y activo coleccionista de manuscritos, Gerbert fue una figura muy destacada; fue, en épocas sucesivas, abad de Bobbio, arzobispo de Reims y de Rávena, y finalmente Papa como Silvestre II. Conoció algunos autores tan raros como Celso y Manilio; este último lo halló en Bobbio. Y uno de los manuscritos del *De oratore* de Cicerón que hoy conservamos (Erlangen 380) fue copiado para él. La aparición del Sacro Imperio Romano dio lugar a contactos fructíferos entre Alemania e Italia, y las escuelas germánicas de fines del siglo X y del XI contribuyeron significativamente a la causa de los estudios clásicos. Otro famoso manuscrito de Livio, esta vez un códice en uncial del siglo V que contenía la cuarta década, fue adquirido en Piacenza y llevado a Alemania por Otón III; luego fue donado a la biblioteca de la catedral de Bamberg por Enrique II, y hoy sobreviven de él unas pocas tiras usadas para reforzar una encuadernación; pero se sacaron de él por lo menos dos copias, la una es nuestra principal fuente para el texto (Bamberg Class. 35, copiado en el siglo XI), y la otra es el padre de dos célebres manuscritos perdidos, el primero de los cuales

estuvo en Spira y el segundo en Chartres, del que surgió toda la tradición renacentista (véase pág. 128). Otro testimonio de la actividad filológica de las escuelas alemanas de esta época nos lo proporciona un importante volumen general de obras de Cicerón. Este manuscrito, que hoy se encuentra en la British Library (Harley 2682), se escribió en Alemania en el siglo XI, y anteriormente perteneció a la catedral de Colonia. Contiene algunos de los discursos, epístolas y obras filosóficas, y constituye un valioso testimonio textual para algunas de estas piezas.

Mientras las catedrales continuaron incrementando su importancia como centros intelectuales, los monasterios habían atravesado un período de decadencia, que fue detenido por la reforma cluniacense en el continente, y por los esfuerzos de Dunstan y Ethelwold en Inglaterra. En el siglo X Inglaterra empezó a importar libros del continente, y con ellos la escritura continental. El manuscrito más importante de la *Aratea* de Cicerón (Harley 647), copiado en Francia en la época carolingia, había llegado a Inglaterra a finales del siglo, y pronto produjo una pareja de descendientes en tierra inglesa. Sobreviven manuscritos de Juvenal y Persio de la Inglaterra del siglo X, entre ellos un atractivo ejemplar en minúscula insular (Cambridge, Trinity College O. 4.10), que debe ser de los últimos manuscritos clásicos copiados en esta escritura; así como un libro que contiene parte del *Ars amatoria* de Ovidio, copiado en Gales en el siglo IX (Bodleian Library, Auct. F. 4.32), que perteneció efectivamente a Dunstan.

10. EL RESURGIMIENTO DE MONTE CASSINO

El más espectacular suceso aislado en la historia de los estudios latinos del siglo XI fue la excepcional revitalización de Monte Cassino; la casa madre de la orden benedictina tuvo su época más brillante en un tiempo en que el benedictinismo estaba decayendo rápidamente como fuerza cultural de Europa. El gran florecimiento de la actividad intelectual y artística, que alcanzó su cumbre bajo el abad Desiderius (1058-87), fue acompañado de un renovado interés por los clásicos, y a fines del siglo XI y principios del XII se copió en Monte Cassino y centros aliados una extraordinaria serie de importantes manuscritos beneventanos de autores clásicos y de otros. Se recuperaron de un golpe una serie de textos que de otro modo se podrían haber perdido para siempre; a este

monasterio y a esta época debemos la conservación de los últimos *Anales* y de las *Historias* de Tácito (Lám. XIV), del *Asno de oro* de Apuleyo, de los *Diálogos* de Séneca, *De lingua latina* de Varrón, *De aquis* de Frontino, y treinta versos más de la sexta sátira de Juvenal que no aparecen en ningún otro manuscrito. En el siglo XI Monte Cassino mantuvo fuertes relaciones con Alemania, y el Tácito en especial parece proceder de Hersfeld y Fulda.

11. EL RENACIMIENTO DEL SIGLO XII

Como ya hemos hecho notar incidentalmente, la educación fue pasando gradualmente de los monjes y los monasterios al clero secular de las catedrales y las escuelas urbanas. Los monasterios siguieron siendo importantes por sus bibliotecas y escritorios, e incluso como centros culturales, pero la vida intelectual más creativa pasó a las escuelas catedralicias, que desde mediados del siglo XI crecieron rápidamente, y en unos pocos casos se convirtieron más tarde en las primeras universidades. Para entonces el mapa intelectual de Europa había cambiado de un modo espectacular. El gran centro del resurgimiento del derecho romano fue Bologna; la primera escuela médica se creó en Salerno; el reino normando del Sur de Italia y Sicilia promovió la traducción de obras técnicas griegas al latín, y con la reconquista de España a los musulmanes Toledo se erigió en el principal centro de actividad en cuanto a las traducciones que pusieron la ciencia y la erudición árabe al alcance de Occidente. Al Norte, el principal escenario de actividad intelectual se había trasladado a la Francia normanda y a la Inglaterra normanda, con Bec y Canterbury en cabeza, aunque a las escuelas inglesas les costó mucho tiempo alcanzar a las de Francia. El aspecto literario del resurgimiento clásico se llevó a cabo principalmente en las escuelas de Orleáns y Chartres, mientras que la filosofía y la dialéctica encontraron su lugar en París y la convirtieron en la capital intelectual de Europa. La producción literaria de la antigua Roma continuó siendo la materia básica de la educación, así como la principal fuente de inspiración literaria, aunque ahora tenía un nuevo objetivo: atender a las necesidades especializadas de una sociedad compleja con un interés profesional en el derecho, la medicina, la retórica y la lógica. Los libros que despertaban más interés en esta época eran los de Euclides y Ptolomeo, el *Digesto* y las obras del corpus aristotélico y médico que rápidamente iban estando

disponibles. A la vez el estudio de la literatura antigua fue ampliado e intensificado. El incremento de la riqueza material y espiritual, junto con las corrientes secularizadoras en arte y en literatura, permitió que se tomase un mayor interés por una literatura que no había sido pensada para el claustro.

El siglo XII señaló un giro en el desarrollo del público lector. Desde el final de la antigüedad la literatura profana casi había desaparecido, y en general sólo el clero y los miembros de las familias gobernantes podían leer. Pero en este momento, la vitalidad del resurgimiento literario y el creciente uso de documentos escritos en el comercio y en la administración ponen de manifiesto que está teniendo lugar un cambio. La afición literaria, que al principio estuvo limitada a la nobleza anglonormanda, se fue filtrando a otras capas de la sociedad, y se había extendido para finales del siglo XIII. Es significativo que hasta mediados del XIII el término *litteratus* indica la capacidad de leer y escribir en latín; desde esa época en adelante denota una cierta familiaridad con la literatura latina, y tiene un significado más cercano al de «persona cultivada». La existencia de un público lector aumentó la demanda de libros y dio un nuevo ímpetu a la literatura.

En una época en que la literatura por sí misma, tanto latina como vernácula, tuvo un rápido desarrollo, existía una capacidad para explotar con comprensión las técnicas de la épica y la historia antiguas. La poesía amorosa y los escritos morales de los satíricos tenían la mayor demanda: la literatura antigua abastecía tanto a los sentidos como a la conciencia. En el proceso, aquélla se transformó: Virgilio fue alegorizado, Ovidio moralizado, los satíricos incrustados de glosas y comentarios que raras veces tenían relación con la intención original. Los resultados eran variados. En su *De amicitia* Aelredo de Rievaulx fue capaz de repensar el problema de la relación humana en términos cristianos y reelaborar el diálogo de Cicerón en una forma que no violenta en realidad el modelo, que no desentona del encanto y originalidad de su propio tratamiento. Séneca, sutilmente mezclado con materiales de autores cristianos, pudo inspirar algunos nobles pasajes, como en Guillermo de Saint Thierry, aunque perdiese su identidad en el proceso; y en Gautier de Saint Victor, convenientemente manipulado, podía llegar a denunciar el estudio de los autores paganos. Los préstamos de Ovidio brillan en algunas de las escenas más eróticas de la comedia elegiaca de la época, aunque comúnmente se le utiliza como un manual de moral, y aún más, su tono e intención se distorsionaron de un modo tan grotesco, que los *Remedia amoris* pudieron convertirse en un texto es-

colar, e incluso la nariz del poeta, considerada grande por motivos obvios, sería transformada en un órgano extremadamente capaz de discriminar entre la virtud y el vicio.

Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano, Juvenal, Persio, Cicerón, Séneca, Salustio, fueron la dieta literaria normal del siglo xii; Estacio (excluyendo las *Silvae)* y Terencio eran populares, Quintiliano fue conocido pero no muy utilizado, Marcial aumentó en favor, mientras parte de Plauto (las ocho primeras comedias) y Livio empezaron a circular. Ninguna otra época debiera haber disfrutado más con la poesía de Catulo, Tibulo y Propercio, pero las escasas o únicas copias de estos autores que había en existencia permanecen sin usar, lo mismo que las de Tácito, y Lucrecio constituye un notable ejemplo de cómo un texto pudo circular en el siglo ix y después desaparecer prácticamente de la vista durante el resto de la Edad Media. Podemos valorar este resurgimiento clásico por el hecho de que en los palimpsestos conservados los autores antiguos empiezan a aparecer más frecuentemente en el texto superior; se habían cambiado las tornas, aunque continuaron los ataques al empleo de los clásicos en la educación.

Podemos hacernos una idea de la familiaridad que los principales intelectuales de la época tuvieron con la literatura latina a través de las obras de dos ingleses, William of Malmesbury (muerto hacia 1143) y John of Salisbury (c. 1110-80); el primero fue el más importante historiador de la época, y el segundo el más selecto representante del resurgimiento literario del siglo xii. Como bibliotecario de Malmesbury, William tuvo a su disposición una excelente biblioteca, que él trató de mejorar en gran medida, y un acceso fácil al mundo de los libros; además del recorrido habitual por los textos escolares, había leído la *Guerra de las Galias* de César, Aulo Gelio, Marcial, y un texto tan poco corriente en esa época como el *Apocolocyntosis* de Séneca; fue también el primer autor medieval que hizo citas del corpus completo de las *Epístolas* de Séneca. Auténtico historiador, con un fuerte interés histórico y anticuario, William ha ganado un honroso lugar en la historia de los estudios clásicos. Su interés particular consistía en la búsqueda de textos relacionados para unirlos entre sí, y algunas de sus colecciones, a menudo autógrafas, todavía existen. Un buen ejemplo es una de sus colecciones históricas, que contiene a Vegecio, Frontino y Eutropio (Oxford, Lincoln College lat. 100). Su impresionante intento de recoger toda la obra de Cicerón todavía subsiste en una copia posterior (Cambridge, University Library Dd. 13.2); contiene una defensa explícita de sus aficiones clásicas, y lo que es quizá el primer intento de una edición de los

fragmentos de *Hortensius* y *De republica,* cuidadosamente entresacados de las obras de Agustín. John of Salisbury, educado en Chartres y en París, y sin rival en la Edad Media como estilista, no sólo absorbió una gran cantidad de literatura patrística, medieval y clásica, sino que fue también capaz de emplearla en los problemas prácticos de su tiempo. Sus lecturas favoritas fueron Cicerón, Séneca y los *exempla* de Valerio Máximo, pero su fuerte interés clásico le llevó a autores no comúnmente hallados; hace citas de las *Strategemata* de Frontino, y fue un notable conocedor de todo el texto conservado de Petronio. Para Suetonio utilizó los extractos de Heiric, y es posible que su conocimiento dependa a veces de otros *florilegia.* Sus ataques cáusticos al abuso de formas dialectales muestran que el renacimiento puramente literario estaba ya en decadencia.

Los casos de William of Malmesbury y John of Salisbury fueron desde luego excepcionales, y entre sus contemporáneos hubo muchos que se contentaron con dar a sus escritos un falso aire de sabiduría por medio del saqueo de los enciclopedistas, los gramáticos y los *florilegia;* se habían impuesto los estudios de segunda mano. Robert of Cricklade dedicó a Enrique II una *defloratio* de Plinio el Viejo en nueve libros, William of Malmesbury compiló un *Polyhistor,* Étienne de Rouen preparó un resumen de Quintiliano. Algunos de los *florilegia* misceláneos, cuando fueron reunidos por alguien que tuvo acceso a una amplia selección de libros, son de considerable importancia textual por utilizar una tradición de una etapa más antigua que la representada en los manuscritos conservados y extraída de diferente fuente. El *florilegium Gallicum,* reunido en el Norte de Francia en el siglo xn, es un buen ejemplo; contiene extractos de gran número de autores, y supone una contribución al texto de Tibulo, Petronio, Valerio Flaco y otros. Un *florilegium* de principios del siglo XIII, de autores clásicos principalmente (Paris lat. 15155, con partes en otros lugares), contiene extractos de Propercio y del *Laus Pisonis.* Wibald, abad de Corvey de 1146 a 1158, tal como se le había ocurrido antes a William of Malmesbury, tuvo la ambiciosa idea de coleccionar toda la obra de Cicerón en un volumen, y casi lo consiguió, pues cabe poca duda de que el manuscrito más completo de las obras de Cicerón, copiado en Corvey en el siglo XII (Berlin lat. fol. 252), es su propio volumen; contiene obras oratorias y filosóficas, una impresionante variedad de discursos y parte de las *Epistulae ad familiares,* y es una importante fuente textual y un impresionante testimonio del humanismo del siglo XII.

Si nos preguntáramos en qué medida el renacimiento de fines del siglo XI y del siglo XII afectó a la transmisión textual de nuestros textos clásicos, podríamos contestar que éste consolidó las consecuciones del renacimiento carolingio. Los autores básicos para la educación medieval o que satisfacían los gustos de la época manaron en abundancia de los escritorios; en el caso de autores populares como Ovidio y Séneca, tenemos del siglo XII cuatro o cinco veces más manuscritos que de todos los siglos anteriores juntos. Muchos de estos manuscritos carecen de valor textual y no contienen nada válido que no pueda encontrarse en una forma más pura en testimonios más antiguos, aunque a menudo el ensanchamiento de la tradición en el siglo XII ha dado resultados ventajosos para el texto. El mejor manuscrito de *Ad familiares* de Cicerón es del siglo IX (Laur. 49.9); pero los errores y lagunas de su texto han de remediarse acudiendo a la otra rama de la tradición, carolingia de origen pero principalmente representada por manuscritos del siglo XII. Otros textos sobreviven enteramente en manuscritos de esta época: los textos de las *Cuestiones naturales* de Séneca que existieron en la era carolingia han perecido, y son los descendientes de esta tradición, copiados en los siglos XII y XIII, los que han preservado el texto.

12. LA ÉPOCA ESCOLÁSTICA

A fines del siglo XII y a lo largo del XIII las escuelas y las universidades estaban más dedicadas a asimilar y organizar el material y las ideas surgidos a la superficie por el reciente fermento intelectual, que a hacer nuevos descubrimientos. Las artes empleadas para la sistematización de los conocimientos adquiridos y la unificación del dogma fueron las de la dialéctica y la lógica, y estas ciencias sutiles dominaron no sólo la filosofía, la teología, y el campo del conocimiento especializado, sino también la gramática y la exégesis literaria. Al ser absorbida la herencia clásica en el sistema del pensamiento de la época, con su fuerte tendencia a la alegoría y a la reelaboración, quedaba destinada a ser reformada. También padeció por otros lados; con tanta materia para ocupar la mente, la lectura por extenso de los autores antiguos dio paso a la de los manuales de tipo más práctico, es decir, se sustituyeron los *auctores* por las *artes*, y las nuevas gramáticas y retóricas que estuvieron en uso eran a menudo de carácter escolástico. Los clásicos todavía constituían una valiosa cantera de anécdotas morales, y podían propor-

cionar a esta época curiosa todo tipo de información; pero la forma y el estilo ya no constituían parte de la atracción, y la materia podía asimilarse con más facilidad al ser reducida a extractos y *exempla.* Al mismo tiempo, los autores de los siglos XII y XIII ocuparon un lugar junto a los antiguos, y aunque no los llegaron a desplazar, el monopolio del pasado quedó roto.

Por estos motivos, el siglo que fue testigo del triunfo final de la Edad Media en muchos campos no resultaba especialmente atractivo para el estudioso clásico. Los manuscritos salieron al mercado en abundancia, pero el texto de aquellos autores que habían sido copiados durante generaciones fue haciéndose cada vez más corrupto; la proporción del grano a la paja se va haciendo menor, y los propios manuscritos, con su denso aspecto gótico, resultan menos atractivos que los de los siglos precedentes. A pesar de todo esto, los clásicos sobrevivieron a la marea escolasticista, e hicieron avances significativos donde menos se esperaba. Los héroes de la época fueron los constructores de los poderosos sistemas filosóficos y teológicos, pero entre aquellos que se dedicaron a la organización del conocimiento hubo algunos que concedieron un lugar importante a la literatura pagana. Vincent de Beauvais, que murió alrededor del 1264, es el más monumental enciclopedista de la Edad Media; su *Speculum maius* fue un intento de reunir la suma del conocimiento en un corpus único. Como tantos otros, era en principio antipagano, pero supo ver el valor de los textos profanos, y defiende su uso como compatible con una buena conciencia. Tomó muchas cosas de los autores clásicos; de Ovidio y Séneca considerablemente más que de los otros, quedando Virgilio eclipsado. Una gran parte de sus citas clásicas fueron tomadas de fuentes secundarias, y la aparición de autores raros como Tibulo se explica por su dependencia de compilaciones más antiguas, en especial el *florilegium Gallicum.*

Hacia el 1250, y pocos años después de la publicación del *Speculum maius,* Richard de Fournival, natural de Amiens y más tarde canciller de su catedral, compiló su *Biblionomia.* En ella despliega la literatura y la sabiduría del mundo, para guía de sus conciudadanos, en forma de un elaborado jardín en el que las varias ramas del conocimiento tienen cada una su parcela. Esta encantadora analogía cristaliza rápidamente en el cuadro de una biblioteca en la que los libros se alinean en los estantes según sus materias. Esta bibliografía sistemática no es, como a veces se ha pensado, la proyección imaginaria de un bibliófilo, sino el catálogo auténtico de la biblioteca que el propio Fournival había formado con gran cuidado. Ésta debió haber contenido alrededor de 300 volúmenes,

y pudo competir en tamaño y variedad con las bibliotecas monásticas y catedralicias de la época. Contiene algunos textos clásicos raros, y entre los más dignos de mención hay tres piezas de las *opera poetarum:* Tibulo, Propercio y las *Tragedias* de Séneca. Su ejemplar de Tibulo podría descender en último grado del manuscrito que hubo en la biblioteca palatina de Carlomagno; pasó aquél, en 1272, con el grueso de su colección, a la biblioteca de la Sorbona, pero hoy se ha perdido; si hubiese sobrevivido, habría sido nuestro más antiguo manuscrito de Tibulo. Pero los manuscritos de Propercio y de las *Tragedias* que tuvo Fournival sobreviven y han sido hoy día identificados. Las *Tragedias* de Séneca habían dado anteriormente signos de vida; algunos extractos de las mismas aparecían en el *florilegium Thuaneum* (Paris lat. 8071), escrito en Francia en el siglo IX, y nuestro manuscrito completo más antiguo, el Codex Etruscus (Laur. 37.13 = E) data del XI, pero aquellas obras habían permanecido casi desconocidas. Hasta el siglo XIII no comienzan a aparecer manuscritos de la otra, y principal, corriente de la tradición conocida como A; ésta resurgió en el Norte de Francia, aunque su representación más antigua (Cambridge, Corpus Christi College 406) parece que se copió en Inglaterra. El manuscrito conocido por los editores como P (Paris lat. 8260) fue copiado para Richard de Fournival. Aparte de unos pocos ecos a fines del siglo XII, Propercio es un nombre nuevo en la Edad Media; uno de los más grandes poetas romanos, tuvo que esperar hasta la época escolástica para ver de nuevo la luz, y su texto lo debemos en gran medida, como ocurrirá con otros descubrimientos por venir, a un nuevo fenómeno, el del acaudalado coleccionista particular de libros. El libro que se hizo para Fournival en nuestro manuscrito A (Voss. lat. O. 38), copiado por el mismo escriba de su Séneca; es uno de los dos más importantes testimonios del texto, y el padre de la tradición humanista.

Las *Tragedias* no fueron el único texto de Séneca que circuló por la Europa del Norte en esta época. Los *Diálogos* llegaron a las escuelas de París en la primera mitad del siglo XIII, después de haberse abierto camino hacia el Norte desde Monte Cassino. Éstos fueron conocidos por John of Garland en fecha tan temprana como 1220, y cincuenta años después, algo tardíamente pero con enorme entusiasmo, su «descubrimiento» fue anunciado por Roger Bacon. Aunque este texto empezó también a circular de nuevo en la Francia del Norte, entre los primeros en hacer uso de él estuvieron Roger Bacon y John of Wales, ambos franciscanos, y ambos tan familiares en Oxford como en París. Esto nos sirve para llamar la atención sobre la menos espectacular, pero sin embar-

go considerable, contribución que los frailes ingleses ya estaban haciendo para la promoción de los estudios clásicos. De hecho fueron algunos de los franciscanos ingleses quienes compilaron en el siglo XIII un *Registrum librorum Angliae* o catálogo colectivo de libros que podían encontrarse en bibliotecas de Inglaterra, un notable proyecto bibliográfico en el que se incluyeron algunos autores clásicos. Los tratados de John of Wales, como el *Communiloquium* y el *Compendiloquium*, estaban llenos de referencias a los antiguos, y abrieron una ancha y prometedora ventana sobre la antigüedad clásica; estos tratados estaban planeados no sólo como una ayuda para el maestro o el predicador, sino también como manuales de conversación distinguida. Algo más tarde Nicholas Trevet, dominico y de nuevo especialmente relacionado con Oxford y París, consiguió una reputación tal por su erudición y su labor de exégesis de textos antiguos, que recibió encargos de Italia para escribir comentarios sobre Livio y sobre las *Tragedias* de Séneca (véase pág. 127). Éstos prepararon el camino para el grupo clasicista de frailes que han dejado muestras de su actividad en Inglaterra a principios del siglo XIV. Este grupo de poca cohesión, del que quizá fueron sus más importantes figuras Thomas Waleys y Robert Holcot, realizó una gran labor para popularizar el conocimiento del mundo antiguo, al introducir alusiones clásicas para ilustrar sus comentarios bíblicos y sermones, ayudando a crear una audiencia con gusto por la historia y el mito antiguos. Por su erudición clásica, especialmente apreciable en su comentario a los diez primeros libros del *De civitate Dei*, terminado en 1332, su admiración por los antiguos, y su conocimiento de textos raros, Thomas Waleys está muy cerca de ser un humanista, y sin duda debe mucho de su calidad especial a los períodos que pasó en Bolonia y Aviñón. Afirma haber visto una copia de las *Metamorfosis* de Apuleyo, y puede hacer citas de la rara cuarta década de Livio gracias al libro que le había prestado el obispo de Módena. La afición a los estudios clásicos común al grupo podía haber evolucionado en humanismo si las circunstancias hubieran sido diferentes; tal como fueron, su falta de elegancia estilística, su modo medieval de pensar, su profesión, y su falta de contacto con una clase intelectual acomodada, impidieron que esto tuviese lugar; el movimiento tomó una dirección diferente y se desvaneció.

Entretanto se fueron haciendo cada vez más adiciones al vasto corpus de literatura y sabiduría clásicas que se habían ido acumulando a lo largo de los siglos. Los estudios clásicos sobrevivieron, avanzaron y se adaptaron con éxito a los nuevos gustos y condiciones, pero sin un

contexto en el que estuvieran realmente emancipados nunca hubieran podido alcanzar su verdadero desarrollo pleno. Esto se reservó a los humanistas del Renacimiento, quienes se apoyaron en la gran herencia medieval, con curiosamente poco sentido de su deuda, para explotar lo que habían recibido de una forma nueva y trascendental.

13. EL GRIEGO EN EL OCCIDENTE MEDIEVAL

Bajo el Imperio Romano Italia había sido a todos los efectos y propósitos un país bilingüe, pero con el fin del imperio el uso del griego decayó, excepto en el Sur de Italia y en Sicilia, donde muchas ciudades eran de origen colonias griegas. Sabemos que el monasterio de Vivarium, cerca de Squillace, fundado por Casiodoro, tenía una colección de libros griegos, pero no hay muestras de que contribuyese de un modo tangible a la preservación del griego. Y en todas las demás partes de la Europa occidental, donde esa lengua nunca había estado firmemente establecida, si es que alguna vez se habló, el conocimiento del griego se convirtió en un hecho de excepcional rareza a lo largo de toda la Edad Media. Hasta la correspondencia diplomática sufrió a veces retrasos por falta de traductores e intérpretes cualificados

Puede rastrearse un cierto interés por el griego durante un breve período en el siglo IX. Sobreviven algunos manuscritos bíblicos bilingües, que por su escritura muestran ser productos del mundo latino; se piensa que proceden del escritorio de Saint Gall. En el 827 el emperador bizantino envió al rey francés una copia del Pseudo-Dionisio Areopagita (todavía conservada en Paris gr. 437), que sirvió de base a la traducción latina de esta popularísima falsificación. Pocos años después el irlandés Juan Escoto Eriugena utilizó el manuscrito para su propia traducción de esas obras, e hizo también otras traducciones de Gregorio de Nyssa, Gregorio de Nacianzo y Máximo el Confesor. Pero aunque algunas de sus versiones fueron muy leídas, no creó una tradición de estudios griegos, y no hubo otros textos accesibles por aquellos tiempos excepto las versiones de Boecio de algunos de los escritos de Aristóteles sobre lógica y una versión del *Timaeus* de Platón hecha en el siglo IV por Calcidio.

En el siglo XII la gama de obras traducidas se incrementó notablemente. Esto se debió en parte a dos figuras que todavía permanecen muy oscuras, Burgundio de Pisa (1110-93), quien había pasado los años

1135-8 en Constantinopla como intérprete, y Jacobo de Venecia, canonista cuya versión de los *Analytica posteriora* de Aristóteles fue conocida por John of Salisbury en 1159. Algo mejor conocidas son las versiones, inelegantes y literales, de Platón, Euclides y Ptolomeo hechas en Sicilia alrededor del 1160 bajo el patrocinio de Henricus Aristippus, archidiácono de Catania (muerto en 1162), de quien se dice que adquirió algunos manuscritos que habían sido enviados como regalo por el emperador bizantino al rey normando de Sicilia. El propio Aristippus tradujo el *Phaedo* y el *Meno* de Platón, algunas obras de Aristóteles, y quizá la *Pneumatica* de Herón, en la que se trata de motores de vapor, máquinas tragaperras y otros artilugios que tienen en torno un halo sorprendentemente moderno. También se le elogia por haber ayudado a hacer las versiones de Euclides, Proclo y Ptolomeo. Otra figura importante de este círculo fue el almirante Eugenius, que tradujo la *Optica* de Ptolomeo del árabe al latín (el texto griego se ha perdido). El principal interés de estos hombres era claramente científico.

Sin embargo la influencia de estos traductores fue quizá algo menor de lo que podía haberse esperado, pues Gerardo de Cremona tradujo del árabe el *Almagesto* de Ptolomeo en Toledo hacia 1175, ignorando al parecer la versión ya existente. Para la difusión del aristotelismo fue también importante la obra de los estudiosos árabes de España que no conocieron el texto original griego. Las versiones árabes y comentarios de Avicena y otros estudiosos, especialmente Averroes (muerto en 1198), fueron trasladadas al latín en Toledo a mediados y fines del siglo XII. Una gran parte del corpus aristotélico pudo así ser conocida y circuló rápidamente por otras partes de Europa.

En el siglo XIII unas pocas personas eminentes demostraron un algo más que superficial conocimiento del griego. Robert Grosseteste (c. 1168-1253), aunque lo aprendió ya de edad avanzada y siempre necesitó ayuda de hablantes nativos, estudió a Aristóteles y tradujo la *Ética;* también tradujo el Pseudo-Dionisio Areopagita (su ejemplar del texto griego está en la Bodleian Library, Canonici gr. 97). Su discípulo Roger Bacon (c. 1214-94) escribió una gramática griega (Oxford, Corpus Christi College 148), pero a pesar de su insistencia en que los textos debían estudiarse en el original en lugar de en las a menudo ininteligibles traducciones, tuvo pocos seguidores, si es que tuvo alguno. Un contemporáneo suyo flamenco, Guillermo de Moerbeke, tradujo partes de Arquímedes y Aristóteles, estas últimas quizá a petición de Tomás de Aquino. Vivió durante algún tiempo en Grecia, y se le puede localizar en Nicea en 1260; después llegó a ser arzobispo latino de Corinto. Otra

figura de importancia fue un griego de Reggio llamado Nicolás (activo c. 1308-45), que se estableció en la corte de los reyes angevinos de Nápoles e hizo versiones de muchas obras atribuidas a Galeno. Algunas de éstas sobreviven sólo en su versión latina.

IV

EL RENACIMIENTO

1. EL HUMANISMO

Será conveniente para los propósitos de este breve manual considerar el Renacimiento como un período que se extiende desde alrededor de 1300 hasta mediados del siglo XVI. Un movimiento cultural conocido como humanismo, fuerza estimulante del Renacimiento, inició su actividad en ciertas partes de Italia a fines del siglo XIII; a mediados del siglo XVI se había extendido por la mayor parte de la Europa Occidental y había transformado, entre tantas otras cosas, la transmisión y el estudio de la antigüedad clásica. El estudioso de fines del Renacimiento tenía a su disposición casi tanta literatura de Grecia y Roma como hoy poseemos nosotros; la mayor parte de ésta podía leerla, con facilidad y a no gran costo, impresa; y las traducciones del griego al latín y de ambas lenguas a las vernáculas habían hecho accesible al gran público una buena parte de la literatura antigua. En el aspecto erudito, habían sido firmemente establecidos los cimientos de la crítica histórica y textual.

Aunque el humanismo finalmente actuó sobre todos los terrenos de la vida intelectual y artística, fue primariamente una actividad literaria y estuvo estrechamente conectado con el estudio y la imitación de la literatura clásica. El origen del término «humanismo», creado en el siglo XIX, ha sido buscado en la palabra *umanista,* acuñada en el lenguaje estudiantil de las universidades italianas de fines del siglo XV, por analogía con las denominaciones del tipo de *legista* o *iurista,* para designar al profesional de la enseñanza de las humanidades o *studia humanitatis,*

que por esas fechas habían cristalizado como el estudio de la gramática, la retórica, la historia, la poesía y la filosofía moral, un canon tan importante por lo que excluía como por lo que contenía. El matiz filosófico que el humanismo desarrolló más tarde es sólo en parte el resultado de su primitivo empeño en lo clásico: la enseñanza, estudio y difusión de la literatura clásica.

Muchos humanistas, especialmente en el siglo XV, tuvieron como profesión la de profesores de humanidades; en calidad de tales ocuparon el lugar de los *dictatores* medievales, hombres que enseñaban el arte de componer cartas, discursos y otros documentos esenciales para la diplomacia y la vida pública. Pero el *dictamen* era un fenómeno esencialmente medieval, elaborado, estereotipado, con olor a manual y a copia en limpio. El cultivo del estilo dependía muy poco del uso de los modelos clásicos, la poesía estaba olvidada, y en general en Italia los estudios clásicos parecen haber sido en algunos aspectos considerablemente menos «humanos» que en otros lugares. No es, por tanto, fácil saber por qué el humanismo surgió precisamente en este lugar. No parece que haya una respuesta sencilla, pero se ha señalado que gran parte de los primeros humanistas fueron notarios o juristas o estuvieron de algún modo asociados a la profesión de las leyes. Las escuelas de leyes en Italia tuvieron una posición dominante, y el resurgimiento del derecho romano en Bolonia había rehecho un puente de unión con la antigüedad. Los *dictatores* habían desarrollado una gran actividad en los siglos XII y XIII, y la fuerte insistencia en la instrucción gramatical y retórica que los juristas habían recibido como preliminar a su formación legal, a pesar de lo mucho que aquélla había perdido su aroma clásico, habría dado como resultado un buen dominio del latín y un fuerte sentido del estilo. Otros factores importantes fueron la naturaleza secular de la educación latina, y la existencia de una refinada cultura urbana, y de una clase profesional que tenía la formación y los medios y el ocio necesarios para cultivar sus aficiones clásicas y además estaba suficientemente introducida en la vida cívica como para hacer uso práctico, cuando se ofrecía la oportunidad, de la nueva retórica. También debemos hacer una concesión a la personalidad de algunos de los individuos implicados, un Lovato o un Petrarca, que tuvieron el don de poder comunicar a otros su entusiasmo y apasionamiento, y al simple hecho de que hubiera al alcance bibliotecas que proporcionasen exactamente la clase de textos que podían dar al humanismo una nueva dirección y acentuar la ruptura con el pasado. Y, cuando el humanismo se ensanchó y extendió su influencia a otros campos, no fue desechado el objetivo

práctico del *dictator*, sino que se consideró que la forma de hablar y escribir bien estribaba en el uso de los modelos clásicos; se revivieron los clásicos latinos, no sólo como estudio académico, sino como la materia de la que se formaba la elocuencia, y fue este dominio de la lengua latina el que permitió al hombre del Renacimiento impresionar a sus iguales, denunciar a sus enemigos, tronar en defensa de sus creencias o de su ciudad. Esto condujo sucesivamente a un estudio más interesado y comprensivo de todos los aspectos de la vida antigua, y a un sentimiento de identificación, ilusorio sin embargo, con los hombres y los ideales del mundo antiguo que es signo del neoclasicismo.

Este intento de aproximarse al espíritu clásico y de revivir y repensar el pasado en términos de presente trasciende completamente la forma medieval de acercarse a la literatura antigua. Al fin la literatura latina fue liberada del papel en que de tan mala manera había sido encajada: el de actuar de sierva de la religión; el humanismo fue fundamentalmente secular, y la escasa pero ininterrumpida tradición de educación laica en Italia habría sin duda contribuido a esto. Los humanistas fueron hombres del mundo, unas veces profesores de gramática o literatura, más frecuentemente notarios, secretarios papales, cancilleres de las ciudades. Generalmente fueron coleccionistas de libros, a menudo en gran escala, y el aumento de las bibliotecas privadas y el comercio del libro ayudaron a romper el largo monopolio eclesiástico de la enseñanza. Al mismo tiempo el movimiento ganó rápidamente terreno dentro de la Iglesia, y pronto se encontrarían humanistas en los más altos puestos de su jerarquía.

2. LOS PRIMEROS HUMANISTAS

Los comienzos del humanismo son claramente detectables en un pequeño grupo literario que surgió en Padua en la segunda mitad del siglo XIII. El guía de estos prehumanistas fue un juez paduano, Lovato Lovati (1241-1309), que tenía un vivo interés por la poesía clásica, un notable instinto para descubrir textos olvidados durante siglos, y el poder de comunicar su entusiasmo a un círculo de amigos. Sus obras supervivientes son algunas colecciones de poemas, en especial sus *Epístolas métricas*. De éstas se desprende que Lovato fue todo lo más un poeta mediocre, a pesar de la novedad de su intento de captar el espíritu de sus modelos clásicos; lo que asombra en estos poemas es el cono-

cimiento de la poesía romana que revelan. Puesto que sus referencias a los modelos clásicos son más bien ecos que citas directas, los testimonios no aparecen siempre tan claramente determinados como sería de desear, pero existen en suficiente grado como para inspirar respeto. A la cabeza de sus contemporáneos, Lovato parece haber tenido conocimiento de Lucrecio, Catulo, las *Odas* de Horacio, todo Tibulo, Propercio, Marcial, las *Silvas* de Estacio, Valerio Flaco y obras tan poco conocidas como *Ibis* de Ovidio. La cronología del humanismo ha tenido que ser totalmente revisada: Petrarca no fue el primer humanista que conoció a Propercio, ni Salutati el primero que poseyó la obra completa de Tibulo; Lovato conocía a Lucrecio y a Valerio Flaco siglo y medio antes de que fueran descubiertos por Poggio, y hacía uso de Catulo casi cincuenta años antes de la fecha tradicional de su resurrección en Verona. Otros miembros del círculo fueron conocidos como poetas latinos del mismo estilo, de lo que no había precedente desde la antigüedad y no volvió a suceder de nuevo hasta el siglo XV.

Una clave espectacular de la fuente de algunos de los textos de Lovato ha sido hallada en un manuscrito de la British Library (Add. 19906) copiado por el propio Lovato hacia 1290, que contiene, entre otras cosas, el *Epítome* de Justino y los poemas de Lovato. Al final de la obra de Justino copió la subscripción que encontró en su ejemplar, lo que revela que el manuscrito que él usaba había sido copiado en el monasterio de Pomposa, en el delta del Po, poco antes del 1100. Entre los textos clásicos que sabemos que estaban en Pomposa en fecha tan temprana como el siglo XI se encontraba una rareza bibliográfica, las *Tragedias* de Séneca. El descubrimiento por otro lado de que Lovato había utilizado el famoso Codex Etruscus de las *Tragedias* (Laur. 37.13), del mismo siglo XI, a la vez que nos proporciona un lugar de origen para el mal llamado Etruscus, nos confirma que Lovato había acertado a utilizar las fuentes de una de las grandes bibliotecas medievales del Norte de Italia. Podemos suponer fácilmente que otra de estas fuentes fue la Biblioteca Capitular de Verona. Sin embargo, todavía no han sido contestadas todas las cuestiones que sugiere la riqueza de sus hallazgos; cuando estos textos se redescubrieron más tarde, salieron a la luz en Francia, en Suiza o en Alemania en un medio totalmente diferente de éste. Padua es un lugar aislado e incluso oscuro en la historia del redescubrimiento de la antigüedad.

Lovato nos ha dejado también una breve nota sobre el metro y la prosodia de las *Tragedias* de Séneca, notable por basarse en un estudio inteligente de la propia práctica de Séneca y no en los manuales medie-

vales. Fue elaborada por sus sucesores, y es una indicación del profundo interés que los prehumanistas se tomaron en la tragedia romana. También realizó incursiones en la arqueología, e identificó un esqueleto que unos obreros habían desenterrado como los restos del legendario fundador de Padua, el troyano Antenor, error insigne. Por todo esto resulta claro que algo nuevo había empezado.

Un cierto contraste nos proporciona otro juez paduano del mismo círculo, Geremia da Montagnone (c. 1255-1321), quien no tenía ambiciones literarias y recorrió la trillada senda de los florilegistas didácticos: su *Compendium moralium notabilium,* probablemente recopilado en la primera década del siglo XIV, gozó de amplia circulación e incluso se imprimió en Venecia en 1505. La de Geremia es una figura más típica de su época, aunque en algunos aspectos su compendio le coloca firmemente dentro del grupo humanista. Sus lecturas son vastas, los trozos seleccionados se ordenan de un modo sistemático, añadiendo capítulos y versículos, y parece citar de primera mano de los propios autores; su noción de la secuencia cronológica no es mala para su época, y hace una buena distinción (por ejemplo, *poeta* y *versilogus)* entre escritores clásicos y medievales. Sus citas de Catulo y Marcial, de las *Odas* de Horacio y de *Ibis* de Ovidio, junto con su abundante utilización de las tragedias de Séneca, muestran claramente la influencia del humanismo local.

El sucesor espiritual de Lovato fue su amigo y conciudadano Albertino Mussato (1262-1329). Notario de profesión, Mussato adquirió distinción en el mundo de la política, la diplomacia y la literatura. Fuertemente influenciado por Lovato, leyó los mismos poetas latinos y profundizó más en las *Tragedias* de Séneca; escribió también *Historiae,* tomando como modelo a Livio, Salustio y César. Su mayor éxito literario sobrevino en 1315: para abrir los ojos de los paduanos ante el peligro de caer en las garras del señor de Verona, Cangrande della Scala, escribió una tragedia senequista, *Ecerinis,* que trataba en tonos contrastados del ascenso y caída del antiguo tirano de Padua, Ezzelino III. Esta primera tragedia escrita en metros clásicos después de la antigüedad fue un enorme éxito literario y político; los paduanos coronaron de laureles a su autor, y así revivió una costumbre romana que cautivó la imaginación del Renacimiento y constituyó una adecuada recompensa para el pionero del moderno drama clásico.

Aunque limitado en su influencia por la dificultad de las comunicaciones y por la fragmentación de la vida política en Italia, el humanismo paduano pronto se traspasó a la vecina ciudad de Vicenza, en la

que el notario Benvenuto Campesani (1255-1323) compuso en los primeros años del siglo XIV su famoso y enigmático epigrama, celebrando el retorno a Verona de su por tanto tiempo olvidado poeta Catulo. Verona favoreció una tradición humanística más erudita, nutrida en la Biblioteca Capitular. Entre sus tesoros había dos importantes textos en prosa, el perdido Veronensis de las *Cartas* de Plinio que había sido conocido por Ratherius, y el manuscrito del siglo IX de la *Historia Augusta,* que había sido llevado a Verona a tiempo de ejercer una enorme influencia en la historiografía renacentista. Ambos fueron utilizados por Giovanni de Matociis (que trabajó entre 1306 y 1320), custodio de la catedral, quien, además de su obra principal, la *Historia Imperialis,* produjo la primera obra crítica sobre historia literaria que se escribió en el Renacimiento, su *Brevis adnotatio de duobus Pliniis.* Basándose en el Plinio de Verona y en un texto de Suetonio, pudo desglosar el compuesto de Plinio de la Edad Media en el Viejo y el Joven. La Biblioteca Capitular también tuvo su propio florilegista: en 1329, alguien que tenía acceso a sus libros, compiló unas *Flores moralium auctoritatum* (Verona CLXVIII (155)) que, aun derivándose en parte de otros florilegios, contenían fragmentos tomados de textos raros que se sabe que existieron en Verona, como Catulo, Plinio el Joven, la *Historia Augusta,* las *Res rusticae* de Varrón, y las *Epístolas a Ático y a Quinto* de Cicerón.

3. LA CONSOLIDACIÓN DEL HUMANISMO: PETRARCA Y SU GENERACIÓN

Aunque recientes investigaciones han mostrado que el prehumanismo había avanzado mucho más lejos por el camino del humanismo de lo que antes se suponía, especialmente en la consecución de un nuevo corpus de poesía latina, el brillo con que Petrarca (1304-74) hace su entrada en escena apenas ha disminuido. Él empequeñece a sus precursores en todos los aspectos: fue inmensurablemente mayor poeta y más destacada personalidad que cualquiera de ellos; sus horizontes fueron más anchos y su influencia, nunca constreñida por los límites de una ciudad o provincia, se extendió por la mayor parte de Europa occidental; Petrarca tuvo la suficiente visión y capacidad como para unir los dos caminos del humanismo existentes, el literario y el erudito, y como para combinar los propósitos elevados con la posibilidad de investigación concienzuda; fue más lejos que nadie en el intento de revivir den-

tro del marco de la sociedad cristiana los ideales de la antigua Roma, y su intención de aproximarse a las grandes figuras del pasado e incluso a rivalizar con ellas en sus creaciones, aunque expuesta a la vanagloria, desató pasiones y ambiciones que iban a reanimar todo el legado cultural del mundo antiguo y condujeron a una transformación de los modos de pensar y de escribir de la época.

El que durante un período crítico en el siglo XIV (1309-77) la curia papal trasladase su sede de Roma a Aviñón, supuso una ventaja para Petrarca y de hecho para la continuidad de la tradición clásica occidental. Aviñón estaba bien situada para poder ser un punto de contacto cultural entre el Norte y el Sur, y la atracción a la corte papal de hombres de diferentes nacionalidades y puntos de vista intelectuales tuvo importantes consecuencias. En especial los legistas y eclesiásticos instruidos, cuyo creciente interés por los textos clásicos demandaba un mayor conocimiento del mundo antiguo que el que les había proporcionado su educación escolar, empezaron a hacer uso del legado medieval del Norte. Las bibliotecas monásticas y catedralicias de Francia estaban a su alcance, y para obtener ayuda a fin de poder leer los textos clásicos más difíciles recurrieron a Oxford, al sabio Nicholas Trevet, quien a petición expresa de un Papa y un cardenal escribió sus comentarios sobre Livio (c. 1308) y sobre las *Tragedias* de Séneca (c. 1315). Así pues, cuando Petrarca llegó a Aviñón encontró que ya había una generación anterior con un interés activo en textos que habían sido poco leídos en las pasadas centurias. Petrarca se benefició mucho de esta estimulante compañía, a la vez que tuvo la imaginación y el sentido histórico suficientes como para ver la inadecuación que suponía el contemplar la antigüedad a través de los ojos de la Edad Media, y rompió con aquella visión para recrearla por sí mismo.

En la British Library se conserva un manuscrito de Livio (Harley 2493, Lám. XV) que ha sido aducido para ilustrar, tan bien como un solo documento puede hacerlo, la importancia de Aviñón como puente entre la Edad Media y el Renacimiento y la parte que en esta historia desempeñó Petrarca. Este volumen, que contenía originalmente los libros 1-10 y 21-40, fue recopilado por Petrarca cuando sólo contaba poco más de veinte años; algunas partes las copió de su propia mano. El núcleo del libro es un manuscrito de la tercera década de Livio, copiado hacia 1200 y derivado en último lugar, como todos los manuscritos completos que han sobrevivido, del Puteanus, todavía conservado; a esta parte central Petrarca añadió alrededor del año 1325 una copia de la primera década, y unos pocos años después, una de la cuarta. Hacia

1329 era el orgulloso poseedor de un Livio más completo y con mejor texto que cualquiera otro de los existentes. Las distintas décadas de la *Historia* de Livio habían seguido destinos diferentes a través de la Edad Media, y fue una considerable hazaña el haber reunido tres de ellas en un volumen, sobre todo teniendo en cuenta que la cuarta década era muy rara en tiempos de Petrarca; los restantes libros hoy conservados de Livio (41-5) no se descubrieron hasta el siglo XVI. Todo el texto fue completado, corregido, anotado y, en cierto sentido, editado por el propio Petrarca; especial valor tienen las variantes recogidas en sus notas a los libros 26-30, ya que fueron tomadas de un manuscrito independiente del Puteanus. Es evidente que para esos libros, lo mismo que para la cuarta década, tuvo acceso a un manuscrito de la misma tradición que el perdido códice de la catedral de Spira, utilizado por dos estudiosos, Beatus Rhenanus y Gelenius, para la edición de Froben de 1535, de la que los modernos editores han tratado con gran dificultad de recuperar sus lecturas. La historia de este gran hallazgo de Petrarca ha sido hoy día desentrañada. En 1328 Landolfo Colonna, miembro de la familia Colonna de cuyo patronazgo se benefició Petrarca, y que había sido durante mucho tiempo canónigo de Chartres, llevó a Aviñón una copia de un antiguo manuscrito de Livio que había hallado en la catedral de Chartres. El *vetus Carnotensis,* como este manuscrito ha sido denominado, era un pariente cercano del perdido Spirensis, y ambos se derivan, para la cuarta década, del manuscrito uncial del siglo V que Otón III encontró en Piacenza y se llevó a Alemania (véase pág. 107). El gran manuscrito de Livio que tuvo Petrarca pasó más tarde a poder de Lorenzo Valla, cuyas famosas correcciones pueden verse en los márgenes (véase pág. 139).

Del texto de Pomponio Mela ha sido contada una historia similar. Ya hemos visto (pág. 105) cómo en el siglo VI fue editada en Rávena por Rusticius Helpidius una colección de textos raros que comprendía los de Mela y Julius Paris, y ésta sobrevive en una copia hecha en Auxerre en el siglo IX que fue anotada por Heiric (Vat. lat. 4929). Estos textos fueron objeto de una larga e importante utilización en el Renacimiento, y todas las copias humanísticas derivan del arquetipo de Auxerre a través de un manuscrito del siglo XII, hoy perdido, que Petrarca había adquirido en Aviñón. Sabemos esto porque las notas de Petrarca fueron a menudo copiadas junto al texto, y en la más antigua de las copias humanísticas (Ambros. H. 14 inf.) encontramos, por ejemplo, una indicación reveladora: «Avinio. Ubi nunc sumus 1335». La historia textual de Propercio también nos pone de manifiesto un proceso similar. El más

antiguo manuscrito de este autor (Gud. lat. 224 = N), copiado en el Norte de Francia, llegó a Italia a tiempo de influir sobre la mayor parte de la tradición humanística; pero esta tradición desciende en línea directa del otro manuscrito antiguo de Propercio (Voss. lat. O. 38 = A), que nunca salió del Norte de Europa. El nexo de unión entre el Vossianus y los manuscritos de los humanistas es una copia de A que había pertenecido a Petrarca. A través de la copia de Petrarca nos remontamos a A; y A nos retrotrae, a través de la biblioteca de la Sorbona —en la que éste se encontraba cuando Petrarca viajó a París en 1333—, al jardín librario de Richard de Fournival, y a través de él a las bibliotecas medievales del Norte de Francia. Lo ocurrido en el caso de Livio se repite en los de Mela y Propercio; en medio de las alegres distracciones del Aviñón papal el joven Petrarca se convirtió en el punto de convergencia de los hilos de la transmisión que enlazaban hacia atrás con la Edad Media y con la propia Antigüedad, y hacia adelante, en complejas ramificaciones, con el pleno Renacimiento.

La feliz conjunción de ser coleccionista de libros y estudioso supuso el que con el tiempo Petrarca formó una biblioteca clásica que por su amplitud y calidad no tuvo igual en su tiempo. Podemos en cierta medida reconstruir su colección de textos de Cicerón, autor que consideró su *alter ego* y en cuya búsqueda escudriñó toda Europa. La lista es impresionante: casi todas las obras filosóficas, la mayor parte de la *rhetorica*, las *Epístolas a Ático y Quinto*, y una notable variedad de discursos que recopiló a lo largo de su vida, que se extienden desde el *Pro Archia* que descubrió en Lieja en 1333 y copió por sí mismo, hasta el *Pro Cluentio* que Boccaccio transcribió para él en 1355 de un manuscrito del siglo XI de Monte Cassino (Laur. 51.10). Las *Epístolas a Ático* fueron para él un descubrimiento de suprema importancia, merecedor de una inmediata carta al propio Cicerón. Las encontró, como otros habían hecho antes, en la Biblioteca Capitular de Verona en 1345. Sobre estas cartas, y en la práctica todavía más sobre las de Séneca (cuyas obras él poseía en su totalidad), modeló las suyas propias, que constituyen los más atrayentes y valiosos de sus escritos en prosa.

Más interesante que la mera relación de sus libros fue la intensidad con que leyó y releyó aquellos que consideraba más importantes, ya que en el Renacimiento era fácil degenerar en un mero coleccionista de libros. La paciencia con la que corrigió y anotó sus textos puede comprobarse en las ediciones embriónicas del Livio Harleiano y del Virgilio Ambrosiano (S. P. 10/27, *olim* A. 79 inf.), el ejemplar que él poseía de su poeta favorito. Por un golpe de buena fortuna, además de poder re-

construir gran parte de la biblioteca de Petrarca y de saber cómo trabajaba intensamente con sus libros, poseemos un testimonio íntimo de sus gustos literarios, pues a través de una hoja volante de un manuscrito de París (lat. 2201) tenemos lo que un brillante trabajo de desciframiento ha demostrado ser la propia lista de los libros favoritos de Petrarca. La lista es instructiva tanto por las obras que contiene y su orden de prioridad, como por las que no contiene; pero debe tenerse en cuenta que la lista pertenece a una etapa temprana de su vida, y que algunos de los libros que él más apreció se encontraron entre sus descubrimientos posteriores. Cicerón encabeza la lista, como era de esperar, y en primer lugar sus obras «morales». Le sigue Séneca: las *Epístolas* ocupan el lugar principal; las *Tragedias* vendrán después, y en una segunda y más selecta lista en la misma página son explícitamente excluidas del círculo central; la siguiente sección principal está dedicada a la historia, encabezada por Valerio Máximo y Livio; hay un apartado especial de *exempla*, en el que encuentran lugar Macrobio y Gelio. Sigue la poesía, con Virgilio, Lucano, Estacio, Horacio, Ovidio y Juvenal; Horacio es apreciado *praesertim in odis*, el completo reverso del gusto medieval. Finalmente aparecen las obras técnicas, de gramática, dialéctica y astrologia. Agustín se ve favorecido con una lista propia, y junto con el *De consolatione* de Boecio constituye la suma del contenido cristiano. La única obra griega es la *Ética* de Aristóteles (en latín, por supuesto), y luego desaparece de la lista selecta. No hay nada de derecho, aunque en éste había recibido Petrarca su principal formación en Bolonia; los autores medievales son igualmente rechazados, considerados inútiles por contraste directo con los de la Antigüedad.

Uno de los primeros que cayeron bajo la influencia del humanismo de Petrarca fue su más joven contemporáneo Boccaccio (1313-75). Bajo el patronazgo de su gobernante, Roberto de Anjou (1309-43), Nápoles se había constituido en un centro intelectual importante muy a principios del siglo, y aquí fue donde Boccaccio pasó su juventud. Sus primeras obras, escritas en italiano, pertenecen a la tradición medieval de la retórica y la narrativa; fue en gran medida su admiración por Petrarca, a quien llegó a conocer personalmente en 1350, lo que le hizo cambiar la lengua vernácula por el latín, y la literatura por la erudición. Como estudioso quedó bastante lejos de Petrarca; le faltó paciencia incluso para hacer buenas copias de los manuscritos. Fue principalmente un recopilador de datos sobre la vida y la literatura antiguas, y sus tratados enciclopédicos sobre biografía antigua, geografía y mitología gozaron de una considerable aceptación en el Renacimiento y sirvieron para

promover la comprensión de la literatura clásica. Tuvo un interés apasionado por la poesía, lo que le condujo a través de senderos menos conocidos de la literatura latina hasta obras poéticas desconocidas a Petrarca, como el *Ibis* de Ovidio y la *Appendix Vergiliana;* de su mano es el más antiguo manuscrito de la *Priapea* que poseemos (Laur. 33.31).

Entre las obras en prosa que poseyó había un grupo que indicaba claramente que una nueva corriente de la tradición medieval había aflorado a la superficie: su conocimiento de los *Anales* y las *Historias* de Tácito, del *Asno de oro* de Apuleyo, y del *De lingua latina* de Varrón pone de manifiesto que ya alguien había abierto la puerta de las riquezas de Monte Cassino. Hoy se ha demostrado que gran parte del mérito de estos descubrimientos debe atribuirse a un humanista conocido por Petrarca y Boccaccio, Zanobi da Strada. Como secretario del obispo bajo cuya jurisdicción caía Monte Cassino, tuvo acceso a este monasterio y vivió allí de 1335 a 1357; las notas marginales de los tres manuscritos antiguos de Apuleyo (que incluyen el misterioso *spurcum additamentum* en *Met.* 10.21.1) son de su mano, y dan testimonio de su vivo interés en el conocimiento de la biblioteca. Los textos que sólo en Monte Cassino se habían preservado a través de la Edad Media estuvieron pronto en manos de los humanistas florentinos, y la persona clave en esta operación fue sin duda su hombre en Monte Cassino, Zanobi da Strada. Pero Boccaccio desempeñó su papel en esto: al parecer, en 1355 visitó Monte Cassino, y quizá allí hizo u obtuvo copia de dos textos desconocidos contenidos en el manuscrito beneventano Laur. 51.10, *De lingua latina* de Varrón, y *Pro Cluentio* de Cicerón, pues a fines de ese año pudo enviar a Petrarca una copia de esas obras escritas de su propia mano. Su biblioteca podía enorgullecerse de poseer copias de Tácito y Apuleyo (su copia autógrafa de Apuleyo todavía existe: Laur. 54.32); el Tácito de Monte Cassino finalmente fue a parar a Florencia, y se sospecha que Boccaccio desempeñó un papel siniestro en este traslado.

Aunque como erudito no ocupase un lugar de primera fila, Boccaccio aportó su genio y entusiasmo al movimiento humanista y ayudó a marcar las pautas por las que éste se había de desarrollar. Naturalizó el humanismo en Florencia, y llevó a cabo el primer intento, aunque por entonces no diese resultado, de establecer los estudios griegos en la ciudad que posteriormente iba a ser el centro de la enseñanza del griego en Occidente.

4. COLUCCIO SALUTATI (1331-1406)

La combinación del genio creativo y la indagación humanística proporciona a Petrarca y a Boccaccio un aura de la que tiene que prescindir aquel que persigue únicamente objetivos eruditos. Coluccio Salutati tuvo poco talento literario y su erudición no fue de muy alto grado; pero fue un eslabón fuerte y crítico en el desarrollo del humanismo, de importancia sólo superada por Petrarca. Tuvo correspondencia con Petrarca en sus últimos años, conoció bien a Boccaccio, y estuvo fuertemente influenciado por ambos. Inspirado por la generación previa, traspasó la antorcha a la siguiente gran ola de humanistas, a muchos de los cuales pudo considerar sus discípulos, entre ellos a Poggio Bracciolini y a Leonardo Bruni. Coluccio presidió el movimiento humanista desde la muerte de Petrarca en 1374 hasta la suya propia en 1406.

Aunque su desconcertante gusto por la exégesis alegórica dejó claro que Coluccio tenía todavía un pie en la Edad Media, poseyó en gran medida las cualidades características del humanista. Como canciller de Florencia durante treinta años pudo consumar la fuerte alianza que ya había surgido entre el humanismo y la política, y usar su latín y sus conocimientos para fustigar a sus antagonistas, ya fuesen enemigos de Florencia o detractores de la literatura clásica. Leyó a los autores antiguos apasionadamente y de primera mano, y consiguió tener la misma familiaridad con ellos que observamos en Petrarca. Al espíritu humanista unió los fundamentos de la erudición clásica: fue un activo colacionador de manuscritos, mostró un notable conocimiento de las formas en que los textos habían sido corrompidos, hizo algunas estimables contribuciones a la crítica textual (su corrección de Scipio Nasica por Scipio Asina en Valerio Máximo (6.9.1) es bien conocida), y ha sido reconocido como pionero en este campo. Sobre todo, él fue quien invitó a Chrysoloras a Florencia (véase pág. 143) y de este modo hizo posible, en 1397, el auténtico comienzo de los estudios griegos en la Europa occidental.

Su biblioteca no fue lo menos importante de Coluccio; se han identificado más de un centenar de sus libros. Uno de ellos es un texto clásico copiado totalmente de su propia mano, las *Tragedias* de Séneca (Brit. Libr. Add. 11987), a las que añadió *Ecerinis* de Mussato. Aunque sus libros tienen menos interés intrínseco que los de Petrarca, esta buena colección fue un importante instrumento cultural tanto durante su

vida como después de que fuese dispersada. Entre sus más notables volúmenes estaban el más antiguo manuscrito completo de Tibulo (Ambros. R. 26 sup. = A), uno de los testimonios primarios del texto de Catulo (Ottob. lat. 1829 = R), y —su más importante hallazgo— una copia de *Ad familiares* de Cicerón. Las *Epístolas* de Cicerón tuvieron un significado especial para los primeros humanistas; sintieron que a partir de ese momento conocían a Cicerón íntimamente, que podían viajar hacia atrás en el tiempo hasta el período clásico y revivir instantes de la vida de quien para ellos fue el más grande de los romanos. Las *Ad familiares* fueron halladas en la biblioteca de la catedral de Vercelli por Pasquino Cappelli, canciller de Milán, quien había llevado a cabo la búsqueda por instigación de Coluccio. Lo que éste realmente buscaba era el manuscrito de las *Epístolas a Ático*, que Petrarca había conocido, y quedó extasiado de entusiasmo al recibir (en 1392) el inesperado regalo de una colección completamente desconocida. Al año siguiente obtuvo una copia de las *Epístolas a Ático*, con lo que se convirtió en la primera persona después de siglos que poseyó las dos colecciones; todavía sobreviven sus copias (Laur. 49.7 y 49.18; la segunda es el importante manuscrito M de *Ad Atticum)*. El códice de Vercelli fue finalmente llevado a Florencia, donde todavía permanece (Laur. 49.9), y es el único manuscrito carolingio superviviente de las *Epístolas* de Cicerón. Es interesante observar que el retrato de Cicerón que surgía de sus cartas provocó reacciones muy diferentes en Petrarca y en Coluccio. Mientras Petrarca se sintió decepcionado al descubrir que Cicerón había cambiado la filosofía por una vida de acción e intriga, en cambio fue la mezcla de unos objetivos intelectuales con una carrera política lo que despertó la admiración de Coluccio y de todo el Renacimiento posterior.

5. LA GRAN ÉPOCA DE LOS DESCUBRIMIENTOS: POGGIO BRACCIOLINI (1380-1459)

El redescubrimiento gradual de la literatura antigua fluye como una poderosa corriente a lo largo del Renacimiento a partir de los días del prehumanismo paduano hasta la segunda mitad del siglo xv y más adelante. Lovato, Petrarca, Zanobi y Coluccio habían sido figuras destacadas de entre los que habían aumentado la lista de obras clásicas accesibles a los escritores y pensadores de su tiempo; pero en cuanto a la

consumada habilidad para descubrir textos perdidos, todos ellos fueron sobrepasados por Poggio Bracciolini, individuo de personalidad arrolladora que encontró tiempo, como secretario papal, para entregarse a una gran variedad de proyectos literarios, que se extienden desde ensayos sobre historia y moral hasta los de polémica y pornografía, de tan elaborada procacidad que dejan claro que los escritos más fuertes de la antigüedad no se habían descubierto inútilmente.

La gran oportunidad para un nuevo avance en el descubrimiento de textos clásicos sobrevino cuando se convocó el Concilio de Constanza (1414-17) para tratar de remediar el gran cisma y plantear otros problemas eclesiásticos. Toda la corte papal se trasladó a Constanza, y los humanistas que asistían al concilio pronto se dieron cuenta, como correspondía a su condición, de que había otras actividades interesantes no incluidas en la agenda: su tiempo libre lo dedicaron a la búsqueda de textos clásicos. Poggio llevó a cabo varias expediciones, la primera en 1415 al monasterio de Cluny en Borgoña, donde encontró un manuscrito antiguo de los discursos de Cicerón que contenía los *Pro Cluentio, Pro Roscio Amerino, Pro Murena, Pro Milone* y *Pro Caelio*. *Pro Roscio* y *Pro Murena* eran anteriormente desconocidos. Este manuscrito, que resultó ser del siglo VIII, es conocido como el *Vetus Cluniacensis*, y su reconstrucción parcial a base de copias y extractos es quizá la obra más importante del especialista inglés en Cicerón A. C. Clark. Donde el texto del perdido Cluniacensis se refleja con más precisión es en un manuscrito que fue copiado en parte de aquél, antes de que fuese llevado a Italia por Poggio (Paris lat. 14749). Este manuscrito ha abierto hoy día su secreto y se ha revelado como de mano del humanista francés Nicolas de Clémanges.

Su siguiente incursión tuvo lugar en el verano de 1416, esta vez a Saint Gall, en compañía de tres amigos humanistas, Bartolomeo da Montepulciano, Cencio Rustici y Zomino da Pistoia. Dio como resultado tres descubrimientos importantes: un Quintiliano completo (los humanistas anteriores habían tenido que conformarse con *mutili)*, el *Comentario* de Asconio sobre cinco de los discursos de Cicerón, y un manuscrito que contenía cuatro libros (I-IV.377) de la *Argonáutica* de Valerio Flaco. El manuscrito de Quintiliano que encontró Poggio tiene poco valor, pero para Asconio dependemos de las tres copias que resultaron de esta expedición, una hecha por Poggio, otra (la mejor) por Zomino, y otra derivada del autógrafo de Bartolomeo. El perdido Sangallensis de la *Argonáutica* ha de reconstruirse de un trío similar, uno sin duda de mano de Poggio (Madrid, Bibl. Nac. 8514, *olim* X. 81, que

contiene también su Asconio); pero para Valerio tenemos un manuscrito de Fulda del siglo IX completo y más importante (Vat. lat. 3277), que finalmente fue también llevado a Italia.

A principios de 1417, provistos de la sanción oficial, Poggio y Bartolomeo llevaron a cabo una expedición cuidadosamente organizada a Saint Gall y a otros monasterios de la zona: entre sus hallazgos se encontraron obras de Lucrecio, Silio Itálico y Manilio. Los manuscritos que encontraron han perecido, pero permanece su legado. La copia de Manilio que Poggio mandó hacer es un importante testimonio del texto (Madrid, Bibl. Nac. 3678, *olim* M. 31); de su Lucrecio desciende toda la estirpe de los *Itali*, y todos los manuscritos de Silio que poseemos se derivan de las copias hechas como resultado de esta expedición. En la misma época Poggio adquirió de Fulda su famoso manuscrito de Amiano (Vat. lat. 1873), que llevó a Italia; también puso los ojos en su Apicio, que en 1455 fue llevado a Roma por Enoch d'Ascoli. Por entonces, o algo más tarde, consiguió un manuscrito de Columela (autor ya conocido en Italia), que probablemente fue el códice insular de Fulda, que llegó a Italia en el siglo XV.

En el verano de 1417 Poggio continuó haciendo otros viajes más largos por Francia y Alemania. Hizo dos importantes descubrimientos. El primero fueron ocho discursos de Cicerón desconocidos: *Pro Caecina, Pro Roscio comoedo, De lege agraria I-III, Pro Rabirio perduellionis reo, In Pisonem* y *Pro Rabirio Postumo*. El *Pro Caecina* lo encontró en Langres, y los demás probablemente en la catedral de Colonia. Su copia autógrafa de estos discursos ha sido actualmente descubierta (Vat. lat. 11458), lo que ha puesto fin a un tedioso proceso de reconstrucción. El segundo hallazgo lo fue de uno de los textos más raros, las *Silvae* de Estacio; todos nuestros manuscritos de estos poemas descienden de la copia hecha para él (Madrid, Bibl. Nac. 3678, *olim* M. 31).

Al terminar el concilio, Poggio pasó algunos años en Inglaterra, donde hizo un único hallazgo que describió como una «particula Petronii», es decir, los *excerpta vulgaria;* de este manuscrito descienden todas las copias del siglo XV. De vuelta a su tierra en 1423, encontró en Colonia un segundo manuscrito de Petronio que contenía la *Cena Trimalchionis*, y de la copia para él hecha desciende nuestra única fuente para la *Cena* completa (Paris lat. 7989). Este manuscrito desapareció de la circulación al ser prestado a Niccolò Niccoli, para afortunadamente reaparecer en Trau (Dalmacia) alrededor de 1650.

Poggio llevó a cabo prodigiosas hazañas en el campo de los descubrimientos; su intervención personal en la historia de muchos textos

importantes tuvo una influencia decisiva. Recientes estudios han añadido todavía más méritos a su actividad, pues parece haber sido el inventor de la escritura humanística (Lám. XVI). Al correr del tiempo, y especialmente desde principios del siglo XIII, la minúscula carolina se había hecho más angular y gruesa, y considerablemente menos atractiva, dando como resultado lo que conocemos como escritura gótica. La escritura humanística supuso un retorno deliberado a la forma más antigua de la minúscula carolina; el libro más antiguo escrito en esta caligrafía por Poggio (una copia de Catulo, Venecia Marc. lat. 80 (4167)) puede datarse en 1402-3. Pudo haber pesado la influencia de Coluccio, y fue otro de sus protegidos, Niccolò Niccoli, quien según parece desarrolló la forma cursiva de la nueva escritura. Con la llegada de la imprenta, la escritura redonda derivó en la tipografía llamada romana, y la cursiva en la itálica.

La mayor parte de la literatura latina que conocemos había ya sido descubierta por entonces. Mencionaremos más brevemente los más importantes descubrimientos posteriores. En 1421, en la catedral de Lodi, al Sudeste de Milán, Gerardo Landriani halló una colección de *rhetorica*, en la que figuraban el *De oratore* y el *Orator* (anteriormente sólo conocidos en *mutili)*, y una obra desconocida, el *Brutus*. En 1429 Nicolaus de Cues llevó a Roma un manuscrito alemán de Plauto del siglo XI (Vat. lat. 3870) que contenía, entre otras, las doce comedias que eran todavía desconocidas. El manuscrito único de las *Opera minora* de Tácito (Iesi lat. 8) fue conocido por Poggio en fecha tan temprana como 1425, pero sus intentos de sacarlo de Hersfeld no dieron resultado; en 1455 fue finalmente llevado a Roma, probablemente por Enoch d'Ascoli. La parte que quedaba por conocer de Tácito, los *Anales* 1-6, fue sustraída de Corvey y llegó a Roma en 1508. Otros descubrimientos del siglo XV comprendían obras de Cornelio Nepote, Celso, el *De aquis* de Frontino y los *Panegyrici Latini*.

Con el hallazgo de un gran número de obras gramaticales en Bobbio en 1493 terminó lo que Sabbadini ha llamado la edad heroica de los descubrimientos. Pero siguieron saliendo a luz algunos textos importantes. Entre 1501 y 1504 Sannazaro encontró en Francia el arquetipo de la *Halieutica* pseudo-ovidiana y la *Cynegetica* de Gracio (Viena lat. 277), y su no menos interesante e importante ejemplar (pues el manuscrito de Viena está hoy incompleto) que contiene el *Florilegium Thuaneum*. Pero la mayoría de los descubrimientos de principios del siglo XVI estuvieron relacionados con la actividad erudita entonces centrada en Basilea, el lugar de trabajo, en esta época, de Erasmo y

Beatus Rhenanus y de impresores como Froben y Cratander. Beatus Rhenanus descubrió a Veleyo Patérculo en Murbach en 1515 y llevó a cabo su *editio princeps* en 1520. Utilizando un importante manuscrito nuevo Cratander pudo imprimir en 1528 una edición de Cicerón que contenía cinco cartas a Bruto hasta entonces desconocidas y para las que su libro continúa siendo la única fuente. En 1527 Grynaeus encontró los libros supervivientes de la quinta década de Livio en Lorsch. Los hallazgos posteriores en pocas ocasiones iban a ser decisivos para los filólogos, pero el entusiasmo de los descubrimientos siguió adelante, animado por dos nuevas fuentes, los palimpsestos y los papiros.

En este contexto debemos recordar que los humanistas también tuvieron una buena capacidad para perder manuscritos. Una vez que habían copiado el texto cuidadosamente, eran propensos a tener poco interés por el manuscrito que los había preservado. Los manuscritos ciceronianos de Cluny y Lodi, los Veroneses de Catulo y Plinio, han perecido; sólo unas pocas hojas sobreviven del Tácito de Hersfeld; la *Cena Trimalchionis* estuvo a punto de ser nuevamente perdida para siempre. Otros manuscritos innominados o no suficientemente estimados sobrevivieron en el Renacimiento (su progenie humanista testimonia su existencia), pero no pasaron de él. En el siglo xvi la situación fue todavía peor, pues muchos buenos códices siguieron el camino sin retorno de la imprenta. Entre ellos estaban el códice de Murbach de la *Historia Augusta* prestado a Erasmo, del que sobreviven unos pocos fragmentos, el manuscrito del siglo v de las *Epístolas* de Plinio (la única fuente para el libro X, hoy reducido a un fragmento), que Aldo obtuvo en préstamo de la abadía de Saint Victor de París, los manuscritos de Livio de Worms y Spira que utilizaron Beatus Rhenanus y Gelenius. El códice de Murbach de Veleyo Patérculo que éstos usaron para su edición sobrevivió, aunque desapareció más tarde, y la última noticia que tenemos de él es la de una venta que tuvo lugar en 1786.

6. LOS ESTUDIOS FILOLÓGICOS LATINOS EN EL SIGLO XV: VALLA Y POLIZIANO

El progresivo interés en todos los aspectos de la vida y la literatura antiguas, fomentado por el entusiasmo continuo de los nuevos descubrimientos, condujo a un vigoroso crecimiento de todas las disciplinas y técnicas principales que eran necesarias para un conocimiento completo de la antigüedad clásica. Mientras la arqueología, la numismática,

la epigrafía y el estudio de las instituciones romanas se iniciaban con bases sólidas por hombres tales como Flavio Biondo (1392-1463), la crítica histórica y textual, fundamentales para el estudio de los textos clásicos, fueron desarrolladas con singular brillantez por dos humanistas que pueden considerarse representativos de lo mejor de los estudios filológicos del siglo xv, Lorenzo Valla (1407-57) y Angelo Poliziano (1454-94). Como fijaremos nuestra atención en estas dos figuras, debemos dejar claro que éstos sobresalen considerablemente de los demás. El erudito de tipo medio de la época no alcanzó esta altura, aunque es evidente que durante este período se llevaron a cabo numerosos trabajos sólidos y escrupulosos sobre los textos latinos. Se acumuló rápidamente un valioso corpus de correcciones y conjeturas, que a menudo se ha despreciado por ser anónimo. Pero también hubo aficionados, hombres cuya seguridad al corregir y elucidar textos clásicos sobrepasaba su formación filológica y cuyas anotaciones superficiales, aunque no pretendiesen corromper los textos tradicionales, podían fácilmente hacerlo. Existía la tentación de embellecer, de producir el texto legible y elegante que el cliente demandaba. De aquí la precaución con que los editores de textos utilizan los manuscritos de este período.

Fue posible entonces estudiar las obras de la literatura latina con mayor facilidad y profundidad. Contribuyó a ello un factor de suma importancia, que fue el creciente número de espléndidas bibliotecas, fundadas o enriquecidas por patronos generosos e influyentes como los Visconti en Pavía, el duque Federico de Urbino, Alfonso V en Nápoles, los Medici en Florencia, el Papa Nicolás V en Roma. Entre los que facilitaban fondos a bibliotecas surgieron empresarios altamente organizados, como el librero Vespasiano da Bisticci (1421-98), dispuesto a emplear hasta cuarenta y cinco copistas cuando se le encargaba una biblioteca; y, cuando el manuscrito cedió el paso al libro impreso, los textos clásicos y el trabajo filológico que se desarrollaba en torno suyo pudieron difundirse sin restricción ni límite.

El nivel crítico de este humanismo en ebullición fue cuidadosamente puesto a prueba por Lorenzo Valla. Habiendo sido instruido en el latín y el griego por los mejores profesores del momento, entre ellos Aurispa y Leonardo Bruni, y dotado de excepcional capacidad, Valla estaba claramente destinado a destacar. Pero su naturaleza vana y agresiva, que le inclinaba a atacar a cualquier vaca sagrada y le iba a implicar en una serie de virulentas polémicas, especialmente con Panormita y Poggio, podía haber dañado seriamente su carrera, si no hubiese sido por la protección y el patronazgo, primero, de Alfonso V, y después de

Nicolás V. Este último abrió las puertas de la Curia a este *enfant terrible*, y en tiempos de su sucesor llegó a ser secretario papal. Desde 1450 desempeñó una cátedra de retórica en Roma.

Una de las primeras víctimas de su poder crítico fue la «Donación» de Constantino, un célebre documento fabricado en época tan temprana como el siglo VIII o IX, que fortalecía las pretensiones papales al poder temporal al recordar la legendaria cesión de Roma y las provincias de Italia hecha por Constantino al Papa; en 1440 Valla probó, por motivos históricos y lingüísticos, que la «Donación» era una falsificación. No sorprende que del mismo modo atacara la autenticidad de la falsa correspondencia entre Séneca y San Pablo, que había tenido un inmerecido éxito desde los tiempos de Jerónimo. Su obra más famosa, las *Elegantiae*, trata de aspectos de la gramática, el estilo y el uso latinos. Compuesta durante su estancia en Nápoles, se imprimió por primera vez en 1471; para 1536 había ya aparecido en no menos de 59 ediciones, constituyéndose en la principal autoridad en la lengua latina de los siglos XV y XVI. Su erudición crítica e independiente señala el punto más alto que hasta entonces había alcanzado el estudio del latín. A esta obra siguieron, en 1446-7, sus *Emendationes sex librorum Titi Livi* (libros 21-26). Escritas con una brillante mordacidad, frecuente en obras posteriores de este tipo, esta obra maestra de la filología estaba destinada a desacreditar a otros dos filólogos de la corte de Alfonso V, Panormita y Facio, y dejó dolorosamente claro que sólo los mejores podían jugar al juego de moda de enmendar a Livio. Una de las armas de su arsenal era el gran volumen de Livio que había recopilado Petrarca, y las notas autógrafas que añadió todavía pueden verse en sus márgenes (Lám. XV). Se atrevió incluso a corregir la propia *Vulgata*, y sus notas y correcciones (1449), basadas en el estudio del original griego y de los textos patrísticos primitivos, fueron muy apreciadas por Erasmo, quien las imprimió en 1505. También encontró tiempo para ser un prolífico traductor del griego.

Poliziano había nacido en Montepulciano y recibido su educación en Florencia. Demostró un talento precoz, y a una edad temprana fue llevado a la corte de Lorenzo de Medici, quien le hizo tutor de sus hijos y continuó siendo su amigo y protector a lo largo de su vida; a los treinta años era un profesor tan reputado que atraía a estudiosos de toda Europa para asistir a sus clases de literatura griega y latina. A la vez que un profesor influyente fue el mejor poeta de su tiempo, tanto en italiano como en latín: y como erudito sobrepasó a veces a su tiempo y se movió fuera del alcance de sus contemporáneos.

Poliziano alcanzó su posición prominente en la historia de la tradición clásica, tanto por su precisa erudición, como por la forma en que abrió los ojos de sus contemporáneos a una perspectiva completa de la literatura antigua. Valla había recomendado el estudio de Quintiliano, pero su insistencia en una norma clásica para escribir en latín había tendido a fomentar el culto predominantemente al latín ciceroniano. Poliziano rechazó firmemente el ciceronismo y buscó crear un estilo ecléctico propio que hiciese uso de toda la gama del latín: «'non exprimis' inquit aliquis 'Ciceronem'. Quid tum? Non enim sum Cicero, me tamen (ut opinor) exprimo» *(Epist.* 8.16). Del mismo modo, fue el primero en prestar atención seria a la prosa y a la poesía de la Edad de Plata.

La gran obra de erudición de Poliziano fue su *Miscellanea*, colección de estudios de extensión variable sobre diferentes cuestiones de erudición clásica que muestran claramente las numerosas facetas de sus conocimientos. La primera parte *(Centuria prima)* se publicó en Florencia en 1489; recientemente ha salido a luz un borrador autógrafo de la segunda serie de capítulos, que acaba de ser publicado. La obra es de estilo similar a las *Noches áticas* de Aulo Gelio; de nuevo se hace evidente la influencia de autores tardíos. Unos pocos ejemplos de los asuntos tratados mostrarán el carácter de este libro: el origen de los nombres de los días de la semana, el significado original de la palabra «pánico», la importancia de una moneda acuñada por Bruto que muestra su retrato con la cabeza cubierta y dos dagas, son problemas típicos. Para fijar la cuestión de cómo se ha de escribir el nombre de Virgilio, Poliziano invoca el testimonio de algunas inscripciones y la ortografía de manuscritos muy antiguos. Usa el texto de Calímaco para corregir un pasaje corrupto de Catulo (66.48). En un capítulo importante para el desarrollo de la crítica textual *(Misc.* XVIII) señala que el manuscrito de las *Epistulae ad familiares* hecho para Coluccio en 1392 (Laur. 49.7 = P) es copia del manuscrito de Vercelli (Laur. 49.9 = M), y demuestra que el propio P, en que algunas hojas han sido trastrocadas por error de encuadernación, debe ser el padre de toda una familia de manuscritos posteriores en los que la secuencia de algunas epístolas ha sido alterada de un modo semejante. Una deducción similar hizo acerca del manuscrito de Valerio Flaco. Esta apreciación metódica del principio de *eliminatio codicum descriptorum* (véase pág. 202) no la volveremos a encontrar hasta el siglo XIX. En las *Epístolas a Ático* (15.4.4) corrige la lectura de la vulgata *cera* por *cerula* por la fuerza de la lectura *ceruia* en M, el mejor de los manuscritos italianos (Laur. 49.18). El principio

de que la corrección conjetural debe partir del más antiguo estado recuperable de la tradición, empleado más de una vez por Poliziano, no fue completamente explotado hasta la época de Lachmann.

Aunque su convicción de que los manuscritos tardíos eran derivativos resultaba demasiado radical, el constante recurso de Poliziano a los más antiguos manuscritos disponibles y su falta de confianza en las copias de los humanistas iban a producir forzosamente sólidos resultados. En esto recibió la enorme ayuda de la facilidad de acceso a las bibliotecas de su tiempo y de la llegada del libro impreso; entre 1465 y 1475 buena parte de los clásicos latinos habían pasado a la imprenta. Poliziano hizo mucho uso de las bibliotecas, tanto públicas como privadas, de Florencia y de otros lugares, especialmente la de los Medici; cuando le sobrevino la muerte tenía en préstamo en su casa no menos de treinta y cinco manuscritos mediceos. Entre los numerosos manuscritos clásicos notables que sabemos que examinó o colacionó se encontraban tan importantes testimonios como el Bembinus de Terencio (Vat. lat. 3226, de entre los siglos IV y V), el Romanus de Virgilio (Vat. lat. 3867, de entre los siglos V y VI), el Etruscus de las *Tragedias* de Séneca, el Neapolitanus de Propercio o un manuscrito medieval muy similar, y el arquetipo perdido de Valerio Flaco. Algunos de los manuscritos que utilizó se perdieron posteriormente, y sus cuidadosas colaciones, generalmente añadidas (por él mismo o por encargo suyo) en su ejemplar de una edición impresa primitiva, representan un testimonio importante del texto. Citemos como ejemplos la edición de Parma de Ovidio, en la Bodleian Library, con sus lecturas autógrafas del perdido Codex Marcianus de los *Tristia*, y su *editio princeps* de los *Scriptores rei rusticae;* esta última contiene colaciones de un antiguo manuscrito de Columela (sin duda el Ambros. L. 85 sup., de Fulda), y, lo que es más importante, del arquetipo perdido de las obras de agricultura de Catón y Varrón. Las variantes que añadió a su ejemplar de la primera edición de las *Silvae* de Estacio, sin embargo, hoy se piensa que fueron tomadas del manuscrito de Poggio (Madrid, Bibl. Nac. 3678) más bien que del manuscrito original, por lo que carecen de valor propio.

Su vivo interés por los escritos de tipo técnico de la antigüedad puede ilustrarse mejor con la gran edición de Plinio el Viejo (Roma, 1473) hoy conservada en Oxford; contiene una transcripción de las notas y colaciones de Poliziano, estas últimas tomadas de cinco diferentes manuscritos (distinguidos cuidadosamente con las siglas *a, b, c, d, e),* y la importante obra crítica de un estudioso contemporáneo, las *Castigationes Plinianae* de Ermolao Barbaro. Para Apicio pudo colacionar los

dos manuscritos del siglo IX en que se basa el texto (E y V), respectivamente de Fulda y de Tours. El manuscrito de Fulda está hoy en Nueva York, mientras que un fragmento del manuscrito de Apicio del propio Poliziano, con sus colaciones de E y V, salió finalmente a luz en Rusia (Leningrado 627/1, *olim* V. 644): una historia curiosa y colorista para un libro de cocina. Estudió y copió importantes textos médicos, entre ellos el manuscrito de Celso descubierto por Giovanni Lamola en Milán en 1427 (Laur. 73.1); y la copia que mandó hacer de un manuscrito antiguo del *Ars veterinaria* de Pelagonio es hoy la única fuente para este texto (Riccardianus 1179). Su *subscriptio*, que es típica, demuestra la forma sólida y científica en que Poliziano trataba los testimonios manuscritos:

> Hunc librum de codice sanequam vetusto Angelus Politianus, Medicae domus alumnus et Laurenti cliens, curavit exscribendum; dein ipse cum exemplari contulit et certa fide emendavit, ita tamen ut ab illo mutaret nihil, set et quae depravata inveniret relinqueret intacta, neque suum ausus est unquam iudicium interponere. Quod si priores institutum servassent, minus multo mendosos codices haberemus. Qui legis boni consule et vale. Florentiae, anno MCCCCLXXXV, Decembri mense.

7. ESTUDIOS GRIEGOS: DIPLOMÁTICOS, REFUGIADOS Y COLECCIONISTAS DE LIBROS

La introducción de los estudios griegos en las ciudades estado de la Italia central y septentrional podía haberse esperado que hubiese tenido lugar en una fecha más temprana y sin dificultad por medio del contacto con las comunidades de lengua griega del extremo Sur y de Sicilia. Pero el Sur estuvo completamente aislado del resto de la península y no había compartido el aumento de la riqueza y el progreso de las ciudades del Norte, un estado de cosas que no ha variado hasta bien entrado el presente siglo. En ocasiones hombres valiosos de esas regiones viajaron al Norte en misiones diplomáticas, y en el siglo XIV dos de ellos recibieron una acogida entusiasta por parte de los principales estudiosos y escritores del momento. Es bien conocido cómo Petrarca tomó lecciones del monje Barlaam, a quien conoció en la corte papal de Aviñón. Pero aunque hasta los oponentes del monje reconocían su maestría en la teología y la lógica, su capacidad como profesor dejaba algo que desear,

y Petrarca nunca consiguió aprender suficiente griego para poder leer el ejemplar de Homero que le regaló un embajador bizantino (Ambros. I. 98 inf.). En 1360 surgió otra oportunidad de aprender griego cuando el discípulo de Barlaam, Leonzio Pilato, fue interceptado por Boccaccio en Florencia en su viaje hacia el Norte, a Aviñón; se le propuso que permaneciera allí dedicado a la enseñanza del griego a cambio de un estipendio anual del gobierno florentino, pero, al ser un hombre de carácter inquieto e impaciente, no siguió allí muchos años. Las traducciones que le encargaron hacer fueron las de Homero, unos cuatrocientos versos de *Hecuba* de Eurípides para Boccaccio, y algunas de las *Vidas* de Plutarco para Coluccio Salutati. El estilo de estas versiones era bastante tosco, y Coluccio procuró mejorar la latinidad de la traducción de Homero, hecha palabra por palabra. Los versos iniciales de la *Ilíada* eran así en la versión de Leonzio:

> iram cane dea Pelidae Achillis
> pestiferam quae innumerabiles dolores Achivis possuit,
> multas autem robustas animas ad infernum antemisit...

Más fructíferos que los contactos con el Sur de Italia fueron los mantenidos con la propia Constantinopla. La fortuna declinante del imperio griego hacía necesario que éste enviase frecuentes misiones diplomáticas al extranjero para pedir ayuda frente al invasor turco; monarcas tan distantes como el rey de Inglaterra recibieron estas peticiones de ayuda. Ya hemos visto cómo los bizantinos tenían conocimiento de la literatura latina a través de Máximo Planudes, quien había servido en una embajada enviada a Venecia. Pues bien, casi exactamente un siglo después otro diplomático bizantino, Manuel Chrysoloras, se convirtió en el primer hombre que dio clases regulares de griego en Italia. Empezó en Florencia en 1397, fecha por tanto de importancia fundamental en la historia cultural de Europa, y continuó sus cursos durante varios años, combinando esta actividad con los asuntos diplomáticos. Tuvo varios discípulos notables, entre ellos Guarino y Leonardo Bruni. Un resultado importante de su actividad de enseñanza fue que se prepararon traducciones latinas de textos griegos, e insistió en que el viejo estilo de traducir palabra por palabra debía ser abandonado, y que debía ponerse interés en conseguir un cierto mérito literario en la versión. Un indicio de su influencia como enseñante nos lo da el que su libro de texto de gramática griega, titulado *Erotemata*, ganase considerable circulación y finalmente se convirtiese en la primera

gramática griega impresa (1471); ésta fue usada más tarde por hombres tan famosos como Erasmo y Reuchlin.

En el siglo xv las oportunidades de los italianos para aprender griego aumentaron. Algunos bizantinos pasaron a vivir a Italia, y después de la derrota de su país en 1453, hubo una auténtica corriente de refugiados, que generalmente llegaron a Italia a través de Creta y Venecia, todos ansiosos de ganarse la vida enseñando su lengua nativa o copiando textos. Por fortuna para ellos, el renacer del conocimiento del latín clásico produjo un extendido deseo de leer a los autores griegos, tan frecuentemente citados o mencionados por los latinos. Pero es difícil estimar cuántos italianos de hecho aprendieron griego hasta un nivel que les permitiese leer un texto con facilidad. El entusiasmo por la nueva lengua podía perderse pronto a causa de la falta de un profesor con buenas condiciones, o por los irritantes inconvenientes de libros de texto de gramática poco sistemáticos; incluso Erasmo se quejó del esfuerzo requerido para dominar la lengua. Algunos italianos, entre ellos Poliziano, sabemos que aprendieron por sí mismos tomando una traducción latina, por ejemplo la versión tradicional de la Biblia o la versión de Aristóteles de Teodoro Gaza, y usándola como clave para interpretar el texto griego. A falta de profesor o de una gramática satisfactoria, ésta era una empresa excepcionalmente difícil. Muchos aspirantes o eruditos clásicos debieron verse obligados a contentarse con leer las traducciones latinas: se produjeron gran número de éstas, especialmente bajo el patronazgo del Papa Nicolás V (1447-55), quien encargó versiones de Tucídides, Heródoto, Jenofonte, Platón, Aristóteles, Teofrasto, Ptolomeo y Estrabón. Una pequeña minoría de estudiantes tuvo la energía o los medios para acudir a buscar su instrucción a la propia Constantinopla; dos de los más famosos personajes del siglo xv que hicieron esto fueron Filelfo (1398-1481) y Guarino (1374-1460).

Otro motivo para viajar al Oriente era la oportunidad de traer manuscritos que muy bien podían contener textos. Algunos coleccionistas tuvieron notable éxito, y Giovanni Aurispa volvió a Italia en 1423 con 238 manuscritos griegos (Lám. IV); una colección moderna de textos impresos griegos de la misma extensión podría considerarse importante, pero no deben exagerarse los méritos de la biblioteca de Aurispa, ya que sin duda contendría un gran número de títulos duplicados. Probablemente la colección de cuarenta libros griegos de Filelfo era más representativa de las bibliotecas privadas formadas en aquella época. También los gobernantes de los estados italianos formaron colecciones. Lorenzo de Medici envió en 1492 desde Florencia a Janus Lás-

caris —uno de los estudiosos refugiados— de viaje por varias provincias bizantinas en busca de manuscritos. También la colección papal creció rápidamente. Venecia adquirió en 1468 la base de su gran colección de una manera bastante diferente, a través del donativo del Cardenal Bessarion; éste había ido formando con el tiempo su colección, con objeto de constituir una biblioteca completa de literatura griega, dando a sus agentes instrucciones para buscar obras en muchos territorios del antiguo imperio; y es sabido que una parte de su colección, en la que se incluía el texto recientemente descubierto de Quintus de Smyrna y quizá el famoso Codex Venetus de Aristófanes (Marc. gr. 474), fue adquirida del monasterio de San Nicolás en Otranto.

8. LOS ESTUDIOS GRIEGOS EN EL SIGLO XV: BESSARION Y POLIZIANO

Un análisis completo de los estudios griegos en el siglo xv tendría que estudiar a un gran número de los más eminentes humanistas, pero en una breve introducción como ésta nos bastará con seleccionar a dos de los más notables estudiosos que nos den idea de los propósitos y las realizaciones de la época. Uno de ellos representa a los estudiosos griegos, y el otro nos muestra lo que los italianos fueron capaces de aprender de sus maestros.

La más antigua de estas dos figuras es el Cardenal Bessarion (c. 1400-1472). Nació en Trebizonda y fue educado en Constantinopla, en la escuela de Jorge Chrysococces, donde conoció por primera vez al italiano Filelfo, con el que iba a mantener frecuente correspondencia años más tarde. Se hizo monje en 1423, y pasó los años 1431-6 en Mistra, en el Peloponeso, en el círculo del librepensador Jorge Gemistus Plethon, de quien probablemente adquirió su admiración por Platón. Por medio de Plethon fue presentado al emperador y llegó a ser empleado en asuntos de gobierno; el emperador le nombró abad de un monasterio de la capital en 1436, y al año siguiente le ascendió a la sede de Nicea. En 1438 fue a Italia como miembro de la delegación enviada al Concilio de Florencia y Ferrara para negociar la unión entre las iglesias griega y romana. Ya se había hecho más de un intento de restaurar la unidad eclesiástica, y entonces se agudizó la necesidad de terminar el cisma a causa de la rápida desintegración del imperio bizantino, que ya no dominaba más que una pequeña porción de sus antiguos territorios; la esperanza de la ayuda occidental podía hacerse realidad tras la unifi-

cación de las iglesias. Las deliberaciones del concilio se alargaron, pero finalmente se llegó a un acuerdo entre las dos partes, debido en gran medida a los poderosos argumentos de Bessarion, quien tuvo que vencer la decidida oposición de algunos miembros de su propia delegación. Sin embargo la unión no dio resultado, pues la masa de la población del imperio griego, influida por la mayoría del clero, se negó a aceptar el acta de unión como un compromiso justo; la minoría que aceptó la unión se convirtió en una secta separada, conocida corno la Iglesia Griega Unida, que por tanto debe su existencia a Bessarion. A pesar de que el resultado del concilio no llegó a tener efectos políticos duraderos, los servicios de Bessarion a la Iglesia no pasaron inadvertidos al Papa; aquél fue nombrado cardenal y residió permanentemente en Italia, tomando considerable parte en los asuntos de la Iglesia, y en más de una ocasión estuvo a punto de ser elegido Papa.

La casa del cardenal en Roma fue un centro de actividad literaria en el que griegos e italianos se mezclaban libremente; los dos más famosos de entre aquéllos fueron Teodoro Gaza y Jorge Trapezuntios, que tradujeron al latín varias obras, mientras que entre los italianos estaban Poggio y Valla. El gran conocimiento y experto dominio que Bessarion tenía del latín fueron la causa de que Valla le apodase *Latinorum Graecissimus, Graecorum Latinissimus*. Su biblioteca fue excepcionalmente grande; sólo los libros griegos sumaban unos quinientos volúmenes hacia el fin de su vida, y entre ellos había muchas copias importantes de textos clásicos, ya que sus gustos no se limitaban a la teología y a la filosofía. Se tomó gran interés en su cuidado, como puede comprobarse por las notas de posesión, las signaturas de colocación en los estantes, y otras notas que insertó en las guardas. No siempre fue un coleccionista perspicaz, ya que confió en el comercio de libros de Constantinopla como fuente adecuada de suministro; pero en una de sus cartas hizo constar que la caída del imperio griego en 1453 le impulsó a formar el plan de constituir una colección de libros griegos lo más completa posible, con la intención de ponerla finalmente a disposición de aquellos griegos que sobrevivieron a la caída del imperio y habían llegado a Italia. Esta confesión de sus planes nos pone de manifiesto una de sus principales razones para donar su colección en vida (1468) a la ciudad de Venecia, con objeto de formar la base de una biblioteca pública, ya que fue en Venecia donde tendió a congregarse una alta proporción de refugiados griegos.

La propia obra literaria de Bessarion comprendía una traducción latina de la *Metafísica* de Aristóteles, y un extenso libro contra los críti-

cos de Platón. También sobreviven un buen número de opúsculos y cartas. Dos de aquéllos tienen interés para nuestro propósito presente. El primero surgió de las negociaciones para la unidad eclesiástica. El punto crucial en la discusión entre griegos y latinos se refería a la procesión del Espíritu Santo: ¿es éste de la misma, o simplemente de similar naturaleza que Dios Padre? El gran éxito de Bessarion consistió en que encontró un pasaje del tratado de San Basilio *Contra Eunomius* que enunciaba claramente el punto de vista de la Iglesia latina, y habría constituido la base de una reconciliación, puesto que la autoridad de San Basilio en la Iglesia griega estaba fuera de toda crítica. Los oponentes de Bessarion en el Concilio, miembros de la delegación griega que consideraban que las discusiones tendrían finalmente éxito sólo si las cosas iban por su camino, pretendían que el pasaje no recogía una afirmación genuina de San Basilio, que un reformador griego antiguo o bien los italianos lo habían falsificado, y que ellos tenían manuscritos que omitían las palabras en cuestión. Aunque seguro de su terreno, Bessarion estuvo algún tiempo sin saber qué hacer para probar su punto de vista, y tuvo que confiar en otro testimonio menos evidente para convencer a la oposición. Pero cuando volvió por breve tiempo a Constantinopla determinó estudiar el asunto a satisfacción y empezó a examinar todas las copias del texto que pudo hallar. Sólo una de las seis copias de la obra que habían podido manejarse durante el Concilio parecía dar la razón a los oponentes de Bessarion, y ésta presentaba muestras de haber sido falsificada, pues el pasaje vital había sido borrado y habían sido cambiadas las palabras. La búsqueda en las bibliotecas monásticas de la capital pronto dio como resultado la aparición de dos copias antiguas del texto, una en papel fechada a mediados del siglo XII, y la otra en pergamino, de todavía mayor antigüedad; el texto de ambas copias apoyaba la teoría de Bessarion, mientras que sólo las copias muy recientes del texto, que parecían haber sido escritas en la época del Concilio o poco después, probaban el punto de vista contrario. Bessarion utilizó la antigüedad de sus dos copias como argumento decisivo; ambas eran más antiguas que un cierto religioso griego que había estado a favor de la unión con Occidente, por lo que no podían haber sido falsificadas por él; y en cuanto a la objeción de que hubiesen sido falsificadas por los italianos, la alta calidad de su griego era suficiente respuesta a esta sugerencia.

Después de este ejemplo de metodología filológica utilizada para rechazar la manipulación sin escrúpulos de los textos, pasaremos a la otra obra breve de Bessarion en la que hace gala de su erudición, y tam-

bién aquí el contexto es de tipo teológico. Después de una lectura del Evangelio de San Juan formando parte de la liturgia celebrada en su casa de Roma, se inició una animada discusión sobre el texto correcto de Juan 21:22. La lectura se había hecho según la *Vulgata* latina, que daba erróneamente la palabra *sic* en lugar de *si* (el griego da ἐάν). Bessarion indicó en la discusión que éste era un caso evidente de error de copista limitado a una sola letra. Su audiencia no quedó completamente persuadida, por lo que escribió un opúsculo para probar su teoría. En él se enuncian varios principios importantes, y todo el asunto se discute con un sentido común que hoy nos parece natural, pero entonces no fue bien acogido por el conservadurismo de individuos de mentalidad estrecha que consideraban sagrada cada una de las palabras de la traducción de San Jerónimo. Bessarion establece que el texto griego es el original y debe tener precedencia sobre la versión latina, y tiene la habilidad de recurrir a la autoridad de Agustín al hacer esta afirmación. También demuestra que las citas antiguas del texto griego de Orígenes, Cirilo y Crisóstomo coinciden en estas palabras. Seguidamente demuestra que el contexto general del pasaje no concuerda con la lectura de la *Vulgata*. Esta obra tiene gran importancia y anticipa la actitud de Erasmo al considerar el texto griego del Nuevo Testamento como la única base de interpretación adecuada. Es posible que parte de este mérito se lo deba a Valla, quien trató con frecuencia a Bessarion y había escrito anteriormente, aunque no lo publicó, un tratado titulado *Adnotationes in Novum Testamentum*, en el que pone en cuestión la precisión de la *Vulgata*.

Poliziano (1454-94) ofrece un fuerte contraste con el obispo griego establecido en Italia y cuya actividad de estudioso se dedicó principalmente a la teología y a la filosofía. Éste fue famoso como poeta en la lengua vernácula y en latín, pero se distinguió igualmente como filólogo. Aunque se interesó en primer lugar por la literatura antigua, tuvo también un conocimiento adecuado de otras ramas auxiliares de la ciencia, tales como la epigrafía y la numismática, y de la contribución que puede prestar al conocimiento general del mundo antiguo. La combinación de poeta y estudioso en Poliziano tiene una interesante analogía en el mundo helenístico; esta misma dualidad aparece en Calímaco y Eratóstenes, y quizá no sea una mera coincidencia el que Poliziano fuese el primer estudioso que prestó atención seria a la poesía helenística.

Su capacidad como latinista y su apreciación de la importancia de los manuscritos antiguos ya se han examinado antes. Baste insistir de pasada en que él cambió la dirección de los estudios griegos y latinos del

mismo modo, fomentando el interés por los autores postclásicos; así como para los latinos había insistido en los méritos de Quintiliano, Suetonio y los poetas de la Edad de Plata, para los griegos dio lecciones sobre Calímaco y Teócrito. Como estudioso del griego fue el primer italiano a quien se consideró que igualaba a los griegos nativos en el conocimiento de su lengua. Tal pretensión aparece incluso en sus propias obras. En una carta a Matías Corvino, rey de Hungría *(Epíst.* 9.1), en la que le ofrece sus servicios literarios, lo mismo como traductor de textos clásicos que como panegirista oficial de las hazañas reales, afirma que conoce el griego tan bien como los propios griegos, y que es el primer italiano que así lo conoce desde hace mil años. Esta misma pretensión está implícita en el comienzo de su lección inaugural sobre Homero. Aun concediendo que exista vanidad en estas afirmaciones, ésta puede justificarse fácilmente. Poliziano fue el primer italiano del Renacimiento que llevó a cabo un trabajo de valor permanente sobre un texto griego, de modo que su nombre puede encontrarse todavía en el aparato crítico de una edición moderna (la contribución de Valla al texto de Tucídides se debe más probablemente a los méritos de los manuscritos que utilizó que a su propio ingenio). Otro testimonio notable de la capacidad lingüística de Poliziano es que desde los diecisiete años compuso epigramas en griego. Sobreviven unos cincuenta de ellos, en varios metros, y aunque son defectuosos en algunos aspectos de escansión y prosodia, muestran un considerable conocimiento de la lengua, especialmente en el uso de un amplio vocabulario.

Su obra incluye varias traducciones del griego. Hizo versiones fluidas del historiador tardío Herodiano y de algunos ensayos breves de Epicteto y Plutarco. Pero ya se habían hecho otras traducciones de los autores en prosa más importantes, de modo que Poliziano pudo orientar sus energías en otras direcciones. La obra que mejor muestra las muchas facetas de sus conocimientos es la *Miscellanea.* La mayoría de los capítulos tratan de cuestiones de filología latina, pero se citan numerosos autores griegos como testimonio para justificar o reforzar un argumento. Un ejemplo ya mencionado es el uso que hizo del texto de Calímaco para corregir un pasaje corrupto de Catulo (66.48). Quizá el capítulo más significativo sea aquel en que da un texto del himno quinto de Calímaco, *El baño de Palas*, acompañado de una traducción en elegantes elegíacos. Hizo imprimir el texto griego sin acentos, para evitar el anacronismo, detalle de precisión erudita en el que no ha sido

secundado por las generaciones posteriores, y realizó muy bien el trabajo de preparación de la primera edición de este himno.

9. LOS PRIMEROS TEXTOS GRIEGOS IMPRESOS: ALDO MANUZIO Y MARCO MUSURO

Mientras el nuevo arte de imprimir pronto produjo un torrente de ediciones de clásicos latinos —desde los años setenta del siglo XV en adelante—, para los textos griegos, en cambio, la situación fue completamente diferente. El motivo de esto puede haber sido en parte la dificultad de diseñar unos tipos convenientes en los que el número de variantes no creciese de un modo disparatado por las varias combinaciones de letras con acentos y espíritus. Pues algunos de los primitivos impresores, con un equivocado deseo de reproducir en la imprenta la apariencia de la escritura griega de la época, diseñaron tipos de manejo costoso y apariencia poco satisfactoria. Estas dos objeciones pueden aplicarse incluso a los famosos tipos aldinos, que sirvieron durante mucho tiempo de modelo para los tipógrafos posteriores. Pero no todos los impresores primitivos erraron en esto; la tipografía diseñada por el famoso Nicholas Jenson, francés que trabajó en Venecia, era una excelente muestra de trabajo, y todavía mejor en algunos aspectos fue la utilizada para los pasajes impresos en griego de la *Miscellanea* de Poliziano: se omitieron acentos y espíritus y se suprimieron ligaduras, de modo que el texto no presentase semejanza con el manuscrito pero fuese mucho más fácilmente legible. Sorprende que no fuese tomada inmediatamente como modelo una de estas tipografías más sencillas.

Más grave que las dificultades tipográficas fue la escasa demanda de textos griegos, que no bastaba para hacer rentable una edición. El conocimiento del griego estaba poco extendido, por lo que en su lugar se imprimían traducciones latinas, con tirada suficiente como para resultar rentables. Un curioso ejemplo de esto es que Platón no se imprimió en griego hasta 1513, pero en cambio la traducción de Marsilio Ficino apareció en 1485 en una edición de 1.025 ejemplares. No sólo fue ésta una edición infrecuentemente grande, ya que el término medio de ejemplares de todas las publicaciones de esas fechas se piensa que era de 250 o poco más, sino que fue totalmente vendida en seis años, y hubo que hacer otra impresión. Pero en contraste con esto, el texto griego de la *editio princeps* de Isócrates, que apareció en Milán en 1493, se

vendió tan poco que en 1535 los ejemplares restantes fueron lanzados de nuevo con una portada diferente. Antes de establecerse la prensa aldina el número total de volúmenes impresos en griego apenas sobrepasaba la docena. Varios de éstos eran gramáticas de Chrisoloras y Constantino Láscaris, y los únicos textos clásicos importantes que había entre ellos, aparte de Isócrates, eran los de Homero, Teócrito y la *Antología griega*.

Aldo Manuzio (1449-1515) tuvo la idea de establecer una oficina de publicación con el objeto principal de imprimir textos griegos. La idea le vino cuando vivía en Carpi, ciudad cercana a Módena en la que trabajaba como tutor del hijo de su gobernante. Florencia podía parecer ser el lugar adecuado para la localización de esta empresa, teniendo en cuenta su preeminencia intelectual, pero con la muerte de Lorenzo de Medici había desaparecido el más influyente de los patronos del estudio y de las letras. Por otro lado Venecia poseía una biblioteca de manuscritos griegos mayor que la reunida por la familia Medici, como resultado del donativo de Bessarion. Recientes investigaciones han demostrado que el donativo de Bessarion no era accesible, pero es posible que Aldo equivocadamente esperase poder explotarlo. Quizá tuviese mayor importancia para Aldo la gran reputación que Venecia tenía como centro de comercio del libro impreso; más de la mitad de los libros impresos en Italia antes de 1500 se publicaron allí. La nueva empresa podría, pues, encontrar empleados habilidosos y con experiencia.

Entre 1494 y 1515 la prensa aldina editó una gran serie de textos clásicos; con la muerte de Aldo en este último año la casa decayó. La impresión de textos latinos había avanzado hasta el punto de que entre los libros producidos por Aldo hallamos sólo una primera edición de un texto latino, que además carece de importancia. Pero en cuanto a los griegos él fue el responsable de la primera edición de casi todos los principales autores, y durante sus veinte años en este negocio casi ostentó el monopolio de la preparación de textos griegos. En Venecia y su territorio tuvo privilegios del gobierno que equivalían a una patente para usar con exclusividad los tipos por él diseñados o encargados.

Su gran proyecto no hubiera podido realizarse sin la ayuda de numerosos amigos filólogos, tanto griegos como latinos. Quien principalmente colaboró de modo individual en este trabajo filológico compartido fue el cretense Marco Musuro (1470-1517). Probablemente el propio Aldo debe ser tenido como buen filólogo por sus propios méritos. Pero no suele ser fácil decir qué cantidad de trabajo fue llevado a cabo por él o por Musuro o por otros miembros del círculo. Las portadas de los li-

bros aldinos y las cartas dedicatorias escritas por Aldo no suelen nombrar al editor del texto. En tales casos la solución más probable al problema es la de que la obra fue compartida por varios amigos del editor. Pero hacia 1502 o antes las portadas se refieren a una Academia o Neakademia, asociación fundada por Aldo para la promoción de los estudios griegos. Su reglamento estaba redactado en griego, y entre sus normas estaba la de que en las reuniones la única lengua permitida era el griego. Podemos identificar unos treinta o cuarenta de sus miembros. Para pertenecer a ella no era necesaria la residencia permanente en Venecia, ya que Musuro, que enseñó en Padua y en Carpi durante algún tiempo, fue al parecer uno de sus miembros. Eran bien acogidos los estudiosos extranjeros que a ella acudían; el ejemplo más famoso fue Erasmo.

La cantidad de primeras ediciones producidas por las prensas durante sus períodos más activos es testimonio del entusiasmo de los colaboradores y de la eficiente organización de la imprenta. El primer libro griego que apareció fue un texto breve, *Musaeus*, escogido sin duda como un experimento fácil antes de emprender realizaciones más dificultosas. Después de esto vino un texto de Teócrito y Hesíodo más completo que el que ya había sido impreso. Seguidamente la imprenta llevó a cabo la enorme tarea de editar a Aristóteles y Teofrasto, dando como resultado una serie de cinco volúmenes en folio que aparecieron entre 1495 y 1498. El único intervalo en la actividad de la casa fue producido por la guerra de la Liga de Cambrai contra Venecia, a consecuencia de la cual no pudieron producirse libros griegos durante los años 1505-7 y 1510-12. Los años más importantes para la publicación de los principales textos clásicos fueron los de 1502-4, en los que aparecieron las primeras ediciones de Sófocles, Eurípides, Heródoto, Tucídides y Demóstenes. Pero Aldo no se limitó a los autores más destacados: también publicó la *Historia* de Herodiano, a Pólux, a Esteban de Bizancio y la *Vida de Apolonio* de Filóstrato, por sólo mencionar algunos. En el prefacio de esta última obra afirma francamente, con un candor no corriente entre los editores, que consideraba éste un texto de poco valor («nihil unquam memini me legere deterius»). Casi todos los libros aldinos fueron textos clásicos; los autores cristianos sólo aparecieron ocasionalmente. Parece ser que en una ocasión Aldo proyectó un Antiguo Testamento en hebreo, griego y latín, conjuntamente con un Nuevo Testamento en griego y latín, pero nada de esto se llevó a cabo durante su vida.

La labor del editor textual de esta época estaba llena de dificultades. Había que obtener manuscritos que sirviesen de ejemplares para los tipógrafos, y si, como solía suceder, el texto era corrupto, el editor podía o bien tratar de corregirlo o buscar manuscritos mejores. Los prefacios dan indicaciones acerca de estas dificultades. Aldo nos dice que en toda Italia él había podido encontrar una única copia de Teofrasto (lo que de por sí es suficiente para demostrar que no pudo hacer uso de los tesoros de la biblioteca de Bessarion). Al final de su introducción a Tucídides dice que habría incluido de buena gana a Jenofonte y a Gemistus Plethon en el mismo volumen, pero que tuvo que renunciar a ello por falta de manuscritos. Musuro, en su prefacio a los epistológrafos, dice que algunos pasajes de Alcifrón eran tan corruptos que no podía corregirlos, y pide a los lectores le excusen por el estado ininteligible del texto impreso. El modo de proceder de Musuro puede observarse con algo más de detalle en algunos de sus otros libros. La primera obra extensa de que sin duda se hizo responsable fue el Aristófanes de 1498 (Lám. VIII), y puede afirmarse que para prepararla trabajó con al menos cuatro manuscritos. Uno de ellos todavía sobrevive en Módena (Estensis α U. 5.10). Hubo que reconstruir el texto de las comedias a base de estos cuatro manuscritos para enviarlo al tipógrafo. Otro trabajo igualmente importante era la redacción de los escolios, que se imprimían en los márgenes en exactamente la misma posición que tenían en los manuscritos medievales. Los escolios de los manuscritos que Musuro tenía a su disposición eran de diferentes tipos, y suponía un trabajo enorme el seleccionarlos y combinar las notas de forma que pudiesen imprimirse. A este trabajo de trámite se añadía la necesidad de restaurar el texto correcto, lo que hizo en algunos pasajes. Similar labor le esperaba unos años más tarde, al editar el léxico de Hesiquio, diccionario griego compilado en el siglo VI. Éste sobrevive en un solo manuscrito (hoy Marc. gr. 622). En lugar de copiar todo el texto de nuevo para entregar el original al impresor, Musuro escribió en el manuscrito todas las correcciones e instrucciones para el impresor que eran necesarias. Como la escritura tenía numerosas abreviaturas, Musuro escribió en su totalidad, ya sobre la línea o ya en el margen, todas las palabras abreviadas. También corrigió una gran cantidad de faltas, y un editor de este texto muy reciente ha indicado que en cada una de las páginas hay alguna corrección que pone de manifiesto la habilidad y los conocimientos lingüísticos de Musuro. Un ejemplo bastante curioso de su habilidad, que nos muestra cómo aquél fue algo más lejos de lo que los críticos modernos creerían necesario, aparece en otro texto, el tercer

poema pastoral de Mosco. Hay en el texto, entre los versos 92 y 93, una laguna, que Musuro llenó con seis versos hexámetros de su invención. Aunque estos versos recogen principalmente ecos de los poemas similares de Teócrito, y probablemente no trataban más que de indicar el sentido general requerido por el contexto, a veces han sido considerados como genuinos versos del poema supuestamente recuperados por Musuro de un manuscrito único después perdido.

No es fácil estimar con exactitud la contribución de Musuro a los estudios filológicos clásicos, porque en la mayoría de los casos se ha perdido el original que él envió al impresor, y por tanto carecemos del mejor posible testimonio. Pero si él fue el responsable personal de todas las buenas lecturas que aparecen por primera vez en las ediciones que revisó para la imprenta, no nos cabe duda de que fue el filólogo clásico de más talento producido por su país.

10. ERASMO (c. 1469-1536)

Nos proponemos ahora examinar el nivel de erudición clásica que podía alcanzar un originario del Norte de Europa. La figura que reclama nuestra atención es la de Erasmo. Aunque en principio fue monje en Steyn, cerca de Gouda, se las ingenió para obtener dispensa permanente de su monasterio, e inició el aprendizaje del griego en París. Encontró esta lengua difícil, y no obtuvo grandes éxitos de las lecciones que le dio un refugiado griego llamado Jorge Hermonymus. En 1506 se trasladó a Italia con la intención de mejorar su conocimiento de la lengua, y allí a su debido tiempo entraría en contacto con Aldo. Por esta época Erasmo ya iba siendo conocido en los círculos literarios por la publicación de la primera edición de sus *Adagia*, colección de proverbios acompañados de comentarios, y del *Enchiridiom militis Christiani*, en el cual la expresión abierta de sus puntos de vista sobre la devoción había ofendido a las autoridades eclesiásticas. Erasmo había añadido agua al fuego en 1505 al supervisar la impresión de otro libro que no fue bien acogido por el status eclesiástico, las *Adnotationes in Novum Testamentum* de Lorenzo Valla, que trataba el texto de la Biblia como un monumento literario más y no como un texto sagrado. Era por tanto natural que Erasmo entrase en contacto en seguida con Aldo, y poco después visitase Venecia, donde fue huésped en la casa del impresor durante varios meses. En uno de sus posteriores *Colloquia*, titulado *Opulentia*

sordida, da una viva descripción de una comida y un alojamiento miserables, aunque hay razones para pensar que esto ha sido muy exagerado por Erasmo con el propósito de replicar a una polémica difamatoria de Alberto Pío de Carpi. En Venecia, como es natural, tuvo la oportunidad de aprender el griego que necesitaba, y leyó los muchos textos que podía ofrecerle la biblioteca privada de Aldo. Un resultado inmediato de su estancia allí fue la publicación de una versión muy aumentada de los *Adagia*, que incorporaba material de fuentes griegas que él acababa de empezar a conocer bien.

Mucho más tarde, avanzada ya su carrera, escribió un opúsculo sobre la pronunciación correcta del griego, que dio como resultado la adopción generalizada de lo que se llama la pronunciación erasmiana. Como norma los exiliados griegos enseñaban el griego clásico con la pronunciación de la lengua moderna, que es en verdad completamente diferente de la usada en el mundo antiguo. Un testimonio para probar esto había ya sido hecho notar por el estudioso español Antonio de Nebrija (1444-1522) y por algunos miembros del círculo aldino. El epíteto «erasmiana» aplicado a la pronunciación no acierta por tanto a acreditar debidamente un descubrimiento; pero debemos añadir que el propio Erasmo no pretendía ser el inventor del nuevo sistema, con el que probablemente entró en contacto por primera vez durante su estancia con Aldo.

Aunque la asociación de Erasmo con Aldo había resultado fructífera e importante, se tiene mejor recuerdo de su larga colaboración con una de las grandes casas impresoras del Norte, la de Froben, en Basilea. Erasmo logró congeniar con el ambiente, tomó parte activa en la orientación editorial del negocio, y formó con Froben una amistad de considerable importancia para la promoción del humanismo cristiano. Uno de los más antiguos y espectaculares frutos de esta alianza fue la primera publicación del texto griego del Nuevo Testamento en 1516. Casualmente por esas mismas fechas se componía en España, en Alcalá, el texto griego (esta edición comprendía también el Antiguo Testamento con los textos griego y hebreo), pero dificultades de varias clases impidieron su publicación hasta 1520. Merece la pena hacer notar que mientras el cardenal Ximénez de Cisneros, director de la *Políglota Complutense* (que es como se conoce esta obra), recomendaba el estudio de la Biblia en las lenguas originales, sus puntos de vista quizá no fueran compartidos por todos sus colaboradores; en una de las cartas introductorias hay al menos una insinuación de que debía confiarse en el texto latino más que en los otros. Erasmo, sin embargo, tenía clara en su

mente la importancia de establecer el texto original del Nuevo Testamento. Tenemos bastantes noticias acerca de su modo de proceder en esta edición. Empezó a trabajar seriamente en el proyecto durante su estancia en Inglaterra en 1512-13, y tuvo cuatro manuscritos del texto griego para su consulta; uno de éstos ha sido identificado como el códice de Leicester, una copia del siglo XV. Durante la impresión en Basilea en los años 1515-16 tuvo cinco manuscritos, y se conserva uno con señales que indican que fue utilizado como ejemplar por el impresor (Basilea A.N.IV.1). Es un manuscrito del siglo XII que no tiene especial valor. Parece que Erasmo era consciente del probable valor de los manuscritos realmente antiguos, pero sus conocimientos paleográficos eran inadecuados para sus necesidades. En este aspecto estaba en clara inferioridad con Poliziano y casi con seguridad con Bessarion; en general confiaba en manuscritos bastante tardíos de no gran mérito, a pesar de la evidente posibilidad que tenía de descubrir textos mejores y más antiguos indagando a través de sus numerosos corresponsales. Aunque consideraba correctamente el códice B (Vat. gr. 1209) de una extraordinaria antigüedad, y obtuvo algunas colaciones de él a través de un amigo para una reimpresión de su edición, no parece que lo usase sistemáticamente para la totalidad del texto. Por otro lado, tuvo una extraordinariamente exagerada consideración por un manuscrito del *Apocalipsis* que pensaba que incluso podía datar de la época apostólica; los estudios modernos lo han identificado como un códice del siglo XII (Schloss Harburg, 1 1, 4.º, 1).

Entre las muchas cuestiones que surgen del examen de esta edición mencionaremos aquí dos de ellas. En el *Apocalipsis* faltaban a su único manuscrito los últimos versículos y resultaba ininteligible en otros puntos; al decidirse a imprimir el texto griego Erasmo consultó la *Vulgata* en estos pasajes e hizo su propia versión griega de ellos. Al hacerlo se excedió en su tarea de editor tal como hoy la entendemos, y además cometió algunas faltas en el griego. En la primera epístola de Juan (5:7) Erasmo había seguido el texto griego al omitir el llamado *comma Johanneum*, afirmación de la doctrina de la Trinidad que aparecía en la *Vulgata*. Esto produjo cierta controversia, a consecuencia de la cual Erasmo se ofreció insensatamente a incluir el texto en una reimpresión de su edición si aparecía en algún manuscrito griego. Como no es sorprendente, sin tardanza se copió un manuscrito para este propósito (Trinity College Dublin 30), y la promesa tuvo que cumplirse. Sin embargo Erasmo tuvo la precaución de hacer constar sus sospechas acerca de la autenticidad del manuscrito. Este episodio nos muestra cómo la

falta de un conjunto de principios lógicos para la evaluación de los manuscritos dejaba indefensos a los estudiosos en su controversia con oponentes que eran capaces de descender hasta la falsificación. Bessarion había tenido una experiencia similar en el Concilio de Florencia, pero fue más fácil para él refutar a sus oponentes en la controversia, ya que su objeto era probar que cierto pasaje era genuino demostrando su aparición en manuscritos más antiguos que los potencialmente falsificados; en cambio Erasmo no tuvo a su disposición un argumento igualmente claro, y sólo podía apelar a la autoridad de manuscritos muy antiguos.

A pesar de estos defectos la edición griega del Nuevo Testamento de Erasmo representa un gran paso adelante en los estudios filológicos. Frente a una tenaz oposición esta edición dejó establecido el principio de que los textos deben estudiarse en su lengua original mejor que en traducciones, y que los textos de la Escritura deben discutirse e interpretarse de acuerdo con las mismas normas de lógica y sentido común que los otros. La obra de Valla y de Bessarion había dado sus frutos.

Erasmo fue atraído a Basilea en primer lugar porque esta ciudad se había convertido ya en un centro de publicación de textos patrísticos. Su Nuevo Testamento fue seguido inmediatanente por su primera edición de Jerónimo, y ésta por una larga serie de ediciones de los Padres que llevó a cabo, bien solo, bien en colaboración con otros, a menudo volviendo a revisar un mismo autor una y otra vez. Entre ellas están las de Cipriano, Hilario, Ambrosio y Agustín, que son un impresionante monumento a su energía y conocimientos, tanto por el enorme trabajo que suponían, como porque los autores patrísticos habían recibido comparativamente poca atención crítica por parte de los primitivos editores. A la vez que estaba comprometido en estas enormes empresas, Erasmo todavía encontró tiempo para trabajar sobre los textos clásicos, que constituían una parte esencial de su programa humanista. Sus servicios al griego clásico son comparativamente pequeños, aunque realizó algunas traducciones y editó a Aristóteles y a Demóstenes; el único autor del que realizó la *editio princeps* fue Ptolomeo (1533). Mucho mayor es su contribución a la literatura latina; entre los autores editados se encuentran Terencio, Livio, Suetonio, Plinio el Viejo y Séneca. Este último, a quien editó dos veces (1515, 1529), ha sido reconocido como representativo tanto de sus aciertos como de sus fallos. La primera edición resultó fallida por la característica precipitación. Fue llevada a la imprenta en ausencia de su editor, que por otro lado ya tenía bastante con su Jerónimo y su Nuevo Testamento que estaban en su úl-

tima etapa; al no estar clara la distinción entre editor textual, editor del original y corrector de pruebas, dejóse todo ello en manos de otros, a quienes Erasmo después culpó de incompetencia y otras cosas peores. El texto se benefició de un enfoque crítico interesante, pero Erasmo sabía cuánto mejor debería haber resultado, y trató de subsanar en 1529 lo que él consideraba una desgracia. La segunda edición, precedida de un ensayo sobre Séneca admirablemente equilibrado y sensato, contenía dos correcciones acertadas por cada una de la primera edición, y nos proporciona una prueba convincente del buen juicio y la erudición de su editor. Pero de nuevo la impresión se llevó a cabo con cierta confusión, pues los manuscritos continuaban llegando cuando algunas partes de la obra estaban ya imprimiéndose. Erasmo hizo un uso juicioso de los manuscritos según los iba recibiendo, pero parece que pertenecían a un conjunto poco interesante, con una sola señalada excepción: tuvo acceso a lecturas del manuscrito de Lorsch de *De beneficiis* y *De clementia* (véase pág. 99), el arquetipo de toda la tradición. Pero estuvo constreñido por los métodos críticos de su tiempo: en lugar de basar el texto de estas obras en este testimonio primario, acudió a él intermitentemente para corregir lo que tenía ante sí, perdiendo de este modo una gran oportunidad.

V

ALGUNOS ASPECTOS DE LOS ESTUDIOS FILOLÓGICOS DESPUÉS DEL RENACIMIENTO

1. LA CONTRARREFORMA. EL RENACIMIENTO TARDÍO EN ITALIA

El progreso de los estudios filológicos en el siglo XVI fue obstaculizado por las continuas controversias religiosas. Aunque Bessarion había sido estimulado por tales controversias para escribir dos libros breves de gran importancia para el desarrollo del método crítico, no es fácil descubrir controversias igualmente fructíferas entre los contemporáneos de Erasmo o en la siguiente generación. El propio Erasmo, aunque había utilizado intensamente la obra de Valla y Bessarion para su edición del Nuevo Testamento, y era consciente de la eminencia de Poliziano como filólogo, no poseía la habilidad paleográfica que le podía haber permitido hacer nuevos avances; y habiéndose establecido en Basilea, en una época en que la mayoría de las mejores bibliotecas de trabajo con colecciones de manuscritos se encontraban en el Sur de los Alpes, apenas pudo esperar añadir gran cosa a su experiencia en el manejo de los manuscritos. Las disputas religiosas consumieron gran parte de su tiempo y de sus energías en los años posteriores, y en 1524 le encontramos quejándose *(Epíst.* 1531) de que las luchas entre Lutero y sus oponentes habían llegado a ser una preocupación tal en los círculos literarios, que habían afectado al comercio del libro, y en las zonas de Europa de habla alemana apenas era posible vender libros sobre cualquier otro asunto. En otras partes, y especialmente en Italia, las energías de los literatos se consumían en otra controversia en la que Erasmo ha-

bía sido también una figura destacada: la cuestión era si Cicerón debía ser considerado como el primer y único modelo adecuado para la prosa latina, y aunque la discusión venía transcurriendo con intermitencia desde los días de Poggio y Valla, Erasmo consiguió dar nueva vida a la controversia al publicar en Basilea en 1528 un diálogo titulado *Ciceronianus*, en el que ridiculizaba muchos de los disparates en que habían incurrido los excesivamente entusiastas admiradores de Cicerón. El debate no terminó con Erasmo, cuyos puntos de vista moderados no acertaron a ganar general aceptación. A mediados del siglo los prociceronianos extremistas parecían haber estado en mayoría, pero más tarde hubo un cambio de gusto que influyó en los hábitos de lectura y en el estilo de la prosa. Los literatos volcaron su interés más en las obras de Séneca y Tácito que en las de Cicerón, y consecuentemente este interés afectó a su manera de escribir, tanto en latín como en las lenguas vernáculas; uno de los más destacados representantes de este nuevo movimiento fue el filólogo clásico Justus Lipsius.

Las perspectivas para los estudios clásicos y bíblicos no mejoraron con la Contrarreforma. La abolición de la libertad intelectual implícita en las decisiones del Concilio de Trento (1545-63) no podía conducir más que al estancamiento. Se reafirmó la autoridad de la *Vulgata* como texto de la Biblia. Las obras de Erasmo se pusieron en el índice de libros prohibidos, y aunque la Iglesia no llevó a cabo un intento sistemático de destruirlas, la atmósfera intelectual de los países católicos no era la apropiada para el desarrollo de los estudios filológicos. La disputa entre católicos y protestantes se continuó con encono a principios del siglo siguiente, y una indicación de su poder de desviar las mentes capaces de lo que podía haber sido una dedicación más provechosa es la de que Casaubon dedicó dos años o más a elaborar una refutación de la historia eclesiástica compilada por el Cardenal Baronio.

Sin embargo no debe ser exagerado el lado oscuro del cuadro. Aunque la mayoría de los textos latinos habían aparecido ya en ediciones impresas, todavía había algunos autores griegos de importancia que no estaban generalmente disponibles en su lengua original en la época de la muerte de Erasmo, y éstos fueron apareciendo gradualmente a lo largo del siglo. En 1544 aparecieron en Basilea las obras de Josefo y Arquímedes, mientras en París Robert Estienne (1503-59), impresor del rey, desarrolló una gran actividad durante la misma década. De su casa salieron las primeras ediciones de la historia eclesiástica de Eusebio y las historias romanas de Dionisio de Halicarnaso y Dión Casio. Estienne se había hecho célebre con la publicación de su diccionario latino en

1531 y había incrementado su reputación, a la vez que su impopularidad en la Facultad de Teología de la Sorbona, con una serie de ediciones de la Biblia. Sabemos que entre 1532 y 1540 había llevado a cabo la búsqueda de buenos manuscritos de la *Vulgata*, y en el prefacio a la edición de 1551, que por otro lado es famosa por la división del texto en versículos universalmente adoptada desde entonces, hace un interesante comentario sobre el valor de la *Vulgata*. Afirma, no sin razón, que puede considerarse que transmite el texto griego en una etapa muy antigua de su historia. A pesar del aparato crítico que recoge las variantes de quince manuscritos, su edición es en otros aspectos decepcionante desde el punto de vista crítico.

El valor de una traducción relativamente antigua había sido correctamente apreciado en 1549 por el mejor filólogo italiano de la época, Pier Vettori (1499-1585). En su edición de la *Retórica* de Aristóteles usó la versión latina medieval de Guillermo de Moerbeke, citando alrededor de 300 de sus lecturas. En su prefacio demuestra que su forma literal e inelegante puede ser utilizada para revelar precisamente el texto griego del ejemplar usado por el traductor, y hace uso de él principalmente porque al ser más antiguo que las copias griegas, no había sufrido tanto de la corrupción que resulta inevitable en las copias a mano. Vettori anota cómo frecuentemente concuerda la versión de Moerbeke con el más antiguo y mejor de los manuscritos griegos (Paris, gr. 1741) cuyas lecturas él pudo usar. Aunque no muestra conocimiento de la teoría stemmática como tal, y parece que no se dio cuenta de que el códice de París es incluso más antiguo que la versión de Moerbeke (aunque no más antiguo que su ejemplar), su forma de proceder al utilizar esta tradición indirecta o secundaria es de una competencia filológica tal, que merece mención incluso en el más breve manual.

Vettori estuvo en contacto con la familia Estienne, y después de que Robert fuera forzado a salir de París y estableciera su imprenta en Ginebra, Vettori publicó con su hijo Henri († 1598) una edición de Esquilo que fue la primera en incluir el texto completo del *Agamenón* (anteriormente se habían omitido los versos 323-1050) Estienne el Joven fue una figura por lo menos tan importante como su padre, aunque en lo relativo a los estudios clásicos su principal realización fue la terminación en 1572 de una obra empezada por su padre, el *Thesaurus linguae graecae*. Realizó una edición de la *Anacreontea* que gozó de cierta moda entre los poetas de la época, pero no fue él quien llevó a cabo las primeras ediciones griegas de los pocos autores que quedaban todavía por imprimir, siendo las más notables las de Plotino (1580), la

Bibliotheca de Focio (1601), Sexto Empírico (1617) y el matemático Diofanto (1621).

El más capaz y activo de los contemporáneos de Vettori en Italia fue Francesco Robortello de Udine (1516-67). Es generalmente más conocido por la *editio princeps* de *Sobre lo sublime*, de Longinus (1554), y por una importante edición de la *Poética* de Aristóteles (1548), aunque merece su inclusión aquí por otros motivos. En 1557 publicó una breve disertación *De arte critica sive ratione corrigendi antiquorum libros disputatio*, que es según parece el primer intento de escribir un breve manual de crítica textual. Robortello es considerado como el primero que formuló una teoría de la corrección textual. Después de un capítulo breve y bastante ligero sobre el valor de los manuscritos antiguos, en el que se muestra consciente del valor de los textos latinos escritos en escritura «longobárdica» (expresión con la que parece denominar a la precarolingia, posiblemente a la mayúscula), pasa a examinar los principios que rigen el arte de la conjetura. La misión del crítico es verificar sus ideas a la luz de la paleografía, del estilo y de la comprensión general de la materia. Sigue una serie de ocho encabezamientos bajo los cuales pueden clasificarse las enmiendas, ilustradas en su mayor parte con unos pocos ejemplos. La clasificación no es tan clara como podría desearse, pero trata nociones tan esenciales como la glosa intrusiva que ha desplazado la lectura original y la posibilidad de error que surge de la división incorrecta de las palabras. Los ejemplos están tomados en su mayor parte de autores latinos, aunque hay algunos de Plutarco y de la *Retórica* de Aristóteles, en la que pudo haber aprendido los métodos de Vettori. No hay rastro de la teoría stemmática en ninguna parte de la argumentación, y los conocimientos paleográficos que demuestra son bastante decepcionantes, teniendo en cuenta la cantidad de buenas colecciones de manuscritos que le eran accesibles. Sin embargo hay que apuntar en su haber el importante tanto de que intentase una exposición sistemática sobre la forma en que el crítico debía desarrollar su tarea de restauración del texto clásico a su estado original.

El estudio de más amplios aspectos de la antigüedad clásica en Italia durante esta época está bien representado por Fulvio Orsini (1529-1600). Rechazado al ser descendiente ilegítimo por la gran familia cuyo nombre llevaba, Orsini debía la inclinación de sus aficiones y su formación en primer lugar a Gentile Delfini, sabio canónigo de San Juan de Letrán, donde Orsini empezó como corista, y más tarde al patronazgo de la familia Farnese, pues sirvió como bibliotecario a tres cardenales de la misma. Estudioso y coleccionista según la tradición principal del Re-

nacimiento, tuvo en su haber algunas importantes y originales publicaciones, tales como su *Virgilius illustratus* (1567), que mostró el trasfondo literario griego de Virgilio, obras sobre iconografía *(Imagines et elogia*, 1570) y numismática *(Familiae Romanae*, 1577), y la *editio princeps* de la mayor parte de los libros fragmentarios de Polibio (1582). Pero fue la amplitud de su afición, que se extendió sobre todo el mundo anticuario del arte, la escultura, las inscripciones, las monedas y las joyas, la que hizo destacar su contribución a los estudios clásicos. Se encontraba en buena posición como para tener contactos fructíferos con estudiosos de otros países, y así conoció a Lipsio, ayudó a Gruter, se relacionó con Daniel y De Thou. Su gran colección arqueológica fue a parar a Nápoles, pero sus libros y manuscritos se convirtieron en una de las más importantes de las primeras adquisiciones del Vaticano. Entre ellos figuraba una valiosa colección de manuscritos autógrafos de los grandes humanistas, desde Petrarca hasta entonces, pero también algunos libros de gran antigüedad, como el Augusteus de Virgilio (Vat. lat. 3256), regalo —y no precisamente no solicitado— de Claude Dupuy, y otros obtenidos tras largo regateo del legado de Pietro Bembo, como un importante Píndaro (Vat. gr. 1312), el Vaticanus de Virgilio (Vat. lat. 3225), y el gran Terencio en capital rústica que todavía hoy llamamos el Bembinus (Vat. lat. 3226). Pero su actividad en el centro del movimiento anticuario de su tiempo fue no menos significativa que sus realizaciones en el campo literario.

Los trabajos sobre autores patrísticos también hicieron algunos limitados avances en la última parte del siglo XVI. En 1550 apareció la primera edición de Clemente de Alejandría, editada por Vettori e impresa en Florencia, pero con una dedicatoria al cardenal Cervini, el futuro Papa Marcelo II. El cardenal estaba interesado en establecer una imprenta en Roma para producir textos teológicos en ediciones que competirían con las de Erasmo y a ser posible las reemplazarían, ya que sus comentarios sobre las Escrituras y los Padres eran considerados peligrosos si no claramente heréticos. La creación del *Index* en 1558 impulsó durante varias décadas la producción de ediciones en completa conformidad con la ortodoxia, pero el resultado fue variable tanto en calidad como en cantidad. La lucha contra la herejía no podía ser enteramente beneficiosa para los estudios filológicos, que sufrieron un revés en 1587 cuando el Papa Sixto V, al fundar la Tipografía Vaticana, decretó que los problemas de crítica textual demasiado difíciles para que los redactores los resolviesen por sus propios medios debían serles remitidos a él mismo. Por otro lado sabemos que el equipo de la tipografía era capaz de hacer

un trabajo cuidadoso e inteligente cuando se le permitía usar de su propia iniciativa, tal como se deduce de documentos conservados relativos a una edición de San Agustín.

El acontecimiento literario más notable del pontificado de Sixto V fue la publicación de la *Vulgata* latina en 1590, acompañada de la amenaza de excomunión a todo aquel que a partir de entonces se atreviese a cambiar su texto o a imprimir las variantes de los manuscritos. No obstante la amenaza su sucesor Clemente VIII recogió en 1592 las copias en existencia y dio a luz otra edición que difería en muchos pasajes, la cual se convirtió en el texto oficial de la Iglesia Católica Romana y continuó siéndolo hasta que empezó a ser reemplazada por la edición benedictina publicada en Roma a partir de 1926.

La mejor realización de este período en cuanto a los estudios patrísticos tiene lugar un poco más tarde y procede de un medio totalmente diferente. En Oxford, Thomas James (1573-1629), el primer bibliotecario de la Bodleiana, quien se tomó el gusto de demostrar las imperfecciones de las ediciones preparadas por los estudiosos católicos del continente, organizó en 1610-12 un equipo de colaboradores para colacionar manuscritos de Gregorio, Cipriano y Ambrosio. Encontraron en los textos impresos un número de lecturas erróneas o dudosas extremadamente grande, y James comparó su tarea a la limpieza de los establos de Augeas. Sabemos que él y su equipo trabajaron sobre más de cincuenta manuscritos y que él planeó sin éxito una colección de textos patrísticos basados en los mejores manuscritos. En esto se adelantó a la obra de los benedictinos de Saint Maur, quienes pudieron utilizar parte de su material. Todavía más significativa es la edición de San Juan Crisóstomo por Sir Henry Savile (1549-1622), rector del Merton College de Oxford y preboste de Eton, publicada en Eton en 1612 en ocho volúmenes en folio. En cierto modo, esta edición de uno de los Padres, tanto griegos como latinos, más populares e influyentes, no ha sido superada. Los papeles de Savile para esta edición alcanzan las casi 16.000 páginas, y no fueron de ningún modo lo único producido por una atareada vida de estudio en muchos campos. Una idea de su actividad nos es quizá dada por la observación que le hizo su mujer: «Sir Henry, quisiera ser yo también un libro para que me honraseis un poco más».

2. LOS COMIENZOS DEL HUMANISMO Y DE LOS ESTUDIOS FILOLÓGICOS EN FRANCIA

La rapidez y vitalidad con que el humanismo había echado raíces y floreció en Italia no tuvo igual en ningún otro sitio. En Francia el clasicismo fue más tradicionalista y no llevó a cabo un salto tan espectacular, a pesar de su apertura a la influencia italiana, especialmente a través de Aviñón, a partir de principios del siglo XIV. Pero la fuerza y vitalidad de la cultura francesa medieval supuso el que el humanismo francés pudiese absorber lo que necesitaba de Italia sin depender demasiado de ello, y pudiese continuar por su propio camino dentro del amplio campo de su propia tradición. La sensibilidad sobre estas cuestiones de los estudiosos franceses, y los frecuentes signos de reacción contra los italianos reflejan tanto su deuda con el humanismo italiano como el orgullo que tienen por la originalidad de sus propias realizaciones.

Pierre Bersuire († 1362) había sido uno de los primeros en beneficiarse de la interacción cultural surgida en Aviñón y del contacto personal con el propio Petrarca, quien le dio su amistad y su ayuda en los estudios clásicos. Su traducción de Livio al francés fue un paso importante en el reforzamiento de la nueva popularidad del historiador, y su *Ovidius moralisatus* muestra algunas influencias petrarquescas, pero su mentalidad medieval era demasiado fuerte para que incluso un Petrarca la transformase, y le faltó bastante para llegar a ser un humanista. Pero sí mereció completamente este nombre un pujante grupo que había surgido en Francia hacia fines del siglo, en el que se encontraban Jean de Montreuil (1334-1418) y su amigo íntimo Nicolas de Clémanges (c. 1360-1437). Aunque debían su amplia familiaridad con los autores clásicos, especialmente Cicerón, al contacto con humanistas italianos y a los textos importados, su humanismo estaba firmemente enraizado en el Norte, y fueron bien capaces de descubrir por sí mismos nuevos textos. En especial, Cluny había demostrado ser una rica fuente. Ni siquiera un Poggio podía estar continuamente realizando hallazgos sin que alguien le dijese dónde debía buscar, y la presencia de Jean de Montreuil en el Concilio de Constanza pudo haber tenido importantes efectos colaterales. Es difícil considerar una coincidencia el que Poggio encontrase el *Pro Caecina* en Langres, donde Nicolas de Clémanges, gran conocedor de los discursos de Cicerón, había sido canónigo y tesorero del

capítulo catedralicio. Y aunque Poggio ostente el mérito del descubrimiento del Vetus Cluniacensis de los discursos, y realmente lo había hecho mandar a Italia, debe recordarse que la mejor y más concienzuda copia del manuscrito perdido es la que, antes de ser mandado a Italia, había hecho Nicolas de Clémanges. Queda todavía mucho por decir sobre las realizaciones de este grupo.

El en apariencia intermitente avance del humanismo francés se vio fortalecido por dos acontecimientos que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo xv: la aparición de los primeros profesores de griego, y el establecimiento de la primera imprenta en Francia. Los intentos anteriores de organizar estudios griegos en París no habían dado resultado, y Gregorio Tifernate, que llegó allí en 1456, permaneció sólo durante unos pocos años. Georgios Hermonymos de Esparta, que llegó a Francia en 1476, es más conocido por su fracaso en proporcionar ayuda como profesor tanto a Budé como a Erasmo. Pero con la llegada de Janus Láscaris, en 1495, y de Girolamo Aleandro, en 1508, los estudios griegos comenzaron a florecer y se convirtieron en un elemento importante en el humanismo francés. Los primeros impresores fueron alemanes, y el primer libro fue una colección de modelos de cartas del humanista italiano Gasparino Barzizza; pero el promotor de la primera imprenta que trabajó en Francia fue Guillaume Fichet, maestro de Teología y bibliotecario de la Sorbona, quien en 1470 obtuvo autorización para establecer una imprenta en la propia universidad. Ésta se inició de un modo decididamente humanístico; usó exclusivamente la letra romana, y sus primeras publicaciones fueron o bien directamente textos latinos, como Salustio, Cicerón, Juvenal, Terencio y otros por el estilo, u obras destinadas al cultivo del estilo latino, tales como las *Elegantiae* de Valla y la *Rhetorica* del propio Fichet. El primer libro griego impreso en Francia apareció en 1507.

Guillaume Budé (1468-1540) fue el primer gran filólogo clásico francés. Nacido en una familia rica, e inclinado en sus primeros años a las ocupaciones tradicionales de las clases altas, Budé no se entregó seriamente al estudio hasta bien alcanzados los veinte años, y parece que fue principalmente autodidacta. Algunos años de trabajo duro dieron finalmente fruto. En 1505 tradujo al latín tres de los tratados de Plutarco, y en 1508 publicó una obra de primera importancia que le erigió en uno de los fundadores de la ciencia legal. Ésta fue un comentario sobre parte del *Digesto*, sus *Annotationes in XXIV libros Pandectarum*, intento de acabar con los acopios de comentario y glosa propios de la Edad Media y de reconstruir el texto y el espíritu del Derecho romano. Ni sus

ocupaciones diplomáticas y administrativas, ni su numerosa familia, ni sus terribles dolores de cabeza se interpusieron en el camino de la tenaz afición al estudio de Budé. En 1515 apareció su *De asse*, estudio sobre monedas y medidas antiguas que merece el esfuerzo de leerse, considerándolo un hito en la confirmación de los estudios clásicos como disciplina seria. Gracias a un conocimiento completo de las fuentes antiguas y a un sentido práctico que le permitió usar una balanza y consultar al panadero local, logró superar los estudios previos en este campo y producir una de las obras maestras de la erudición del siglo. Sus *Commentarii linguae graecae* tuvieron un carácter más lexicográfico, y gran parte de éstos fueron más tarde incorporados al *Thesaurus* de Henri Estienne. Sus obras posteriores, tales como sus *De philologia* y *De transitu Hellenismi ad Christianismum*, fueron un intento de definir el lugar de los estudios clásicos, y especialmente los griegos, en la sociedad cristiana de la época, y justificar la posición, todavía algo incómoda, del humanista cristiano. Todavía subsiste un monumento a uno de sus muchos servicios a los estudios clásicos, el Collège de France; se debe en gran medida a las firmes presiones ejercidas por Budé, el que Francisco I se decidiese finalmente en 1530 a fundar su predecesor, el Collège des Lecteurs Royaux, que dio al estudio de las lenguas antiguas una cierta independencia y las emancipó de los prejuicios y de los programas tradicionalistas de la universidad. Al dar expresión concreta a su punto de vista, de que el humanismo es algo más que la elegancia de forma, Budé inició un firme rumbo en la erudición francesa de la época, que concedió mucha importancia al estudio sólido y al entendimiento completo de todos los aspectos de la vida antigua. Aunque interesado en principio en iluminar el contenido de los antiguos textos, Budé sabía que esto dependía de una crítica estricta de las propias fuentes, y sus investigaciones numismáticas, por ejemplo, han dejado una huella permanente en las correspondientes partes del texto de Plinio el Viejo.

Mientras Budé había sido atraído de mala gana a la controversia ciceroniana, Scaliger el Viejo (Julius Caesar, 1484-1558) buscó, ya avanzada su vida, hacerse una rápida reputación escribiendo dos envenenados discursos contra el *Ciceronianus* de Erasmo. Aunque de origen italiano (si éste fue alto o bajo constituyó el objeto de una viva disputa internacional), había dejado Italia en 1525 para servir como médico al obispo de Agen, donde se estableció, tomó esposa francesa y tuvo quince hijos, uno de los cuales se hizo todavía más famoso que él. Sus trabajos van desde comentarios sobre las obras botánicas y zoológicas de Aristóteles y Teofrasto, inspirados por su interés personal en la medici-

na, hasta la filología y la crítica literaria. Su *De causis linguae latinae* (1540) es notable para su tiempo por intentar un análisis científico de los principios de la lengua latina, pero la obra que le consiguió la fama de que estuvo sediento fue su *Poetice,* publicada póstumamente en 1561. En ésta trata, de un modo lúcido y coherente, de crear una teoría poética aplicable a la literatura latina, vista como una continuidad que se extiende desde los poetas clásicos hasta sus contemporáneos Erasmo y Dolet; y no es menos interesante como ensayo de crítica práctica.

Budé y Scaliger no habían estado directamente interesados en la crítica textual. Pero fueron seguidos por una serie de estudiosos que hicieron avanzar claramente tanto el nivel como las técnicas de la edición de textos clásicos. El primero de éstos fue Adrianus Turnebus (1512-65), quien fue catedrático en Toulouse y París y lector real de griego desde 1547 hasta su muerte. Como director de la imprenta real (1552-6) publicó una serie de textos griegos, en la que figuraban Esquilo, Filón y Sófocles. También trabajó sobre los autores latinos y produjo una importante edición de *De legibus* de Cicerón. Su obra más importante son sus *Adversaria,* en treinta libros, miscelánea de pasajes de autores antiguos corregidos y explicados, que Joseph Scaliger criticó como un *abortivus foetus,* no tanto por su contenido, en el que encontraba mucho que admirar, como porque continuaba la moda italiana de los *Adversaria* promovida por Poliziano y Vettori. Turnebus es admirado por su ingenio, buen juicio y talento para la conjetura. Feliz quien puede dejar una huella tan permanente en el texto de Esquilo. Su edición de Sófocles (1553) es también la *editio princeps* de los escolios de Triclinio, y su texto muestra demasiada influencia de éste; de cualquier modo, planteó los problemas de la recensión de Triclinio, contempló el texto de Sófocles bajo un nuevo aspecto, e hizo una aportación al corpus de escolios entonces existente. Aunque su método de edición fue el normal de *emendatio ope codicum* aplicado en su tiempo, vio la necesidad de usar manuscritos más antiguos y mejores que los que se habían usado generalmente para las primeras ediciones impresas, y supo conocer un *codex vetustus* cuando tuvo ocasión. Le debemos nuestro conocimiento de un importante manuscrito de Plauto, los *Fragmenta Senonensia*, más conocidos como el Codex Turnebi. Fue éste un manuscrito fragmentario del monasterio de Sainte Colombe de Sens que Turnebus tuvo en su poder durante algún tiempo y que pudo haber desaparecido cuando aquel monasterio fue quemado por los calvinistas en 1567. Además de los comentarios recogidos en sus *Adversaria*, una transcripción de parte de la colación de Turnebus que el jurista François Duaren puso en los

márgenes de una edición contemporánea de Plauto salió a luz en 1897. El manuscrito de Turnebus, o su colación de aquél, fue conocido por Lambinus y Scaliger, y el propio libro en el que la colación se conserva es en sí un reflejo de la época, pues pasó de Duaren a los poetas Tabourot y Belleau, a Scaliger y a Daniel Heinsius.

Figura paralela a la de Turnebus en cuanto a los estudios latinos fue la de Denis Lambin o Lambinus (1520-72). Antes de ser nombrado lector real en 1561, Lambinus había podido pasar bastante tiempo en Italia, había conocido a estudiosos tales como Faernus y Muretus, y había tenido la oportunidad de colacionar manuscritos en las bibliotecas italianas. Esto fructificó cuando llegó a publicar su gran colección de textos latinos, los más celebrados de los cuales son los de Horacio (1561), Lucrecio (1563) y todo Cicerón (1565-6); una de las más notables características de esta serie de ediciones es la brevedad del intervalo que hay entre ellas. Lambinus tenía un indiscutible conocimiento de la literatura de la Edad de Oro, una inteligencia aguda y un fino sentido del lenguaje ejemplificado en la exquisita elegancia de su propio estilo latino. Tuvo una particular predilección por Lucrecio, y su notable edición fue básica hasta la de Lachmann. Uno de los cinco manuscritos que usó fue el Codex Quadratus, del siglo IX (Leiden, Voss. lat. Q. 94 = Q), uno de los dos manuscritos sobre los que todavía hoy se basa el texto; éste se encontraba entonces en el monasterio de Saint Bertin, cerca de Saint Omer, y él tuvo acceso a una colación hecha por Turnebus. Para las cartas de Cicerón usó un manuscrito de extraordinario valor que perteneció al impresor lionés Jean de Tournes y del que tuvimos la última noticia en 1580; para conocer su texto dependemos de tres estudiosos franceses de esta época: Lambinus, Turnebus y Bosius.

Los coleccionistas de manuscritos de esta época, a menudo estudiosos y editores de textos ellos mismos, hicieron una destacada contribución a los estudios clásicos. Notable entre ellos es Pierre Daniel (c. 1530-1603), jurista de Orleáns, quien tuvo la gran suerte de poder comprar los manuscritos de Fleury después de su saqueo por los hugonotes en 1562. Su colección, ahora distribuida principalmente entre el Vaticano y Berna, contenía tales importantes reliquias de la herencia cultural de aquella región como la copia de Valerio Máximo hecha por Lupus (Berna 366). También publicó *editiones principes* del *Querolus* (1564) y la versión extensa de Servio (1600), todavía a veces citada como Servius Danielis. Otro de éstos fue Pierre Pithou (1539-96), quien publicó las primeras ediciones del *Pervigilium Veneris* (1577) y las *Fábulas* de Fedro (1596), ambas basadas en manuscritos del siglo IX

que todavía son los más antiguos testimonios del texto. El empleo de buenos manuscritos le permitió publicar importantes ediciones de Petronio, y fue el primero en usar el manuscrito de Lorsch para el texto de Juvenal y Persio (1585), el famoso Codex Pithoeanus, que hoy se encuentra, con muchos otros de sus manuscritos, en Montpellier. Igualmente importante fue Jacques Bongars (c. 1554-1612), cuya enorme biblioteca, en parte procedente de las colecciones de Daniel y de Cujas, y hoy conservada en Berna, incluía tan selectos ejemplares como el famoso manuscrito irlandés de Horacio (Berna, 363) y nuestro mejor manuscrito de Petronio (Berna, 357). Verdaderamente, la complicada historia del texto de Petronio en la segunda mitad del siglo XVI resume la actividad de un grupo de estudiosos franceses de esta época, Pierre Daniel, los hermanos Pithou, Bongars, Scaliger, y el gran profesor de jurisprudencia que había enseñado a todos ellos y que pudo haber inspirado este particular interés, Jacques Cujas. Su complejidad es también indicativa de la dificultad de acoplar las piezas del rompecabezas formado por las interrelaciones de hombres y manuscritos en esta época, incluso en el caso de textos básicos, y de cuánto queda por descubrir acerca de las ramificaciones de este tipo de estudios.

A finales de siglo los estudios clásicos en Europa estuvieron dominados por dos grandes hugonotes, Joseph-Juste Scaliger (1540-1609) e Isaac Casaubon (1559-1614). Scaliger fue tan afortunado como Casaubon desgraciado. Introducido en el latín por su padre, Scaliger disfrutó durante treinta años del patronazgo de un noble francés, y cuando le fue ofrecida la cátedra de Leiden, vacante de Lipsius, su notabilidad como estudioso era tal, que le fue permitido aceptar la cátedra pero rechazar las acostumbradas obligaciones que llevaba consigo. Su erudición debe su consistencia a un aprendizaje intensivo en varios campos y a la capacidad de tratar un autor o una materia como un todo orgánico. Esto se aprecia muy bien en su gran edición de Manilio (primera edición, 1579), digna precursora de las de Bentley y Housman, y en su obra sobre los sistemas cronológicos del mundo antiguo en la que hizo una contribución fundamental al estudio de la historia. Su interés especial por el latín arcaico encuentra expresión en su edición pionera de Festo. Sus intentos de corrección textual fueron a veces violentos y nacen paradójicamente de un acercamiento más científico a la edición de textos. Cuando editó a Catulo, trató de probar por la naturaleza de las corrupciones de los manuscritos (la confusión entre *a* y *u*) que todos ellos descendían de un padre común escrito en minúscula precarolina. Aunque estuviese equivocado, llegó a alcanzar la noción de arquetipo me-

dieval. Este concepto, reforzado por su actitud crítica hacia incluso los buenos manuscritos, le animó a tomar considerables libertades con los textos transmitidos.

Tampoco Scaliger se libró de los problemas religiosos de su tiempo, pero el modo en que éstos se interfirieron en los estudios filológicos del siglo XVI nos lo ejemplifica de una manera más intensa el caso de su amigo y más joven contemporáneo Casaubon. Nacido en Ginebra de padres protestantes refugiados, obligado a aprender el griego oculto en una cueva de las montañas francesas, incapaz de evitar el ser arrastrado a las disputas a causa de su distinción como estudioso, y forzado a gastar gran parte de su tiempo y talento en una polémica árida, este gran estudioso francés encontró finalmente la tranquilidad como inglés naturalizado en la abadía de Westminster. Con él terminó la erudición francesa de esta época tal como había empezado, con una nota calcentérica. Fue un hombre de vasto ingenio y erudición, pero tuvo el muy raro don de ser capaz de usar su sabiduría de comentador para iluminar más que para impresionar. Parece haber escogido trabajar sobre aquellos textos que ofrecían un mayor campo a sus amplios conocimientos, tales como Diógenes Laercio, Estrabón y Ateneo. Su elección de textos difíciles y a menudo difusos, de los que muchos de los estudiosos de los clásicos no tienen más que un conocimiento superficial, supone el que sus servicios no sean siempre reconocidos. Pero Casaubon está todavía vigente. Sus *Animadversiones* sobre Ateneo constituyeron el núcleo del comentario de Schweighäuser de 1801, Estrabón es todavía generalmente citado con referencia a las páginas de Casaubon, sus notas sobre Persio aparecen frecuentemente en el comentario de Conington. Yerno de Henri Estienne y durarte algún tiempo sub-bibliotecario de De Thou en la Biblioteca Real, Casaubon se sentía más cómodo en el mundo de los libros y los manuscritos, dispuesto a encontrar materiales para sus propias necesidades y para proporcionárselos a los estudiosos de toda Europa. El uso que hizo del material manuscrito no ha sido adecuadamente apreciado, aunque parece que no hizo avances espectaculares, excepto el de su segunda edición de *Los caracteres* de Teofrasto (1599), donde añadió cinco caracteres más (24-8) a los antes conocidos.

3. LOS PAÍSES BAJOS EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Aunque Erasmo hablara con disgusto de la ignorancia que existía en su juventud en los Países Bajos, lo cierto es que allí hubo un buen nivel

general de instrucción literaria más extendido que en otras partes. Esto se debe en gran medida a los Hermanos de la Vida Común, miembros de una comunidad fundada en Deventer a fines del siglo xiv, que dedicaron una gran parte de sus energías a proyectos educativos y a la copia de libros. Entre las muchas escuelas que a ellos debían su existencia o su preeminencia estuvieron, en Deventer y en Hertogenbosch, aquellas a las que asistió Erasmo. El buen nivel básico de instrucción literaria y el crecimiento de prósperas ciudades mercantiles contribuyeron a crear las condiciones en las cuales el estudio pudiese florecer a pesar de su comienzo tardío.

Debemos en gran medida a las universidades y a las oficinas impresoras, que a menudo trabajaron en estrecha colaboración, la fuerte tradición clásica de los Países Bajos. La universidad de Lovaina se fundó en 1425, y el establecimiento del Collegium Trilingue para el estudio del latín, el griego y el hebreo en la misma ciudad hacia 1517 fortaleció todavía más su pretensión de ser durante algún tiempo uno de los mayores centros intelectuales del Norte de Europa. Una posición igualmente dominante obtuvo en los Países Bajos Septentrionales la Universidad de Leiden, fundada en 1575 para conmemorar la heroica resistencia de sus habitantes al cerco de los ejércitos españoles. Del mismo modo que el Norte protestante y el Sur católico tuvieron sus respectivos centros de enseñanza superior, también tuvieron sus igualmente famosas tradiciones de imprentas. Aunque la historia primitiva de la imprenta holandesa es oscura, resulta interesante observar que un libro de uso general en las escuelas como el *Ars minor* de Donato se imprimió en Holanda hacia 1470, y en el Sur, en Lovaina, Johannes de Westphalia dio a luz algunos de los clásicos usuales en fecha tan temprana como 1475. Su sucesor en el negocio, Thierry Martens, fue también un estudioso y amigo de Erasmo. A partir de 1512 empezó a producir libros clásicos para cubrir las necesidades de la universidad e imprimió los primeros textos griegos publicados en esa parte de Europa. Durante la gran época de la imprenta en los Países Bajos, a fines del xvi y en el siglo xvii, fue Plantin quien mantuvo su preponderancia en el Sur, y Elzevir en el Norte. Christophe Plantin se estableció en Amberes en 1550; a su muerte en 1589 el negocio pasó a su yerno Jan Moerentorf (Moretus) y continuó en el mismo edificio y en la misma familia durante tres siglos, siendo después transformado en el Museo Plantin-Morètus. Aunque su más famosa realización fue la *Biblia Políglota* (1568-1573) en ocho volúmenes, su vasta y variada producción comprendía una gran cantidad de ediciones clásicas, algunas de ellas magníficamente ejecutadas. Estuvo

estrechamente asociado con estudiosos tales como Canter y Lipsius, y publicó varias *editiones principes* de autores griegos, entre los que se encontraban Nono (1569) y Estobeo (1575). Louis Elzevir se había establecido en Leiden, en principio como librero, en 1580. Su primer libro, un texto de Eutropio (1592), anunciaba una gran preocupación por las obras clásicas que afortunadamente coincidió con el gran período de los estudios clásicos en Holanda, de modo que pudo asegurar una serie de buenos textos desde el punto de vista filológico. Particularmente influyente fue la encantadora pequeña serie de autores clásicos en doceavo, inaugurada por su hijo en 1629. Atrajo a los estudiantes por su bajo precio, y llevó por toda Europa tanto el nombre de Elzevir como la sólida tradición en los estudios clásicos que interpretaba, del mismo modo que la gran serie de textos griegos y latinos empezada en 1824 iba a convertir en familiar el nombre de B. G. Teubner y a proporcionar una sólida base para los estudios filológicos modernos.

Aunque el más grande estudioso clásico que surgió en los Países Bajos en el siglo XVI fue sin duda Justus Lipsius, hubo también otros que requieren nuestra atención por motivos especiales. Uno de éstos es Wilhelm Canter (1542-75), cuya especialidad fue la crítica textual del griego. Es principalmente conocido por sus ediciones de los tres trágicos, aunque también realizó la *editio princeps* de la *Eclogae* de Estobeo para la imprenta de Plantin. Llama especialmente la atención por su tratamiento de los fragmentos líricos, y su edición de Eurípides, impresa por Plantin en 1571, es la primera en que se presta particular atención a la responsión y su papel en la corrección textual. Escribió también un breve manual de crítica textual, *Syntagma de ratione emendandi scriptores Graecos*, puesto como apéndice a su traducción latina de los discursos de Elio Arístides (1566). Es una clasificación sistemática de los diferentes tipos de error en los textos griegos, agrupados bajo encabezamientos tales como la confusión de ciertas letras, división equivocada de palabras, omisiones, adiciones y transposiciones, errores producidos por asimilación o por la mala interpretación de las abreviaturas, e ilustrados con ejemplos tomados casi exclusivamente de Arístides. Nos proporciona una guía breve pero práctica de los errores de los copistas y, aunque poco de lo que dice resultaría nuevo para los grandes críticos de su época, supone una ventaja el tener ciertos principios válidos de corrección explícitamente establecidos, aunque los detalles necesitan refinamiento. Franz Modius (1556-97) es menos digno de notoriedad por sus estudios filológicos, aunque editó algunos textos latinos, que por su insistencia en que la conjetura sola es inútil e incluso peli-

grosa, y que debe haber un equilibrio adecuado entre la autoridad del manuscrito y la corrección, y que la recensión es una tarea preliminar esencial para la edición. Con esta convicción, y también forzado por las convulsiones políticas de los Países Bajos a permanecer en continuo movimiento, exploró sistemáticamente las colecciones de manuscritos de una extensa área que se extendía desde el Norte de Francia a través de los Países Bajos hasta Fulda y Bamberg. Su actividad es notable por su gran amplitud, y sus informes sobre lecturas de manuscritos, que pueden encontrarse en sus *Novantiquae lectiones* (1584), tienen gran valor cuando los propios manuscritos han sido destruidos, como en el caso del manuscrito de Colonia de Silio Itálico. Sólo hay otro informe de primera mano sobre este manuscrito de Silio que había en Colonia, que es el que nos proporciona su amigo, posteriormente convertido en enemigo, Ludovicus Carrio (1547-95), que desarrolló una actividad semejante aunque en menor escala. Jacob Cruquius trabajó casi exclusivamente sobre Horacio, y debe su fama a su invención del fantasmal «commentator Cruquianus», hoy día exorcizado, y a su oportuno examen de cuatro manuscritos de Horacio en el monasterio de Saint Pierre au Mont-Blandin, cerca de Gante, poco antes de su destrucción en 1566. Uno de éstos fue el importantísimo, aunque controvertido, *Blandinius Vetustissimus*, que asegura al profesor de Brujas una parte de la inmortalidad que el propio Horacio tan confiadamente preveía para sí.

Para la Universidad de Leiden supuso una considerable dosis de buena fortuna el haber podido atraer, tan poco tiempo después de su inauguración, a uno de los más brillantes latinistas del siglo. Justus Lipsius (1547-1606) era católico por su educación y estuvo asociado en sus primeros años a la Universidad de Lovaina, pero su conversión al protestantismo le abrió el camino para ser invitado a la cátedra de historia de Leiden, que sustentó de 1579 a 1591, hasta que su reconversión le condujo a retornar a Lovaina en 1592, donde fue profesor de historia en la Universidad y de latín en el Collegium Trilingue. Su perfección se basó en un completo conocimiento de la historia y las antigüedades de Roma reflejado en sus monografías y disertaciones sobre varios asuntos, que van desde las tácticas militares hasta los banquetes en la antigüedad, y en una detallada lectura de los textos, que, combinados, dieron lugar a un comentarista y crítico de primer orden. Aunque trabajó con buenos resultados sobre Plauto y Propercio y las *Tragedias* de Séneca, su principal contribución fue la relativa a los escritores en prosa del período imperial; y se le recuerda sobre todo por sus ediciones de Tácito (1574, con frecuentes reediciones) y Séneca (1605). Su interés

en este período le llevó a modificar su propio estilo en prosa, al principio de carácter ciceroniano, y a desarrollar un estilo incisivo que tuvo considerable influencia tanto en el latín como en la prosa vernácula. Su Tácito es su gran obra, y un simple vistazo al aparato crítico de cualquier edición moderna, en la que su nombre aparece con arrolladora regularidad, nos demostrará cómo fue capaz de transformar el texto, a pesar de su aproximación básicamente cauta a las correcciones. De joven había pasado dos años en Italia haciendo las cosas entonces en moda, estudiando las antigüedades, explorando las bibliotecas y entablando conocimiento con Muretus, aunque había sido más afortunado con sus monumentos que con sus manuscritos. No pudo examinar los dos manuscritos medíceos de Tácito, y tuvo que confiar en copias hasta su última edición, que apareció póstumamente en 1607, para la que pudo hacer uso de las colaciones publicadas en 1600 por un estudioso importante y bastante olvidado, Curzio Pichena, siendo recompensado al descubrir lo frecuentemente que sus conjeturas se veían confirmadas. Su Séneca es un magnífico volumen en folio, publicado, como otras muchas de sus obras, por Plantin. Se basó en material manuscrito de pobre calidad, y en general su Séneca carece de la brillantez de su Tácito, aunque continúa siendo una digna culminación de los trabajos de un hombre que había hecho un tan completo estudio del estoicismo para preparar la obra, que había sido capaz de revivirlo como fuerza vital en la conflictiva época de los Países Bajos. Sus *Manuductio ad Stoicam philosophiam* y *Physiologia Stoicorum* (1604) fueron el primer estudio completo del estoicismo, mientras que su *De constantia* (1584), que debe mucho a Séneca en pensamiento y estilo, alcanzó treinta y dos ediciones y fue traducida a varias lenguas.

En el siglo xvii los Países Bajos no se vieron afectados por la decadencia general del nivel de los estudios clásicos que puede apreciarse en otros países. Mantuvieron su floreciente tradición hasta bien entrado el siglo xviii, en que la influencia de Bentley, introducida por Hemsterhuys, contribuyó a un brillante resurgimiento de los estudios griegos que superó con creces la laboriosidad tenaz de Burman el Viejo y la incompetencia de Havercamp. Leiden atrajo a notables estudiosos extranjeros, y la erudición holandesa se elevó de nivel gracias a su influencia. Joseph Scaliger había sucedido en 1593 a Lipsius en su cátedra de Leiden, y la ocupó hasta su muerte. La misma cátedra, vacante de 1609 a 1631, fue después ocupada de nuevo por un extranjero —con gran sentimiento de Vossius—, al ser nombrado el erudito, aunque algo diletante, Salmasius (Claude de Saumaise, 1588-1653). Éste es conocido por su polémica

con Milton, poseyó el famoso Codex Salmasianus de la *Antología latina* (Paris lat. 10318) y contribuyó, aunque en menor medida de lo que se ha supuesto a veces, a dar a conocer el contenido del famoso manuscrito de la *Antología griega* de Heidelberg (Heidelberg gr. 23 + Paris suppl. gr. 384); pero ya había él realizado sus mejores trabajos antes de trasladarse a Leiden.

G. J. Vossius (1577-1649), al tratar una extensa gama de temas de un modo sistemático y enciclopédico, contribuyó a dotar a la erudición holandesa de una más amplia base. Fue profesor de retórica en Leiden durante diez años hasta 1632, en que aceptó la cátedra de historia en el recientemente fundado Athenaeum de Amsterdam. También fue prebendado no residente de Canterbury. Escribió un extenso tratado de retórica y más tarde su más influyente *Instituciones poéticas* (1647) y dos notables contribuciones a la gramática y al uso del latín, sus *Aristarchus* y *De vitiis sermonis et glossematis latino-barbaris*, mientras que sus *De historicis graecis* y *De historicis latinis* (1624, 1627), diccionarios de historiadores desde la antigüedad hasta el siglo XVI, le introducen en el olvidado campo de la historia literaria. Su *De theologia gentili*, todavía casi medieval en sus concepciones erróneas, puede considerarse uno de los más antiguos libros sobre la mitología clásica. Su interés por la teoría poética fue compartido por su contemporáneo Daniel Heinsius (1580-1655), el ferviente protegido de Scaliger, que en 1611 publicó una edición de la *Poética* de Aristóteles y un breve tratado *De tragoediae constitutione*. Este último es una sucinta y autorizada reconstitución de los puntos de vista aristotélicos sobre la tragedia, llena de referencias al *Ars poetica* de Horacio y de ejemplos de la tragedia griega y de Séneca, y tuvo una influencia considerable en el drama neoclásico y en el teatro francés en particular. Daniel Heinsius fue un elegante versificador y un profesor entusiasta, pero como crítico textual tuvo un éxito muy desigual, y su principal aportación a esta rama de los estudios clásicos fue sin duda su hijo.

La edición de los autores latinos continuó siendo la actividad principal de los estudiosos holandeses, y fue desarrollada destacadamente en la segunda mitad del siglo XVII por dos grandes amigos, J. F. Gronovius (1611-71) y Nicolaus Heinsius (1620-81), que dominaron respectivamente los campos de la prosa y la poesía. Gronovius había nacido en Hamburgo, y había viajado por Inglaterra, Francia e Italia antes de establecerse en Leiden. Durante sus viajes había tenido oportunidad de examinar manuscritos latinos. En Florencia, en 1640, trabó conocimiento del Codex Etruscus de las *Tragedias* de Séneca, olvidado desde el

Renacimiento; inmediatamente reconoció sus méritos, y en su edición de 1661 estableció firmemente su autoridad. Realizó una útil obra sobre poesía latina, pero es más conocido por sus numerosas ediciones de los escritores en prosa de la época imperial, entre ellos Livio, Plinio el Viejo, los dos Sénecas, Tácito y Gelio, una enorme producción que se distinguió, lo mismo que la miscelánea de sus *Observationes*, por su amplitud de conocimientos, buen juicio y equilibrada erudición. Heinsius estuvo mejor dotado. No tuvo ningún puesto académico y pudo dedicar al estudio sólo el tiempo que le restaba de una activa carrera en la diplomacia y en la vida pública. Sus misiones diplomáticas le habían dado la oportunidad de investigar muchas de las colecciones de manuscritos de Europa, y la gran cantidad de colaciones que reunió le prestaron una buena ayuda. Pero su valor reside en su fina apreciación de la elegancia de la poesía latina —en parte derivada de su propia habilidad para escribir en verso—, en un preciso entendimiento de las bellezas de la dicción y del uso del lenguaje que le convirtieron en un crítico sensitivo y excepcional. Sus principales ediciones fueron las de Ovidio, Virgilio, Valerio Flaco y los poetas tardíos Claudiano y Prudencio, pero dejó notas sobre otros que se publicaron después de su muerte, e hizo algún trabajo sobre la prosa latina de la Edad de Plata. Su obra permanece viva, y no simplemente como modelo de crítica: el trabajo de identificación de los muchos manuscritos que colacionó, especialmente de Ovidio, se está todavía realizando, y aquellos críticos que siguen sus pasos admiten con respeto que lo que Heinsius pensó aún hoy es importante.

A Isaac Vossius (1618-89) se le recuerda más como bibliófilo, o incluso como libre pensador anglicano converso que se atrevió a leer a Ovidio durante el oficio divino en la capilla de San Jorge. Había ido a Inglaterra en 1670, donde recibió un doctorado en Oxford y una prebenda en Windsor, y llegó a ser una figura bien conocida, si bien algo extraña, en la sociedad londinense de la época de Carlos II. Sus variadas incursiones por los caminos de la erudición no han dejado huellas permanentes, pero tuvo una decisiva intervención en la formación de algunas de nuestras más importantes colecciones de manuscritos. Como Salmasius, Heinsius y Descartes, fue invitado a Estocolmo por esa extraordinaria monarca que fue la reina Cristina de Suecia, y gozó de su patronazgo de 1649 a 1652. Además de dar a aquélla lecciones de griego, le ayudó en su ambicioso proyecto de formar una biblioteca comparable a la de las demás cortes de Europa. Entre los manuscritos que adquirió para ella estaban los de su padre, Gerard Vossius, y los del jurista

francés Paul Petau, quien a su vez había comprado parte de la colección de Pierre Daniel. La mayoría de los manuscritos de la reina están ahora en el Vaticano, donde constituyen los Reginenses. Pero Vossius no dejó de emplear sus conocimientos de experto en su propio beneficio, y dejó tras sí una magnífica biblioteca. Los Vossiani se ofrecieron a la Biblioteca Bodleiana, y Bentley se tomó gran interés en promover su adquisición, pero fueron finalmente a parar a Leiden, y entre ellos los dos importantes manuscritos de Lucrecio que, si no hubiesen sido retirados del alcance de Bentley en un momento crítico, podían haber cambiado el curso de los estudios textuales.

4. RICHARD BENTLEY (1662-1742): ESTUDIOS CLÁSICOS Y TEOLÓGICOS

La siguiente figura de importancia decisiva en la historia de la crítica textual es Richard Bentley, director del Trinity College de Cambridge a partir de 1699. Gran parte del tiempo que permaneció en este cargo fue ocupado en las intrigas académicas que eran endémicas en los colegios de Oxford y Cambridge en los siglos XVII y XVIII, aunque su sorprendente autocontrol le permitió evitar el ser enteramente apartado del estudio, y la lista de sus obras resultaría más que estimable para cualquiera que hubiese disfrutado de un puesto más tranquilo. Empezó a hacerse un nombre en 1691 con la publicación de la *Epistula ad Joannem Millium*. Se trataba de una serie de observaciones sobre el texto de Juan Malalas, un oscuro y mediocre cronista bizantino del siglo VI que había sido entonces impreso por primera vez. Los extraordinarios conocimientos de Bentley le permitieron corregir el texto en muchos lugares, a la vez que ofrecía explicaciones y correcciones a otros autores más conocidos. Fueron éstas probablemente, en conjunción con la atractiva vivacidad de su estilo latino, las que hicieron que su obra fuese bien conocida en poco tiempo, y su fama se extendió a un público más amplio que el de los filólogos profesionales, ya que en 1697 le encontramos formando parte de un pequeño círculo al que pertenecían Newton, Wren, Locke y John Evelyn.

Pocos años después Bentley se distinguió de nuevo con su obra sobre las epístolas de Fálaris. De nuevo fue un texto oscuro y sin mérito literario el que reclamó sus mejores esfuerzos, pero, como veremos más adelante, no pudo ser acusado de limitarse a la complacencia pedante en

el estudio de autores triviales. Dichas cartas, que se suponían del antiguo tirano de Acragas, son de hecho una composición de la segunda época sofista, y no hay testimonio explícito de su existencia antes de la *Antología* de Juan Estobeo del siglo v d. de C. Bentley no fue de ningún modo el primero en plantear la duda sobre su autenticidad; ya lo había hecho Poliziano. Pero había aún algunos estudiosos que las creían genuinas, y al aparecer una nueva edición la discusión comenzó de nuevo. Ésta constituyó una pequeña parte de la «controversia entre los antiguos y los modernos», y hubo algunos que sostuvieron que prescindiendo de su dudosa autenticidad las cartas de Fálaris eran unas de las mejores producciones literarias de la antigüedad. La *Dissertation* de Bentley fue, aunque sus conclusiones no ganasen aceptación universal hasta pasado mucho tiempo, una prueba magistral de que tales cartas eran una superchería miserable y sin valor, plagada de todo tipo de anacronismos y compuesta en un dialecto desconocido al supuesto autor, y el despliegue de conocimientos empleados para demostrar esta conclusión dejó claro que Bentley no tenía ningún rival serio como crítico o comentarista en ninguna parte de Europa.

Como crítico textual Bentley es quizá más conocido por la obra que llevó a cabo sobre los autores latinos en una etapa posterior de su carrera. Su afición por la corrección textual, que es relativamente fácil en autores cuyos textos están mal conservados o que no han recibido nunca la atención de un buen crítico, le llevó por mal camino al ocuparse de autores como Horacio, y ganó notoriedad por el curioso cambio que propuso hacer en la fábula del zorro cogido en el granero *(Epístolas*, 1.7.29). Insistiendo en que el zorro no come grano, Bentley proponía leer «ratón de campo» *(nitedula* en lugar de *vulpecula),* totalmente inconsciente de la consideración de que el autor de la fábula escogió un animal representativo de la astuta avidez prescindiendo de los hechos de la historia natural. Esta insistencia en la lógica, sin tener en cuenta la poesía y otras formas de licencia literaria, daña la contribución de Bentley a la corrección de los autores destacados que él editó, especialmente Horacio en 1711 y Terencio en 1726, y esto mismo es todavía más aplicable a su intento de restaurar las obras de Milton a lo que él creía ser su estado original antes de que un supuesto interpolador hubiese impuesto al poeta ciego una serie de alteraciones del texto. Por otro lado, era precisamente en los textos difíciles, como en el poema astronómico de Manilio, cuando las dotes de Bentley alcanzaban su gran oportunidad, y la opinión de los expertos concuerda en que hizo una contribución de la mayor brillantez a la interpretación de los más

difíciles pasajes de este dificilísimo poema, cuya edición apareció en 1739 aunque el trabajo para ello había sido hecho mucho antes. Es notable el dominio de Bentley sobre los principios métricos de Terencio, aunque en este campo reconoció la importancia de un predecesor italiano del siglo XVI, Gabriele Faerno.

Bentley hizo muchas correcciones al texto de otros autores, una alta proporción de las cuales ha sido aceptada o seriamente considerada por los editores subsiguientes. Pero dos de sus más valiosas realizaciones fueron proyectos que no llegaron a hacerse realidad: las ediciones de Homero y del Nuevo Testamento. En cuanto a Homero, su más notable descubrimiento fue el de que el metro de muchos versos podía explicarse admitiendo la existencia de la letra digamma, concepto que contribuyó más que cualquier otro descubrimiento aislado al entendimiento de este texto.

Aunque Bentley es generalmente considerado un filólogo clásico pura y simplemente a causa de sus notables realizaciones en este campo, tuvo también la suficiente competencia en teología como para ser nombrado Regius Professor de Divinidad en 1717. Tres años después publicó un pequeño folleto titulado *Proposals for an edition of the New Testament*, en el cual anunciaba explícitamente que el texto se había de basar en los más antiguos manuscritos del texto griego y de la *Vulgata*. Bentley sabía que en las bibliotecas inglesas tenía a mano más de un manuscrito con una antigüedad de mil años, y dispuso que se hiciesen colaciones con otros manuscritos igualmente antiguos existentes en bibliotecas extranjeras. Con la ayuda proporcionada por estas informaciones consideróse capaz de restaurar el texto tal como figuraba en las mejores copias que circulaban en la época del Concilio de Nicea (325 d. de C.). Es interesante hacer notar que él no esperaba fijar el texto del autor tal y como había figurado en los autógrafos, y de paso debemos decir que uno de sus más distinguidos seguidores, Lachmann, que escribía en 1830, anunció su intención de restaurar el texto tal como era hacia el 380 d. de C. Bentley había empezado ya las colaciones, y aunque la obra nunca estuvo muy adelantada fue capaz de dejar establecido en los *Proposals* con su característica confianza: «Encuentro que si se suprimen 2.000 errores de la Vulgata papal, y otros tantos de la del Papa protestante Esteban, puedo establecer una edición de cada una en columnas, sin usar ningún libro de menos de 900 años de antigüedad, que coincidirían tan exactamente, palabra por palabra y, lo que al principio me extrañaba, orden por orden, que ni dos tarjas ni dos partes de una escritura pueden coincidir mejor» (la referencia al orden es una alusión

a las muchas variantes de manuscritos que cambian el orden de las palabras). Y continuó, sin embargo, con una promesa mucho menos singular: «No cambiaré una sola letra por mi propio entendimiento sin tener en cuenta la autoridad de estos viejos testimonios»; lo que dista bastante de los principios que él mismo adoptó para la crítica textual de los autores profanos.

Puesto que su edición nunca se terminó, continuó imprimiéndose el llamado *textus receptus*, es decir el texto en la forma que le habían dado Erasmo y Estienne. Sólo en muy raras ocasiones algún crítico osado demostró su espíritu independiente y se arriesgó a ser objeto del enojo de los eclesiásticos en general por imprimir otras lecturas o sus propias conjeturas, y hasta 1881, en la edición de B. F. Westcott y F. J. A. Hort, no se aplicaron rigurosamente los principios de recensión y crítica textual al Nuevo Testamento.

Aunque Bentley parecería por esto haberse adelantado a su tiempo en siglo y medio, hay que reconocer que sus *Proposals* apenas supusieron ningún avance sobre la obra del malhumorado religioso francés Richard Simon (1638-1712). Para nuestro propósito la principal obra de Simon es la *Histoire critique du texte du Nouveau Testament*, publicada en Rotterdam en 1689 (la censura y el *odium theologicum* impidieron que se publicara en su propio país) y traducida al inglés el mismo año. Parece ser el primer intento de escribir una monografía sobre la transmisión de un texto antiguo, y a pesar de su aspecto poco atractivo y sus implicaciones polémicas contiene importantes ejemplificaciones de los principios críticos en los capítulos sobre los manuscritos, y es imposible pensar que Bentley no las conociese y aprobase. Después de observar que en la tradición griega no hay nada comparable al sistema masorético para asegurar la estabilidad textual, establece como norma la investigación de los manuscritos griegos, las diversas versiones y los escolios. Sigue a continuación un resumen de la historia del texto del Nuevo Testamento desde la época de Valla en adelante, con comentarios sobre las ediciones impresas, principalmente en relación con su éxito, o bien en cuanto que proporcionan un satisfactorio aparato de lecturas variantes. Sabe que la antigüedad de un manuscrito no garantiza automáticamente la certeza de sus lecturas, y sigue a los críticos anteriores en el criterio de que el texto griego debía ser comprobado comparándolo con las citas patrísticas antiguas, ya que éstas son anteriores al cisma de las iglesias griega y romana, que dio como resultado, según algunos críticos, el que el texto griego hubiese sido deliberadamente falsificado. El uso que hace de las diversas versiones se muestra admirablemente en la

discusión del pasaje Juan, 7:39, donde utiliza la *Vulgata* y las versiones siríacas para tratar de formarse un criterio sobre el pasaje. Esto le conduce al sorprendentemente moderno y complejo punto de vista de que los textos oscuros o ambiguos podían explicarse por los escolios, y que cuando estos escolios eran breves con facilidad podían haber sido incorporados al texto. En cuanto al uso de manuscritos griegos antiguos, gran parte de su tiempo lo empleó en las lecturas del Codex Bezae (Cambridge, University Library, Nn. II. 41, generalmente conocido como D), que tiene un texto muy diferente de casi todos los demás testimonios y presenta algunos de los más complicados problemas críticos. Pero también fue consciente de la importancia del Codex Vaticanus B (Vat. gr. 1209) y del Alexandrinus (British Library, Ms. Royal I D VIII).

5. LOS ORÍGENES DE LA PALEOGRAFÍA

Los primeros pasos para fundamentar el estudio de los manuscritos sobre una base firme no se dieron hasta fines del siglo XVII. A Bessarion y Poliziano pueden atribuírseles algunos conocimientos paleográficos, e incluso el primero de ellos los pudo utilizar para refutar a sus oponentes en el Concilio de Florencia. Mientras la técnica de la edición y el arte de la crítica textual habían hecho firmes progresos en el Renacimiento tardío y en el siglo siguiente, escaso o nulo interés se tomó en la fecha y origen de los manuscritos que se usaban para las ediciones de los textos clásicos y cristianos. De nuevo fue la controversia religiosa la que dio lugar al progreso. Surgió una disputa entre los jesuitas y los benedictinos; un jesuita llamado Daniel van Papenbroeck (1628-1714, también conocido por Papebroch) demostró en 1675 que un documento supuestamente dado por el rey merovingio Dagoberto en el 646, que garantizaba ciertos privilegios a los benedictinos, era una falsificación. La Orden Benedictina francesa, que había sido recientemente resucitada bajo la titulación de Congregación de Saint Maur y estaba entregada a varias actividades de estudio, consideró la obra de Papenbroeck como un reto. Uno de sus miembros más capaces, Dom Jean Mabillon (1632-1707), dedicó varios años al estudio de documentos y manuscritos, definiendo de un modo sistemático por primera vez una serie de criterios para comprobar la autenticidad de los documentos medievales. El resultado fue la obra *De re diplomatica* (1681), a la que debemos la palabra diplomática que generalmente se usa como término técnico para desig-

nar el estudio de los documentos legales y oficiales. La obra de Mabillon trata también, aunque en menor medida, de los manuscritos, pero se limita a los latinos. Fue reconocida inmediatamente como una obra maestra, incluso por van Papenbroeck, quien mantuvo una cordial correspondencia con Mabillon, reconociendo que su intento de probar la falsedad de todos los documentos merovingios había sido un exceso de escepticismo. Mantuvo, sin embargo, su tesis sobre el documento del año 646.

Entre los proyectos de la Congregación de Saint Maur estaban los de nuevas ediciones de los Padres griegos y latinos. Un numeroso grupo de monjes estuvo trabajando en la casa parisina de Saint-Germain-des-Prés. El conocimiento de los documentos medievales tenía sólo aplicaciones limitadas, pero las observaciones de Mabillon sobre los manuscritos estimularon a uno de sus jóvenes colegas a examinar más detenidamente las escrituras de los manuscritos griegos. Dom Bernard de Montfaucon (1655-1741) se había ordenado en 1676, después de una enfermedad que había forzado su retirada del ejército. Desde 1687 había estado trabajando en la edición de los Padres griegos, y particularmente de Atanasio. Al año siguiente de la muerte de Mabillon dio a luz su *Palaeographia graeca*, y también en este caso el titulo de su libro proporcionó una palabra que se ha hecho de uso general desde entonces. En su propio campo fue en cierto modo una realización todavía más notable que la de Mabillon, ya que continuó siendo el mejor libro sobre esta materia durante unos dos siglos, y en él se intentó por primera vez entender la historia de las formas individuales de las letras, lo que constituye el fundamento de la paleografía. El contenido del libro es bastante diferente de aquél, ya que Montfaucon contaba con muy pocos documentos medievales griegos (todavía hoy la mayor parte de ellos se encuentran en los archivos de los monasterios de Monte Athos, que Montfaucon no visitó nunca), y en cualquier caso la autenticidad de estos documentos no presentaba problema para Montfaucon y sus contemporáneos. De este modo pudo dedicarse al estudio de los manuscritos, y el examen que hizo de los ejemplares que pueden datarse con poca duda o sin ella por las subscripciones de los propios copistas fue de valor permanente. Su otra contribución a la paleografía fue la *Bibliotheca Coisliniana* (1715), la primera descripción sistemática de una colección de manuscritos completa, en este caso la buena colección de alrededor de 400 piezas que había heredado Coislin, príncipe-obispo de Metz, de Séguier, Canciller de Francia bajo Luis XIV. Aunque Thomas James, en su *Ecloga Oxonio-Cantabrigiensis* de 1600, había dado una

utilísima lista de los manuscritos de las bibliotecas de las dos universidades inglesas, no trató de describir los manuscritos en detalle, por lo que no puede decirse que se anticipara a Montfaucon. Puede merecer la pena añadir de paso que Montfaucon no fue de ningún modo un especialista limitado al que no le interesase nada sino los manuscritos. Entre sus otras obras se encuentra un diccionario de antigüedades clásicas en diez volúmenes en folio, al que se añadieron posteriormente otros cinco más de suplemento. Apareció en 1719 bajo el título de *Antiquité expliqueé*; en diez meses se vendieron 1.800 ejemplares, y se requirió una segunda edición de 2.200 más.

A pesar del enorme volumen de sus escritos, Mabillon y Montfaucon encontraron tiempo para viajar, especialmente a Italia, con el fin de visitar otras colecciones de manuscritos que podían ofrecer material para sus obras. En Verona, donde la riqueza de la Biblioteca Capitular había sido conocida por los humanistas del Renacimiento, al visitante de fines del siglo XVII se le decía que los libros ya no se encontraban allí. Este decepcionante estado de la cuestión despertó la curiosidad de un aristócrata local y anticuario, el marqués Scipione Maffei (1675-1755). Además de adquirir celebridad al escribir la tragedia *Merope*, que fue un hito en el resurgimiento del teatro italiano, se encontró involucrado en una controversia histórica en 1712, en que escribió un opúsculo contra el duque Francesco Farnese. Éste había sido engañado al adquirir el gran maestrazgo de una orden de San Juan supuestamente fundada por el emperador Constantino. Tanto el Papa como el emperador de Austria tragaron también el anzuelo, y asignaron a Farnese para el uso de su orden la bella iglesia de Santa María della Steccata de Parma. Maffei demostró que la orden debía ser falsa, ya que todas esas órdenes databan de la Edad Media, hecho que no salvó a su libro de ser incluido en el Índice de los prohibidos.

Maffei hizo saber al canónigo bibliotecario de la catedral de Verona su gran interés por descubrir el paradero de los manuscritos que aquélla había poseído. En 1712, una mañana, el bibliotecario los encontró; habían sido apilados en lo alto de un armario para evitar los daños que pudieran producir las inundaciones, y luego habían quedado completamente olvidados. La noticia fue llevada inmediatamente a casa de Maffei, quien corrió hacia la catedral en traje de noche y zapatillas. Cuando pasó sus ojos sobre los libros, una extraordinaria colección en su mayor parte de época muy antigua, pensó que debía estar soñando, pero el sueño resultó ser realidad, y no pasó mucho tiempo antes de que él estuviese estudiando los manuscritos en su propia casa. El resultado de

este estudio fue un interesantísimo avance teórico en el conocimiento de las escrituras latinas de libros. Mabillon las había dividido en cinco categorías independientes: gótica, longobárdica, sajona, merovingia y romana. Pero nada había dicho sobre una posible relación entre ellas. Maffei acertó al establecer que la explicación de la diversidad de las escrituras latinas de la alta Edad Media debía ser que en la tardía antigüedad hubo ciertos tipos básicos, mayúscula, minúscula y cursiva, y cuando el Imperio Romano se fraccionó en partes, surgieron independientemente variantes de aquellas escrituras. Fue precisamente esta intuición o fogonazo de inspiración lo que hizo de la paleografía una materia con una clara base teórica. El único avance importante posterior es el asociado al nombre de Ludwig Traube (1861-1907), cuya gran contribución fue mostrar que los manuscritos, además de ser las fuentes primarias para los textos de literatura clásica y medieval, pueden tratarse como documentos que ilustran la historia de la cultura medieval. Un manuscrito que se haya demostrado ser completamente inútil como copia del texto de un autor puede, sin embargo, ser de gran valor en otro aspecto, ya que si puede ser asignado con certeza a un lugar de origen, o mejor todavía, si su copista puede identificarse con certeza, nos comunicará algo sobre la historia intelectual de la Edad Media.

6. DESCUBRIMIENTOS DE TEXTOS DESPUÉS DEL RENACIMIENTO

a) *PALIMPSESTOS.*

La recuperación de un texto antiguo desconocido producía un entusiasmo especial, que el mundo erudito pudo experimentar en raras ocasiones en los siglos siguientes al Renacimiento. Pero una nueva serie de hallazgos, menos atractivos pero de ningún modo infructuosos, comenzaron con el descubrimiento de que algunos textos clásicos todavía yacían ocultos en la escritura inferior de los palimpsestos. Aunque tales palimpsestos habían estado durante mucho tiempo en algunas de las más conocidas bibliotecas de Europa, en París, Milán y Verona, no fueron realmente explorados hasta el siglo XIX, en que los grandes descubrimientos de Mai y Niebuhr confirieron un aura novelesca a los humildes rescritos y les permitieron hacer una espectacular entrada en la historia de la filología clásica.

El primer texto palimpsesto del que se dio noticia pública fue un antiguo e importante manuscrito de la Biblia griega, el Codex Ephraemi (Paris gr. 9, escritura inferior), del siglo v, descubierto por Jean Boivin, vice-bibliotecario de la Biblioteca Real de París, en 1692. El primer texto clásico nuevo que surgió de un palimpsesto fue también griego e igualmente descubierto en París por J. J. Wettstein en 1715-16, aunque no acertó a atribuirlo correctamente: el Codex Claromontanus de las Epístolas Paulinas del siglo vi (Paris gr. 107) había sido completado en cierta época añadiéndole dos hojas de un manuscrito del *Phaethon* de Eurípides del siglo v, que fue en parte reutilizado entonces. Este manuscrito, que puede complementarse con papiros y con la tradición indirecta, nos proporciona fragmentos sustanciales de esa obra de Eurípides. Otros estudiosos del siglo xviii consiguieron anticiparnos algunos de los descubrimientos posteriores, pero su ignorancia de los procedimientos químicos usados más tarde para revivir las escrituras borradas o su rechazo del empleo de tales ayudas supuso el que no llegasen a darse cuenta de todo lo que significaban sus hallazgos. Scipione Maffei había descubierto algunos de los rescritos de Verona, entre ellos tanto la parte palimpsesta como la hoja no palimpsesta de las *Institutiones* de Gayo (Verona XV [13]), pero hasta 1816 no se identificó el texto correctamente. A mediados del siglo xviii Dom Tassin, uno de los mauristas autores del *Nouveau traité de diplomatique*, versión revisada y mejorada de la obra de Mabillon, sugirió que una de las escrituras primarias de un códice reescrito en Corbie (Paris lat. 12161) contenía un fragmento del entonces completamente desconocido escritor Frontón. Su anticipación al descubrimiento de Mai no es tan notable como el hecho de que el fragmento del siglo vi que él había detectado no fuese justamente apreciado hasta 1956, casi exactamente dos siglos después, en que fue identificado por Bernhard Bischoff como un fragmento de una de las *Epístolas* de Frontón *(Ad Verum*, 2.1). En 1772 P. J. Bruns descubrió la subestructura del Vat. Pal. lat. 24, una rica miscelánea de antiguos códices, y editó según este manuscrito un fragmento del Libro XCI de Livio. Al año siguiente G. Migliore extrajo de la escritura inferior del mismo manuscrito dos textos fragmentarios que él consideró de Cicerón, pero que eran en realidad los restos de *De amicitia* y *De vita patris* de Séneca, más tarde reeditados por Niebuhr y Studemund.

Muy considerables pasos se habían dado, aunque a veces fuesen vacilantes, para recuperar los textos palimpsestos antes de la decisiva segunda década del siglo xix. Entonces, debido a una combinación de circunstancias, se dio un gran salto adelante. Los principales factores

que contribuyeron a ello fueron la incansable y casi inexorable energía de Angelo Mai (1782-1854) y su buena fortuna al ser nombrado sucesivamente bibliotecario de la Ambrosiana y de la Vaticana, las dos bibliotecas que albergaban la especialmente rica colección de palimpsestos de Bobbio. Fue también el primero que utilizó con éxito los reactivos, lo que le facilitó la detección de textos palimpsestos, hizo su escritura más legible, y ayudó a su identificación; su éxito debe atribuirse en gran medida a esto. En el espacio de pocos años, empezando en 1814, publicó toda una serie de nuevos textos, entre los que se encontraban fragmentos de algunos de los discursos de Cicerón y los *scholia Bobiensia* (Ambros. S. P. 11.66, *olim* R. 57 sup.), las cartas de Frontón (S. P. 9/1-6, 11, *olim* E. 147 sup.) y, partiendo del gran palimpsesto Ambrosiano de Plauto (S. P. 9/13-20, *olim* G. 82 sup.), lo que queda de la hasta ahora desconocida *Vidularia*. En 1819 se trasladó de Milán al Vaticano, y hacia fines de ese año coronó sus descubrimientos con el hallazgo del texto que habían buscado apasionadamente hombres como Roger Bacon y Petrarca, y que incluso los más optimistas estudiosos habían dado por perdido para siempre, el *De republica* de Cicerón (Lám. X). En 1822 publicó la *editio princeps*.

Pronto accederían otros al campo de los palimpsestos, muchos de ellos más cuidadosos y mejores filólogos que Mai, que había sido precipitado, poco crítico y no muy escrupuloso; aunque ya éste había sacado lo mejor de la colección. Uno de ellos fue el gran historiador alemán Barthold Georg Niebuhr (1776-1831), quien llegó a Roma como embajador prusiano en 1816, después de haber hecho en su viaje a la capital el único hallazgo que podía rivalizar con los más espectaculares descubrimientos de Mai. En Verona acertó a leer con el uso de un reactivo la escritura inferior del palimpsesto de Gayo, en algunas partes *ter scriptus*, y así hizo posible la publicación subsiguiente en 1820 de la primera edición completa de las *Institutiones*. Aunque su gran perspicacia hizo que sus relaciones con Mai fuesen algo tensas, contribuyó a la edición de Mai del *De republica*.

Ningún relato del desciframiento y publicación de los palimpsestos, aunque sea breve, puede omitir el nombre de Wilhelm Studemund (1843-89), quien sacrificó años de una activa vida de estudio y finalmente su vista a la paciente y meticulosa transcripción de textos palimpsestos. Los más conocidos son su transcripción de Gayo (1874) y del Plauto Ambrosiano (1889); esta última lleva la conmovedora inscripción, tomada de Catulo 14, «ni te plus oculis meis amarem». La obra de estos últimos estudiosos fue obstaculizada por el empleo ante-

rior de reactivos, que habían teñido y a veces corroído el pergamino, a menudo con resultados desastrosos. El primer reactivo conocido fue el ácido gálico, que fue el usado por Mai, a veces con gran abundancia; estudiosos posteriores utilizaron el bisulfato potásico, o la receta de un tal Gioberti, químico de Turín, que consistía en sucesivas aplicaciones de ácido clorhídrico y cianuro potásico. Todos eran dañinos en algún grado (aunque mucho más lentamente de lo que se podía haber esperado de tan mortales componentes) y dieron como resultado el que los manuscritos así tratados son raramente susceptibles a las más seguras y más avanzadas técnicas hoy en uso, sobre todo la de la fotografía ultravioleta, que fue perfeccionada especialmente por Alban Dold en el Palimpsest-Institut de la Abadía de Beuron, en Alemania Sudoccidental. Por consiguiente, las ediciones y transcripciones del siglo XIX conservan su valor.

A principios del presente siglo J. L. Heiberg encontró en Constantinopla una copia palimpsesta de Arquímedes que ofrecía dos obras notables (Metochion del Santo Sepulcro, ms. 355): una, *sobre los cuerpos que flotan*, era ya conocida en la traducción latina de Guillermo de Moerbeke, pero la otra, el *Método*, era enteramente nueva y de gran significación para la historia de las matemáticas, ya que mostraba que Arquímedes había ideado un procedimiento similar al cálculo integral. Otros dos palimpsestos más recientemente descubiertos merecen mención. Uno está en Jerusalén (Patriarcado ms. 36), y contiene parte de varias obras de Eurípides, copiadas probablemente a mediados del siglo XI. Es el más antiguo libro superviviente con una parte importante de las obras de Eurípides, aunque a pesar de su fecha no mejora mucho el texto. El otro está en Leiden (B. P. G. 60A), y ofrece partes de algunas obras de Sófocles. Es el hermano gemelo del famoso Codex Laurentianus, escrito en una fecha muy aproximada.

b) *PAPIROS.*

Hasta fines del siglo pasado nuestro conocimiento de los textos antiguos dependía casi enteramente de las copias hechas en la Edad Media, mientras que los manuscritos cuya fecha se retrotraía a los últimos siglos del mundo antiguo formaban sólo una mínima porción del total de los conocidos. A partir del Renacimiento, los descubrimientos que se hicieron de nuevos textos, o más corrientemente, de mejores manuscritos de textos ya conocidos, consistían en general en sacar a luz manus-

critos medievales olvidados. La única excepción significativa fue la recuperación de los restos quemados de los rollos de papiro de las excavaciones de Herculano, que contenían los abstrusos escritos del filósofo epicúreo Filodemo. Pero se produjo un cambio notable cuando los arqueólogos que trabajaban en Egipto sacaron a luz cantidades de libros antiguos, generalmente conocidos como papiros, aunque hay una minoría sustancial de ellos que de hecho están escritos en pergamino. Los mayores hallazgos se hicieron en Oxyrhynchus, en el Alto Egipto, por B. P. Grenfell y A. S. Hunt. Por primera vez los filólogos podían consultar una gran cantidad de libros antiguos que tenían por término medio una antigüedad de unos mil años más que los testimonios textuales en los que habían tenido que basarse anteriormente. Desde entonces han continuado los descubrimientos y su publicación. Aun cuando los papiros de contenido literario son sobrepasados por los documentos de varias clases en la proporción de diez por uno, hay muchos manuscritos de textos conocidos, y un número significativo de ellos suponen una adición al conjunto de la literatura griega que ha sobrevivido. No todos estos textos están completos ni son de la más alta calidad literaria, pero entre ellos hay libros tan importantes como la *Constitución de Atenas* de Aristóteles (P. Lit. Lond. 108), las *Odas* de Baquílides (P. Lit. Lond. 46), y fragmentos sustanciales de la pieza satírica de Sófocles *Ichneutae* (P. Oxy. 1174), *Hypsipyle* de Eurípides (P. Oxy. 852), *Dyscolus* de Menandro prácticamente completa (P. Bodmer 4), *Epitrepontes* y *Samia* (P. Cairo inv. 43227) y *Sicyonius* (P. Sorbonne 72, 2272, 2273) del mismo autor. Los autores mejor representados, sin embargo, son los estudiados en las escuelas, y frente a un puñado de papiros realmente interesantes deben colocarse los cientos de Homero que han sobrevivido. Entre otros descubrimientos notables se encuentran muchos papiros bíblicos importantes, los más sobresalientes de los cuales son el fragmento del Evangelio de San Juan que mide unos 6 x 9 cm. y puede ser datado a principios del siglo II (P. Rylands 457), y los desagradables documentos que expresan los antiguos prejuicios raciales conocidos como las *Actas de los mártires paganos*.

Casi todos los papiros proceden de Egipto, aunque hay unos pocos de Dura-Europos en el Éufrates, y de Nessana en el desierto de Negev. La gran mayoría de los papiros egipcios han sido hallados en una zona a cierta distancia de la capital. El número y variedad de los hallazgos literarios es bastante sorprendente, ya que no podía esperarse encontrar un testimonio de una tal variedad de lecturas en una zona campesina. La supervivencia de los papiros fue posible porque en las localidades rura-

les los residuos, incluido el papel usado, se arrojaban a enormes montones de basura que alcanzaban la altura suficiente como para hacer su interior inmune a los efectos de la humedad de las inundaciones anuales o de la irrigación; con la sequedad del clima los papiros pudieron evitar otros daños. Unos pocos de éstos no proceden de los montones de basura, sino de las tumbas, como el de *Persae* de Timoteo (P. Berol. 9875), o de las cajas acartonadas que envolvían las momias. Éstas se hacían de capas de papiro encoladas al modo del *papier mâché*, y evidentemente los papiros desechados se vendían en cantidad para este uso. Muchos de éstos eran libros estropeados y retirados del uso por sus poseedores; debemos nuestro conocimiento del *Sicyonius* de Menandro, de cien líneas de *Antiope* de Eurípides (P. Lit. Lond. 70), y del final de *Erechtheus* de Eurípides (P. Sorbonne 2328) a esta afortunada costumbre de los funerarios egipcios.

c) *OTROS DESCUBRIMIENTOS DE MANUSCRITOS.*

Desde fines del Renacimiento no ha habido una gran cantera de descubrimientos de textos desconocidos excepto en los papiros. Pero durante mucho tiempo la investigación de las colecciones de manuscritos no fue sistemática, con el resultado de que de vez en cuando fue posible que un afortunado estudioso descubriese un texto antiguo de importancia más que trivial; y merece la pena recordar aquí los más notables ejemplos.

En 1743 Prosper Petronius, trabajando en la Biblioteca Vaticana, dio con un códice de los *Caracteres* de Teofrasto que es todavía el único testimonio conocido del texto de los números 29 y 30 (Vat. gr. 110), y con él completó el texto de este atractivo e influyente librito. Avanzado el siglo se hizo en Venecia un descubrimiento mucho más importante. En 1788 Villoison publicó los escolios marginales a la *Ilíada* que se encontraban en el códice ahora conocido como Venetus A (Marc. gr. 454). Contenían un vasto fondo de nueva información sobre los críticos de Alejandría que estudiaron a Homero, y esta información estimuló a F. A. Wolf a escribir los *Prolegomena ad Homerum,* uno de los libros más importantes de toda la historia de la filología clásica (1795). Mientras Robert Wood, en su *Essay on the original genius of Homer,* había ya visto en 1767 que la imagen habitual de un Homero literato escribiendo sus poemas no podía ser la explicación completa de la forma presente de los poemas homéricos, no fue sino Wolf quien demostró, con la ayu-

da de los escolios recién hallados, que los problemas textuales en Homero no eran del mismo tipo que los de otros autores, y que podía obtenerse una explicación en este estado de la cuestión aceptando el que el texto de Homero no se escribió hasta la época de Solón o Pisístrato. El libro de Wolf marcó el comienzo del importante debate de lo que se ha llamado tradicionalmente la Cuestión Homérica.

En 1777 salió a luz el himno homérico a Demeter, cuando C. F. Matthaei desenterró un manuscrito hoy conservado en Leiden (Ms. B. P. G. 33H); originariamente estuvo en el Archivo Imperial de Moscú, y Matthaei decía haberlo encontrado en una granja donde durante años había estado yaciendo entre cerdos y gallinas.

De la historia de la filología griega en el siglo XIX merece destacarse el descubrimiento de las fábulas en verso de Babrio, halladas por Mynas Minoides en un manuscrito de Monte Athos que hoy está en la British Library (Add. 22087). Algunas veces, sin embargo, las esperanzas de descubrimiento quedaron decepcionadas. En 1823 el famoso poeta italiano Giacomo Leopardi, que era también el mejor filólogo clásico italiano de su época, encontró en el Vaticano lo que parecía ser una nueva pieza de prosa clásica ática. Pero la ausencia de titulo en el manuscrito y la falta de obras de referencia adecuadas conspiraron para engañar sus esperanzas; el texto resultó ser una obra relativamente común de la literatura patrística escrita en la mejor imitación ática, es decir, en griego aticista; se trataba de la homilía de San Basilio a sus sobrinos sobre el valor de la lectura de la literatura clásica. Señalemos también aquí que algunos de los ensayos de Galeno no fueron recuperados hasta mediados del siglo XIX.

En latín hay menos que recordar, ya que la mayor parte de los grandes hallazgos de época moderna se han hecho en palimpsestos, tal como hemos dicho antes. Una excepción significativa es la *Cena Trimalchionis* de Petronio, que, aunque conocida por breve tiempo en el Renacimiento, se imprimió por primera vez en Padua en 1664. En 1899 un estudiante de Oxford, examinando una copia de Juvenal del siglo XI en escritura beneventana (Canonici class. lat. 41), comprobó que la Sátira VI contenía treinta y cuatro versos más de los conocidos, y, aunque el texto es extremadamente corrupto, hoy la opinión se inclina en favor de su autenticidad. Y puede ser interesante mencionar que no hace mucho salió a luz en Holkham (Biblioteca del Conde de Leicester, lat. 121) una carta desconocida de San Cipriano, y aunque la carta en sí no es trascendente, su fuente debe ser un manuscrito de Monte Cassino, posibilidad que una vez más nos muestra lo importantes que las comuni-

dades religiosas fueron para la transmisión de los textos. Debemos a Bobbio otros hallazgos recientes; uno de ellos es la colección de poemas latinos conocida como los *Epigrammata Bobiensia*, que se habían conservado en dicho monasterio y fueron descubiertos en una copia del Renacimiento (Vat. lat. 2836). Algunos de los autores representados son de la época de Augusto o del siglo I, mientras que los números 2-9 son de Naucelio, figura literaria destacada de fines del siglo IV. Una tira de pergamino recuperada de un manuscrito del mismo monasterio (Turín F. IV.25) nos restituía, aunque mutilados, treinta y nueve nuevos versos de Rutilio Namaciano.

d) *TEXTOS EPIGRÁFICOS.*

Aunque el libro en sus varias formas nos ha proporcionado el principal vehículo para la transmisión del vasto legado escrito de griegos y romanos, las grandes y crecientes colecciones de inscripciones son en sí monumentos al enorme número de textos que nos han llegado inscritos en bronce, piedra y otras materias similares. La valiosa contribución que la epigrafía y la numismática pueden prestar para iluminar la vida antigua fue apreciada ya en el Renacimiento, y en general queda fuera del contenido de este libro, pero algunos de los textos que se han conservado por esos medios deben ser mencionados, ya que en algunos casos son extensos, o de gran importancia, o útiles en cuanto que aumentan o complementan o corrigen la tradición puramente literaria.

Un ejemplo obvio son las *Res gestae Divi Augusti*, documento de crucial importancia para el estudio de Augusto y el principado antiguo. Es el recuerdo de sus realizaciones, que Augusto dejó tras sí con el expreso deseo de que fuese grabado en bronce y colocado en el frente de su mausoleo. Tanto el manuscrito original, que entregó en depósito a las Vírgenes Vestales, como la inscripción original, han perecido totalmente, pero se hicieron copias en las provincias, a veces con una paráfrasis griega en provecho de la población local; y el conjunto del texto puede reconstituirse a través de tres fragmentos descubiertos en Galatia, el más extenso de ellos, que es conocido desde 1555, en las paredes de una mezquita de Ankara. Aunque se trate de un ejemplo bastante especial y grandioso, las *Res gestae* pertenecen a la más amplia tradición de la *laudatio* o noticia obituaria, y por razones obvias este género está particularmente bien representado en los textos epigráficos y abarca desde oraciones grandilocuentes a humildes y conmovedores recuerdos de afecto personal. Famosa es la llamada *Laudatio Turiae* (*ILS* 8393),

oración funeraria de una matrona romana de fines del siglo I a. de C., una notable pieza literaria. Pero incluso las piedras, como los antiguos nunca se cansaron de decirnos, tienen su propia mortalidad, y así la virtuosa carrera de esta robusta matrona habría perecido a la fama si finalmente la pluma no hubiese venido en ayuda del cincel; ya que de los seis fragmentos aparecidos en varias partes de Roma desde el siglo XVII, tres han desaparecido, y hoy sobreviven sólo en copias manuscritas que debemos principalmente al estudioso jesuita Jacques Sirmond y a J. M. Suárez, bibliotecario del Cardenal Barberini (Paris lat. 9696, Vat. lat. 9140).

La tableta de bronce de Lyon (*ILS* 212), que conserva el discurso que el emperador Claudio hizo al Senado el año 48 d. de C. abogando por la admisión de los nobles galos, es de interés tanto literario como histórico, ya que este texto, descubierto en 1528, nos da una oportunidad única de poder comparar un auténtico discurso de Claudio, confuso y pedante, con la tensa adaptación literaria que nos proporciona Tácito (*Ann.* 11.24). El monumento de Antíoco I de Commagene, que fue descubierto hacia fines del siglo pasado en la ladera de lava de un volcán extinguido en Nemrud Dagh, en Turquía Oriental, ha adquirido también un lugar importante en la historia literaria. Su florido texto, tan elevado en estilo como en lugar de colocación, ha llenado un hueco crucial en nuestros conocimientos al proporcionarnos el único ejemplo del adornado estilo de oratoria «asiánico» que tantas veces apareció en la polémica retórica de los tiempos de Cicerón.

Debemos un notable texto filosófico al impulso filantrópico de Diógenes de Oenoanda, quien estaba tan impresionado por la eficacia de la filosofía epicúrea, que hacia el año 200 d. de C. hizo colocar su exposición de las doctrinas de Epicuro en la plaza del mercado de Oenoanda, en Lycia, para provecho de sus conciudadanos. Los fragmentos de este texto único, de cuarenta metros de largo, que suman casi el centenar y todavía se siguen descubriendo, yacen esparcidos entre las ruinas de Oenoanda, y proporcionan a los editores de textos una especie de rompecabezas de verdaderamente monumentales proporciones. Una característica notable de esta inscripción es la forma en que su disposición en columnas y colocación para la conveniencia del lector reproduce en gran escala las convenciones del libro de la época. El más antiguo ejemplo conocido de un himno cristiano en la forma métrica característica de Bizancio procede de una fuente igualmente inesperada: está en una inscripción de una catacumba de Kertsch, en Crimea, que puede datarse en el año 491. Forma parte del rito del bautismo.

Una contribución más informal al conjunto de la literatura antigua es la que hicieron aquellos que escribieron sobre las paredes. Hállase en ellas un no desdeñable corpus de poesía original, aunque a menudo los *graffiti* son sólo citas de obras que nos han llegado también por otros canales más ortodoxos. Aquéllos tienen en ocasiones interés para los críticos textuales como testimonio de una tradición indirecta. En este sentido, un tiesto del siglo II a. de C. (Berlin ostrakon 4758) puede encontrar un lugar en el aparato crítico de Eurípides *(Hipp.* 616 ss.), y la frecuencia con que «Arma virumque cano» se escribió en las paredes de Pompeya contribuye a probar que éste, y no «Ille ego qui quondam», es el auténtico comienzo de la *Eneida*. Un ejemplo notable es el dístico de Propercio (3.16.13) encontrado en una basílica de Pompeya. Mientras la tradición manuscrita es coincidente en su lectura

> Quisquis amator erit, *Scythicis* licet *ambulat* oris
> nemo *deo* ut *noceat* barbarus esse volet

la inscripción (*CIL* IV.1950) nos ofrece

> Quisquis amator erit, *Scythiae* licet *ambulet* oris
> nemo *adeo* ut *feriat* barbarus esse volet

que es correcta en al menos dos de los cuatro lugares en que difiere de la tradición directa.

7. EPÍLOGO

Es ahora el momento de unir los hilos de esta relación un tanto selectiva de los progresos de la filología entre el fin del Renacimiento y el comienzo de lo que puede con más propiedad ser considerado como la moderna filología en el siglo XIX. Nuestro propósito a través de este libro ha sido mostrar cómo la existencia de textos literarios ha dependido tanto de factores materiales, tales como la forma del libro y el suministro de materias para escribir, como de movimientos intelectuales y cambios en las prácticas educativas, y cómo la supervivencia y calidad de los estudios literarios ha sido ayudada por la gradual evolución de los métodos de la filología. Una vez que la imprenta quedó establecida como el medio de difundir los textos (y hubo alguna resistencia a esto por parte de hombres como Federigo, duque de Urbino, quien declaró que ningún libro impreso entraría a formar parte de su biblioteca), una

parte de nuestra historia ha llegado a su fin, ya que la supervivencia de los textos quedaba asegurada. Pero pareció que merecía la pena el continuar la historia de los métodos filológicos más adelante, al menos en lo que concierne al estudio de los textos, y destacar algunos de los avances que permitieron un mejor y más completo uso del legado del pasado. La calidad generalmente pobre de las primeras ediciones que se imprimieron demuestra cuánto quedaba todavía por hacer en lo que se refiere a la teoría de la crítica textual, cómo el proceso de comprobación de fuentes manuscritas había solamente empezado, cómo el trabajo de edición fue obstaculizado por la falta de apreciación de la complejidad del estudio de la civilización clásica en su conjunto *(Altertumswissenschaft)*. Aunque el progreso material hizo a los estados principales del período que va del Renacimiento a la Contrarreforma mucho más ricos y por tanto mucho más aptos en principio para dedicar grandes recursos al estudio, había todavía muchos obstáculos que vencer. En algunos países existían limitaciones a la libertad intelectual. Imprimir no resultaba tan barato como para obtener beneficios de la publicación de obras de alta especialización. La cooperación entre estudiosos fue a menudo una honrosa manifestación de un empeño de crear una «república de las letras», expresión utilizada en inglés por Addison (1672-1719) y que aparece en la primera página del *Journal des sçavans* de 1665-6. Sin embargo la enorme correspondencia desarrollada por una figura gigantesca como la de Erasmo necesitaba un mayor apoyo para resultar efectiva. Deberían haberlo proporcionado las sociedades eruditas y las universidades, pero aunque éstas a veces llevaron a cabo apreciables esfuerzos, el resultado total fue generalmente decepcionante. Los eruditos del Renacimiento también formaron academias. De estas numerosas asociaciones la única que ha recibido una mención honrosa en nuestro manual ha sido el grupo que trabajó con Aldo Manuzio. Otras muchas no han merecido nuestra atención, al menos en lo que se refiere a esta rama de la erudición. Las mismas universidades no acertaron durante mucho tiempo a coordinar sus esfuerzos y a organizar sus propias casas editoras. Oxford y Cambridge, que desde el siglo XVI poseyeron imprentas activas, fueron instituciones mucho más dedicadas a la formación de los que habían de servir a la Iglesia de Inglaterra que al avance de los estudios clásicos, estado de cosas que no varió hasta que se inició la reforma de mediados del siglo XIX. Es muy de lamentar que una de las academias más distinguidas y productivas, la Royal Society, se fundase en Londres, donde no había universidad, en fecha tan tardía como 1660, en una época en que el concepto de «conocimientos úti-

les», que formaba parte de su título completo, se había visto seriamente afectado por la revolución científica e iba a verse todavía más seriamente afectado por la llamada disputa entre los antiguos y los modernos. Como resultado de esto, los primeros volúmenes de sus *Philosophical transactions* no contienen ninguna contribución que pueda calificarse como de filología clásica; después hay algunas excepciones ocasionales a la regla, por ejemplo una nota del astrónomo Halley sobre el lugar de Gran Bretaña en que desembarcó César, y un ensayo del bibliotecario Humphrey Wanley titulado «The age of Mss.». Un grato contraste nos ofrece la amplitud de contenido del *Journal des sçavans*, que muestra un mayor interés por la literatura, y en 1666 encontró espacio para una reseña de la nueva *editio princeps* de la *Cena Trimalchionis* y de una disertación inspirada por dicha publicación.

Pero como dijo el Dr. Johnson al considerar lo lejos de ser realizados que habían quedado los proyectos expresados al fundarse la Royal Society, el curso del progreso es naturalmente lento. La aplicación de esta observación a los estudios filológicos se hace evidente si tratamos de seguir la historia primitiva de un aspecto del mundo académico que hoy día es perfectamente normal: el de las ediciones de textos publicadas en una serie uniforme. Ésta se retrotrae a la época de P. D. Huet (1630-1721), tutor de los príncipes de la casa real francesa. A él o bien al duque de Montausier se le atribuye el mérito de haber organizado la producción de un conjunto de casi sesenta volúmenes de autores latinos *in usum Delphini*. Un signo de la época es el que Leibniz, que entonces vivía en París, fue invitado a contribuir con la edición de Vitruvio, pero luego se le pidieron excusas por no tener el necesario conocimiento de la arquitectura y se le ofreció en su lugar editar al oscuro Martianus Capella. Quizá esta serie fue la que inspiró a la más famosa de todas ellas, iniciada por la casa B. G. Teubner de Leipzig en 1824 por iniciativa de F. Passow. Los estudios clásicos, tomados en su aspecto literario más bien que en el arqueológico, que adquirieron más fuerza en el siglo xviii, habían tenido que recuperarse del revés que sufrieron a causa de la disputa entre los antiguos y los modernos. Habían iniciado una nueva existencia cuando en 1777 F. A. Wolf logró matricularse en Göttingen, no en la Facultad de Teología, sino como un *studiosus philologiae*.

El refinamiento de la técnica editorial, que hasta hace poco se ha asociado exclusivamente al nombre de Lachmann, hizo posible afrontar una nueva etapa de los estudios filológicos, en la que los textos clásicos quedarían fijados de un modo fiable hasta donde permitían los testimonios conservados. La invención de la fotografía empezó hacia fines

del XIX a hacer desaparecer muchos de los obstáculos en la realización del nuevo ideal. Estos avances tuvieron lugar en el momento oportuno para dar un nuevo ímpetu a los estudiosos comprometidos en el ideal implícito en la empresa de Teubner. Ya no puede tomarse en serio ninguna edición si no se han establecido claramente la naturaleza de la tradición manuscrita y los criterios por los que los testimonios han de ser evaluados; hoy los estudiosos están casi siempre en disposición de seguir literalmente el consejo del Vice-Canciller de la Universidad de Cambridge, quien rechazó una solicitud para una ayuda de viaje para visitar Florencia diciendo: «Permítase a Mr. Porson reunir sus manuscritos en casa». Con las modernas facilidades del microfilm y los viajes rápidos y cómodos, es fácil olvidar las dificultades con que se enfrentaron nuestros predecesores. La descripción sistemática de los manuscritos se ha convertido también en una rama de la filología, y los catálogos oficiales de las principales bibliotecas constituyen una fuente de material primario para el filólogo moderno que generalmente no tuvieron sus predecesores. Otra contribución importante a los estudios filológicos ha sido la decreciente movilidad de las colecciones de manuscritos. La mayoría de los manuscritos de los textos latinos y griegos pertenecen hoy día a instituciones de las que se puede esperar confiadamente que los retendrán a perpetuidad. Pero al menos hasta fines del siglo pasado los manuscritos viajaron casi tanto como en los inestables días de la Edad Media y del Renacimiento. En nuestra exposición hemos aludido en ocasiones a algunos de esos movimientos, y otros se explican en las notas al índice de manuscritos. Estos movimientos forman una faceta quizá menor, pero no insignificante, de la historia de la cultura y la filología. La acumulación del material primario que se necesita para poder proporcionar el mejor texto obtenible de un autor antiguo está hoy bien adelantada, y paralela a este proceso es la acumulación y evaluación de los objetos, ya sean inscripciones, papiros documentales u obras de arte, desenterrados por los arqueólogos, que sirven para arrojar luz sobre la historia, el arte y la cultura material del mundo antiguo. La interacción entre estos varios campos, cuya promoción fue una de las grandes contribuciones de la erudición germánica del siglo XIX, es la base del concepto moderno del estudio de la antigüedad como un todo, y promete un rico y continuo suministro de temas, mientras los estudios clásicos mantengan su lugar como disciplina intelectual.

VI

CRÍTICA TEXTUAL

1. INTRODUCCIÓN

En los capítulos anteriores hemos tratado de dar una idea de los medios por los que los clásicos griegos y latinos fueron transmitidos, a través de la Edad Media, al mundo moderno, y de señalar algunos de los más importantes fenómenos históricos y culturales que afectaron a la transmisión de estos textos. La tarea de la crítica textual consiste en cierto modo en llevar a cabo este proceso en sentido inverso, en seguir hacia atrás los hilos de transmisión y tratar de restaurar el texto lo más cercanamente posible a la forma que tuvo en su origen.

Ya que no ha sobrevivido ningún manuscrito autógrafo de autor clásico, para el conocimiento de lo que escribieron dependemos de manuscritos (y a veces de ediciones impresas) que se basan en un número desconocido de reproducciones de los originales. Estos manuscritos varían en cuanto a su fiabilidad como testimonios del original; todos ellos han sufrido en algún grado en el proceso de transmisión, ya por daños físicos, ya por la posibilidad de error de los copistas, o ya por los efectos de la interpolación deliberada. Cualquier intento de restaurar el texto original implicará por tanto el seguimiento de un difícil y complejo proceso, que se desarrolla en dos etapas.

La primera etapa es la recensión *(recensio)*. El objeto de la recensión es reconstruir según el testimonio de los manuscritos supervivientes la más antigua forma recuperable del texto que yace tras ellos. A

menos que la tradición manuscrita dependa de un solo testimonio, es necesario: 1.º) establecer las relaciones entre sí de los manuscritos supervivientes; 2.º) eliminar aquellos que se derivan exclusivamente de otros manuscritos conservados y por tanto no tienen valor independiente *(eliminatio codicum descriptorum);* y 3.º) utilizar las relaciones establecidas de aquellos que quedan (expresadas idealmente en la forma de un *stemma codicum* o árbol genealógico) para reconstruir el manuscrito o los manuscritos perdidos de que descienden los testimonios supervivientes. Cuando se ha reconstruido el estado más primitivo del texto que ha sido posible recobrar de los manuscritos, comienza la segunda gran etapa del proceso crítico. El texto transmitido debe ser examinado, y el crítico debe decidir si es auténtico o no *(examinatio);* si no lo es, su tarea consiste en corregirlo *(emendatio),* si es que puede hacerse con un razonable grado de certeza, o aislar la corrupción. La tarea se complica a menudo por la presencia de dos o más lecturas variantes, cada una con la pretensión de corresponder al texto transmitido. A la totalidad de esta segunda etapa se le da todavía a veces su nombre tradicional, aunque engañoso, de *emendatio.*

2. EL DESARROLLO DE LA TEORÍA DE LA CRÍTICA TEXTUAL

La invención del libro impreso, y en particular la aparición de las primeras ediciones de Cicerón en 1465, supuso el que por primera vez el futuro de los textos clásicos estuviese asegurado. Pero tuvo un desafortunado efecto colateral: los primeros impresores, por el acto de pasar un texto a la imprenta, tendieron a dar a aquella forma del texto una autoridad y permanencia que de hecho en raras ocasiones merecían. La *editio princeps* de un autor clásico no solía ser más que la transcripción de cualquier manuscrito humanístico que el impresor escogía para usar como ejemplar, una réplica impresa de un manuscrito en circulación. La repetición de este texto, con sólo pequeños cambios, de una edición a otra, condujo pronto al establecimiento de una versión vulgata del texto; y mientras no hubo inconveniente en corregir la vulgata por medio de enmiendas de detalle, la fuerza de la inercia y del conservadurismo hizo difícil que se desechase aquélla en favor de un texto radicalmente nuevo.

Se continuó haciendo el trabajo de corrección como se había hecho en todas las épocas; y aunque el equipamento básico del crítico

—sentido común, buen juicio y gusto— se basaba en dones más naturales que adquiridos, el desarrollo de algunos de los más útiles principios de corrección y el rápido progreso de la filología clásica permitieron en general hacer un ataque más penetrante a la corrupción textual. Pero la corrección no puede surtir sus mayores efectos hasta que se ha hecho la recensión, y los filólogos anteriores al siglo XIX estuvieron en la mayoría de los casos obligados a ejercer sus habilidades críticas, que a menudo eran del más alto orden, no sobre el texto transmitido tal como se entiende con propiedad, sino sobre una encorsetada versión vulgata. Trataron de corregirlo no sólo por conjetura, sino también por la utilización de los manuscritos que podían encontrar. Hubo algunos descubrimientos muy notables, pero con mucha frecuencia los nuevos manuscritos no eran mejores que aquellos en los que la vulgata se había basado en su origen. Pues en una época en que las bibliotecas no estaban en general catalogadas, los viajes eran difíciles, la fotografía desconocida, y la paleografía estaba en su infancia, había tantas posibilidades de acertar como de errar. Es más, aunque se hubiese hallado un buen manuscrito, su empleo era limitado, pues sólo se acudía a él cuando una lectura de la vulgata era manifiestamente insatisfactoria.

El primer paso hacia una crítica textual más científica fue el rechazo del texto de la versión vulgata como base de discusión, y con éste el conservadurismo ilógico que consideraba la utilización de los manuscritos como un punto de partida de la tradición más que como un retorno a ella. En este, como en otros aspectos de la crítica, el primer impulso vino de los estudios sobre el Nuevo Testamento, en los que el problema era más evidente: la riqueza de testimonios manuscritos dejaba poco campo a la corrección conjetural y la tarea de escoger la lectura adecuada entre las variantes era obstaculizada por la casi divina sanción que se atribuía al *textus receptus*. En 1721 Richard Bentley, más conocido de los estudiantes clásicos por la osadía sin trabas de sus conjeturas, proyectó una edición del Nuevo Testamento basada exclusivamente en los manuscritos antiguos y en la *Vulgata* latina. La actitud conservadora de los teólogos impidió que el proyecto se realizase antes de la edición de Lachmann de 1831, pero los ataques al *textus receptus* se renovaron pocos años después por J. J. Wettstein, y en el curso de unas pocas décadas la misma actitud radical se había infiltrado en el campo de la filología clásica, en el que Johann August Ernesti y Friedrich August Wolf replantearon en los más firmes términos la necesidad de tomar los manuscritos como base de cualquier texto crítico.

La interminable acumulación de testimonios manuscritos a través de los siglos XVII y XVIII acentuó la necesidad de elaborar un método válido para separar el grano de la paja. Muchos estudiosos contribuyeron a la elaboración de la teoría stemmática de recensión; ésta había sido formulada en todo lo esencial hacia mediados del siglo XIX, y, aunque su propia contribución es mucho menos importante de lo que se había supuesto, se asocia todavía al nombre de Karl Lachmann. Aquélla, con todas sus limitaciones, revolucionó la edición de los textos clásicos. Ya en la época humanística hubo quien vislumbró el método genealógico. Poliziano, como vimos, supo ver que los manuscritos derivados de un ejemplar más antiguo existente carecían de valor, y efectivamente aplicó el principio de la *eliminatio* a algunos de los manuscritos de las *Epístolas* de Cicerón. En 1508 Erasmo postuló un único arquetipo del que descendían todos los manuscritos supervivientes de un texto; y aunque su noción de arquetipo era menos precisa que la nuestra, pudo explicar lo fácil que era que todos los manuscritos cometiesen algún error. La noción de arquetipo medieval parece haber sido considerada por primera vez por Scaliger, quien en 1582 trató de probar, según la naturaleza de las corrupciones textuales en los manuscritos de Catulo, que todos ellos derivaban de un padre común escrito en minúscula precarolina.

Scaliger estaba muy a la cabeza de su tiempo. No se hizo ningún gran avance hacia una teoría de la recensión hasta el siglo XVIII, y el impulso vino entonces una vez más de los estudios del Nuevo Testamento. En la década de los treinta, J. A. Bengel percibió que los manuscritos del Nuevo Testamento podían clasificarse sobre una base genealógica. Más aún, habló del día en que aquéllos serían reducidos a lo que llamó una *tabula genealogica*, y vio claramente las potencialidades de su *tabula* como instrumento de evaluación crítica de variantes. Su método genealógico fue adoptado con éxito diverso por filólogos clásicos de fines del siglo XVIII y principios del XIX, y alcanzó su punto más alto en el brillante florecimiento filológico de los años treinta del XIX. En 1830 Lachmann, preparando el camino para su edición del Nuevo Testamento, dio una formulación más detallada de las reglas que Bengel había expuesto para la selección de variantes; en 1831 Carl Zumpt, en su edición de las *Verrinas* de Cicerón, dibujó lo que parece haber sido el primer *stemma codicum* que se ha visto, y le dio el nombre que ha ganado aceptación general; las grandes ediciones que publicaron Ritschl y Madvig en los años siguientes refinaron y fijaron el método. El más famoso de todos los stemmata, el de Lucrecio, fue construido por Jacob

Bernays en 1847, y quedó para Lachmann, en su edición de 1850, el poner en práctica sus reglas para la aplicación mecánica del stemma y dar una demostración clásica de la validez del hipotético arquetipo, al reconstruir su forma física y poder decir a sus atónitos contemporáneos cuántas páginas tenía y cuántas líneas cabían en cada una de sus páginas.

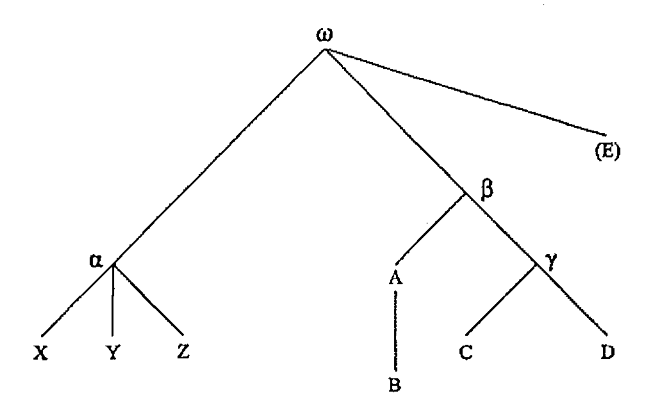
3. LA TEORÍA STEMMÁTICA DE RECENSIÓN

La formulación clásica de la teoría stemmática es la de Paul Maas. En la práctica, la teoría stemmática tiene serias limitaciones, como Maas ya notó, pues el éxito de su aplicación depende de que la tradición esté «cerrada»; estas limitaciones se discuten más abajo. Los puntos esenciales de la teoría son los siguientes:

a) *La construcción del stemma.*—De importancia fundamental en la stemmática son los errores que comete el escriba al copiar el manuscrito, ya que estos errores nos proporcionan los medios más valiosos para establecer las relaciones entre los manuscritos. Especial atención ha de prestarse a los errores de omisión y transposición. Con vistas a establecer el stemma estos errores pueden dividirse en: a) los que muestran que dos manuscritos están más cercanamente relacionados entre sí que con respecto a un tercero (errores conjuntivos); y b) los que muestran que un manuscrito es independiente de otro porque el segundo contiene uno o varios errores de que carece el primero (errores separativos). Debe tenerse cuidado de que esos errores sean significativos, es decir, no faltas tales como las que dos escribas pueden hacer a la vez cada uno por su lado, ni de las que un escriba pueda corregir fácilmente por conjetura. Sobre esta base se elaboran paso a paso las interrelaciones de los distintos manuscritos y grupos de manuscritos, hasta que ha quedado reconstruido idealmente el stemma de toda la tradición manuscrita.

b) *La aplicación del stemma.*—La aplicación mecánica del stemma para reconstruir las lecturas del arquetipo puede ilustrarse mejor a través de un stemma hipotético, como el mostrado en la figura. ω representa el arquetipo; los manuscritos perdidos intermedios de los que descienden

los supervivientes se indican, como es costumbre, por medio de letras griegas. Los manuscritos conservados son ocho (A B C D E X Y Z);



para que la ilustración resulte más completa, se considera que E es un fragmento que contiene sólo una pequeña parte del texto.

1. Si B deriva exclusivamente de A, diferirá de éste sólo en ser más corrupto. El primer paso, por tanto, es eliminar B.

2. El texto de γ puede deducirse de las coincidencias de C D, o de las coincidencias de uno de ellos con los testimonios ajenos (A o α).

3. El texto de ß puede deducirse de las coincidencias de A C D, o de A C frente a D, o de A D frente a C, o de la coincidencia de A o γ con α.

4. El texto de α puede deducirse de la coincidencia de X Y Z, o de dos de ellos frente al tercero, o de la coincidencia de uno de ellos (con tal de que los otros dos difieran entre sí) con ß.

5. Una vez que se ha reconstruido el texto de los dos hiparquetipos (α y ß), las lecturas peculiares a los testimonios individuales A C D X Y Z pueden desecharse *(eliminatio lectionum singularium).*

6. Si α y ß coinciden, puede considerarse que dan el texto del arquetipo (ω). Si difieren, una de las dos lecturas puede ser el texto del arquetipo. La tarea de *examinatio* decidirá cuál de las dos variantes es la auténtica.

7. Si para alguna parte del texto tenemos el testimonio de una tercera rama independiente de la tradición (E), entonces actuará el principio de dos contra uno, y el texto del arquetipo estará en duda sólo si los tres difieren, o si dos de ellos parecen haber caído en el mismo error independientemente.

La aplicación de estos principios es a veces una cuestión sencilla. La relación de los manuscritos puede estar clara a través de una o varias

faltas notorias. Resaltan especialmente los casos en que un libro ha sufrido daños físicos y esto se refleja en las copias sacadas de él, ya sea directamente o a través de copias intermedias. El primer estudioso que utilizó este argumento fue Poliziano en su disertación sobre las cartas de Cicerón, aunque la utilidad del método no fue apreciada por otros estudiosos durante mucho tiempo. En la tradición de Lucrecio, Lachmann hizo importantes deducciones sobre los daños físicos que habría padecido un ejemplar perdido. Es evidente que en tiempos hubo una copia cuyas páginas tenían 26 líneas. Algunas de sus hojas se perdieron y fueron reemplazadas incorrectamente, causando por este motivo graves dislocaciones del texto en algunas de las copias supervivientes. Una conclusión de más alcance puede deducirse de los manuscritos de la obra de Arriano sobre la expedición de Alejandro a la India; se conservan unos cuarenta; y todos tienen en un determinado punto una laguna importante en el texto. En general esta laguna aparece en mitad de página, y los escribas han copiado el texto sin notar su existencia. Pero en uno de los manuscritos (Viena, hist. gr. 4) aparece entre el fin del verso de un folio y el principio del recto del siguiente, y las investigaciones subsiguientes mostraron que falta una hoja en este lugar. Evidentemente todos los demás manuscritos descienden de éste, después de que sufriese la mutilación. En este caso, por tanto, conservamos el arquetipo. Otro arquetipo conservado es el Epicteto de Oxford (Auct. T. 4.13, Lám. V); aquí una mancha de suciedad ha obscurecido unas pocas palabras del texto, que faltan en todas las otras copias.

Pero tales métodos de deducción no pueden aplicarse en la mayoría de las tradiciones. En general puede ser posible establecer algunos hechos acerca de la relación de los manuscritos tardíos de un autor a base de omisiones textuales menores, pero para trazar las líneas fundamentales del stemma será necesario clasificar y ordenar los manuscritos con referencia a una serie de errores significativos.

4. LIMITACIONES DEL MÉTODO STEMMÁTICO

La aparente simplicidad y finalidad del método stemmático tal como ha sido descrito es engañosa. Aunque a menudo responda a los problemas del editor al seleccionar el manuscrito o los manuscritos adecuados para su texto, hay circunstancias en las que su utilidad es limitada. La teoría supone que las lecturas y los errores se transmiten

«verticalmente» de un manuscrito a otro, es decir, directamente de un libro a las copias que se hacen de él. Pero se ha hecho cada vez más evidente, según los filólogos han realizado investigaciones más detalladas, que la tradición de muchos textos, entre los que hay algunos del mayor interés e importancia, no puede explicarse mediante la aplicación de la teoría stemmática. En esos casos los manuscritos no pueden asignarse a clases o familias caracterizadas por grupos de errores, pues ha habido contaminación o transmisión «horizontal». Los lectores antiguos o medievales no copiaban necesariamente un texto de un solo ejemplar; como sus textos eran con frecuencia corruptos, comparaban diferentes copias, introduciendo en sus propios manuscritos lecturas correctas o variantes interesantes que iban encontrando. En algunas tradiciones, como por ejemplo en la *Cyropaedia* de Jenofonte, el proceso fue llevado a cabo tan a menudo, que la tradición ha quedado irremediablemente contaminada desde los más antiguos manuscritos conservados. La actividad de los estudiosos condujo naturalmente a este resultado, y en muchos manuscritos puede observarse el proceso, pues las lecturas variantes se citan en los márgenes o entre líneas. De aquí puede deducirse que los textos más comúnmente leídos, y entre ellos los prescritos en los programas escolares, son los más propios para presentar graves contaminaciones. Aunque la tradición de los autores más recónditos no está exenta de esta característica, como demuestra el ejemplo de Diógenes Laercio.

Otra dificultad de esta teoría estriba en su presunción de que todos los manuscritos supervivientes pueden remontarse hasta un único arquetipo, datable a fines del mundo antiguo o principios de la Edad Media. En la práctica el examen completo de las variantes de un manuscrito ha sugerido frecuentemente que esto no era así, porque la tradición era «abierta». Puede ser posible explicar casi todas las variantes suponiendo un stemma que conduzca hasta un arquetipo, pero algunas lecturas no pueden ajustarse a la norma, y si en apariencia son lecturas antiguas (aquí surge una cuestión de criterio), hay que buscar otra fuente para ellas. Esta fuente puede estar en uno o varios manuscritos que representen una rama diferente de la tradición que dejó de ser copiada en su totalidad, pero fue consultada por los estudiosos para algunas lecturas; estas lecturas se convirtieron en variantes dentro de la tradición principal, ya incorporadas a su «arquetipo» o bien introducidas en una etapa posterior (véanse págs. 64-65). Las obras de Esquilo y Eurípides que eran de uso obligatorio en las lecturas escolares probablemente siguieron este proceso.

A veces los hechos son todavía más enigmáticos. En 1899 se halló que un manuscrito de Juvenal de Oxford (Canonici class. lat. 41) contenía en la sátira VI 36 versos que no aparecían en ningún otro, con la excepción de dos de los versos que son citados por un escoliasta. El pasaje ha sido considerado falso, pero no parece probable que los interpoladores hubiesen tenido poderes o motivos para insertarlo; por otro lado, si es auténtico, ¿cómo podemos explicar su supervivencia en una única copia que es además mediocre, faltando en los otros quinientos manuscritos? Un enigma similar aparece en las cartas de San Cipriano. Recientes trabajos revelaron la existencia de una única copia (Holkham lat. 121) de una carta hasta entonces desconocida y sin duda genuina. Aquí también la tradición es copiosa y contaminada. Todavía no se ha podido dar una explicación satisfactoria a estos hechos, pero hay una característica común en ambos casos: el manuscrito de Juvenal se escribió en Monte Cassino, mientras el manuscrito de Cipriano está muy directamente relacionado en su texto a otro del mismo monasterio, que poseía tantos textos únicos.

Otro factor final de complicación es la posibilidad de que el propio autor antiguo hiciese correcciones o alteraciones a su texto original después de su publicación. A veces éstas serían suficientemente extensas como para justificar el que hablemos de una segunda edición. Bajo las condiciones del comercio del libro antiguo una segunda edición estaba mucho menos en condiciones de reemplazar a la primera que en el mundo moderno. Los intentos de Cicerón de revisar o eliminar errores en sus obras no afectaron a todas las copias de las que se derivaron nuestros arquetipos (véase pág. 32). Las dos versiones circularon una al lado de la otra a lo largo de la antigüedad, ocasionándose a veces la transmisión horizontal. Cuando hoy no se puede elaborar un stemma, quizá se deba a este motivo. También pueden darse uno o dos ejemplos en los que las revisiones de los autores son apreciables, pero no han afectado gravemente al stemma. En Marcial 10.48.23 parece como si en la primera edición del libro hubiese figurado el nombre de un auriga, pero en la segunda edición, preparada después de su muerte, el nombre, que ya no era conocido, fue reemplazado por una palabra que indicaba el equipo al que aquél perteneció. Una posible explicación de la incoherencia de una escena de *Las Ranas* de Aristófanes (1437-53) es que algunos de los versos proceden de una versión revisada de la obra. Del mismo modo, Galeno (15.624) atribuye el confuso estado de una de las obras de Hipócrates a las adiciones marginales y revisiones del autor.

5. ANTIGÜEDAD Y VALOR DE CADA UNO DE LOS MANUSCRITOS

La noción del mejor manuscrito se encuentra a veces en discusiones sobre problemas textuales, y hubo un tiempo en que la apelación a la autoridad del *codex optimus* era el medio normal o el más común de discriminar entre lecturas variantes. Pero este modo de proceder ha sido criticado con razón, ya que era frecuentemente usado sin tener en cuenta el método stemmático, y en cualquier caso lleva consigo un error de lógica. No puede aspirarse a identificar el mejor manuscrito de un autor hasta que se han examinado las lecturas de todos los manuscritos significativos en todos los lugares divergentes; manuscritos significativos son aquellos, de entre los que conservamos o podemos reconstruir, que, después de aplicar el método stemmático, en cuanto sea aplicable, resultan de utilidad para constituir el texto.

Una vez que se ha hecho esto, es posible delimitar listas de pasajes en los que cada uno de los manuscritos individualmente ofrece la mejor lectura por motivos literarios, lingüísticos, históricos u otros, y el manuscrito que tiene en su favor la cuenta más larga de tales lecturas es el que justamente puede ser denominado el mejor manuscrito. La utilidad del término es a menudo limitada, especialmente si hay otro u otros manuscritos que tengan un número casi igual de buenas lecturas. En las tradiciones textuales en que el término puede ser razonablemente empleado, su uso queda confinado a pasajes en los que hay una variedad de lectura en los manuscritos, y no hay motivos para preferir una de las lecturas a otra. Puesto que el mejor manuscrito es el que da el mayor número de lecturas correctas en pasajes en los que hay motivos racionales para adoptar una decisión, éste tiene más posibilidades que los otros de dar la lectura correcta en los demás pasajes en los que no existen los mismos motivos. Este argumento de probabilidad es el que justifica el acudir al mejor manuscrito en las circunstancias indicadas.

También es necesario mencionar una variante del argumento defectuoso al que nos hemos referido arriba. Consiste en la apelación a la autoridad del manuscrito más antiguo, dando por sentado que la antigüedad de un manuscrito garantiza su mérito; a la inversa, los manuscritos del Renacimiento son considerados sin importancia simplemente por su fecha. No hay duda de que existe en general una cierta relación entre la antigüedad de un manuscrito y la calidad del texto que ofrece,

pues puede suponerse razonablemente que un manuscrito tardío está separado del texto original por un mayor número de transcripciones intermedias, cada una de las cuales es, según se supone, más corrupta que las anteriores. En muchas tradiciones textuales la investigación demostrará que el manuscrito más antiguo es el mejor. Pero hay algunas excepciones que sirven para mostrar que las generalizaciones no pueden aplicarse sin cautela. Un argumento general en favor de esto puede deducirse del testimonio de los papiros; aunque éstos son muchos siglos más antiguos que los manuscritos medievales, no suelen ofrecer en general textos notablemente superiores, y uno de los más famosos e importantes, que contiene el *Dyscolus* de Menandro (P. Bodmer 4), es sorprendentemente corrupto. Los manuscritos medievales presentan algunos ejemplos instructivos. Varios manuscritos de autores griegos que datan del Renacimiento Paleólogo (véase pág. 79) tienen para los editores exactamente el mismo valor que los más famosos manuscritos del mismo texto que tienen una antigüedad de tres siglos mayor (por ejemplo, Viena supp. gr. 39 de Platón, Paris gr. 1734 de Tucídides, Laur. 32.16 y Wolfenbüttel Aug. 2996 de Apolonio Rodio). Un ejemplo más extremo es el manuscrito de Viena de las obras menores de Jenofonte (phil. gr. 37), del siglo XVI, que tiene claramente por lo menos la misma importancia que los demás testimonios, y es la única fuente de muchas lecturas correctas.

Un fenómeno similar se puede observar en el caso de los manuscritos latinos. También aquí el principio *recentiores, non deteriores* podrá proporcionarnos grandes servicios si se aplica correctamente. El testimonio que nos transmiten los manuscritos tardíos e incluso las ediciones o las colaciones hechas por los modernos suele ser de una importancia capital. De hecho algunas cartas de Cicerón y Plinio no se conservan más que en ediciones impresas. Hay también textos en los que la relación entre la tradición antigua y algunos manuscritos recientes resulta compleja y oscura: es el caso, por ejemplo, de Juvenal, Persio y Ovidio. Sucede que el texto antiguo se ha conservado en testimonios relativamente tardíos, por lo que la antigüedad de los manuscritos no constituiría por sí sola un criterio adecuado de selección. En el caso de las *Tragedias* de Séneca, la familia A ha sido a menudo subestimada en gran parte porque sus representantes eran menos antiguos que el testimonio principal de la rama E, el Codex Etruscus (Laur. 37.13).

Dicho esto, es necesario ser prudente: la fecha reciente de un manuscrito no le confiere ningún mérito misterioso, y el único problema para el editor es saber de dónde provienen sus buenas lecturas. En

ciertos casos es evidente que representa una rama de la tradición de la que no se puede encontrar otro rastro; sus lecturas son tan exactas que no pueden haber sido inventadas por un estudioso de la Edad Media o del Renacimiento. El caso del Jenofonte de Viena resulta ejemplar: nos da palabras que faltan en otros textos, a veces en lugares en los que no se podría haber sospechado la existencia de una laguna. Bien entendido que la conclusión no se nos muestra siempre con tanta evidencia. Los eruditos del Renacimiento eran capaces de hacer conjeturas penetrantes, al menos sobre los textos latinos —dos testimonios humanísticos nos dan fe de esto, un Lucrecio de la Laurenziana *(l* 31; Laur. 35.31), que se ha impuesto durante mucho tiempo, y el Tácito de Leiden (B. P. L. 16 B), muy conocido por su mezcla de correcciones justas y engañosas—, y a menudo es imposible decir con certeza si una determinada conjetura pudo estar dentro de sus posibilidades. La misma consideración se puede hacer respecto a los estudiosos bizantinos, aunque recientes investigaciones han tendido a sugerir que su habilidad para la restauración conjetural de un texto era bastante más limitada de lo que antes se había supuesto.

6. TRADICIÓN INDIRECTA

Además de los libros antiguos y medievales (y en ocasiones de las traducciones a otras lenguas) el editor y crítico tiene a veces otra fuente de ayuda en la tradición secundaria o indirecta. Así designamos las citas de un autor por otro, que pueden en ocasiones conservar una lectura correcta que figure erróneamente en todos los manuscritos del autor citado. Hay uno o dos ejemplos famosos de este fenómeno. En la cuarta *Égloga* de Virgilio (62-3) los manuscritos dan:

cui non risere parentes,
nec deus hunc mensa, dea nec dignata cubili est.

Pero Quintiliano (9.3.8; aunque también sus mss. son corruptos) leyó evidentemente *qui* al comienzo de la cláusula relativa, lo que conduce a la necesaria conjetura:

qui non risere parenti.

Y no son sólo las citas de los autores antiguos las que pueden sugerir un texto correcto. Algunos buenos manuscritos que hoy han desapa-

recido sobrevivieron hasta la baja Edad Media y fueron consultados por estudiosos de esa época. Una fuente medieval de tradición secundaria que con frecuencia resulta importante es el *Suda*. Podemos dar dos ejemplos de buenas lecturas que ofrece en citas de Aristófanes: a) en *Caballeros* 254, donde da ἔφευγεν, mientras los manuscritos dan el métricamente inconveniente ἔφυγε; b) en *Nubes* 215, donde los manuscritos dan πάνυ φροντίζετε, trae en cambio el *Suda* μεταφροντίζετε, una nueva acuñación curiosa, probablemente correcta (el escoliasta de Rávena también daba al parecer esta lectura).

No debe suponerse, sin embargo, que la tradición secundaria sea una fuente infalible de lecturas correctas. Los escritores antiguos y medievales eran incluso menos inclinados que sus colegas modernos a seguir el consejo de Dr. Routh, presidente del Magdalen College de Oxford entre 1791 y 1854, quien al ser preguntado por el decano Burgon si tras su larga carrera tenía algún consejo que ofrecer a los jóvenes estudiosos contestó: «Verifiquen siempre sus citas». Éstas se hacían generalmente de memoria, y había buenas razones para hacerlo así. Los libros antiguos en forma de rollo no facilitaban la localización rápida de la referencia, y cuando se adoptó la forma de códice los lectores no contaban todavía con ayudas tales como la numeración de las páginas, la división en capítulos o la numeración de los versos, que forman parte de todos los textos modernos. Estas consideraciones deben tenerse en cuenta en los casos en que los manuscritos de un autor presentan una lectura, y hay una alternativa aceptable aunque no absolutamente cierta en la tradición secundaria. Cualquiera de las dos lecturas puede corresponder a lo que el autor escribió. Pero en la mayoría de los casos los editores harán probablemente bien en seguir la tradición primaria; la lectura divergente de una cita sólo tiene probabilidad de ser correcta si el propósito de la cita fue el hacer énfasis en las palabras o frases divergentes o poner un ejemplo de las mismas, mientras que si la divergencia es incidental a la cita, se debe probablemente a un lapso de la memoria.

La dificultad de enunciar unos principios firmes puede mostrarse con unos ejemplos:

a) Aristófanes, *Acarnienses* 23: los mss. dan οὐδ' οἱ πρυτάνεις ἥκουσιν, ἀλλ' ἀωρίαν / ἥκοντες κτλ. El léxico del *Suda* cita el verso con la lectura ἀωρίᾳ, en el artículo dedicado a esta palabra. En principio hay razones para suponer que ésta podría ser una cita, pero el dativo es menos idiomático que el acusativo en este tipo de adverbio, y por esta razón lo rechazan los editores.

b) En la misma obra, en 391-2, los mss. ofrecen:

> εἶτ' ἐξάνοιγε μηχανὰς τὰς Σιαύφου,
> ὡς σκῆψιν ἀγὼν οὗτος οὐκ εἰαδέξεται.

Estos versos se citan en el artículo sobre Sísifo del *Suda*, aunque con dos diferencias: en el primero εἶτα es sustituido por ἀλλὰ, y en el segundo εἰσδέξεται por προσδέξεται. Puesto que la cita no trata de ilustrar ninguna de las dos palabras, no hay muchos motivos para confiar en su exactitud. Pero por otras razones ἀλλὰ puede muy bien ser correcto, y προσδέξεται tiene tantas posibilidades de serlo como el un tanto extraño εἰσδέξεται.

c) Lucrecio 3.72 se da en los mss. como:

> crudeles gaudent in tristi funere fratres.

Macrobio cita el verso en un pasaje en el que compara a Lucrecio con Virgilio (6.2.15), y da la variante *fratris*. Ésta es claramente superior, pero la cita no se hizo para ilustrar ninguna palabra suelta del verso.

d) n la misma obra, en 676, los mss. dan:

> non, ut opinor, id a leto iam longius errat.

El gramático Carisio (pág. 265, Barwick²) cita el verso con la variante *longiter*, y dice que el propósito de la cita era ejemplificar esa forma. Por este motivo los editores generalmente, aunque no siempre, adoptan esa lectura.

7. OTROS PRINCIPIOS BÁSICOS

El crítico puede encontrarse en la situación de tener que escoger entre dos lecturas igualmente aceptables en cuanto a su sentido y al uso lingüístico de su autor, y además pensar que es inseguro o imposible discutir sobre el valor de los manuscritos. En tales situaciones se suelen invocar dos máximas: *utrum in alterum abiturum erat* y *difficilior lectio potior*. El primero es un principio general cuya base puede explicarse fácilmente. Dada la tendencia de los copistas a corromper los textos es razonable suponer que el hecho de copiar descuidadamente o el deseo de simplificar un pasaje difícil facilitaba ciertos tipos de alteración. La máxima *difficilior lectio potior* no es, estrictamente hablando, más que

la explicación de aquel principio general; lleva consigo la noción de que si una de las lecturas de que disponemos es más difícil de entender, tiene más posibilidades de ser la correcta. La justificación de este criterio es que el copista tendía, unas veces conscientemente, otras de forma inadvertida, a cambiar en el texto las formas lingüísticas raras o arcaicas que ya no se entendían con facilidad, o a simplificar un complejo proceso del pensamiento que ellos no podían asimilar. Estas actividades pueden calificarse también, con términos alternativos, de interpolación y trivialización. Pueden encontrarse muchas referencias a la máxima *difficilior lectio* en los comentarios críticos, y no hay duda de su valor. Pero a veces ha sido quizá demasiado empleada, y puede caerse en la tentación de usarla en defensa de sintaxis o uso anómalos; en tales casos la lectura más difícil puede serlo porque sea errónea.

8. CORRUPCIONES

Para extraer el texto auténtico de los testimonios manuscritos el filólogo necesita tener cierto conocimiento de los varios tipos de corrupción que suelen aparecer. Su causa primaria fue la falta de aptitud en los copistas para llevar a cabo una copia correcta del texto que tenía delante. La mayoría de los errores eran involuntarios, aunque al final de este capítulo nos referiremos a una importante clase de ellos de los que no se puede decir esto. Aunque a primera vista pudiera parecer sorprendente el que la concentración de los copistas hubiese fallado tan a menudo, cualquiera puede hacer por sí mismo la prueba y verificar lo difícil que es hacer una copia enteramente correcta incluso de un breve texto. Si tenemos en cuenta el largo período de tiempo durante el cual la copia a mano fue el único medio de transmisión, quizá nos asombremos de que no hayan sido más los textos reducidos a un estado ininteligible. Muy diferentes escollos aparecían en el camino del copista en cuanto éste distraía su atención. Algunas de las posibilidades se indican más abajo. Éstas deben verse como una pequeña selección dividida en categorías muy generales. Debemos insistir en que los errores de los copistas no han sido objeto de un estudio estadístico, y por tanto no es posible establecer con algún grado de precisión la frecuencia relativa de sus varios tipos. Otra importante advertencia es que la asignación de un error a una determinada clase no siempre es tan fácil como podía parecer. Hay casos en que es posible atribuir una falta a una de entre varias

causas o a una combinación de ellas. Una tercera consideración a tener en cuenta es que no todas las causas de error operaban en todas las épocas. Un ejemplo de esto es el uso de algunas abreviaturas, que podían causar dificultades a los copistas, que puede colocarse dentro de unos límites cronológicos y geográficos.

A) Una primera clase de errores serían las faltas introducidas por causa de alguna característica del manuscrito antiguo o medieval. Podría suponerse que esta clase es mucho más numerosa que las demás, pero el estudio cuidadoso de un aparato crítico nos hace dudar de esta suposición. Las típicas causas de error dentro de esta clase son: (I) la falta de división entre palabras en muchos manuscritos; (II) la gran semejanza de ciertas letras de una escritura, de la que resulta su confusión; (III) la mala lectura de una abreviatura; además de los signos ordinarios que representan sílabas o palabras breves comunes, hubo un método especial de abreviación para ciertos términos clave de la teología cristiana; éstos son conocidos como *nomina sacra*, y son frecuentes tanto en los textos griegos como latinos. Tanto en una como en otra lengua las abreviaturas son tan numerosas y complejas que el estudio de ellas constituye una materia de por sí (Lám. V). (IV) Puesto que los numerales se representaban por letras en las dos lenguas, a menudo se transmitieron incorrectamente, hecho que constituye un grave obstáculo para los estudiosos de historia económica y militar. Quizá pueda añadirse (V) la confusión de dos palabras de conformación o significado similar, incluso aunque no haya causa inmediata de confusión en las formas de cada una de las letras individualmente.

(I) 1. Petronio, *Cena* 43.

Quid habet quod queratur? *abbas secrevit.*

ab asse crevit Scheffer. (Cf. además G(I).)

2. Esquilo, *Eumenides* 224.

δίκας δ' ἐπ' ἄλλαη τῶνδ' ἐποπτεύσει θεά.

δὲ Παλλὰς Sophianus.

(II) Las siguientes letras pueden confundirse fácilmente en la escritura latina:

En capitales: ILT EF PT PF PC BR HN OQ COG y combinaciones tales como M NI.

En unciales: ILT FPR CEOGU y combinaciones tales como U CI. Característica de la uncial, que no se da en la capital, es la confusión de EU (aquí de forma redondeada) con el grupo COG.

En minúscula: *au oe cld nu sf ct* y varias letras o combinaciones de letras formadas por uno o más trazos verticales, tales como las le-

tras de *minimum*. La confusión de *pr rn ns* característica de la escritura insular; la peculiar *t* de la visigótica y la *t* y la *a* de la beneventana pueden ocasionar dificultades (véase Lám. XIV).

1. Séneca, *Epist.* 81.25.

Manifestum etiam *contuenti* discrimen est.

coniventi codd. recc.

2. Lucrecio II. 497.

quare non est ut credere possis
esse infinitis distantia *femina* formis.

semina O[c].

Los siguientes grupos de letras pueden confundirse entre sí en griego:

En unciales: ΑΔΔ ΕΘΟΣ ΙΣΚ ΓΤ.

En minúscula: βκμ μν α ευ.

1. Aristóteles, *Poética* 1462 b 3.

λέγω δ' οἷον εἴ τις τὸν Οἰδίπουν θείη τὸν Σοφοκλέους ἐν ἔπεσιν ὅσοις ἡ ἰδίας.

ἣ ἰδίας Mss.: ἡ Ἰλιάς un corrector humanista (confusión de Δ y Λ).

2. Juliano, *Epist.* 23.

δός μοί τι κατὰ τοὺς μελικτὰς εἰπεῖν ῥήτοπας.

μελικτὰς edición aldina; μελητὰς VL; μελίτους N; βελτίστους Jackson. β y μ son muy similares en minúscula; aquí la corrupción ha sido ayudada por la confusión de ΙΣ uncial y K.

(III) 1. Curcio Rufo, VI.11.30.

Intellego non prodesse mihi quod praesentis sceleris *expressum*.

expers sum codd. recc.

Los símbolos para *per pro prae* (generalmente p ,p p̄) son un ejemplo de las muchas *notae* que pueden ser mal interpretadas.

2. Séneca, *Epist.* 76.7.

Quare *autem* unum sit bonum quod honestum dicam.

autem] h' V; hoc M; om. P; in b. El manuscrito V ha conservado la abreviatura insular de *autem* que ha ocasionado el error de MPb.

3. Escolio sobre Aristófanes, *Caballeros* 505.

τοῦτο πρῶτον τὸ δπᾶμα δι' αὐτοῦ καθῆκε, τὰ δ' ἄλλα δι' ἑτέρων ἀπων.

ἀπων V; προσώπων ΕΓΘΜ. En el ejemplar de V había dos compendios, α (= προ) y ~ (= ω).

4. Esquilo, *Euménides* 567-8.

†ῆ τ' οὖν διάτορος† Τυρσηνική
σάλπιγξ βροτείου πνεύματος πληρουμένη.

οὖν parece ocultar el *nomen sacrum* οὐρανόν (ουνον), que ha sido corrompido.

(IV) 1. Cicerón, *Att.*, I.13.6.

Messalla consul Autronianam domum emit HS CXXXIIII.

Otros Mss. dan CXXXVII o CXXXIII o XXXIII. HS 13.400.000 es un precio astronómico para una casa. Una corrección plausible es XXXIII = 3.300.000 (Constans), aunque en este caso no podemos tener certeza absoluta.

2. Tucídides, III.50.I.

τοὺς δ' ἄλλους ἄνδρας οὓς ὁ Πάχης ἀπέπεμψεν ὡς αἰτιωτάτους ὄντας τῆς ἀποστάσεως Κλέωνος γνώμῃ διέφθειραν οἱ Αθηναῖοι (ἦσαν δὲ ὀλίγῳ πλείους χιλίων), καὶ Μυτιληναίων τείχη καθεῖλον καὶ ναῦς παρέλαβον.

χιλίων Mss.; pero este número parece demasiado alto para los cabecillas de una revuelta de Mytilene, y en su lugar se ha sugerido τριάκοντα. χλίων se escribiría, A (en uncial), τριάκοντα Λ' (cf. A (II) más arriba).

(V) 1. Séneca, *Epist.* 102.22.

Tempus hic ubi inveni relinquam, ipse me diis reddam.

corpus Pincianus.

2. Píndaro, *Píticas* 4.90.

καὶ μὰν Τιτυὸν βέλος 'Αρτέμιδος θήπευσε κπαιπνόν.

κραιπνόν correctamente en la mayoría de los mss.; τερπνόν C.

B) Otras corrupciones proceden de cambios en la ortografía o en la pronunciación. Por ejemplo, en el latín tardío los sonidos *ae* y *e* se hicieron idénticos, mientras *b* llegó a sonar como una fricativa y se confundió con *v*. En griego varias vocales y diptongos se redujeron a un simple sonido de iota, como en la lengua moderna. Los errores derivados de este cambio se conocen como iotacismo. La beta se convirtió en fricativa como en el griego moderno, lo mismo que la ýpsilon en diptongo. La distinción entre ómicron y omega se perdió. El diptongo alfa-iota se identificó con épsilon. Los errores ortográficos son extraordinariamente frecuentes, pero la mayoría de ellos no tienen grandes consecuencias para la fijación del texto y no se registran en el aparato crítico.

1. Quintiliano 6.3.93 (cita a Domicio Afro).

Pane et aqua *bibo*.

vivo Haupt. (La mayoría de los mss. dan inevitablemente *panem et aquam bibo*).

2. Diógenes Laercio, *Vitae philosophorum* IX.10.

(ἔφη) ἡμέραν τε καὶ νύκτα γίνεσθαι καὶ μῆνας καὶ ὥρας αἰτίους καὶ ἐνιαυτοὺς ὑετούς τε καὶ πνεύματα καὶ τὰ τούτοις ὅμοια κατὰ τὰς διαφόρους ἀναθυμιάσεις.

αἰτίους BP; ἐτείους F.

C) Una tercera gran clase de errores la constituyen las omisiones. De nuevo podemos hacer aquí una subdivisión. Solemos encontrar: (I) omisión de sólo unas pocas letras, si aparece en un pasaje en que el copista ha escrito una secuencia de letras sólo una vez cuando debería haberla repetido, se califica de haplografía. La falta surge cuando el escriba realiza su trabajo con demasiada rapidez, y una forma extendida del mismo tipo de falta es la a veces denominada (II) *saut du même au même*. En esta ocasión el copista, al aparecer la misma palabra dos veces en un corto espacio, copia el texto hasta la primera aparición, entonces, al volver la vista al ejemplar para ver lo que debe copiar a continuación, fija inadvertidamente sus ojos en la segunda aparición de la palabra, y continúa copiando desde este punto, quedando omitidas en su copia, como resultado de ello, las palabras intermedias. La falta también se puede producir si dos palabras en cercana proximidad tienen el mismo principio o fin, los términos técnicos para estos casos son homoearcton y homoeoteleuton. También un error de vista es el responsable de otra falta parecida que conviene incluir en una categoría algo diferente, (III) la omisión de toda una línea de texto. Este error se encuentra a menudo en los manuscritos de los poetas, y su valor informativo para los filólogos que tratan de establecer un stemma es obvio. También pueden encontrarse ejemplos en los textos en prosa. Debe añadirse sin embargo, que hay un gran número de omisiones sin motivo aparente, excepto el descuido del copista; esto es especialmente común con las palabras cortas.

(I) 1. Lucrecio, III.135.

Quidquid ‹id› est, habeant; tu cetera percipe dicta.

id suppl. *l* 31.

2. Aristófanes, *Acarnienses* 221-2.

μὴ γάρ ἐγχάνοι ποτὲ
μηδὲ περ γέροντας ὄντας ἐκφυγὼν Ἀχαρνέας.

ὄντας se omite en la mayoría de los mss., pero es claramente necesario.

(II) 1. Cicerón, *Att.* VII.9.4.

Praeteriit tempus non legis *sed libidinis tuae, fac tamen legis;* ut succedatur decernitur; impedis et ais «habe meam rationem».

sed... legis C; om. Ω.

2. Aristófanes, *Acarnienses* 692-5.

ταῦτα πῶς εἰκότα, γέροντ' ἀπο (λέ-
σαι πολιὸν ἄνδρα περὶ κλεψύδραν,
πολλὰ δὴ ξυμπονήσαντα καὶ θεπμὸν ἀπο-)
μορξάμενον ἀνδρικὸν ἱδρῶτα δὴ καὶ πολύν.

El ms. A omite la parte encerrada entre paréntesis.

(III) 1. Séneca, *de ira* 3.7.1.

tenerique iam visa cum ipso cadunt ita fit ut frequenter inrita sit eius voluntas.

Estas palabras forman una línea del ms. Ambrosianus; son omitidas por alguno de los manuscritos posteriores, que así revelan su derivación de A.

2. En relación con Eustacio y la importancia de la tradición secundaria ya hemos mencionado la omisión de Sófocles, *Antígona* 1167. El stemma de los manuscritos de Sófocles es facilitado por la omisión de *Oedipus tyrannus* 800 en el famoso manuscrito Medíceo (Laur. 32.9) y en su hermano gemelo el palimpsesto de Leiden (Leiden, B. P. G. 60 A).

D) El cuarto grupo puede denominarse de errores de adición. Los más simples de éstos consisten en la mera repetición de unas pocas letras o sílabas, a la que se denomina (I) dittografía Más substancial es la adición al texto de material explicatorio o ilustrativo. El tipo más frecuente en esta categoría es (II) la adición de una glosa. Muchos manuscritos griegos tienen un número de breves notas interlineares que explican palabras raras o difíciles. Estas glosas se añadían con facilidad al texto en el curso de la transcripción. En la poesía una simple adición de esta clase se hacía inmediatamente evidente por la violencia que hace al metro, aunque a veces la palabra usada como glosa tenía el mismo valor métrico que la palabra del texto, y reemplazaba a ésta sin alterar el metro; los ejemplos de este proceso no son fáciles de detectar. La detección de

(III) glosas en un texto en prosa suele presentar una gran dificultad. Muchos pasajes contienen frases explicatorias que no son estrictamente requeridas por el sentido, pero no repugnan a la gramática o a la sintaxis. Estas frases presentan problemas que pueden permanecer insolubles. Dos textos que los filólogos han discutido recientemente en detalles a la luz de estas cuestiones son el *Satiricón* de Petronio y las *Disputaciones Tusculanas* de Cicerón. (IV) Una corrupción rara pero interesante es la adición a un texto de un pasaje paralelo escrito originalmente en el margen de un libro por un lector erudito. Puede aparecer en la poesía y en la prosa. Se conocen casos en la tragedia griega, y Galeno (17(1).634) advirtió que esto había sucedido en uno de los tratados hipocráticos.

(I) 1. Séneca, *Epist.* 78.14.

Quod acerbum fuit ferre, *retulisse* iucundum est.

tulisse Bartsch.

2. Canción citada en Ateneo 694d.

γελάσειας, ὦ Πᾶν, ἐπ' ἐμαῖς
εὐφροσύναις ταῖσδ' ἀοιδαῖς, ἀοιδέ, κεχαρημένος.

εὐφροσύναις A; εὔφροσι Wilamowitz.
ἀοιδαῖς ἀοιδέ A; ἀοιδαῖς Hermann.

(II) 1. Esquilo, *Agamenón* 549.

καὶ πῶς; ἀπόντων τυράννων ἔτρεις τινάς;

Así en F; Triclinio restauró el metro sustituyendo κοιράνων por τυράννων.

2. Plauto, *Truculento* 278.

Cumque ea noctem in stramentis pernoctare perpetim [totam].

El palimpsesto Ambrosiano da tanto la glosa *(totam)* como la palabra que ha sido glosada *(perpetim)*; la familia Palatina da el texto correcto.

(III) 1. Séneca, *Epist.* 42.4.

Eadem velle [subaudi si] cognosces: da posse quantum volunt.

Las palabras *subaudi si* («sobreentiende *sí*»), corrompidas en *subaudis* y todavía peor en algunos manuscritos, fueron puestas en el margen para ayudar a entender la frase condicional paratáctica, y después incorporadas al texto.

2. Diógenes Laercio, *Vitae philosophorum* V.76.

λέγεται δ' ἀποβαλόντα αὐτὸν τὰς ὄψεις ἐν 'Αλεξανδρεία κομίσασθαι αὖθις παρὰ τοῦ Σαράπιδος.

ἀποβαλόντα BP; τυφλωθέντα F, que es una glosa.

(IV) 1. En el margen del Esquilo Mediceo en *Persas* 253 se escribió el verso de Sófocles *Antígona* 277. En las copias de M se ha incorporado este verso al texto de Esquilo.

2. Virgilio, *Aen.* II.76.

ille haec deposita tandem formidine fatur.

Sinón va a dirigir la palabra. Este verso se omitió en P y se añadió a pie de página en M por una mano posterior. Es una repetición de III.612, que es su lugar propio, y ha sido añadido aquí a causa de la similitud entre este pasaje y el del libro III.

E) Otra bien conocida clase de errores son los de transposición. (I) La transposición de letras es corriente. (II) En poesía los versos se han copiado a menudo en orden equivocado. (III) En todo tipo de textos el orden de las palabras está sujeto a fluctuación. El número de variantes de este tipo es suficientemente grande como para sugerir que las deducciones acerca del orden de las palabras en la prosa griega y latina deben hacerse con gran cuidado.

Durante la Edad Media hubo causas especiales que condujeron a la corrupción del orden de las palabras en los textos griegos, tanto de verso como de prosa. (IV) Una de estas causas afectó al texto de la tragedia. Un metro común en Bizancio fue el verso dodecasílabo parecido al yámbico clásico pero sujeto a diferentes reglas, la más importante de ellas que la penúltima sílaba debía llevar un acento (en esa época un acento enfático). Como resultado de esto algunos copistas alteraron, quizá inconscientemente, los versos de la tragedia para adaptarlos a esta regla. Este proceso se conoce como *vitium Byzantinum*. (V) En la prosa bizantina había una norma que afectaba al orden de las palabras; en general, era necesario que las dos últimas sílabas acentuadas de una frase estuviesen separadas por dos o cuatro sílabas átonas (en casos especiales por ninguna o seis). Los efectos de esta norma son a veces apreciables en manuscritos de escritores clásicos en prosa.

(I) 1. Lucrecio, III.170.

Si minus offendit vitam vis horrida *leti*
ossibus ac nervis disclusis intus adacta...

teli Marullus.

2. Esquilo, *Agamenón* 1205.

βαρύνεται γὰρ πᾶς τις εὖ πράσσων πλέον.

Así en el autógrafo de Triclinio; pero F tiene la lectura correcta ἁβρύνεται.

(II) Este error extremadamente frecuente puede verse ejemplificado en el texto de cualquier autor.

(III) 1. Séneca, *Epist.* 117.24.

Deos vitam et salutem roga.

Así en Bθ. En otros manuscritos se lee *vitam roga et salutem* o *salutem et vitam roga*. Deciden la autoridad del manuscrito y el ritmo (doble crético).

2. Píndaro, *Nemeas* 7.37.

ἵκοντο δ' εἰς Ἐφύραν πλαγχθέντες.

Así en los mss.; Boeckh restauró la responsión métrica leyendo πλαγχθέντες δ' εἰς Ἐφύραν ἵκοντο.

(IV) Esquilo, *Agamenón* 1106.

ἐκεῖνα δ' ἔγνων. πᾶσα γὰρ πόλις βοᾷ.

Así en M, correctamente, pero F y Triclinio dan βοᾷ πόλις.

(V) Plutarco, de *curiositate* 13 (522).

ὁμοίως οὐδ' Ἀλέξανδρος εἰς ὄψιν ἦλθε τῆς Δαρείου γυναικὸς ἐκπρεπεστάτης εἶναι λεγομένης.

Así en la mayoría de los mss.; la familia Λ lo altera para dar una cláusula bizantina: τῇ Δαρείου γυναικὶ εὐπρεπεστάρῃ λεγομένῃ τυγχάειν.

F) En un sexto grupo pueden incluirse los errores inducidos por el contexto. (I) La flexión de una palabra puede ser erróneamente asimilada a la de otra palabra adyacente. (II) Los escribas se veían influidos por palabras o frases que acababan de copiar o que iban a copiar poco después.

(I) 1. Catulo, XXXIV.17.

tu cursu dea *menstrua* / metiens iter annum
rustica agricolae bonis / tecta frugibus exples.

menstruo B. Guarinus.

2. Eurípides, *Helena* 1243.

κενοῖσι θάπτειν ἐν πέπλοις ὑφάσμασιν.

πέπλοις L; πέπλων Scaliger.

(II) 1. Séneca, *Epist.* 114.9.

Ubi luxuriam late felicitas fudit, *luxus* primum corporum esse diligentior incipit.

cultus Muretus.

2. Eurípides, *Rhesus* 776-7.

ἤπυσα δ' αὐτοῖς μὴ πελάζεσθαι στρατῷ,
κλῶπας δοκήσας συμμάχων πλάθειν τινάς.

En 776 V da πλάθειν en lugar de πελάζεσθαι por anticipación.

G) Algunos errores acusan la influencia del pensamiento cristiano. Puesto que todos los lectores de la Edad Media eran más o menos cristianos devotos, resultaría muy extraño que hubiesen podido copiar miles de manuscritos sin cometer errores de este tipo.

1. Petronio, *Cena* 58.

Sathana tibi irata sit curabo.

Sathana H; Athana Heinsius. (Cf. también D(I). Como la frase anterior termina con *habeas*, éste puede ser un caso de dittografia)

2. Aristófanes, *Caballeros* 1302-4.

οὐδὲ πυνθάνεσθε ταῦτ', ὦ παρθένοι, τἀν τῇ πόλει;
φασὶν αἰτεῖσθαί τιν' ἡμῶν ἑκατὸν εἰς Καρχηδόνα,
ἄνδρα μοχθηρὸν πολίτην, ὀξίνην Ὑπέρβολον.

Καρχηδόνα RVΦ; Χαλκηδόνα Γ^2 y un escoliasta.

Es más probable que sea correcto Cartago que Calcedonia, ciudad de poca importancia del imperio ateniense, aunque bien conocida de todos los griegos ortodoxos en la Edad Media a causa del famoso concilio que allí tuvo lugar en el año 451 de nuestra era.

H) Hay también una clase de errores que se derivan de la deliberada actuación del copista. Como hemos visto antes, los lectores antiguos y medievales trataron de corregir pasajes que encontraron difíciles o corruptos, y sus intentos estuvieron a veces mal orientados o informados. Un caso típico es el de Triclinio, que mutiló algunos fragmentos líricos de Eurípides porque, aunque sabía que la responsión métrica debía restaurarse, no tenía el suficiente conocimiento del lenguaje de la poesía clásica como para hacer las correcciones precisas. Tales correcciones erróneas son consideradas a menudo como interpolaciones, aunque el término no es precisamente el adecuado. Otras alteraciones deliberadas en mayor escala pueden verse como intentos expurgatorios. Sin embargo este proceso no estuvo tan extendido como podía haberse esperado. Parece que los maestros de las escuelas de la tardía Antigüedad y la Edad Media no mostraron el afán de suprimir los pasajes obscenos o simplemente embarazosos que han mostrado otros editores más recien-

tes. Los cortes que se encuentran en algunas ediciones escolares modernas de Aristófanes no parecen tener un precedente en los manuscritos medievales. Pero hay manuscritos de Heródoto que omiten el relato de la prostitución sagrada en I199, y hay una familia de manuscritos de Marcial en los que algunas de las descaradas obscenidades han sido sustituidas por palabras menos ofensivas. Otra clase de interpolaciones, de las que no fueron responsables los copistas, son las que hacían los actores en los textos de la tragedia griega (véase pág. 24).

1. Juvenal, VIII.148.

   Ipse rotam adstringit *sufflamine mulio* consul.

En algunos manuscritos, lo que no es extraño, se ha corrompido en *sufflamine multo*. En este punto se inicia una deliberada interpolación para restaurar el metro; en otros manuscritos se lee *multo sufflamine.*

2. Tácito, *Anales* 13.39.1.

   Et Corbulo, ne irritum bellum traheretur utque Armenios ad sua defendenda cogeret, exscindere parat castella.

Así en M. En el Tácito de Leiden la interpolación ha distorsionado el sentido, dando lugar a una interpretación absurda:

   Et Corbulone irritum bellum trahente ut Armenios ad sua defendenda cogeret exinde repetit castella.

3. Eurípides, *Electra* 435-7.

   ἵν' ὁ φιλάδελφος ἔπαλλε δελ-
   φὶς πρῴραις κυανεμβόλοι-
   σιν εἱλισσόμεϱος.

Así en la primera mano de L; Triclinio utilizó su conocimiento de la responsión estrófica y la cita del pasaje en Aristófanes, *Ranas* 1314 ss. para hacer una buena alteración (φίλαυλος), pero a su vez cometió un error (κυανεμβόλοις εἱειλισσόμενος).

4. Plutarco, *de curiositate* 7 (518).

   φέρε γὰρ Ἡρόφιλον ἢ Ἐρασίστρατον ἢ τὸν Ἀσκληπιόν αὐτόν, ὅτ' ἦν ἄνθρωπος, ἔχοντα τὰ φάρμακα καὶ τὰ ὄργανα, κατ' οἰκίαν παριστάμενον ἀνακρίνειν, μή τις ἔχει σύριγγα περὶ δακτύλιον ἢ γυνὴ κάρκινον ἐν ὑστέρᾳ.

La familia A aquí altera δακτύλιον en δάκτυλον y suprime ἐν ὑστέρᾳ.

La diversidad de las causas de error lleva consigo una consecuencia de gran importancia para el crítico. Éste no puede iniciar su tarea en la creencia del predominio de todo tipo de errores. En la práctica muchos filólogos parecen haber asumido que los errores derivados de causas

paleográficas son los más comunes; ciertamente ésta es la conclusión que se saca de las numerosas y a menudo elaboradas justificaciones paleográficas que acompañan a las correcciones propuestas. El único método seguro es seguir la norma enunciada explícitamente por Haupt y reiterada por Housman: «El primer requisito de una buena corrección es que ésta debe surgir del raciocinio; sólo después deben tenerse en cuenta otras consideraciones, como las del metro, u otras posibilidades, como el cambio de letras... Si el sentido lo requiere, yo estoy preparado a escribir *Constantinopolitanus* donde los manuscritos dan la interjección monosílaba *o*». Para reafirmar su aserto Haupt y Housman citaban un ejemplo extremo. De hecho, cuando un crítico ha decidido, basándose en el sentido, que puede restaurarse un pasaje corrupto, considerará las varias posibilidades a la luz de los tipos de error antes relacionados, y se dejará influenciar por ellas al escoger entre las varias posibilidades de restauración del texto. Cuando ha tenido lugar una corrupción realmente grave, puede muy bien ser necesario imprimir entre obeli (††) el texto del arquetipo e indicar en el aparato crítico las conjeturas más adecuadas; en tales pasajes no puede alcanzarse la certeza absoluta, ni siquiera poniendo en práctica las más afiladas armas del crítico.

9. OTRAS FORMAS DE TRANSMISIÓN MENOS ESTABLES: LITERATURA TÉCNICA Y POPULAR

Puesto que nos hemos referido principalmente a la transmisión de la literatura, los textos sobre los que nos hemos concentrado son en su mayoría obras de arte, que esperamos conservar en la forma genuina que el escritor les dio. En este caso el objeto propio de la transmisión es el de reproducir el texto con precisión verbal, y en general la fidelidad con que se nos han transmitido los clásicos es notable. Incluso textos de naturaleza más bien técnica pudieron preservarse gracias al prestigio atribuido a los autores antiguos. Pero hay otro tipo de textos que se prestan a unas formas de transmisión menos estables; con el paso del tiempo estos textos se transforman para acomodarse a otras necesidades o circunstancias. Entre ellos se encuentran manuales de varios tipos, en los que la intención literaria es accidental o inexistente y su objeto primario es el proporcionar al lector un conjunto de información útil y práctica, ya se trate de una colección de materia legal, de un corpus gramatical, o de un tratado técnico sobre alguna de las ciencias aplica-

das. Tales libros no alcanzan su objetivo si la información que contienen está anticuada, si es insuficiente —o por el contrario demasiado elaborada— para las necesidades del lector. Puede necesitarse cambiar su orientación para satisfacer una nueva demanda; incluso el estilo puede resultar demasiado basto, o demasiado refinado, para una época nueva. Los comentarios y los escolios son particularmente susceptibles a este proceso. A veces los epítomes y las versiones ampliadas o revisadas a que dan lugar dichas condiciones reemplazan al texto original; otras veces sobreviven junto a él, y pueden combinarse con él o con otras versiones para producir todavía más formas. Una traducción está pensada en principio para hacer accesible una obra a aquellos que no pueden leer el original; pero si la traducción se ejecuta libremente, y se aprovecha la ocasión para hacer correcciones, ponerla al día, o modificar de alguna manera el original, ello da lugar a una nueva versión.

Podemos encontrar fácilmente ejemplos de este proceso desde la Antigüedad. Cuando Faventino hizo su epítome de Vitruvio a fines del siglo III o principios del IV, lo refundió convirtiéndolo en un breve manual sobre arquitectura privada; éste está inteligentemente organizado, con adiciones útiles, y el agriculturista antiguo Paladio lo usó con preferencia a la obra extensa. M. Gavio Apicio fue un gastrónomo de la época de Tiberio, pero el libro de cocina que lleva su nombre, compilado a fines del siglo IV o comienzos del V, revela diversos estratos y añadidos que fueron seleccionados y combinados procedentes de varias fuentes, tanto de medicina y agricultura como de pura gastronomía, y con el paso del tiempo fuéronse haciendo sucesivas adiciones a lo que quedaba de las recetas originales de Apicio. Los *Excerpta* del ostrogodo Vinidarius, hechos algo más tarde, son una versión muy abreviada de una compilación similar. Estas obras fueron transmitidas con posterioridad, excepción hecha de los inevitables extractos, esencialmente en la forma que tomaron en la antigüedad. Pero otros textos continuaron siendo transformados. Los diversos tratados que forman el *Corpus agrimensorum* descienden de una colección hecha en el siglo V, pero la mayoría de los manuscritos no conservan la colección original, sino una variedad de compilaciones posteriores en las que el material se ha reorganizado y condensado o aumentado para convenir a las necesidades de la época o de sus potenciales usuarios. El *De compendiosa doctrina* de Nonio Marcelo circuló en tres versiones en la época carolingia; en una de ellas fue claramente adaptado para formar un diccionario latino para uso monástico. El tratado *De fluminibus* de Vibius Sequester posee la calidad literaria de una guía telefónica, y fue valorado sólo por lo que

era, una lista de ríos y otros accidentes geográficos; en el siglo XII un lector del valle del Loira, sin duda molesto al descubrir que su río se encontraba entre las más obvias omisiones de la obra, cuidó de que sus sucesores poseyeran una lista más completa que la que había proporcionado el autor. Ya hemos hablado del proceso a través del cual los restos del *De significatu verborum* de Verrio Flaco han llegado hasta nosotros (véanse págs. 30-31). La libertad con que Paulo Diácono trató la ya epitomizada versión de Festo, cuando él llevó a cabo su propio epítome como regalo para la biblioteca de Carlomagno, se pone de manifiesto de un modo ingenuo en la epístola dedicatoria:

> Cupiens aliquid vestris bibliothecis addere, quia ex proprio perparum valeo, necessario ex alieno mutuavi. Sextus denique Pompeius Romanis studiis affatim eruditus... opus suum ad viginti usque prolixa volumina extendit. Ex qua ego prolixitate proflua quaeque et minus necessaria pratergrediens et quedam abstrusa penitus stilo proprio enucleans, nonnulla ita ut erant posita reliquens, hoc vestrae celsitudini legendum compendium obtuli. (K. Neff, *Die Gedichte des Paulus Diaconus,* München, 1908, pág. 124).

Aunque la Historia tenga una Musa que la proteja, a veces constituye una fuente de información práctica, y puede en ocasiones ser condensada o ampliada. Pocos habrían tenido el valor de continuar la obra de un Tácito, pero el *Breviarium* de Eutropio no inspiraba el mismo respeto: Paulo Diácono lo amplió añadiendo material de otros escritores y además seis libros compuestos por él mismo, haciendo así llegar hasta la época de Justiniano una historia que originalmente terminaba en el siglo IV; la así llamada *Historia Romana* de Paulo Diácono fue tratada de un modo similar por Landolfo Sagax hacia el año 1000, al añadirle más libros y continuar el relato hasta el siglo IX.

Cuando nos trasladamos al mundo del folklore y la literatura popular, la transmisión controlada que normalmente opera en el caso de los textos antiguos da paso a una profusión de formas proteicas. Las obras de la antigüedad no son inmunes: un ejemplo clásico de una de ellas que generó toda una industria de literatura popular es la novela de Alejandro del Pseudo-Calístenes, escrita algo después del año 200; sobrevive en numerosas formas, tanto en griego como en latín e incluso en algún caso en otras lenguas, en versiones de época antigua y medieval, en prosa y verso. La principal tradición griega cuenta con cinco recensiones, las cuatro últimas derivadas por distintos medios de la primera; y la traducción latina medieval, la *Historia de preliis Alexandri Magni*

de Leo Archipresbyter, a su vez dio origen a tres versiones de ella derivadas.

Tales tradiciones presentan problemas para el editor. Éste deberá examinar las interrelaciones entre las varias recensiones a la vez que las de los manuscritos que transmiten cada una de ellas. El texto de una versión que quizá desciende de una fuente más antigua o mejor, puede permitir al editor corregir el de otra, pero no siempre es fácil decidir si una versión es errónea o simplemente diferente. ¿Cual deberá escoger en su edición? En algunos casos hará imprimir la versión original o dominante, y añadirá los pasajes adicionales o divergentes a pie de página. Si la tipografía y el formato lo permiten, puede llevar a cabo una edición sinóptica en que las diferentes recensiones se impriman una al lado de otra en columnas paralelas. También puede ser aconsejable editar cada versión por separado. Se adoptará una u otra decisión según el valor y las condiciones de cada texto particular.

10. CONCLUSIÓN

En este capítulo sobre la función y metodología de la crítica textual hemos descrito algunos de los principios y criterios que han sido utilizados más corrientemente y con más provecho por los que han intentado seguir hacia atrás el proceso de la transmisión y restaurar las palabras de los antiguos tan cercanamente a su forma original como fuese posible. Para poder reducir a la longitud de un capítulo una materia que normalmente ocupa todo un libro, y aun así no constituye más que una guía, hemos limitado nuestra exposición a las técnicas básicas y bien probadas. Esto producirá inevitablemente la impresión de que la crítica textual es un proceso más ordenado y rutinario de lo que resulta ser en la práctica. Mientras los principios generales son indudablemente de gran uso, los problemas específicos tienen el desafortunado hábito de ser *sui generis,* y por esto es raro encontrar dos tradiciones manuscritas que respondan al mismo tratamiento exactamente.

Hay una omisión evidente. Aunque nos hemos referido a las limitaciones de la teoría stemmática, no hemos entrado en el examen de los complicados y a veces controvertidos métodos que se han ideado para hacer frente a las tradiciones contaminadas. Cuanto más abierta es una tradición, menos probabilidades hay de aplicar con provecho el sistema stemmático, y deben buscarse otros métodos. Éstos abarcan desde los

métodos empíricos o de sentido común que aceptan la inevitabilidad de una lectura imperfecta, hasta las elaboradas técnicas estadísticas que apuntan a resultados más objetivos. En algunos casos se puede adoptar una modificación flexible del método genealógico. Los manuscritos se clasifican dentro de lo posible en amplios grupos, y el editor escoge sus lecturas de un modo ecléctico, persuadido más por su valor intrínseco que por consideraciones de afiliación y autoridad, y teniendo cuidado de contrapesar esos factores para ajustarse a la naturaleza de la tradición. Pero si la contaminación ha ido tan lejos que, en palabras de Housman, «la verdadera línea de división está entre las propias variantes, y no entre los manuscritos que las ofrecen», pueden adoptarse varios métodos que tienden a concentrarse en las dichas variantes más que en los manuscritos que las contienen. Esto puede implicar el uso de técnicas matemáticas sofisticadas, particularmente tentadoras hoy en día, en que el desarrollo de las computadoras y otros aparatos mecánicos y electrónicos las ha hecho más factibles. No hemos hablado de los métodos distributivos y estadísticos, que suponen una especialidad por sí solos, ni de su automatización, que está en una etapa experimental y ha generado ya una amplia bibliografía no fácilmente inteligible a la mayoría de los estudiantes de humanidades. Todavía no está claro si las complejas técnicas mecanizadas, aunque válidas en el plano teórico, producirán resultados prácticos que justifiquen el trabajo y gasto que suponen o si éstos serán destacadamente superiores a los producidos por los medios tradicionales y por «la computadora natural de cada uno, colocada entre las orejas del investigador». En cualquier caso, parecen tener más futuro en los campos bíblico y patrístico y en el de las lenguas vernáculas que en el de los textos clásicos, donde el material es más fácilmente controlable y generalmente manejable por los métodos tradicionales acompañados de un uso limitado de los auxilios de la técnica. En último caso, el equipamiento básico esencial es buen gusto, juicio, sentido común y capacidad para distinguir lo que es correcto de lo que está equivocado en un contexto dado; y éstas continúan siendo prerrogativas de la inteligencia humana. Pero cuando la tradición es extensa y compleja, las computadoras pueden dar buenos resultados al utilizarlas para construir un cuadro provisional de las interrelaciones de los textos. Aparte de en el campo de la recensión, las máquinas pueden usarse, aunque con gran precaución, para estudios estilísticos, y ya han probado su gran utilidad en la recuperación de información y en la confección de concordancias; y los frutos de estas actividades tienen gran influencia sobre la edición de textos.

NOTAS

CAPÍTULO I

El desarrollo del comercio del libro en la Atenas clásica es descrito por E. G. Turner, *Athenian books in the fifth and fourth centuries B. C.*, London, 1952. Es incierta la época exacta en que se puede hablar con propiedad de comercio, pero merece la pena resaltar que Jenofonte, *Anábasis* 7.5.14, habla de los libros (βίβλοι γεγραμμέναι) como formando parte de la carga de unos barcos hundidos en Salmydessos en la costa norte de Tracia, parece inevitable deducir que los libros eran un artículo exportado (¿de Atenas?) a las ciudades de la costa Euxina al menos desde el año 399 a. d. C. Si esto es así, nuestra incapacidad para extraer información más precisa de los pasajes de Eupolis y Platón citados en el texto tiene poca importancia.

Sobre la forma y aspecto de los libros en Grecia desde la época clásica hasta fines del Imperio Romano el lector debe consultar a E. G. Turner, *Greek papyri*, Oxford, 1968, y el volumen compañero *Greek manuscripts of the ancient world*, Oxford, 1971, que ofrece un álbum de láminas bien seleccionadas con comentario. Véase también su importante trabajo sobre el libro ptolemaico en *Scrittura e civiltà*, 4 (1980), 19-40. En general, cf. N. Lewis, *Papyrus in classical antiquity*, Oxford, 1974, R. Reed, *Ancient skins, parchments and leathers*, London-New York, 1972.

Podemos sacar consecuencias sobre la longitud máxima de un rollo antiguo del hecho de que los libros I y XVII de la *Historia* de Diodoro Sículo estén subdivididos. Ocupan respectivamente 167 y 177 páginas de la edición de Teubner, mientras el *Gorgias* de Platón en el mismo formato ocupa 116 páginas. Véase T. Birt, *Das antike Buchwesen*, Berlin, 1882, págs. 316 sigs.

El suministro de papiro en el período clásico era precario, si confiamos en el testimonio de la carta de Speusippus a Filipo de Macedonia (pág. 50 de la ed. de Köhler, *Philologus Supplement-Band* 20, Leipzig, 1928); el texto hace

referencia a la escasez de suministro de papiro hacia el 342 a. de C. a causa de la ocupación persa de Egipto. Pero aunque esta carta es hoy considerada genuina por muchas autoridades, su estado no deja de despertar sospechas.

El uso y refinamiento gradual de la puntuación todavía se discuten; aparte del libro de Turner citado arriba véase R. Pfeiffer, *History of classical scholarship,* Oxford, 1968, págs. 178-81; su punto de vista es compartido en lo esencial por R. Renehan, *Greek textual criticism, a reader,* Cambridge, Mass., 1969, págs. 76-7; pero véanse las reservas expresadas por N. G. Wilson, *CR,* 19 (1969), 371, y adviértase que no todos los pasajes citados por Renehan prueban tanto como él piensa. Quizá el mejor punto de vista sea el de H.-I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'antiquité,* Paris, 1965^{6}, pág. 602, n. 30, según el cual los libros con puntuación completa nunca se hicieron de uso general sino que quedaron limitados al uso de profesores y alumnos (aunque Marrou parece referirse a los libros de la época romana). Un interesante ejemplo de conjetura que encuentra parte de su justificación en la ausencia de puntuación en los textos antiguos nos lo da H. Lloyd-Jones, *The justice of Zeus,* Berkeley, 1971, pág. 193, n. 23. El pasaje de Horacio, *Epístolas* 1.15, es tan complejo desde el punto de vista sintáctico, que el lector moderno no puede menos de preguntarse cómo el antiguo podía guiarse a través del texto sin una puntuación clara.

2

La obra básica sobre la erudición de Alejandría es la de R. Pfeiffer, *History of classical scholarship, from the beginnings to the end of the Hellenistic age,* Oxford, 1968, reseñada por N. G. Wilson, *CR,* 19 (1969), 366-72. Es el primer volumen de una obra que reemplazará a la de Sir J. E. Sandys, *History of classical scholarship,* vols. 1-3, Cambridge, 1903-8 (algunos de los volúmenes revisados posteriormente), reimpresa en 1958, que todavía es de considerable uso como obra de referencia. Sobre el Museo y la biblioteca véase P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria,* Oxford, 1972, capítulo 6.

Es interesante la monografía de Lloyd W. Daly, *Contributions to a history of alphabetization in antiquity and the Middle Ages,* Bruxelles, 1967 (= *Collection Latomus,* vol. 90); puesto que en ella se demuestra que Zenódoto y Calímaco utilizaron los principios de la ordenación alfabética en algunos de sus escritos, puede conjeturarse que este mismo principio fue empleado en alguna medida en la ordenación de la biblioteca del Museo.

Los llamados papiros «salvajes» de Homero fueron reeditados por S. R. West, *The Ptolemaic papyri of Homer,* Köln, 1967.

G. P. Goold, *TAPA,* 91 (1960), 272-91, manifestó un extremo escepticismo acerca de la idea de que hubiesen ido a parar a la biblioteca de Alejandría copias de Homero hechas en el antiguo alfabeto ateniense; pero esta conclusión, aunque sea correcta, no ha de aplicarse necesariamente a todos los demás autores.

Las fuentes primarias acerca del uso de los signos críticos son corruptas y confusas, pero los datos fueron razonablemente bien interpretados por A. Gudeman en *RE* (en el artículo «Kritische Zeichen»).

Las estadísticas de las correcciones de Aristarco generalmente adoptadas en el texto de Homero proceden de la edición de la *Ilíada* de T. W. Allen, Oxford, 1931, vol. I, págs. 199-200; en las págs. 201-2 se hace un cálculo similar para las lecturas atribuidas a Zenódoto y Aristófanes. Las publicaciones posteriores no han alterado las cifras de un modo sustancial.

Las fechas de Aristófanes de Bizancio tendrán quizá que ser revisadas a la luz del papiro de Lille de Estesícoro; cf. Turner, *Scrittura e civiltà,* 4 (1980), 38.

Sobre el principio de Aristarco de interpretar a Homero según Homero véase N. G. Wilson, *CR,* 21 (1971), 172.

Las interpolaciones de los actores fueron estudiadas por D. L. Page, *Actors' interpolations in Greek tragedy,* Oxford, 1934; sobre el pasaje mencionado en el texto véase A. M. Dale, *Wiener Studien,* 69 (1956), 103-4 (= *Collected papers,* Cambridge, 1969, págs. 126-7), y M. D. Reeve, *GRBS,* 13 (1972), 263-4.

3

Para los descubrimientos arqueológicos en Pérgamo véase E. Akurgal, *Ancient civilizations and ruins of Turkey,* Istanbul, 1978[4], págs. 69-111.

El comentario de Dídimo sobre Demóstenes fue editado por H. Diels y W. Schubart, Berlin, 1904, para la definición exacta del tipo de literatura al que aquél pertenece véase la reseña de F. Leo en *NGG,* (1904), 254-61 (= *Kleine Schriften,* vol. 2, págs. 387-94), pero adviértanse también las reservas de S. West, *CQ* n. s., 20 (1970), 288-96.

4

El libro latino no suele recibir un tratamiento específico en las obras generales sobre el libro en el mundo antiguo, ya que en todo lo esencial es similar al griego; la mayor parte de nuestros testimonios proceden de Egipto, donde había comparativamente poco interés en el latín. El capítulo titulado «Books and readers in the Roman world», de E. J. Kenney, en *The Cambridge history of classical literature,* vol. II, *Latin literature,* dirigido por E. J. Kenney y W. V. Clausen (Cambridge, 1982), págs. 3-32, nos hace depender menos de la obra de T. Birt, *Das antike Buchwesen* (Berlin, 1882). Egipto nos ha compensado de su relativamente pequeña contribución al conocimiento del libro romano al proporcionarnos uno de los más espectaculares hallazgos de los últimos años, se trata del notable descubrimiento de unos fragmentos de poesía de Galo en un campamento romano de Qaṣr Ibrîm, una parte de un libro que de-

bió pertenecer a un oficial romano que servía en la misma provincia que había gobernado Galo y que pudo muy bien haber sido escrito en vida del propio autor. Esto nos permite tener una magnífica visión del aspecto de un libro latino del período clásico. Especialmente dignos de notarse son el espaciamiento, la división del pentámetro, y el uso sistemático de interpunción para señalar la división de palabras, convencionalismo que sería abandonado a fines del siglo I d. de C. Sobre los fragmentos de Galo véase R. D. Anderson, P. J. Parsons, R. G. M. Nisbert, «Elegiacs by Gallup from Qaṣr Ibrîm», *JRS*, 69 (1979), págs. 125-55 y láms. IV-VI.

Por tanto deben tenerse en cuenta estos nuevos testimonios al tratar del grado de puntuación de que en general dispusieron los lectores de la época clásica. El punto de vista de que el libro latino de hasta fines del siglo I d. de C. poseía un mayor grado de puntuación y ayudas al lector de lo que era habitual en la antigüedad fue propuesto por R. P. Oliver, *TAPA*, 82 (1951), 241-2, y ha sido posteriormente desarrollado por E. O. Wingo, *Latin punctuation in the classical age*, The Hague, etc., 1972. Para un punto de vista más excéptico véase G. B. Townend, *CQ* n. s., 19 (1969), 330-3. En general, véase R. W. Müller, *Rhetorische und syntaktische Interpunktion*, Diss., Tübingen, 1964.

La contribución romana al desarrollo del códice se estudia en el epígrafe VIII.

No hay un estudio de tipo general y completo sobre la erudición de la época romana, pero los aspectos que a nosotros más nos interesan han sido examinados de un modo crítico por J. E. G. Zetzel en *Latin textual criticism in antiquity*, New York, 1981, que debe ser consultado sobre muchos de los aspectos aquí tratados. El material primario puede encontrarse en G. Funaioli, *Grammaticae Romanae fragmenta*, vol. I, Leipzig, 1907, y su continuación, A. Mazzarino, *Grammaticae Romanae fragmenta aetatis Caesareae*, vol. I, Torino, 1955. Un resumen nos dan A. Gudeman, *Grundriss der Geschichte der klassischen Philologie*, Leipzig-Berlin, 1909^2, reimpreso en Darmstadt, 1967; F. Leo, *Geschichte der römischen Literatur*, vol. I, Berlin, 1913, págs. 355-68; G. Funaioli, *Studi di letteratura antica*, vol. I, Bologna, 1946, págs. 206 sigs. También puede hallarse mucha información en F. Leo, *Plautinische Forschungen*, Berlin, 1912^2, y en G. Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo*, Firenze, 1952^2.

La historia del texto de Plauto en la antigüedad arroja sobre los comienzos de la erudición romana alguna luz de la mucha que necesitaría tan oscura cuestión: cf. W. M. Lindsay, *The ancient editions of Plautus*, Oxford, 1904; F. Leo, *Plautinische Forschungen*, págs. 1-62; Pasquali, *Storia della tradizione*, págs. 331-54; Zetzel, *Latin textual criticism*, págs. 240-6. Sería muy deseable un nuevo tratamiento de la historia primitiva del texto de Plauto. La fecha del final alternativo de *Andria* de Terencio fue últimamente discutida por O. Skutsch, *RhM*, 100 (1957), 53-68. Hay un buen resumen de la historia del texto de los poemas dramáticos de la época antigua, especialmente de Ennio, en H. D. Jocelyn, *The tragedies of Ennius*, Cambridge, 1967, págs. 47-57.

Sobre el *Anecdoton Parisinum* y la actividad crítica de Elio Estilón y su círculo véase S. F. Bonner, *Hermes,* 88 (1960), 354-60.

La atención se ha concentrado sobre Ático a causa del caudal de información contenido en las epístolas de Cicerón, en contraste con nuestra ignorancia del comercio del libro en Roma antes de su época. Su intervención precisa ha sido estudiada por R. Sommer, *Hermes,* 61 (1926), 389-422; véase también R. Feger, *RE,* Suppl. 8 (1956), 517-20, K. Büchner en *Geschichte der Textüberlieferung der antiken und mittelalterlichen Literatur,* vol. I, Zürich, 1961, pág. 328. Los testimonios son convenientemente presentados (e interpretados con la esperada parcialidad) por J. Carcopino, *Les secrets de la correspondence de Cicéron,* vol. 2, Paris, 1947, págs. 305-29. La naturaleza de la «publicación» en la antigüedad, y el concepto de «edición», tan diferentes de los nuestros, han sido discutidos por H.-I. Marrou, *VCh,* 3 (1949), 208-24; H. L. M. Van der Valk, *VCh,* 11 (1957), 1-10; B. A. van Groningen, *Mnem.* Ser. 4, 16 (1963), 1-17.

Para una visión general del comercio del libro en Roma véase T. Kleberg, *Buchhandel und Verlagswesen in der Antike,* Darmstadt, 1967, págs. 22-68.

5

Sobre la educación en Roma durante la República y el temprano Imperio véase S. F. Bonner, *Education in ancient Rome,* London, 1977.

El carácter gnómico de Aen. 10.284, y el peligro de extraer conclusiones generales de ello, nos han sido señalados por Sir Roger Mynors. La historia del texto de Virgilio en la antigüedad ha sido recientemente tratada por E. Courtney, «The formation of the text of Vergil», *BICS,* 28 (1981), 13-29; Zetzel, *Latin textual criticism,* págs. 246-8.

La importancia de Probo en la historia de la erudición es muy controvertida. La estima exagerada en que le tuvieron los filólogos anteriores, tales como Leo *(Plautinische Forschungen,* págs. 23 sigs.), ha dado paso a una valoración mucho más cauta: cf. Pasquali, *Storia della tradizione,* págs. 339 sigs.; N. Scivoletto, *GIF,* 12 (1959), 97-124; K. Büchner en *Geschichte der Textüberlieferung,* págs. 335-9; Courtney, *op. cit.,* 24-26; Zetzel, *op. cit.,* 41-54. Véase también J. Aistermann, *De M. Valerio Probo Berytio,* Bonn, 1910; R. Hanslik en *RE,* 8 A. I (1955), 195-212; y para una consideración detallada del capítulo crucial de Suetonio, A. Grisart, *Helikon,* 2 (1962), 379-414. La reputación de Higino ha declinado de un modo similar; para una visión actual de su crítica textual virgiliana, véase G. P. Goold, *HSCP,* 74 (1970), 161-2; Zetzel, *op. cit.,* 31-36.

6

Una visión general del comercio del libro de segunda mano en Roma nos la da T. Kleberg, «Antiquarischer Buchhandel im alten Rom», *Annales Acad. Reg. Scient. Ups.*, 8 (1964), 21-32. J. E. G. Zetzel, en el artículo antes citado, ha demostrado de un modo convincente que muchos de los llamativos volúmenes que se dijo que existían en el siglo II y épocas posteriores fueron falsificados por avispados comerciantes para satisfacer las demandas de coleccionistas entusiastas, y que el Ennio de Lampadión y el Cicerón de Tirón y algunas de las más «auténticas» copias de Virgilio debieron encontrarse entre tales falsificaciones. Es un fenómeno comprensible, que encuentra su paralelo tanto en la Antigüedad como en otras épocas (véase pág. 17), y un testimonio de la fuerza del resurgimiento arcaísta, si no de la calidad de expertos de los estudiosos coleccionistas. A la vez no hay que ser quizá excesivamente escépticos acerca de la existencia de textos primitivos en esta época. El testimonio que nos proporciona Plinio el Viejo para el siglo anterior es menos sospechoso, pues es de antes del cambio en la moda literaria, cuando no existía motivo para la falsificación en gran escala; afirma (*NH* 13.83) haber visto documentos escritos por los Gracos, y añade que eran comunes los autógrafos de Cicerón, Augusto y Virgilio. Quizá se refiera principalmente a cartas y documentos similares. La teoría de que la colección ciceroniana que compró el librero Dorus (Séneca, *Ben.* 7.6.1) procediese de la herencia de Ático es pura conjetura, basada en un *exemplum* filosófico.

Un texto cuidado de la subscripción del *De lege agraria* nos fue proporcionado por primera vez en *Codices Vaticani Latini: Codices 11414-11709*, rec. J. Ruysschaert, Vaticano, 1959, págs. 93-5, y aquí lo imprimimos tal como aparece en el manuscrito de Poggio, excepción hecha de la expansión de *Dom* en *Domitium* y la corrección *oratio xxiiii* en lugar de *oratio eximia*. Esta última se debe a Zetzel, quien examina el problema textual planteado por la subscripción y su significado en general (*HSCP*, 77 (1973), 226-30); hay más datos sobre Statilius en su artículo «Statilius Maximus and Ciceronian studies in the Antonine age», *BICS*, 21 (1974), 107-23.

7

Sobre el audaz fraude del autor de la *Historia Augusta* véase Sir Ronald Syme, *Ammianus and the Historia Augusta*, Oxford, 1968, y en especial pág. 9. Sobre Servio y Donato como críticos textuales véase Zetzel, *Latin textual criticism*, págs. 81-136, 148-67.

8

Un trabajo clásico sobre el códice es el de C. H. Roberts, *Proc. Brit. Acad.*, 40 (1954), 169-204. Véase además E. G. Turner, *The typology of the early codex*, University of Pennsylvania, 1977 *(Haney Foundation Series*, 18); E. G. Turner, *Greek papyri*, págs. 6 sigs.; T. C. Skeat, «Early Christian book-production: papyri and manuscripts», *Cambridge history of the Bible*, vol. 2, ed. G. W. H. Lampe, Cambridge, 1969, págs. 59-79; B. Bischoff, *Paläographie des römischen Altertums und des abendländischen Mittelalters*, Berlin, 1979, págs. 34 sigs. Véase también J. Mallon, *Paléographie romaine*, Madrid, 1952 *(Scripturae Monumenta et Studia*, III).

El breve estudio de las escrituras antiguas que aquí hacemos es necesariamente muy simplificador; para un tratamiento reciente y autorizado, véase Bischoff, *op, cit.*, 71 sigs. Nos hemos limitado a las escrituras de libros de la antigüedad; sobre algunos testimonios de que los textos literarios pueden en algunos casos haberse transmitido en cursiva romana antigua, véase Bischoff, pág. 81, nn. 68, 70, y la bibliografía allí citada; añádase J. G. Griffith, *MH*, 25 (1968), 105.

9

Algunos aspectos del conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV se estudian en los ensayos dirigidos por A. Momigliano, *The conflict between paganism and Christianity in the fourth century*, Oxford, 1963; especialmente significativo es el trabajo de H. Bloch, págs. 193-218. Alan Cameron fechó de nuevo los *Saturnalia* de Macrobio y los estudió bajo una nueva perspectiva, en *JRS*, 56 (1966), 25-38; para un punto de vista diferente véase ahora S. Döpp, «Zur Datierung von Macrobius 'Saturnalia'», *Hermes*, 106 (1978), 619-32. Sobre la cristianización de la clase senatorial, véase P. Brown, *JRS*, 51 (1961), 1-11.

Para un tratamiento más general de la confrontación entre las dos culturas, véase M. L. W. Laistner, *Christianity and pagan culture in the later Roman Empire*, Ithaca, N. Y., 1951 (Cornell Paperbacks, 1967); *Thought and letters in Western Europe, A. D. 500-900*, London, 1957², págs. 25-53. Podemos formarnos un juicio auténtico sobre las actitudes y la actuación de las dos figuras más influyentes del siglo IV, Jerónimo y Agustín, gracias a los minuciosos estudios de H. Hagendahl, *Latin Fathers and the classics (Studia Graeca et Latina Gothoburgensia*, vol. 6). Göteborg, 1958; *Augustine and the Latin classics (Studia Graeca et Latina Gothoburgensia*, vol. 20), Göteborg, 1967.

Sobre la cuestión del estilo y gusto véase C. E. Chaffin en *The classical world (Literature and Western Civilization*, ed D. Daiches y A. Thorlby), London, 1972, págs. 461-86.

10

Se han proyectado muchas ediciones de las subscripciones, pero todavía dependemos en gran medida de la obra fundamental de Otto Jahn, «Über die Subscriptionen in den Handschriften römischer Classiker», *Berichte über die Verhandlungen der Sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften, Phil.-hist. Classe,* 3 (1851), 327-72. J. E. C. Zetzel, que está preparando una nueva edición de las subscripciones, nos da un anticipo de aquellas que se encuentran en manuscritos de autores profanos en *Latin textual criticism,* págs. 209-31. La mayoría de los detalles históricos constan en el artículo de H. Bloch antes citado, sobre los foros imperiales como centros intelectuales véase H.-I. Marrou, *Mélanges d'archéologie et d'histoire de l'École française de Rome,* 49 (1932), 94-110, revisado y reimpreso en *Patristique et humanisme. Mélanges,* Paris, 1976, págs. 65-80.

W. V. Clausen nos pone sobre aviso para no dar demasiada importancia a las revisiones de los nobles *amateurs* que aparecen tan frecuentemente en las subscripciones, *Hermes,* 91 (1963), 252-6. Para un estudio excelente de lo que la *emendatio* suponía en la antigüedad, véase J. E. G. Zetzel, «The subscriptions in the manuscripts of Livy and Fronto and the meaning of *emendatio*», *CPh,* 75 (1980), 38-59, donde insiste en el alcance limitado y la naturaleza privada de esta práctica. A la vez no se debe olvidar que el propio Símaco, dos de los Nicómacos y Victoriano fueron responsables de la corrección del texto de Livio, y que Valeriano estuvo interesado en el proyecto (Símaco, *Epist.* 9.13); y que la obra de corrección de textos de Pretextato mereció ser recordada en su epitafio.

Se ha discutido largamente si la subscripción de Asterio en el Virgilio Medíceo es o no autógrafa; para el punto de vista negativo véase por ejemplo O. Ribbeck, *Prolegomena critica ad P. Vergili Maronis opera maiora,* Leipzig, 1866, pág. 223; Zetzel, *Latin textual criticism,* págs. 217-8. Sobre la subscripción de Frontón, que es indudablemente autógrafa, véase M. P. J. van den Hout, *M. Cornelii Frontonis Epistulae,* vol. I, Leiden, 1954, págs. XL-XLIII; Zetzel, *op. cit.,* págs. 49 sigs. Sobre la forma en que las subscripciones pueden omitirse o bien transferirse a manuscritos a los que no pertenecen, véase A. E. Housman, *M. Annaei Lucani Belli civilis libri decem,* Oxford, 1926, págs. XIII sigs.; W. V. Clausen, *op. cit.;* Zetzel, *op. cit.,* págs. 40 sigs.

CAPÍTULO II

I

La mayor parte de la materia de este capítulo ha sido recientemente tratada con mayor extensión en N. G. Wilson, *Scholars of Bizantium,* London, 1983.

En general véase Sandys, *History of classical scholarship*. Los estudios sobre sintaxis de los gramáticos antiguos han sido recogidos por J. Wackernagel, *Vorlesungen über Syntax*, Basel, 1950^2. No hay un estudio moderno satisfactorio del Aticismo y sus efectos sobre la erudición y la literatura; la obra básica de referencia continúa siendo la de W. Schmid, *Der Attizismus in seinen Hauptvertretern*, Stuttgart, 1887-96.

Véase también E. G. Turner, «Scribes and scholars of Oxyrhynchus», en *Mitt. Papyrussammlung Erzherzog Rainer*, 5 (1956), 141-6, y *JEA*, 38 (1952), 78-93.

2

Sobre los cristianos y la educación véase H.-I. Marrou, *Histoire de l'éducation*, págs. 451-71. Los primitivos apologistas cristianos están bien tratados por H. Chadwick, *Early Christian thought and the classical tradition*, Oxford, 1966. W. Jaeger, *Early Christianity and Greek paideia*, Harvard, 1961-Oxford, 1969, es una buena introducción a otro aspecto de la cuestión. Puede encontrarse un esbozo de la influencia de la Iglesia sobre la erudición filológica, especialmente en el período bizantino, en N. G. Wilson, *Antike und Abendland*, 16 (1970), 68-77.

Se han adoptado varios puntos de vista sobre la intención de San Basilio en la llamada homilía vigésimo segunda (de hecho está dirigida a sus sobrinos). Marrou, pág. 462, insiste en que no se trata de una recomendación para el estudio de los autores clásicos; su mensaje es más bien que, dado el programa escolar de textos paganos existente, había medios de asegurar que éstos hiciesen el bien y no dañasen a los alumnos. Por otro lado, es quizá equivocado no ver en Basilio más que un reconocimiento forzoso; el tono del tratado no expresa contrariedad. Véase ahora la edición de este tratado por N. G. Wilson (London, 1975).

Sobre Apolinar debería añadirse que remodeló los Evangelios y las Epístolas en forma de diálogos platónicos (Sócrates, *Hist. eccl.*, 3.16).

La quema de libros es discutida por C. A. Sorbes, *TAPA*, 67 (1936), 114-25. Los documentos relativos a la censura eclesiástica en el siglo XII son los núm. 1.003 y 1.008 de V. Grumel, *Regestes des actes du patriarcat de Constantinople*, Istanbul, 1947.

3

Sobre el cierre de la escuela filosófica de Atenas véase A. D. E. Cameron, *Proc. Camb. Phil. Soc.*, 195 (1969), 7-29, y R. C. McCail, *ibid.* 196 (1970), 79-82.

Sobre la escuela de Gaza y la formación de los escolios véase la hipótesis aproximativa avanzada por N. G. Wilson, *CQ*, 17 (1967), 244-56; 18 (1968), 413, y *CR*, 27 (1977), 271.

La teoría de Wilamowitz sobre la selección de piezas escénicas para uso de las escuelas fue expuesta en su *Einleitung in die griechische Tragödie* (vol. I de su edición de *Herakles* de Eurípides), 1895², con reimpresiones posteriores, págs. 175-80, 196-8. Sus puntos principales habían sido adelantados por T. Barthold en una tesis doctoral en Bonn, 1864.

La evidencia de que Menandro todavía era leído en la escuela de Gaza puede encontrarse en el ensayo de J. Irmscher en *Menanders Dyscolos als Zeugnis seiner Epoche*, ed. F. Zucker, Berlin, 1965, pág. 209. (El artículo de A. Dain sobre la supervivencia de Menandro en *Maia*, 15 (1963), 278-309, contiene un error y una interpretación dudosa sobre este punto). J. M. Jacques, *Bull. Assoc. G. Budé*, (1959), 200-15, ha demostrado que Menandro pudo haber sido leído en Bizancio hacia el 600 por el historiador y epistológrafo Theophylactus Simocatta.

La historia de las demás escuelas o universidades de fines de la antigüedad es mucho más oscura. Podemos hacernos una idea de la escuela de leyes de Beirut a través del atractivo cuadro de M. L. Clarke, *Higher education in antiquity*, London, 1971, págs. 116-17 (con más referencias). Para Alejandría la mejor guía es H. D. Saffrey, *REG*, 67 (1954), 396-410.

4

R. MacMullen en *AJP*, 87 (1966), 1-16, nos proporciona un informe reciente sobre el uso de las lenguas vernáculas locales en las provincias orientales.

Las versiones orientales del Nuevo Testamento son examinadas por B. M. Metzger, *The text of the New Testament*, Oxford, 1968², págs. 67-84, 265-8, y, por K. Aland (ed.), *Die alten Uebersetzungen des Neuen Testaments, die Kirchenväterzitate und Lektionare*, Berlin, 1972.

A. Baumstark, *Geschichte der syrischen Literatur*, Bonn, 1922, nos da una lista de traducciones siriacas de textos griegos. Sobre las escuelas de Nisibis y Edessa puede consultarse A. Vööbus, *History of the school of Nisibis*, Louvain, 1965. Para estudios sobre autores particulares pueden verse entre otros A. Baumstark, *Jahrbücher für classische Philologie*, Supp. Band 21 (1894), 357-524, *Aristoteles bei den Syrern*, Leipzig, 1900, la edición de Dionysius Thrax, de G. Uhling, Leipzig, 1883, págs. XLIV-XLVI, la edición de *De virginitate* de Gregorio de Nyssa (= *Sources Chrétiennes*, col. 119), Paris, 1966, págs. 223-5, M. D. Macleod-L. R. Wickham, *CQ*, 20 (1970), 297-9. Sobre la cultura bilingüe de Egipto y Siria a fines de la antigüedad véase M. Lichtheim, «Autonomy versus unity in the Christian East», en Lynn White Jr. (ed.), *The transformation of the Roman world: Gibbon's problem after two centuries* (California University Press, 1966).

La mejor introducción a las traducciones árabes y a Hunain ibn Ishaq es la de R. Walzer, *HSCP*, 63 (1958), 217-31, en la que se encontrará más bibliografía. Hay también una recopilación bibliográfica muy útil de F. Gabrieli en

Al-Andalus, 24 (1959), 297-318. Para una ilustración reciente e instructiva sobre las dificultades que sobrevendrán y los frutos que pueden esperarse de la utilización de las versiones árabes, véase R. Kassel, *Der Text der aristotelischen Rhetorik,* Berlin, 1971, págs. 88-92, 125-6, 141-2.

Joseph Needham, *Science and civilization in China,* vol. I, Cambridge, 1954, pág. 219, atrae la atención sobre un episodio fascinante de la vida del gran físico y alquimista árabe Rhazes, quien dictó alguna de las obras de Galeno a un estudioso chino que visitó Bagdad.

Para las traducciones armenias véase M. Leroy, *Ann. Inst. de phil. et d'hist. orient.,* 3 (1935), 263-94, quien da la referencia a Calímaco; no parece que haya un estudio más reciente sobre esto. Para algún trabajo reciente sobre la versión armenia de Platón véase W. S. M. Nicoll, *CQ,* 16 (1966), 70-4.

Puede merecer la pena añadir que en alguna ocasión uno puede encontrarse con alguna traducción a otra lengua oriental (hebreo o persa), pero estos casos son mucho más raros, y el número de los descubiertos hasta ahora no parece justificar una mención de los mismos en el texto principal.

5

La erudición bizantina desde sus comienzos hasta mediados del siglo x es tratada por P. Lemerle, *Le premier humanisme byzantin,* Paris, 1971. Puesto que ésta será durante algún tiempo la obra básica sobre el tema, a ella enviamos sin detallar otros trabajos más antiguos, y sólo mencionaremos aquí algunos artículos en inglés no conocidos por aquel autor y algunas cuestiones de paleografía que requieren comentario.

(1) pág. 119: L. dice que la escritura minúscula trajo consigo la acentuación, la división de palabras y la puntuación. Sin embargo, en la minúscula más antigua sólo se encuentra la última de estas tres características.

(2) pág. 168: L. dice que el ms. Vat. gr. 1 de la *Leyes* de Platón fue escrito para Arethas por Juan el Calígrafo, que fue el escriba de sus ejemplares de Platón y Arístides. Pero el escriba indudablemente no es Juan el Calígrafo, y M. Ch. Astruc, tal como cita L. en la nota 73, tiene quizá razón al decir que las notas marginales no son de mano de Arethas. Para una nota más amplia sobre este ms. (y una visión general de las bibliotecas bizantinas) véase N. G. Wilson, *CRBS,* 8 (1967), 53-80.

(3) Sobre Focio convendría decir que la nueva fecha temprana de su *Bibliotheca,* aunque ingeniosa, no deja de tener dificultades; véase N. G. Wilson, *CRBS,* 9 (1968), 451-6. Sobre la naturaleza del círculo o asociación de la que Focio era la figura central, véase el postscriptum al artículo del mismo autor sobre libros y lectores en Bizancio en *Byzantine books and bookmen: a Dumbarton Oaks colloquium,* Washington, 1975. En cuanto a la ausencia de la poesía en la *Bibliotheca* (excepto en un códice), debe hacerse notar que en la carta 150 Focio demuestra el conocimiento del *Plutus* de Aristófanes, con el que proba-

blemente se encontró en los programas escolares; y una lectura más detenida de sus obras puede muy bien revelar el conocimiento de algunos otros textos poéticos, la mayoría probablemente conocidos de él por los mismos motivos.

(4) pág. 215: no hay una razón de peso para asociar el ms. Paris gr. 1807 con Arethas; por motivos paleográficos es probable, aunque no seguro, que aquel libro fuese escrito antes de que Arethas empezase a formar su biblioteca.

6

La identificación de copistas, y en raras ocasiones de escritorios, a través de las características de la escritura o de la ejecución del libro, es uno de los principales medios para hacer avanzar nuestro conocimiento de la erudición bizantina. Todavía están siendo reconocidos autógrafos de los principales estudiosos, y nuestro conocimiento de los escritores avanza lentamente. Para los métodos utilizados véase J. Irigoin, *Scriptorium,* 12 (1958), 208-27, y 13 (1959), 177-209. La objeción de principio puesta por B. Hemmerdinger, *BZ,* 56 (1963), 24, constituye un obstáculo grave, aunque no invalida necesariamente todos los resultados de este método de investigación (conocido en algunos círculos como codicología). Una aplicación con éxito de este método puede verse en la identificación por Irigoin de un grupo de manuscritos de los historiadores griegos, todos ellos copiados en páginas de 32 líneas: *Annuaire de l'école pratique des hautes études,* 1968-9, sección IV, págs. 137 sigs.

No hay un estudio satisfactorio sobre Psellus. El artículo de E. Kriaras en *RE* deja bastante que desear.

El círculo de Ana Comnena fue dado a conocer por R. Browning, *Proc. Camb. Phil. Soc.,* 188 (1962), 1-12.

Para Eustacio véase el trabajo de R. Browning sobre la escuela patriarcal en *Byzantion,* 32 (1962), 167-202; 33 (1963), 11-40. Diremos aquí que aunque la existencia de la escuela como institución está bien atestiguada en el siglo XII, los testimonios de su existencia en otras épocas son muy débiles (véase H. G. Beck, *Polychronion, Festschrift Dölger,* págs. 69 sigs.); sin embargo, puede resultar hipercrítico el negar su existencia en otras épocas aparte del siglo XII. El comentario de Eustacio a la *Ilíada* está siendo editado según el manuscrito autógrafo por M. van der Valk (vol. I, Leiden, 1971, con una introducción de considerable valor para fijar las fuentes de Eustacio y sus métodos de estudio). El texto más correcto de la *Antígona* de Sófocles probablemente procede de una lectura de Ateneo, quien cita el pasaje; pero esto no disminuye el mérito de Eustacio, al haber observado al leer el texto de Sófocles que, tal como estaba, se encontraba falto en ese pasaje. Su obra sobre Aristófanes fue dada a conocer por W. J. W. Koster-D. Holwerda, *Mnem.,* 7 (1954), 136 sigs.; 8 (1954), 196 sigs.

Sobre Tzetzes véase C. Wendel en *RE.* Sus escolios sobre Aristófanes han sido editados por L. Massa Positano, D. Holwerda y W. J. W. Koster, Gronin-

gen, 1960-4. La asociación filológica se menciona en sus notas a *Las ranas* 897.

Sobre Michael Choniates véase G. Stadtmüller, *Michael Choniates Metropolit von Athen*, Città del Vaticano, 1934. El nombre incorrecto de Acominatos lo explica ingeniosamente J.-L. Van Dieten, *Niketas Choniates, Erläuterungen zu den Reden und Briefen nebst einer Biographie*, Berlin, 1971, págs. 4-8. Véase también O. Lampsidis, *BZ*, 64 (1971), 26-7.

La afirmación de Constantino Láscaris sobre Diodoro Sículo está en Migne, *PG*, 161.918; aquél había visto una copia completa en la biblioteca imperial.

A. A. Vasiliev, *History of the Byzantine Empire*, Madison, Wis., 1952, págs. 548-63, nos da un panorama general de la literatura y la ciencia en el reino de Nicea. Sobre la contribución de la Italia del Sur a la cultura bizantina véase J. Irigoin, *JÖBG*, 18 (1969), 37-55; se refiere al siglo XIII en págs. 51-3. Véase además P. Canart, *Scrittura e civiltà*, 2 (1978), 103-62.

Un esbozo de la erudición paleóloga y materias afines nos es dado por Sir Steven Runciman, *The last Byzantine Renaissance*, Cambridge, 1970, y D. M. Nicol, *Studies in Church history*, 5 (1969), 23-57.

Sobre Planudes véase el artículo de C. Wendel en *RE*. Puede merecer la pena añadir aquí a lo dicho en el texto algunos datos más sobre su labor erudita. Él fue quizá el responsable de la reconstrucción de los mapas de la *Geografía* de Ptolomeo. No dice mucho en su favor el que expurgase la Antología Griega y su propia traducción de Ovidio. El autógrafo de su texto de Arato ha sido descubierto en la Advocates Library de Edimburgo (Ms. 18.7.15); véase I. C. Cunningham, *Scriptorium*, 24 (1970), 367-8, lám. 24. Se encuentran alteraciones al texto hechas por Planudes, tal como era de esperar. Las traducciones de las obras amatorias de Ovidio no pueden atribuírsele con el mismo grado de certeza que las otras; sobre este aspecto de su actividad véase W. O. Schmitt, *JÖBG*, 17 (1968), 127-47, y E. J. Kenney, *Hermes*, 91 (1963), 213-27. Recientes trabajos sugieren que entre sus discípulos se encontraba Triclinio (N. G. Wilson, *GRBS*, 19 (1978), 389-94, y 22 (1981), 395-7).

Sobre Triclinio véase A. Turyn, *The Byzantine manuscript tradition of the tragedies of Euripides*, Urbana, Ill., 1957, págs. 23 sigs., 32 sigs.; N. G. Wilson, *CQ*, 12 (1962), 32-47; G. Zuntz, *An inquiry into the transmission of the plays of Euripides*, Cambridge, 1965, *passim;* A. Wasserstein, *JÖBG*, 17 (1968), 153 sigs.

Podemos añadir aquí una observación acerca de los programas de las escuelas bizantinas. Existen referencias esporádicas en autores de épocas muy diferentes al *quadrivium* (τετρακτύς), pero los testimonios no nos permiten decir si los conceptos de *trivium* y *quadrivium* fueron tan influyentes en Bizancio como en las prácticas educativas de Europa Occidental. Véase A. Diller, *Isis*, 36 (1945-6), 132, quien apunta la existencia de estos conceptos en una obra que data del año 1008.

CAPÍTULO III

1

Entre las obras generales mas destacadas sobre la historia intelectual y cultural de la alta Edad Media debemos mencionar la de P. Courcelle, *Les lettres grecques en Occident de Macrobe à Cassiodore,* Paris, 1948[2]; P. Riché, *Éducation et culture dans l'Occident barbare, VI^e-VIII^e siècles (Patristica Sorbonensia,* vol. 4), Paris, 1962; B. Bischoff, «Scriptoria e manoscritti mediatori di civiltà dal sesto secolo alla riforma di Carlo Magno», *Settimane di studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo,* 11 (Spoleto, 1963), 479-504, reimpreso en sus *Mittelalterliche Studien,* vol. 2, Stuttgart, 1967, págs. 312-27; así como las obras de Laistner y Marrou antes citadas. Es fundamental la obra de E. A. Lowe, *Codices latini antiquiores,* vols. 1-11, con Suplemento, Oxford, 1937-71, completa, a excepción de los índices, que contiene facsímiles y descripciones de todos los manuscritos latinos anteriores al siglo IX (se cita abreviada: *CLA).*

Los pasajes de Séneca citados por Lydus fueron publicados en la edición de las *Questiones naturales* de A. Gercke (Leipzig, 1907), págs. 157-9, y los de Petronio citados por Fulgencio en la edición del *Satyricon* de K. Müller (München, 1961), págs. 185-94: véase también V. Ciaffi, *Fulgenzio e Petronio,* Torino, 1963. La *Formula vitae honestae* de Martín de Braga, dedicada al rey suevo Mir y escrita entre 570 y 579, es una adaptación de una obra perdida de Séneca, probablemente *De officiis* (cf. E. Bickel, *RhM,* 60 (1905), 505-51). A diferencia de su *De ira,* un mosaico cuidadosamente construido con piezas tomadas del tratado de Séneca del mismo nombre, que sobrevive con un único manuscrito medieval, la *Formula* fue una obra extraordinariamente popular en la Edad Media y en épocas posteriores. Titulada en ocasiones *De quattuor virtutibus cardinalibus,* fue comúnmente atribuida, con perspicacia, si bien con poco sentido de la justicia poética, a Séneca. Para más información véase C. W. Barlow, *Martini episcopi Bracarensis opera omnia,* New Haven, Conn., 1950.

Se encontrarán muchas indicaciones bibliográficas sobre Casiodoro en el importante artículo de A. Momigliano, «Cassiodorus and the italian culture of his time», *Proc. of the British Academy,* 41 (1955), 207-45, reproducido con una bibliografía más selectiva en su *Secondo contributo alla storia degli studi classici,* Roma, 1960, págs. 199-229, y en sus *Studies in historiography,* London, 1966 (edición en rústica en 1969), págs. 181-210. El estudio, bastante negativo, de J. J. O'Donnell, *Cassiodorus,* Berkeley, 1979, subraya las limitadas ambiciones que tenía Casiodoro al fundar Vivarium y minimiza su influencia (véase la reseña de Averil Cameron, «Cassiodorus deflated», *JRS,* 71 (1981), 183-6).

La teoría de que los más antiguos manuscritos de Bobbio habrían venido de Vivarium, propuesta en 1911 por R. Beer, sucumbió bajo los golpes de numerosos sabios, en especial los de P. Courcelle, *Les lettres grecques,* págs. 357-88, quien hizo la aportación más constructiva al estudio de los manuscritos de Vivarium y de su descendencia. Las identificaciones propuestas por P. Courcelle fueron examinadas por H. Bloch en su reseña de los *CLA,* 4, *Speculum,* 25 (1950), 282-87, y por B. Bischoff, *Mitt. Studien,* vol. 3, pág. 152, n. 17. La edición por R. A. B. Mynors de las *Instituciones* de Casiodoro (Oxford, 1937). nos ofrece un texto crítico y valiosos índices; sobre este texto véase también P. Courcelle, «Histoire d'un brouillon cassiodorien», *Revue des études anciennes,* 44 (1942), 65-86.

J. Fontaine, *Isidore de Seville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique,* 2 vols., Paris, 1959, nos proporciona un estudio extenso sobre Isidoro y sus fuentes clásicas. Parece peligroso extraer conclusiones firmes acerca del contenido clásico de la biblioteca episcopal de Sevilla a través de los *Versus in bibliotheca* de Isidoro (ed. C. H. Beeson, *Isidor-Studien (Quellen und Untersuchungen zur lateinischen Philologie des Mittelalters, 4.2,* München, 1913), págs. 157-66). La notable diseminación que alcanzaron sus obras ha sido tratada recientemente y con gran autoridad por B. Bischoff, «Die europaische Verbreitung der Werke Isidors von Sevilla», *Isidoriana. Estudios sobre San Isidoro de Sevilla en el XIV centenario de su nacimiento,* León, 1961, págs. 317-44, reimpreso en sus *Mittelalterliche Studien,* vol. 1, Stuttgart, 1966, págs. 171-94.

Para datos y cifras sobre los primitivos palimpsestos, que pueden complementarse con los volúmenes de los *CLA,* véase E. A. Lowe, «Codices rescripti», *Mélanges Eugène Tisserant,* vol. 5, Vaticano, 1964 *(Studi e Testi,* 235), 67-112, reimpreso en sus *Palaeographical papers,* vol. 2, págs. 480-519. Para un estudio detallado de un famoso palimpsesto véase J. Fohlen, «Recherches sur le manuscrit palimpseste Vatican, Pal. lat. 24», *Scrittura e civiltà,* 3 (1979), 195-222.

2

Los límites del conocimiento de los clásicos por los antiguos irlandeses resultan controvertidos, como tantos problemas irlandeses, y no hay duda de que en ocasiones se ha exagerado la amplitud de los mismos. La controversia tiende a dirigirse hacia la cuestión subjetiva, de si la familiaridad de Columbano con la poesía clásica, puesta de manifiesto por ejemplo en su *Carmen ad Fedolium,* la adquirió en su país o en el Continente. El punto de vista negativo ha sido desarrollado últimamente por E. Coccia, «La cultura irlandese precarolina: miraculo o mito?», *Studi medievali,* 3.ª ser. 8 (1967), 257-420. Para una defensa juiciosa de la cultura clásica irlandesa véase L. Bieler, «The classics in Celtic Ireland», *Classical influences on European culture A. D. 500-1500,* ed.

R. R. Bolgar, Cambridge, 1971, págs. 45-9. Las obras de Columbano han sido editadas últimamente por G. S. M. Walker, *Sancti Columbani opera (Script. lat. Hiberniae,* vol. 2), Dublin, 1957, quien sin embargo hace algunas afirmaciones exageradas sobre la cultura clásica en Irlanda; véase la reseña de M. Esposito, *C&M,* 21 (1960), 184-203. Hay dos valiosos artículos de B. Bischoff sobre la actividad filológica de los irlandeses: «Il monachesimo irlandese nei suoi rapporti col continente», *Settimane di studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo,* 4 (Spoleto, 1957), 121-38, y «Wendepunkte in der Geschichte der lateinischen Exegese im Frühmittelalter», *Sacris Erudiri, Jaarboek voor Godsdienstwetenschappen,* 6 (1954), 189-279; ambos reimpresos en sus *Mittelalterliche Studien,* vol. 1, págs. 195-205, 205-73. Una buena introducción a la cultura irlandesa primitiva puede encontrarse en L. Bieler, *Irland, Wegbereiter des Mittelalters,* Olten, etc., 1961 (edición inglesa, *Ireland, harbinger of the Middle Ages,* Oxford-London, 1963).

Para un panorama de los libros conocidos por los estudiosos ingleses de esta época véase J. D. A. Ogilvy, *Books known to the English (Mediaeval Academy of America Publications,* 76), Cambridge, 1967: H. Gneuss, «A preliminary list of manuscripts written or owned in England up to 1100», *Anglo-Saxon England,* 9 (1981), 1-60. Las fuentes clásicas de Beda han sido ampliamente estudiadas por M. L. W. Laistner, «Bede as a classical and a patristic scholar», *Tr. Royal Hist. Soc.,* 4th ser. 16 (1933), 69-94, y «The library of the Venerable Bede», en *Bede: his life, times and writings.* ed. A. H. Thompson, Oxford, 1935, págs. 237-66: ambos estudios se reimprimieron en su colección de ensayos *The intellectual heritage of the early middle ages,* ed. Chester G. Starr, Ithaca, N. Y., 1957, págs. 93-116, 117-49. Sobre Beda véase también R. W. Southern, *Medieval humanism and other studies,* Oxford, 1970, págs. 1-8.

Los versos de Alcuino sobre el contenido de la biblioteca de York pueden encontrarse en sus *Versus de sanctis Euboricensis Ecclesiae,* 1535 sigs., ed. E. Dümmler, *MGH, Poetae latini aevi Carolini,* vol. 1, Berlin, 1880-1, págs. 203-4.

Para el aspecto general de la cuestión de la contribución de irlandeses e ingleses a la transmisión de la sabiduría clásica tenemos ahora el estudio magistral de T. J Brown, «A historical introduction to the use of classical Latin authors in the British Isles from the fifth to the eleventh century», en *La cultura antica nell'occidente latino dal VII all'XI secolo (Settimane di studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo,* 22, Spoleto, 1975, vol. 1), págs. 237-299.

3

La obra fundamental sobre la actividad misionera de los anglosajones continúa siendo la de W. Levison, *England and the Continent in the eighth century,* Oxford, 1946; véanse especialmente las págs. 132-73.

Virgilio de Salzburgo fue identificado como autor de la *Cosmographia* por H. Löwe, *Ein literarischer Widersacher des Bonifatius, Virgil von Salzburg und die Kosmographie des Aethicus Ister (Abhandl. der Akad. der Wissenschaften und der Literatur in Mainz,* 11), 1951; aunque se ha discutido dicha identificación: véase K. Hillkowitz, *Die Kosmographie des Aethicus Ister,* Frankfurt, 1973. Para más detalles acerca de la tradición de Pomponio Mela véanse la pág. 105 y las notas al apartado 8 de este capítulo.

4

Una de las dificultades para definir el papel desempeñado por los irlandeses y los ingleses en la transmisión de los textos clásicos es la naturaleza imprecisa de la expresión «tradición insular», que puede aplicarse en varios sentidos: cuando uno o más manuscritos de un texto fueron realmente escritos en las Islas Británicas, o cuando fueron escritos en escritura insular en el Continente, o cuando fueron asociados a una fundación irlandesa o anglo-sajona, o cuando hay indicios, más o menos conjeturales, de que un ejemplar perdido perteneció a algunas de las anteriores categorías. La vía que siguió la corriente cultural desde Italia a las Islas Británicas y luego de vuelta al Continente es con mucho la *romantische Strasse* de la transmisión de textos, y puede documentarse de un modo llamativo en algunas tradiciones bíblicas, como en el caso de los Evangelios de Fulda y Echternach, y, todavía más claramente, en el Codex Amiatinus (Laur. Amiat. 1), en cuya historia desempeñó Inglaterra un papel indudable. Esta gran Biblia fue escrita en Wearmouth o en Jarrow como parte del proyecto de Ceolfrido de ejecutar tres pandectas de la Biblia, y fue muy probablemente utilizada por el propio Beda, pero gran parte de su decoración se inspiró en la del perdido *codex grandior* de Casiodoro, escrito en Vivarium y trasladado de Roma a Northumbria por Ceolfrido, como uno de los resultados de su viaje del 678 junto con Benedict Biscop; cuando aquél llevaba de nuevo el Amiatinus a Roma, como regalo al Papa, murió en Langres en el año 716 (cf. J. W. Halporn, «Pandectes, Pamdecta, and the Cassiodorian commentary on the Psalms», *Revue bénédictine,* 90 (1980), 290-300). Desgraciadamente no es fácil verificar tales viajes románticos de los textos clásicos, y algunas tradiciones insulares que en otros tiempos se habían supuesto alegremente se han evaporado, tales como el prearquetipo insular de Lucrecio, que en realidad no parece haber llegado a Inglaterra antes de fines del siglo XV (cf. F. Brunhölzl, *Hermes,* 90 (1962), 97-104: V. Brown, *HSCP,* 72 (1967), 301-10). Para un examen reciente del significado de los síntomas insulares en la tradición de los textos clásicos, véase Brown, *op. cit.,* 281-9.

Para los manuscritos de Plinio, Justino y Servio, véase *CLA,* X. 1578, IX. 1370, *Suppl.* 1806.

5

Los planes educativos de Carlomagno quedan establecidos explícita y completamente en el mandato que envió a Baugulf, abad de Fulda, entre el 794 y el 800. Este documento ha sido editado y estudiado extensamente por L. Wallach en *Speculum*, 26 (1951), 288-305, reimpreso en su *Alcuin and Charlemagne*, Ithaca, N. Y., 1959, ed. rev. 1967, págs. 198-226. De especial interés es el intento de demostración de Wallach, según el espíritu y el estilo del documento, de que Alcuino había tenido parte en su composición. Para la actividad educativa de la Escuela Palatina, véase F. Brunhölzl, «Der Bildungsauftrag der Hofschule», en *Karl der Grosse, Lebenswerk und Nachleben*, vol. 2, *Das geistige Leben*, ed. B. Bischoff, Düsseldorf, 1965, págs. 28-41. Para un estudio general véase D. Bullough, *The age of Charlemagne*, London, 1973², así como su trabajo «Roman books and Carolingian Renovatio», *Studies in Church history*, 14 (1977), 23-50.

6

Nuestro breve resumen de la compleja y a veces controvertida historia de las escrituras nacionales, y el desarrollo de la minúscula carolina, ha sido simplificado de acuerdo con el contenido y la naturaleza de esta obra. Para los manuscritos beneventanos, que son del mayor interés para los filólogos clásicos, véase E. A. Loew, *The Beneventan script. A history of the South Italian minuscule*, 2nd. ed. prepared and enlarged by Virginia Brown, Roma, 1980; véanse también sus *Palaeographical papers*, vol. 1, págs. 70-91; vol. 2, págs. 477-9.

S. Prete *(Observations on the history of textual criticism in the medieval and Renaissance periods*, Collegeville, Minn., 1971, pág. 16, n. 40) ha llamado la atención hacia dos manuscritos visigóticos de autores clásicos. Parece que hay al menos cuatro: un manuscrito de Ausonio del siglo IX, escrito en realidad por españoles emigrados en Lyon (Leiden, Voss. lat. F. 111), un Terencio del siglo XI (Madrid, B. N., Vitr. 5-4), fragmentos de otro Terencio del siglo XII (León, Catedral, Fragm. 3), y un Lucano de fines del siglo XI o principios del XII (Vat. Ottob. lat. 1210 + Vat. Pal. lat. 869). La posibilidad de que hayan desaparecido ejemplares en minúscula precarolina no ha sido quizá suficientemente considerada; para un punto de vista diferente véase S. Timpanaro, *Maia*, 22 (1970), 288.

7

La mejor introducción a la Biblioteca Palatina es el trabajo de B. Bischoff, «Die Hofbibliothek Karls des Grossen», en *Karl der Grosse,* págs. 42-62 (= *Mitt. Studien* 3, págs. 146-69); así como su edición del manuscrito que contiene la lista de libros, *Sammelhandschrift Diez B. Sant. 66. Grammatici latini et catalogus librorum,* Graz, 1973. Merece la pena hacer notar que el compilador de la lista de libros, un italiano, tuvo interés en consignar sólo los títulos de los libros clásicos de la colección. Sobre la atribución de los manuscritos de Lucrecio y Vitruvio a la Escuela Palatina véase el trabajo del mismo en *IMU,* 15 (1972), pág. 38, n. 3; *Mitt. Studien* 3, pág. 282.

Sobre la Biblioteca Palatina bajo los sucesores de Carlomagno véase B. Bischoff, «Die Hofbibliothek unter Ludwig dem Frommen», en *Medieval learning and literature. Essays presented to Richard William Hunt* (ed. J. J. G. Alexander and M. T. Gibson), Oxford, 1976, págs. 3-22 (= *Mitt. Studien* 3, págs. 170-86); R. McKitterick, «Charles the Bald (823-877) and his library», *The English historical Review,* 95 (1980), 28-47. Entre los libros regalados a Carlos el Calvo o copiados para él se encontraba un manuscrito de Vegecio que Freculphus, obispo de Lisieux, había corregido y preparado especialmente para él.

Sobre Hadoardo y los manuscritos de Corbie véase B. Bischoff, «Hadoardus and the manuscripts of classical authors from Corbie», *Didaskaliae. Studies in honor of Anselm M. Albareda,* ed. S. Prete, New York, 1961, págs. 41-57, reimpreso en alemán en *Mitt. Studien* 1, págs. 49-63.

Las noticias sobre la existencia de obras clásicas en las bibliotecas carolingias se derivan principalmente de los catálogos supervivientes o se deducen de las tradiciones manuscritas de cada uno de los textos. La información sobre catálogos fue reunida, aunque a veces haya quedado anticuada, por M. Manitius, *Handschriften antiker Autoren in mittelalterlichen Bibliothekskatalogen (Zentralblatt für Bibliothekswesen,* Beiheft 67), Leipzig, 1935. Véase también B. Bischoff, «Panorama der Handschriftenüberlieferung aus der Zeit Karls des Grossen», *Karl der Grosse,* vol. 2, págs. 233-54, «Das benediktinische Mönchtum und die Überlieferung der klassischen Literatur», *Studien und Mitteilungen zur Geschichte des Benediktiner-Ordens und seiner Zweige,* 92 (1981), 165-90.

8

La verdadera identidad del «corrector sajón», que había inquietado a varias generaciones, fue finalmente revelada por B. Bischoff en el catálogo de la Exposición sobre Carlomagno en Aquisgrán en 1965; cf. *Karl der Grosse, Werk und Wirkung,* Aachen, 1965 (= *Charlemagne, oeuvre, rayonnement el*

survivances, Aix-la-Chapelle, 1965), págs. 202-3. Para más información sobre Dungal véase Bischoff, «Die Bibliothek im Dienste der Schule», *Settimane di studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo*, 19 (Spoleto, 1972), 410-12; M. Ferrari, «In Papia conveniant ad Dungalium», *IMU*, 15 (1972), 1-32. Sobre Hadoardo, véanse las notas al apartado VII, y añádase C. H. Beeson, «The collectaneum of Hadoard», *CPh*, 40 (1945), 201-22. El libro de anotaciones de Walafrid Strabo fue identificado y descrito por Bischoff en «Eine Sammelhandschrift Walafrid Strabos (Cod. Sangall. 878)», *Aus der Welt des Buches, Festschrift Georg Leyh (Zentralblatt für Bibliothekswesen*, Beiheft 75), Leipzig, 1950, págs. 30-48; este artículo se ha reimpreso aumentado en *Mittelalterliche Studien*, vol. 2, págs. 34-51, y las adiciones incluyen el descubrimiento de la intervención de Walafrid en la tradición de Horacio. Sobre el extracto de Séneca véase L. D. Reynolds, *The medieval tradition of Seneca's letters*, Oxford, 1965, págs. 92-3 y lám. 1; sobre Columela, A. Josephson, *Die Columella-Handschriften*, Uppsala, 1955, págs. 39-41.

Para un estudio general sobre Lupus véase P. E. von Severus, *Lupus von Ferrières, Gestalt und Werk eines Vermittlers antiken Geistesgutes an das Mittelalter im 9. Jahrhundert*, Münster in Westf., 1940. Véase también M. L. W. Laistner, *Thought and letters*, págs. 252 sigs. C. H. Beeson ha editado un facsímil del manuscrito del *De oratore* copiado por Lupus: *Servatus Lupus as scribe and text critic (Mediaeval Academy of America Publications*, núm. 4), Cambridge, Mass., 1930. Véase una lista actualizada de los otros libros que aquél anotó y corrigió en E. Pellegrin, «Les manuscrits de Loup de Ferrières», *BEC*, 115 (1957), 5-31. Sus intereses eruditos quedan vivamente ilustrados en sus cartas editadas por L. Levillain, 2 vols., Paris, 1927-35; P. K. Marshall está preparando un nuevo texto de las mismas.

Para la Biblia de Teodulfo véase G. Pasquali, *Storia della tradizione*, pág. 155, n. 2.

Contamos con una buena edición del *florilegium* de Heiric: R. Quadri, *I «Collectanea», di Eirico di Auxerre (Spicilegium Friburgense*, 11), Fribourg, 1966. La historia de la transmisión de esta colección de textos, que incluye a Mela y a Julius Paris, una de las más fascinantes ya que puede ser seguida con casi total continuidad desde la antigüedad hasta el Renacimiento, ha sido hecha por Gius. Billanovich en «Dall'antica Ravenna alle biblioteche umanistiche», *Annuario dell'Università Cattolica del S. Cuore-Milano*, 1955-7, págs. 71-107; una primera versión apareció en *Aevum*, 30 (1956), 319-53.

9

Sobre Ratherius y el texto de la primera década de Livio, véase Gius. Billanovich, «Dal Livio di Raterio (Laur. 63, 19) al Livio del Petrarca (B. L. Harl. 2493)», *IMU*, 2 (1959), 103-78. La historia primitiva de la tradición de Catulo y la intervención en ella de Ratherius continúan constituyendo un

enigma. Para puntos de vista diferentes véanse B. L. Ullman, *Studi in onore di Luigi Castiglioni*, vol. 2, Firenze, 1960, págs. 1.031 sigs.; G. Billanovich, *op. cit.*, págs. 164-5. Para más testimonios de que Catulo era conocido en la Europa del Norte en el siglo IX véase R. G. M. Nisbet, *PCPS*, 24 (1978), 92-115, y en especial 106-7.

El artículo fundamental sobre la historia del texto de Livio, y en especial el de las décadas tercera y cuarta, es el de Gius. Billanovich, «Petrarch and the textual tradition of Livy», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 14 (1951), 137-208. Para la historia primitiva de la cuarta década véanse las págs. 183 sigs., así como A. H. McDonald, en el prefacio a la edición de Oxford de Livio XXXI-XXXV (= vol. 5), págs. X sigs.

El manuscrito en primitiva minúscula galesa que contiene el *Ars amatoria* de Ovidio es una pieza muy notable, cf. R. W. Hunt, *Saint Dunstan's classbook from Glastonbury (Umbrae Codicum Occidentalium*, 4), Amsterdam, 1961.

10

Sobre Monte Cassino y sus manuscritos véanse las notas al apartado VI, y además: F. Brunhölzl, *Zum Problem der Cassinenser klassiker Überlieferung*, München, 1971 *(Abhandlungen der Marburger Gelehrten Gesellschaft*, 1971, núm. 3); H. Bloch, «Monte Cassino's teachers and library in the High Middle Ages», *Settimane*, 19.2 (Spoleto, 1972), 563-605; G. Cavallo, «La transmissione dei testi nell'area beneventanocassinese», *Settimane*, 22 (Spoleto, 1975), 257-424. En general parece que guardó sus manuscritos durante toda la Edad Media. Con excepción de los *Diálogos* de Séneca, lo que podemos llamar los «textos casinenses» no empezaron a circular hasta el Renacimiento. Un facsímil del Tácito fue publicado por E. Rostagno, *Codices graeci et latini photographice depicti*, vol. 7, parte 2, Leiden, 1902. Éste y el Apuleyo han sido estudiados con amplitud por Lowe: *CQ*, 14 (1920), 150-5 (= *Palaeographical papers*, vol. 1, págs. 92-8), y *Casinensia*, Monte Cassino, 1929, págs. 257-72 (= *Palaeographical papers*, vol. 1, págs. 289-302). Sobre Séneca y Monte Cassino véase L. D. Reynolds, *CQ* n. s., 18 (1968), 355-72; sobre Juvenal, J. G. Griffith, *Hermes*, 91 (1963), 104 sigs.

11

Para un estudio general véase C. H. Haskins, *The Renaissance of the twelfh century*, Cambridge, Mass., 1927; G. Paré, A. Brunet, P. Tremblay, *La Renaissance du douzième siècle*, Paris, 1933; *Entretiens sur la Renaissance du XIII^e^ siècle*, ed. M. de Gandillac y E. Jeauneau, Paris-La Haye, 1968, C. Brooke, *The twelfth century Renaissance*, London, 1969; *Die Renaissance der Wissenschaften im 12. Jahrhundert*, ed. P. Weimar, Zürich, 1981. Inglaterra es situada en su contexto por R. W. Southern, «The place of England in the

twelfth century Renaissance», *Medieval humanism and other studies,* Oxford, 1970, págs. 158-180, basado en un trabajo previo en *History,* 45 (1960), 201-16. Véase también R. W. Hunt, «The deposit of Latin classics in the twelfth-century Renaissance», *Classical influences,* págs. 51-5.

Sobre la capacidad de lectura en la sociedad medieval, materia muy estudiada últimamente, se podrá ver primeramente: H. Grundmann, «*Litteratus-illustratus:* der Wandel einer Bildungsnorm vom Altertum zum Mittelalter», *Archiv für Kulturgeschichte,* 40 (1958), 1-65 (= *Ausgewählte Aufsätze,* 3: *Bildung und Sprache,* Stuttgart, 1978, págs. 1-66), y M. B. Parkes, «The literacy of the laity», *Literature and Western civilization,* ed. D. Daiches y A. Thorlby, 2: *The medieval world,* London, 1973, págs. 555-77.

Sobre Juan de Salisbury: H. Liebeschütz, *Mediaeval humanism in the life and writings of John of Salisbury,* London, 1950; J. Martin, «John of Salisbury's manuscripts of Frontinus and of Gellius», *JWI,* 40 (1977), 1-26, y «Uses of tradition: Gellius, Petronius, and John of Salisbury», *Viator,* 10 (1979), 57-76 (estos dos artículos ponen perfectamente de manifiesto la forma en que aquél utilizó sus fuentes clásicas).

Sobre Guillermo de Malmesbury: H. Farmer, «William of Malmesbury's life and works», *Journal of ecclesiastical history,* 13 (1962), 39-54; y varios artículos de R. M. Thomson, principalmente «The reading of William of Malmesbury», *Revue bénédictine,* 85 (1975), 362-402; 86 (1976), 327-35, 89 (1979), 313-24, y «The scriptorium of William of Malmesbury», *Medieval scribes, manuscripts and libraries: Essays presented to N. R. Ker,* London, 1978, págs. 117-42. Es especialmente impresionante el conocimiento que aquél tenía de Cicerón, si bien difícil de evaluar, ya que el corpus ciceroniano de Cambridge (copiado en Colonia en 1444) parece contener textos de origen continental; véase Thomson, art. cit. de 1975, págs. 372-77; de 1976, pág. 330, y de 1979, pág. 316.

El *Florilegium Gallicum* ha sido estudiado, en cuanto a los textos clásicos que contiene, por B. L. Ullman en una serie de artículos en *CPh,* 23-27 (1928-32); véase un sumario en el último de ellos, 27 (1932), 1-42. Véase también A. Gagnér, *Florilegium Gallicum. Untersuchungen und Texte zur Geschichte der mittellateinischen Florilegienliteratur,* Lund, 1936, y la edición parcial de J. Hamacher, Bern, 1975. Esta antología fue utilizada por el autor de otro importante *florilegium* del siglo XII, el *Moralium dogma philosophorum* (ed. J. Holmberg, Uppsala, 1929), y por Vincent de Beauvais en el siglo XIII (véase pág. 114).

Contamos ahora con un estudio de conjunto sobre los florilegios: B. Munk Olsen, «Les classiques latins dans les floriléges médiévaux antérieurs au XIII^e^ siècle», *RHT,* 9 (1979), 47-121, y 10 (1980), 115-64.

12

La *Biblionomia* de Richard de Fournival fue editada por L. Delisle, *Le Cabinet des manuscrits de la Bibliothèque Nationale,* vol. 2, Paris, 1874, págs. 518-35. Para el estudio de su biblioteca véanse los trabajos más recientes de R. H. Rouse, «Manuscripts belonging to Richard of Fournival», *RHT,* 3 (1973), 242-69, «Florilegia and Latin classical authors in twelfth and thirteenth century Orleans», *Viator,* 10 (1979), 131-60, especialmente 138 sigs. B. L. Ullman llevó a cabo valiosos trabajos de pionero, identificando el Propercio de Fournival con el actual Voss. lat. O.38 y poniendo de manifiesto los nexos entre su biblioteca y la de Corbie; cf. en especial «The library of the Sorbonne in the fourteenth century», *The septicentennial celebration of the founding of the Sorbonne College in the University of Paris,* Chapel Hill, N. C., 1953, págs. 33-47, reimpreso en sus *Studies in the Italian Renaissance,* Roma, 1955, págs. 41-53. Otro interesante manuscrito que perteneció a Fournival es el más antiguo ejemplar superviviente de la traducción del *Fedón* por Aristipo (véase pág. 118); es el Paris lat. 16581, probablemente el padre del manuscrito de Petrarca (cf. *Plato latinus,* vol. 2: *Phaedo,* ed. L. Minio-Paluello, London, 1950, págs. XI sigs.).

Para un amplio estudio reciente de la traducción manuscrita de las *Tragedias* de Séneca, véase R. J. Tarrant, *Seneca Agamemnon,* Cambridge, 1976, págs. 23-87.

La tradición medieval de los *Diálogos* ha sido estudiada por L. D. Reynolds, *CQ* n. s., 18 (1968), 355-72. La historia primitiva de este texto es enteramente italiana, y por este motivo resulta especialmente interesante. Todo el proceso esencial, desde la copia del arquetipo, pasando por la contaminación y la corrección, hasta la aparición de la versión vulgata, tuvo lugar en Italia, en un período —entre finales del siglo XI y mediados del XIII— en el que raramente se había supuesto un tan vivo interés por los clásicos.

Las actividades de los frailes ingleses han sido iluminadas y enfocadas por Beryl Smalley, *English friars and antiquity in the early fourteenth century,* Oxford, 1960.

13

Sobre los traductores del siglo IX véase P. Lemerle, *Le premier humanisme byzantin,* págs. 13-16; éste subestima la posibilidad de algún conocimiento del griego en Saint Gall; véase la introducción de L. Bieler al facsímil del Psalterio de Basilea (ms. A.VII.3), publicado en el vol. 5 de Umbrae Codicum Occidentalium, Amsterdam, 1960, en especial pág. XIX.

Burgundio de Pisa es estudiado por E. M. Buytaert en el prefacio a su edición de *St. John Damascene, de fide orthodoxa, versions of Burgundio and*

Cerbanus, Saint Bonaventura, 1955. De Jacobo de Venecia trata L. Minio-Paluello, *Traditio,* 8 (1952), 265-304.

Información básica sobre los traductores del siglo XII, así como otras muchas noticias, puede encontrarse en C. H. Haskins, *Studies in the history of medieval science,* Cambridge, Mass., 1927², págs. 141-241. E. Grant, *Speculum,* 46 (1971), 656-79, formula serias dudas a la idea de que la *Pneumatica* de Herón fuese conocida en versión latina en época tan temprana como el siglo XII.

La copia del Pseudo-Dionisio de Grosseteste fue identificada por R. Barbour, *Bodleian Library Record,* 6 (1958), 401-16. L. Labowsky, *Medieval an Renaissance studies,* 5 (1961), 155-63, ha encontrado un ex-libris de Guillermo de Moerbeke en el ms. Marc. gr. 258, arquetipo de las *opera minora* de Alejandro de Afrodisias.

La actividad de Moerbeke puede estudiarse en los varios volúmenes de la serie *Aristoteles latinus,* y un resumen adecuado del actual estado de conocimientos nos lo da B. Schneider, *Die mittelalterlichen griechisch-leteinischen Uebersetzungen der Aristotelischen Rhetorik,* Berlin, 1971, págs. 5-9. Las traducciones de Moerbeke fueron muy populares; sobreviven 98 manuscritos de su *Retórica,* y Dante pone de manifiesto su conocimiento de la obra en esta versión.

Las traducciones medievales se hicieron en general palabra por palabra, y una muestra de la falta de carácter idiomático es que a partir de 1266 Moerbeke se sintió impelido a reproducir el artículo determinado griego utilizando para ello el francés «le»; la falta de artículo en latín había hecho imposible trasladar con propiedad muchas expresiones abstractas.

Pueden recomendarse dos trabajos de B. Bischoff sobre asuntos relacionados con este apartado: «The study of foreign language in the Middle Ages», *Speculum,* 36 (1961), 209-24, y «Das griechische Element in der abendländischen Bildung des Mittelalters», *BZ,* 44 (1951), 27-55; ambos han sido reimpresos (el primero aumentado) en sus *Mittelalterliche Studien,* vol. 2, págs. 227-45 y 246-75.

CAPÍTULO IV

I

Los primeros estudios importantes sobre el origen del termino «humanista» aparecieron casi simultáneamente: P. O. Kristeller, «Humanism and scholasticism in the Italian Renaissance», *Byzantion,* 17 (1944-5), 346-74, y A. Campana, «The origin of the word *humanist*», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes,* 9 (1946), 60-73. Véase el siguiente nuevo estudio con bibliografía reciente: R. Avesani, «La professione dell'*umanista* nel cinquecento», *IMU,* 13 (1970), 205-323.

El problema más amplio del origen del humanismo italiano y su lugar en el contexto del Renacimiento queda fuera del contenido de este libro, pero debemos mencionar aquí algunos de los estudios más generales que han contribuido a dar forma a este capítulo: P. O. Kristeller, varios ensayos y conferencias reunidos en *Studies in Renaissance thought and letters,* Roma, 1956, y *Renaissance thought,* vols. 1-2, New York, 1961-5; Kenneth M. Setton, «The Byzantine background to the Italian Renaissance», *Proc. Amer. Philosoph. Soc.,* 100 (1956), 1-76; F. Simone, *Il Rinascimento francese,* Torino, 1965[2] (versión inglesa puesta al día por H. Gaston Hall, *The French Renaissance,* London, 1969); Beryl Smalley, *English friars,* págs. 280-98; B. L. Ullman, *Studies in the Italian Renaissance,* Roma, 1955; R. Weiss, *The dawn of humanism in Italy,* London, 1947, *The spread of Italian humanism,* London, 1964, y *The Renaissance discovery of classical antiquity,* Oxford, 1969.

Aunque en muchos aspectos estén anticuadas, las obras fundamentales sobre el redescubrimiento de los textos clásicos continúan siendo las de R. Sabbadini: *Le scoperte dei codici latini e greci ne'secoli XIV e XV,* 2 vols., Firenze, 1905-14, reimpresa con adiciones y correcciones del autor y una introducción de E. Garin, Firenze, 1967; *Storia e critica di testi latini,* Catania, 1914, de la que ha aparecido una segunda edición *(Medioevo e Umanesimo,* 11, Padova, 1971) con nuevos índices y una bibliografía completa de las obras de Sabbadini.

2

La primera indicación real de la fuerza del prehumanismo paduano la dio Gius. Billanovich en *I primi umanisti e le tradizioni dei classici latini,* Fribourg, 1953. G. Billanovich, «Veterum vestigia vatum», *IMU,* 1 (1958), 155-243, puso de manifiesto los testimonios del amplio conocimiento de la poesía latina mostrado por los miembros de este círculo. Su poesía no está todavía adecuadamente editada ni es fácilmente accesible; véase la bibliografía en G. Billanovich, *ibid.,* pág. 181. Un estudio general del prehumanismo en Padua, en Verona y en el Véneto puede ahora encontrarse en los artículos de G. Billanovich, R. Avesani y L. Gargan en la *Storia della cultura veneta,* vol. 2, *Il trecento,* Vicenza, 1976, págs. 19-170. *Ecerinide* de Mussato fue editada por L. Padrin, Bologna, 1900, y los textos relativos al estudio de las *Tragedias* de Séneca en Padua han sido editados, con un estudio completo, por A. Kh. Megas, Ὁ προουμανιστικὸς κύκλος τῆς Πάδουας *(Lovato Lavati-Albertino Mussato)* καὶ οἱ τραγωδίες τοῦ *L. A. Séneca,* Tesalónica, 1967 (sumario en inglés, págs. 229-33). Para un buen estudio sobre Lovato véase R. Weiss, *Italian studies,* 6 (1951), 3-28. Sobre Geremia da Montagnone tratan Weiss, *Il primo secolo dell'umanesimo,* Roma, 1949, págs. 15-20, y Ullman, «Hieremias de Montagnone and his citations from Catullus», *CPh,* 5 (1910), 66-82, reimpreso en *Studies,* págs. 81-115. Sobre Benvenuto Campesani véase Weiss,

Bollettino del Museo Civico di Padova, 44 (1955), 129-44; para una ingeniosa solución al enigma de su epigrama sobre Catulo, H. L. Levy, «Catullus and Cangrande della Scala», *TAPA,* 99 (1968), 249-53.

3

El estudio de los manuscritos de Petrarca y de su obra sobre el texto de los autores clásicos ha experimentado un crecimiento tal y cubre un terreno tan amplio que ha sido necesario ser muy selectivo en este apartado y concentrarse en los ejemplos más importantes. Sobre la contribución de Petrarca a la tradición de Livio y Mela véanse los artículos de Gius. Billanovich citados en la pág. 248; sobre Propercio, véase B. L. Ullman, «The manuscripts of Propertius», *CPh,* 6 (1911), 282-301, *Studies,* págs. 181-92. Buenos estudios sobre las listas de libros favoritos de Petrarca nos proporcionan Ullman, «Petrarch's favourite books», *TAPA,* 54 (1923), 21-38 (reimpreso en *Studies,* págs. 117-37), y H. Rüdiger, en *Geschichte der Textüberlieferung,* I, 526-37; Ullman fue el primero que demostró la significación precisa de la lista. A. Petrucci, *La scrittura di Francesco Petrarca (Studi e Testi,* 248), Vaticano, 1967, nos proporciona una lista de manuscritos petrarquescos y una bibliografía muy útil. La obra precursora de P. de Nolhac, *Pétrarque et l'humanisme,* 2.ª ed., vols. 1-2. París, 1907, no debe ser olvidada, aunque esté inevitablemente anticuada en muchos aspectos.

La importancia de Aviñón se puede apreciar tras el estudio de cualquier texto que pasó por allí. Su significado como vía de paso de manuscritos a Italia fue señalado por Ullman en 1941 *(Philological Quarterly,* 20 (1941), 213-17 = *Studies,* págs. 29-33), y estudios recientes sobre textos particulares han puesto de manifiesto de manera evidente su teoría. Otros estudios sobre Aviñón como centro cultural: F. Simone, *Il Rinascimento,* págs. 9-24; W. Braxton Ross, «Giovanni Colonna, historian at Avignon», *Speculum,* 45 (1970), 533-45.

Billanovich, *I primi umanisti,* págs. 29-33, trata del redescubrimiento de los manuscritos de Monte Cassino y de la parte que en él tuvo Zanobi da Strada.

4

Tenemos la fortuna de poseer un estudio reciente de largo alcance sobre Coluccio de B. L. Ullman, *The humanism of Coluccio Salutati (Medioevo e Umanesimo,* 4), Padova, 1963. También debe consultarse su libro *The origin and development of the humanistic script,* Roma, 1960.

5

Donde mejor puede seguirse todavía la historia fantástica de los descubrimientos de Poggio es en la obra de Sabbadini, aunque los detalles deben ser

comprobados en los estudios recientes sobre cada uno de los correspondientes textos. Véase también A. C. Clark, *Inventa italorum (Anecdota Oxoniensia, Classical Series,* Part 11), Oxford, 1909. La expedición de Poggio a Cluny en la primavera de 1415 continúa siendo dudosa: cf. T. Foffano, *IMU,* 12 (1969), 113-28. Las obras de Ullman citadas en el apartado precedente contienen materiales importantes, en especial sobre la contribución de Poggio al desarrollo de la nueva escritura, y continúan apareciendo los manuscritos de mano de Poggio. Una de las identificaciones recientes más importantes fue la hecha por A. Campana de la copia autógrafa de Poggio (Vat. lat. 11458) de los ocho discursos de Cicerón que Poggio había encontrado en 1417; cf. *Codices Vaticani Latini,* vol. 8 (1959), págs. 93 sigs. Sobre su copia de Catulo, Marc. lat. XII.80 (4167), véase A. C. de la Mare y D. F. S. Thomson, «Poggio's earliest manuscript?», *IMU,* 16 (1973), 179-95. La detallada obra de C. Questa sobre la contribución de Poggio a la tradición textual de las doce piezas de Plauto nos permite hacer algunas deducciones sobre su habilidad filológica: *Per la storia del testo di Plauto nell'umanesimo,* 1: *La 'recensio' di Poggio Bracciolini,* Roma, 1968. La bibliografía básica es la de E. Walser, *Poggius Florentinus: Leben und Werke,* Leipzig, 1914, aunque, se necesitaría una nueva; entre tanto tenemos la fortuna de contar con el artículo de E. Bigi y A. Petrucci, *Dizionario biografico degli italiani,* vol. 13 (1971), págs. 640-6, y la obra de P. W. Goodhart Gordan, *Two Renaissance book-hunters,* New York, 1974.

Gilbert Ouy (cf. *Annuaire de l'école pratique des hautes études (IV^e^ Section, Sciences hist. et philol.),* 1965-6, 259) descubrió que la mejor copia del perdido Vetus Cluniacensis es obra de Nicolás de Clémanges; la obra de G. Ouy sobre los manuscritos de Nicolás de Clémanges está todavía pendiente de publicación.

El punto de vista tradicional, de que los humanistas no poseyeron un texto completo de Quintiliano hasta que Poggio descubrió el manuscrito de Saint Gall (hoy en Zürich, Stadtbibl. 288) en 1416, no fue invalidado, como algunos han pensado, por el intento de Sabbadini de probar que Nicolás de Clémanges poseyó el texto completo (*Le scoperte*[2], págs. 84-5; *Storia,* págs. 283-4). Nicolás pudo indudablemente haber encontrado un Quintiliano completo al Norte de los Alpes de haber buscado en los sitios adecuados, pero los testimonios aportados por Sabbadini lo único que prueban es que tuvo acceso, como otros humanistas primitivos, a un *mutilus* más el extracto del libro 10 (1.46-107) que circuló separado o en conjunción con el texto incompleto; cf. P. S. Boscoff, *Speculum,* 27 (1952), 71 sigs.; M. Winterbottom, *CQ* n. s., 17 (1967), 339, n. 5.

El testimonio que la existencia del Veleyo de Murbach en agosto de 1786 fue publicado por A. Allgeier en *Miscellanea Mercati,* 6 *(Studi e Testi,* 126), 1946, 457 sigs.

6

E. J. Kenney escribió un penetrante artículo sobre las limitaciones de la filología humanística y el problema de su valoración: «The character of humanist philology», *Classical influences*, ed. Bolgar, págs. 119-28.

Poseemos un estudio detallado de la constitución de una de las más ricas e influyentes bibliotecas del Renacimiento: B. L. Ullman y P. A. Stadter, *The public library of Renaissance Florence: Niccolò Niccoli, Cosimo de'Medici and the Library of San Marco (Medioevo e Umanesimo,* 10), Padova, 1972.

La *Opera Omnia* de Valla se ha reimpreso con prefacio de E. Garin y otros materiales, 2 vols., Torino, 1962. Una recensión de sus *Adnotationes in Novum Testamentum* diferente de la impresa por Erasmo fue descubierta y editada por A. Perosa, Firenze, 1970. Buena muestra de sus trabajos sobre textos latinos son los dedicados a Livio y Quintiliano. Para Livio véase Gius. Billanovich, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes,* 14 (1951), 137 sigs., *IMU,* 1 (1958), 245-64 (con M. Ferraris) y 265-75; para Quintiliano, M. Winterbottom, *CQ* n. s., 17 (1967), 356 sigs.

Una buena idea de la amplitud de actividades de Poliziano nos da el catálogo de la exposición celebrada en la Biblioteca Laurenziana en 1954 *(Mostra del Poliziano,* a cura di A. Perosa, Firenze, 1955). Véase también *Il Poliziano e il suo tempo, Atti del IV convegno internazionale di studi sul Rinascimento,* Firenze, 1957; I. Maier, *Les manuscrits d'Ange Politien (Travaux d'humanisme et Renaissance,* 70), Genève, 1965; E. J. Kenney, *The classical text,* Berkeley, 1974, págs. 4-10. Tenemos la suerte de conservar todavía las notas autógrafas que Poliziano utilizó para sus cursos universitarios sobre las *Silvae* de Estacio y sobre Suetonio: L. Cesarini Martinelli, *Angelo Poliziano: commento inedito alle Selve di Stazio,* Firenze, 1978; G. Gardenal, *Il Poliziano e Suetonio. Contributo alla storia della filologia umanistica,* Firenze, 1975 (pero véase L. Cesarini Martinelli, *Rinascimento,* 16 (1976), 111-31). Sus epigramas griegos fueron editados por A. Ardizzoni, Firenze, 1951; la *Miscellanea* será próximamente editada con un importante comentario por A. Perosa. La *Centuria* recientemente descubierta ha sido publicada en *Angelo Poliziano, Miscellaneorum Centuria secunda,* ed. critica per cura di V. Branca-M. Pastore Stocchi, vols. 1-4, Firenze, 1972. Sobre su lugar en la historia de la filología clásica y especialmente en el desarrollo del método stemmático véase A. Grafton, «On the scholarship of Politian and its context», *JWI,* 40 (1977), 150-88.

7

Las fuentes primarias sobre este apartado, así como un extenso estudio, pueden encontrarse en A. Pertusi, *Leonzio Pilato fra Petrarca e Boccaccio,*

Venezia-Roma, 1964 (las págs. 62 sigs. tratan de su copia de Homero). F. Di Benedetto, «Leonzio, Omero e le *Pandette*», *IMU*, 12 (1969), 53-112, ha demostrado que Leonzio Pilato poseyó las Pandectas Florentinas y tradujo al latín las citas griegas del *Digesto*. La copia de Platón que poseyó Petrarca ha sido identificada como el Paris gr. 1807 por A. Diller, *CPh*, 59 (1964), 270-2.

Sobre Chrysoloras véase G. Cammelli, *Manuele Crisolora*, Firenze, 1941. El procedimiento para aprender el griego que tenían la mayoría de los humanistas fue aclarado por R. Sabbadini, *Il metodo degli umanisti*, Firenze, 1922, págs. 17-27, quien cita una carta de Ambrogio Traversari sobre su propia experiencia y otra de Aldo a Alberto Pio en la que se refirió al uso que de tales métodos hicieron Ermolao Barbaro, Pico della Mirandola y Poliziano. G. Cammelli, *Demetrio Calcondila*, Firenze, 1954, pág. 7, cita una carta de Giovanni Antonio Campano en la que se queja de que todavía no ha podido aprender griego por falta de profesor.

Sobre los descubrimientos de manuscritos en general véase R. Sabbadini, *Le scoperte*[2].

8

Una noticia breve y actualizada sobre Bessarion nos la da L. Labowsky en el *Dizionario biografico degli italiani*. La obra fundamental es la de L. Mohler, *Kardinal Bessarion als Theologe, Humanist und Staatsmann*, Paderborn, 1923-42; en el volumen tercero, subtitulado *Aus Bessarions Gelehrtenkreis*, págs. 70-87, se encontrará el tratado en que expone sus puntos de vista sobre el estado de la traducción Vulgata. Sus investigaciones paleográficas están expuestas en sus cartas a Alexios Láscaris Philanthropenos. Véase también J. Gill, *The Council of Florence*, Cambridge, 1959. Para celebrar el quinto centenario de su donación a Venecia se montó una exposición, cuyo catálogo, que contiene el texto del documento de donación, se publicó con el título de *Cento codici Bessarionei*, a cura di T. G. Leporace e E. Mioni, Venezia 1968.

Para las *Adnotationes* de Valla véase la edición de A. Perosa citada en el apartado VI, y en especial la pág. XXXIV, n. 64.

La bibliografía fundamental sobre Poliziano se ha dado igualmente en las notas al apartado VI.

9

Las autoridades sobre la primitiva imprenta en griego son R. Proctor, *The printing of Greek in the 15th century*, Oxford, 1900, reimpreso en 1966, y V. Scholderer, *Greek printing types 1465-1927*, London, 1927; véase también el trabajo de este último sobre «Printers and readers in Italy in the fifteenth century», *Proc. Brit. Acad.*, 35 (1949), 1-23. La gran reducción en el precio de los libros, que trajo consigo el nuevo invento, se pone de manifiesto en el pre-

facio de Giovanni Andrea De Bussi, obispo de Aleria, a la edición romana de las *Epístolas* de San Jerónimo impresa en 1468, donde dice (fol. 1v.), que los libros se podían adquirir entonces por una quinta parte del precio que solían tener; aunque esta observación sólo era aplicable a los textos en latín o en vernácula. El conocimiento del griego continuó siendo bastante raro durante algún tiempo; nos preguntamos si los frecuentes fragmentos y citas en esta lengua que aparecen en los escritos de Erasmo, que contaron con gran número de lectores, significan que en las primeras dos o tres décadas del siglo XVI la situación habría mejorado.

Sobre Aldo y Musuro puede consultarse D. J. Geanakoplos, *Greek scholars in Venice,* Cambridge, Mass., 1962, reimpreso en 1973 con el título *Byzantium and the Renaissance.* Sin embargo no estudia la contribución a la filología de aquéllos con suficiente detalle como para permitirnos formar un juicio acerca de su capacidad como críticos textuales, y en este aspecto se requieren nuevas investigaciones. El juicio favorable sobre la edición de Hesiquio que hizo Musuro procede de la edición de K. Latte, vol. 1, Copenhague, 1953, pág. XXXIII; de la adición al texto de Mosco trata W. Bühler en su edición de dicho autor *(Hermes Einzelschriften* 13), Wiesbaden, 1960, pág. 14; para una visión renovada sobre los escolios de Aristófanes véase N. G. Wilson, *CQ,* 12 (1962), 32-47 (la contribución de Musuro es menos sustancial de lo que se había creído antes). Sobre Aldo véase ahora M. Lowry, *The world of Aldus Manutius,* Oxford, 1979.

Para la historia de la biblioteca Marciana, que estuvo muy mal instalada y fue de difícil acceso durante más de medio siglo después de la donación de Bessarion, véase J. Valentinelli, *Bibliotheca manuscripta ad S. Marci Venetiarum, Codd. Mss. Latini,* vol. 1, Venezia, 1868, págs. 10-55, y L. Labowsky, *Bessarion's library and the Biblioteca Marciana,* Roma, 1979.

10

La erudición clásica de Erasmo no había sido objeto de un estudio monográfico adecuadamente informado. Ahora puede verse la segunda parte de la obra del Profesor Pfeiffer, *History of classical scholarship 1300-1850,* Oxford, 1976, págs. 71-81; en un trabajo suyo anterior, en *Historisches Jahrbuch,* 74 (1955), 175-88 (= *Ausgewählte Schriften,* München, 1960, págs. 218-21), trataba del concepto de Erasmo sobre la relación entre la erudición clásica y la teológica; cita Pfeiffer un aforismo revelador: una puntuación incorrecta, detalle mínimo en sí, puede dar lugar al nacimiento de una herejía («tantula res gignit haereticum sensum»). P. S. Allen, *Proc. Brit. Acad.,* 11 (1924), 349-68, sostiene que el principal servicio de Erasmo a la ciencia fue la edición de los textos patrísticos, principalmente los de los Padres latinos (sus intentos de reunir material para una edición de Crisóstomo nunca progresaron lo suficiente como para empezarse a imprimir). Véase también el trabajo de M. M. Phillips en *Erasmus,* ed. T. A. Dorey, London, 1970, págs. 1-30.

Sobre la preparación de la Biblia Complutense y del Nuevo Testamento de Erasmo véase el resumen de B. M. Metzger, *Text of the N. T.*, págs. 96-103. La utilización que Erasmo hizo de los manuscritos para su edición y para sus subsiguientes impresiones revisadas ha de deducirse a través de varias fuentes, entre las que se encuentran sus cartas y las observaciones que hace en diversos lugares de sus comentarios al Nuevo Testamento (la idea de una exposición sistemática de los manuscritos utilizados para una edición es relativamente moderna). Nuestro resumen se basa en la introducción de P. S. Allen a la carta 373 en el vol. 2 de *Opus epistolarum Desiderii Erasmi Roterodami*, Oxford, 1906-54, págs. 164-6. El estudio de Allen parece fiable, con la posible excepción de sus afirmaciones sobre el códice de Leicester. En lo que se refiere al códice Vaticano B (Vat. gr. 1209), Erasmo había sabido de su existencia en 1521, y cuando algunos años más tarde le fue recordada su importancia por el humanista y teólogo español Sepúlveda, no acertó a responderle como debía haberlo hecho; en su respuesta a Sepúlveda sugería que probablemente había habido interferencias de un manuscrito griego, al que se habían incorporado algunas lecturas de la Vulgata, sin darse cuenta de que la gran antigüedad de B hacía esto bastante poco probable; y adelantó la exagerada pero no totalmente irrazonable proposición de que el único camino para recuperar con seguridad el original griego era acudir a las citas de los autores patrísticos de los siglos III, IV y V (carta 2905, escrita en 1534).

Un buen modo de introducirse en los Adagia es por medio de la lectura de la obra de M. M. Phillips, *The «Adages» of Erasmus*, Cambridge, 1964; en las págs. 65-9 hay un estudio de la polémica surgida de la estancia de Erasmo en casa de Aldo; también trata de ésta D. J. Geanakoplos, *Greek scholars in Venice;* véanse especialmente las págs. 273-5 para la cuestión de la llamada pronunciación erasmiana del griego.

Para más orientación y bibliografía, cf. P. Petitmengin, «Comment étudier l'activité d'Érasme éditeur de textes antiques», *Colloquia Erasmiana Turonensia*, vol. 1 (Paris, 1972), págs. 217-22. Véase también E. Bloch, «Erasmus and the Froben Press: the making of an editor», *Library Quarterly*, 35 (1965), 109-120.

Sobre Séneca, L. D. Reynolds, *The medieval tradition of Seneca's letters*, Oxford, 1965, págs. 4-6; W. Trillitzsch, *Philologus*, 109 (1965), 270-93; M. M. Phillips, *op. cit.*, 15-17.

CAPÍTULO V

I

El *Ciceronianus* de Erasmo ha sido editado con una importante introducción por A. Gambaro, Brescia, 1965. Allí se estudia la historia de la controversia, pero también merece la pena consultar *«Atic» and baroque prose style:*

the anti-Ciceronian movement, ensayos de Morris W. Croll editados por Patrick-Evans-Wallace, Princeton, N. J., 1966 (edición de bolsillo en 1969). Sobre la familia Estienne véase especialmente E. Armstrong, *Robert Estienne, royal printer,* Cambridge, 1954. La obra de Vettori sobre el Aristóteles latino ha sido estudiada por B. Schneider, *Die mittelalterlichen griechisch-lateinischen Übersetzungen der Aristotelischen Rhetorik,* Berlin, 1971, págs. 73-6. La erudición de Robortello ha sido estudiada por A. Carlini, «L'attività filologica di Francesco Robortello», *Atti dell'Accademia di Udine,* 7 (1967), 36 sigs. La obra básica sobre Fulvio Orsini es todavía la de P. de Nolhac, *La bibliothèque de Fulvio Orsini (Bibl. de l'École des Hautes Études,* 74), Paris, 1887. Para la edición vaticana de San Agustín véase P. Petitmengin, «Le Saint Augustin de la typographie vaticane», *Recherches augustiniennes,* 4 (1966), 199-251. Para Thomas James véase N. R. Ker, «Thomas James' collation of Gregory, Cyprian and Ambrose», *Bodleian Library Record,* 4 (1952), 16-32.

2

Para conocer el avance de los estudios sobre el primitivo humanismo francés puede consultarse, además de la obra de F. Simone, *Il Rinascimento francese,* y otras obras citadas en las notas al capítulo anterior, lo siguiente: *Humanism in France al the end of the Middle Age and in the early Renaissance,* dirigido por A. H. T. Levi, Manchester, 1970; E. Ornato, *Jean Muret et ses amis Nicolas de Clamanges et Jean de Montreuil,* Genève, 1969.

Tenemos los siguientes estudios breves sobre Budé: L. Delaruelle, *Guillaume Budé: les origines, les débuts, les idées maîtresses,* Paris, 1907; J. Plattard, *Guillaume Budé et les origines de l'humanisme français,* Paris, 1966. Véase también R. R. Bolgar, «Humanism as a value system with reference lo Budé and Vives», *Humanism in France,* págs. 199-215, y el Catálogo de la Exposición sobre Budé, *VIII^e^ Congrès international Guillaume Budé,* Paris, 1968.

No hay tantos estudios recientes sobre cada uno de los estudiosos franceses de esta época como sería de desear. Constituye una excepción el de V. Hall, *Life of Julius Caesar Scaliger (1484-1558) (Trans. Amer. Philosoph. Soc.,* n. s., 40, Part 2), Philadelphia, Pa., 1950, y conserva su valor el clásico de Mark Pattison, *Isaac Casaubon,* 2.ª ed., Oxford, 1892. Para una brillante demostración de que la obra de Julius Scaliger fue una simplificación de la de Giulio Bordon véase M. Billanovich, «Benedetto Bordon e Giulio Cesare Scaligero», *IMU,* 11 (1968), 187-256.

Para el manuscrito de Plauto que tuvo Turnebus véase W. M. Lindsay, *The codex Turnebi of Plautus,* Oxford, 1898. A. Grafton está trabajando en una biografía a gran escala de Joseph Scaliger; hasta que aparezca, véase su «Joseph Scaliger's edition of Catullus (1577) and the tradition of textual criticism in the Renaissance», *JWI,* 38 (1975), 155-81.

3

El estudio de la erudición en los Países Bajos se ve facilitado por algunos buenos artículos de la *Biographie nationale,* publicada por la Académie Royale des Sciences et des Lettres et des Beaux-Arts de Belgique (1866-1944, con suplementos posteriores), y por la *Bibliographie de l'humanisme des anciens Pays-Bas* de A. Gerlo y H. D. I. Vervliet, Bruxelles, 1972. Isaac Vossius tiene un artículo propio en el *Dictionary of National Biography.* También son útiles: L. Müller, *Geschichte der klassischen Philologie in den Niederlanden,* Leipzig, 1869; G. Cohen, *Écrivains français en Hollande dans la première moitié du XVII^e siècle,* Paris, 1920.

Teniendo en cuenta la cantidad de tiempo y esfuerzo empleados en la edición de textos y en la producción de misceláneas críticas, no resultará sorprendente comprobar que existía un mercado para los estudios teóricos de crítica textual. Canter, al que se había anticipado Robortello, fue a su vez sucedido en 1597 por un estudioso alemán, Caspar Schoppe, cuyo *De arte critica* supuso para los textos latinos lo que Canter había hecho para los griegos; en él se intenta hacer también una breve historia de la crítica textual, pasando revista a los críticos antiguos y modernos. Exactamente un siglo después apareció la primera edición de la más ambiciosa *Ars critica* de Jean Le Clerc. Puede encontrarse un estudio crítico de tales *artes* en E. J. Kenney, *The classical text,* Berkeley, 1974, capítulo 2.

La búsqueda de manuscritos por Modius ha sido completamente documentada y estudiada por P. Lehmann, *Franciscus Modius als Handschriftenforscher (Quellen und Untersuchungen zur lateinischen Philologie des Mittelalters,* 3.1). München, 1908.

Para dos recientes puntos de vista sobre el Codex Blandinius de Horacio véase: Pasquali, *Storia della tradizione,* págs. 381 sigs.; E. Fraenkel, *Horace,* Oxford, 1957, págs. 97 sigs.

Los métodos de Lipsius han sido estudiados por J. Ruysschaert, *Juste Lipse et les Annales de Tacite: une méthode de critique textuelle au XVI^e siècle,* Louvain, 1949; véase también C. O. Brink, «Justus Lipsius and the text of Tacitus», *JRS,* 41 (1951), 32-51; F. R. D. Goodyear, *The Annals of Tacitus,* vol. I, Cambridge, 1972, págs. 8-10; J. Ruysschaert, «Juste Lipse, éditeur de Tacite», *Studi urbinati,* 53 (1979), 47-61.

N. Heinsius colacionó tal número de manuscritos de Ovidio, que su identificación y evaluación ha llevado mucho tiempo, a pesar de que los materiales de Heinsius pueden consultarse en Oxford y en Berlín, y de que los manuscritos que utilizó todavía existen; véase M. D. Reeve, «Heinsius' manuscripts of Ovid», *RhM,* 117 (1974), 133-66, y 119 (1976), 65-78.

4

Tratamos aquí a Bentley con cierta extensión por haberse dedicado tanto a los estudios clásicos como bíblicos, y no parecía posible hacerle justicia sin dar algunos detalles de su vida y obra. El de R. C. Jebb, *Bentley*, London, 1882, es un libro vivo e interesante con bibliografía. La *Epistola ad Joannem Millium* ha sido reimpresa con introducción de G. P. Goold, Toronto, 1962 (adviértase que la fecha de Malalas está incorrectamente dada como el siglo VIII o IX).

La historia de la erudición filológica bíblica ha sido desarrollada por B. Metzger, *The text of the New Testament*, págs. 95 sigs., pero aquí hemos dado algunos detalles más sobre los *Proposals* de Bentley, y hemos expresado un punto de vista diferente sobre la importancia de Richard Simon; sobre éste puede consultarse el estudio de Jean Steinmann, *Richard Simon et les origines de l'exégèse biblique*, Desclée de Brouwer, 1960, aunque tampoco allí se han sabido poner de manifiesto los detalles importantes. Un estudio útil y más reciente es el de P. Auvray, *Richard Simon 1638-1712. Étude bio-bibliographique avec des textes inédites*, Paris, 1974. Los datos recogidos en nuestro texto están sacados de los capítulos 29 a 33 de su *Histoire critique*, principalmente del 29. También nos da una buena introducción a la crítica textual del Nuevo Testamento J. N. Birdsall en *The Cambridge History of the Bible* I (Cambridge, 1970), págs. 308-77.

5

Para un esbozo adecuado de la historia de la paleografía puede consultarse L. Traube, *Geschichte der Paläographie*, incluido en el vol. I de sus *Vorlesungen und Abhandlungen*, München, 1909, págs. 13-80. David Knowles, *Great historical enterprises: problems in monastic history*, London, 1963, págs. 33-62, da un breve y atractivo panorama de las realizaciones de los Mauristas en el campo de la erudición, sin dar tantos detalles como serían de desear sobre la paleografía. Su ensayo sobre los Bolandistas, *ibid.*, págs. 1-32, también debe consultarse para la vida y obra de van Papenbroeck; éste fue uno de los continuadores del gran proyecto de Jean Bolland de hacer una edición completa de las vidas de los santos, los *Acta sanctorum;* una impresionante serie de volúmenes ha sido y continúa siendo elaborada por un pequeño equipo de jesuítas en Bélgica, quienes a pesar de las interrupciones debidas a las guerras y a las revoluciones han mantenido una admirable tradición académica a través de los siglos. Véase además P. Peeters, *L'oeuvre des Bollandistes*, 2.ª ed., Bruxelles, 1961.

Traube y Knowles nos proporcionan a su vez una guía bibliográfica esencial acerca de los Mauristas y de Maffei. Sobre este último puede acudirse

también a un ensayo de A. Momigliano, «Mabillon's Italian disciples», en *Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico,* Roma, 1966, págs. 135-52. Además de las obras mencionadas por Traube, las cartas de Maffei contienen algunas observaciones sobre paleografía; véanse las núm. 158 y 160 en el *Epistolario,* ed. C. Garibotto, Milano, 1955, págs. 199-201, 203-4.

Hemos hablado de los primitivos catálogos de manuscritos de James y Montfaucon, pero anterior a aquéllos es el de la colección de Antonio Agustín, al que se refiere A. Mayer, *BZ,* 20 (1911), 27, n. 1: *Antonii Augustini Tarraconensium antistitis bibliothecae ms. graecae* [*et latinae*] *anacephaleosis,* Tarracone apud Philippum Mey, 1586.

6

(a) La primera recopilación completa de los palimpsestos latinos es la de E. Chatelain, «Les palimpsestes latins», *Annuaire, École pratique des hautes études. Section des sciences hist. et philol.,* 1904 (publicado en 1903), págs. 5-42. Hoy ha sido en gran parte superada por la de E. A. Lowe, «*Codices rescripti:* a list of Latin palimpsests with stray observations on their origin», *Mélanges Eugène Tisserant,* vol. 5, Vaticano, 1964 (*Studi e Testi* 235), págs. 67-112, reimpresa en *Palaeographical papers,* 2, 480-519. S. Timpanaro nos da un excelente estudio sobre Angelo Mai y la historia de los primeros descubrimientos de palimpsestos en «Angelo Mai», *Atene e Roma,* n. s., 1 (1956), 3-34. Para el nuevo fragmento palimpsesto de Frontón, todavía no incorporado a las ediciones, véase B. Bischoff, «Der Fronto-Palimpsest der Mauriner», *Sitz. Bayer. Akad. der Wiss., Phil.-Hist. Kl.,* (1958), 2. Puede hallarse más información en las ediciones de cada uno de los textos. Hay un facsímil del palimpsesto de Eurípides de Jerusalén, ed. S. G. Daitz (Berlin, 1970).

(b) Sobre los papiros en general véanse las obras de E. G. Turner citadas en el capítulo 1 (I). También merece la pena leer la obra de Sir H. I. Bell, *Egypt from Alexander the Great to the Arab conquest,* Oxford, 1948, que todavía es una excelente introducción desde el punto de vista cultural e histórico.

El códice que contiene el *Dyscolus* de Menandro nos ha proporcionado además una parte importante de sus *Aspis* y *Samia;* los fragmentos de esta última obra coinciden en cierta medida con los ya conocidos, con lo que resulta que en tales pasajes poseemos dos raros testimonios primitivos del texto de un autor clásico.

Una lista de papiros literarios, con bibliografía, ha sido recopilada por R. A. Pack, *The Greek and Latin literary texts from Greco-Roman Egypt,* Ann Arbor, Mich., 1965; los textos latinos fueron convenientemente publicados por R. Cavenaille, *Corpus papyrorum latinorum,* Wiesbaden, 1958, págs. 7-142, 379-98. Para las estadísticas que muestran cómo los principales autores están representados en las distintas épocas véase W. H. Willis, *GRBS,* 9 (1968), 205-41.

(c) Adam Parry nos hace una historia de la Cuestión Homérica en la introducción a la colección de trabajos de su padre Milman Parry, *The making of Homeric verse,* Oxford, 1971, págs. XIII-XV.

El hallazgo frustrado de Leopardi nos es contado por S. Timpanaro en *Differenze,* 9 *(Studi in memoria di Carlo Ascheri),* Urbino, 1970, págs. 357-79.

El palimpsesto de Arquímedes, al que nos referimos en VI(a), hallado por Heiberg, fue anunciado en *Hermes,* 42 (1907), 235 sigs. Sobre Juvenal VI y San Cipriano véase J. G. Griffith, *Hermes,* 91 (1963), 104-14; para una explicación sobre el fragmento O de Juvenal véase el trabajo más reciente de E. Courtney, «The transmission of Juvenal's text», *BICS,* 14 (1967), 38-50. Para la nueva carta de San Cipriano véase también M. Bévenot, *The tradition of manuscripts: a study in the transmission of St. Cyprian's treatises,* Oxford, 1961. Los *Epigrammata Bobiensia* fueron editados por A. Campana y F. Munari, Roma, 1955. Todavía más reciente es la recuperación, en una tira de pergamino utilizada en una encuadernación, de 39 versos mutilados de Rutilio Namaciano; véase M. Ferrari, «Spigolature bobbiesi, I: In margine ai *Codices Latini antiquiores,* II: Frammenti ignoti di Rutilio Namaziano», *IMU,* 16 (1973), 1-31.

(d) Roberto Weiss, en *The Renaissance discovery of classical antiquity,* Oxford, 1969, traza los comienzos del interés por los restos tangibles de la antigüedad. Sobre el impacto de las inscripciones sobre los textos literarios, véase la sección «Rapports avec la littérature» del «Bulletin epigraphique» de J. y L. Robert en la *REG.*

Las *Res gestae* de Augusto, a veces conocidas como *Monumentum Ancyranum,* han sido editadas con frecuencia, y bastará mencionar las ediciones de J. Gagé, Paris, 1935, y P. A. Brunt-J. M. Moore, Oxford, 1967. La *Laudatio Turiae* ha sido editada con traducción y comentario por M. Durry, *Éloge funèbre d'une matrone romaine,* Paris, 1950. La tableta de Lyon fue publicada por primera vez por G. Paradin en su obra *De antiquo statu Burgundiae,* Lyon, 1542.

Sobre el monumento de Antíoco de Commagene y su importancia para la historia del antiguo estilo en prosa, véase K. Humann y O. Puchstein, *Reisen in Kleinasien und Nordsyrien,* Berlin, 1890, y E. Norden, *Die antike Kunstprosa,* 2.ª ed., Leipzig-Berlin, 1909, vol. 1, págs. 140 sigs.

Diógenes de Oenoanda ha sido recientemente reeditado y estudiado por C. W. Chilton, *Diogenis Oenoandensis fragmenta,* Leipzig, 1967; *Diogenes of Oenoanda: the fragments,* Oxford, 1971. Hay un artículo importante sobre la inscripción, de J. Irigoin, *Studi filologici e storici in onore di Vittorio De Falco,* Napoli, 1971, págs. 477-85; para los avances recientes en el hallazgo de nuevos fragmentos véase M. F. Smith, *Anatolian studies,* 29 (1979), 68-89.

Sobre el antiguo himno cristiano véase P. Maas, *Kleine Schriften,* München, 1973, pág. 315.

Los graffiti pompeyanos han sido recogidos y editados por E. Diehl, *Pompeianische Wandinschriften und Verwandtes,* 2.ª ed. *(Kleine Texte für Vorle-*

sungen und Übungen 56), Berlin, 1930. Para el corpus de poesía epigráfica, véanse las partes correspondientes de la *Anthologia latina* editada por F. Bücheler y E. Lommatzsch, vols. 1-3, Leipzig, 1930[2], 1897, 1926; E. Engström, *Carmina latina epigraphica,* Gothenburg, 1911. La aparición de *arma virumque* en las paredes antiguas es documentada por R. P. Hoogma, *Der Einfluss Vergils auf die Carmina latina epigraphica,* Amsterdam, 1959, págs. 222 sigs. El texto de Propercio 3.16.13 sigs. ha sido estudiado por M. E. Hubbard en «Propertiana», *CQ* n. s., 18 (1968), 318 sigs.

A. Carlini, *Studi sulla tradizione antica e medioevale del Fedone,* Roma, 1972, pág. 74, menciona la existencia en Nápoles de un hermes de Sócrates que tiene inscrita una frase del *Critón* (46b.4-6) que posiblemente mejora el texto manuscrito.

CAPÍTULO VI

Nuestra exposición de la teoría stemmática y de la historia de su evolución se basa en P. Maas, *Textual criticism,* Oxford, 1958, y en S. Timpanaro, *La genesi del metodo del Lachmann,* 3.ª ed., Padova, 1981. Los apéndices segundo y tercero de Timpanaro son también importantes exploraciones sobre determinados aspectos de la teoría stemmática. La exposición de Maas es tan breve que puede resultar oscura, y algunos de los aspectos más delicados de la teoría stemmática requieren una explicación completa para que los supuestos latentes resulten explícitos. Timpanaro, *Maia,* 23 (1970), 289, señaló uno de estos supuestos en el punto cuarto de nuestro stemma hipotético de la pág. 204, donde hemos añadido un paréntesis para aclarar el caso: la coincidencia de uno de los mss. X Y Z con ß nos da la lectura de α, con tal de que las lecturas de los otros dos mss. de X Y Z difieran entre sí; pues si coinciden, como puede suceder, la tradición se ha visto afectada por la contaminación o la corrección. L. Canfora, *Belfagor,* 23 (1968), 361-4, ha llamado la atención sobre algunos otros puntos oscuros en la presentación de la teoría por Maas.

Las limitaciones del método stemmático fueron puestas de manifiesto por G. Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo,* 2.ª ed., Firenze, 1952, y ha insistido en ellas más recientemente, aunque quizá con demasiada pasión, R. D. Dawe, *The collation and investigation of manuscripts of Aeschylus,* Cambridge, 1964. En nuestro texto hemos tratado de dejar claro que la controversia sobre esta materia está generalmente mal planteada. Maas sabía, como cualquier otro, que no hay una respuesta simple a los problemas de una tradición contaminada, pero algunos críticos no han acertado a darse cuenta de su afirmación explícita sobre este asunto. Otros, quizá mal impresionados por la riqueza de ejemplos del bastante discursivo pero merecidamente famoso libro de Pasquali, que en su mayor parte está dedicado a las tradiciones insólitas, han supuesto que la contaminación era la regla más que la excepción, y que por tanto la teoría de Maas no era de uso práctico. Dudamos que Pasquali hu-

biese deseado crear esta impresión, y debe insistirse en que en muchas tradiciones la cantidad de contaminación que ha tenido lugar no es suficiente para impedir la aplicación fructífera de la teoría stemmática. Puede merecer la pena añadir aquí que recientemente se ha llevado a cabo una interesante *eliminatio codicum* en el stemma de la *Retórica* de Aristóteles, en la que la tradición no está enteramente libre de contaminación; véase R. Kassel, *Der Text der Aristotelischen Rhetorik,* Berlín, 1971, págs. 54-5.

Varios investigadores implicados en el estudio de los textos clásicos y medievales sostuvieron una interesante y extremadamente complicada discusión acerca de la frecuencia relativa de los varios tipos de stemma. La inició Joseph Bédier, quien observó que una extraordinariamente alta proporción de los stemmata reconstruidos por los editores de textos medievales tenían dos ramas principales, lo que pondría de manifiesto que de cada arquetipo se hicieron dos copias, sólo dos. Bédier creyó que esta observación podría aplicarse también a las ediciones de los autores clásicos. Pensaba que los estudiosos alcanzaban tales conclusiones afectados por consideraciones subjetivas tales como el deseo de considerar todos los casos de variantes textuales en términos de una dicotomía entre la verdad y el error, y acabó por desechar la ejecución de los stemmata, prefiriendo editar sobre la base de un manuscrito. Esto no es aceptable como principio general, aunque resulte un procedimiento útil e incluso necesario para tratar ciertas obras de literatura medieval. Otros estudiosos que posteriormente han entrado en la cuestión han discutido extensamente acerca de la posible justificación estadística del predominio de los stemmata de dos ramas. Recientemente se ha insistido en que deben tenerse en cuenta las condiciones culturales del período de transmisión: por ejemplo, ¿es probable que muchos libros medievales fueran dañados o destruidos antes de que pudieran hacerse de ellos más de dos copias; o bien que algunos libros fuesen depositados en bibliotecas centrales accesibles a estudiantes de modo que hubiesen podido sacarse gran número de copias? En realidad pueden aportarse algunos testimonios para cada una de estas hipótesis opuestas, pero no tenemos mucha información. Otra dificultad más es que la habilidad de los copistas para hacer correcciones de los errores obvios de los textos, ya fuese por colación o por habilidad conjetural, puede fácilmente conducir a una situación en la que el estudioso se vea inducido a proponer un stemma de dos ramas en lugar de uno de tres. La misma situación aparece si los copistas independientemente cometen los mismos errores, y la teoría stemmática no proporciona ningún medio de estimar la frecuencia con que esto tiene lugar. Toda esta materia es extraordinariamente complicada, y sólo podemos aconsejar al lector que lea la penetrante discusión de Timpanaro, *op. cit.* (preferiblemente en su 3.ª ed., Padova, 1981, págs. 123-50). Lo que allí dice es aplicable principalmente a los autores clásicos; para una visión reciente del estado de la cuestión en la filología románica véase *Romania,* 94 (1973), 145-56.

G. B. Alberti, *SIFC,* 40 (1968), 44-60, ha observado que el término «tradición abierta» se ha empleado en más de un sentido. El uso original de Pasquali

significaba que era necesario emplear más el juicio que la aplicación de las reglas automáticas para deducir las lecturas del arquetipo, y en este sentido el término puede obviamente aplicarse a tradiciones en las que no haya un solo arquetipo.

Los datos sobre San Cipriano y Juvenal VI se han comentado más arriba en el capítulo 5, sección VI (c).

La obra básica sobre las segundas ediciones en la antigüedad es la de H. Emonds, *Zweite Auflage im Altertum,* Leipzig, 1941. Para la cuestión de variantes de autor en el caso de Longo, y para una bibliografía reciente de toda la materia, véase M. D. Reeve, «Author's variants in Longus?», *Proc. Camb. Philol. Soc.,* 195 (1969), 75-85 (con una contestación de D. C. C. Young, *ibid.* 197 (1971), 99-107); para Ovidio, añádase A. S. Hollis, *Ovid, Metamorfosees Boa VIII,* Oxford, 1970, págs. X-XI, XXVII. Una discusión más instructiva sobre los problemas que surgen de la tradición indirecta nos la ofrece S. Timpanaro, *Maia,* 22 (1970), 351-9.

El principio de *difficilior lectio* parece haber sido formulando expresamente como criterio por primera vez por Jean Le Clerc (Clericus) en su *Ars critica,* vol. 2, Amsterdam, 1697, pág. 389; cf. S. Timpanaro, *La genesi*[1], pág. 21.

Podemos mencionar aquí brevemente otros dos principios críticos que de vez en cuando son de utilidad. Uno es el llamado criterio geográfico, que aparece en dos formas. La primera de ellas se basa en la noción de supervivencia en la periferia de una cultura, y es la aplicación de una noción que ha resultado provechosa en filología comparativa: si hay acuerdo en variantes raras entre manuscritos copiados en dos o más áreas periféricas de una cultura, estas lecturas son probablemente supervivencias de un estado del texto muy antiguo. No suele ocurrir a menudo que podamos tener información suficiente sobre el lugar de origen de los manuscritos en cuestión, especialmente los griegos, como para aplicar este criterio. La otra forma del criterio geográfico fue elaborada por los críticos del Nuevo Testamento, quienes asignaron uno o más manuscritos a una determinada región, ya fuera o no periférica, y frecuentemente hacen referencia al texto o familia de manuscritos Occidental, de Cesarea o Alejandría.

Otro principio útil en la crítica de los autores en prosa es el canon de Wettstein *brevior lectio potior*. También éste fue ideado a causa de los problemas de edición del Nuevo Testamento, y en especial a causa de las muchas palabras y frases adicionales que se encuentran en los textos occidentales, especialmente en el Codex Bezae. Sobre estos dos últimos principios debe consultarse B. M. Metzger, *The text of the New Testament.*

Sobre la transmisión de las obras de técnica a través de la Edad Media, véase B. Bischoff, «Die Überlieferung der technischen Literatur», *Settimane,* 18 (Spoleto, 1971), 267-96, 496 sigs., reimpreso en *Mitt. Studien,* 3 (Stuttgart, 1981), 277-97; sobre Faventino, véase H. Plommer, *Vitruvius and later Roman building manuals,* Cambridge, 1973; sobre Apicio, E. Brandt, *Untersuchungen zum römischen Kochbuche,* Leipzig, 1927. Ejemplos de ediciones de

estos complicados textos: de Eutropio, por H. Droysen, *MGH, Auctores antiquissimi* II, Berlin, 1878; H. J. Bergmeister, *Die Historia de preliis Alexandri Magni,* Meisenheim am Glan, 1975; P. Petitmengin y otros, *Pélagie la Pénitente: Métamorphoses d'une légende,* tomo I: «Les textes et leur histoire», Paris, 1981.

Valiosos consejos para el tratamiento de las tradiciones contaminadas nos proporciona M. L. West, *Textual criticism and editorial technique,* Stuttgart, 1973, págs. 37-46. Este libro está planeado en gran medida para sustituir a los de P. Maas, *Textkritik,* y O. Stählin, *Editionstechnik,* Leipzig, 1914².

Para otros métodos de recensión véase H. Quentin, *Mémoire sur l'établissement du texte de la Vulgate*, Roma, 1922, y *Essai de critique textuelle*, Paris, 1926; W. W. Greg, *The calculus of variants,* Oxford, 1927.

El creciente número de publicaciones sobre el uso de computadoras en estudios textuales y similares presenta el problema de que gran parte de éstas demandan un cierto grado de familiaridad con la teoría matemática vigente. Pero puede obtenerse un cuadro representativo de los métodos y avances en este campo en Dom J. Froger, *La critique des textes et son automatisation,* Paris, 1968; *La pratique des ordinateurs dans la critique des textes (Colloques internationaux du CNRS,* núm. 579), Paris, 1979. Dos demostraciones prácticas de la aplicación de los métodos de taxonomía numérica a la clasificación de manuscritos, inteligibles tanto a los especialistas en letras como a los matemáticos, nos da J. G. Griffith: «A taxonomic study of the manuscript tradition of Juvenal», *Mus. Helv.*, 25 (1968), 101-38; y «Numerical taxonomy and some primary manuscripts of the Gospels», *JTS,* 20 (1969), 389-406.

Nuestro resumen de crítica textual puede dar la impresión de que una vez que un texto se ha impreso por primera vez su forma permanece estática excepto en los lugares en que un editor deliberadamente la altera. De hecho, hay a veces más errores y fluctuaciones de los que podrían suponerse, lo que ha sido mostrado en un caso particular por A. Severyns, *Texte et apparat: Histoire critique d'une tradition imprimée,* Bruxelles, 1962.

Para concluir daremos una pequeña selección de libros y artículos sobre crítica textual con el fin de complementar la información dada arriba:

(a) M. Bévenot, *The tradition of manuscripts: a study in the transmission of St. Cyprian's treatises,* Oxford, 1961.

A. C. Clark, *The descent of manuscripts,* Oxford, 1918, reimpreso en 1969.

A. Dain, *Les manuscrits,* 2.ª ed., Paris, 1964.

H. Fränkel, *Einleitung zur kritischen Ausgabe der Argonautika des Apollonius,* Göttingen, 1964. Las partes teóricas fueron traducidas al italiano con el título *Testo critico e critica del testo,* Firenze, 1969.

B. A. van Groningen, *Traité d'histoire et de critique des textes grecs,* Amsterdam, 1963.

L. Havet, *Manuel de critique verbale appliquée aux textes latins,* Paris, 1911.

A. E. Housman, *Selected prose,* ed. J. Carter, Cambridge, 1961 (véanse también los prefacios completos a las ediciones de Juvenal, Lucano y Manilio).

J. Jackson, *Marginalia scaenica,* Oxford, 1955.

W. M. Lindsay, *An introduction to Latin textual emendation,* London, 1896.

B. H. Streeter, *The Four Gospels,* Oxford, 1936[5] (da un resumen detallado e ingenioso del criterio geográfico en la crítica del Nuevo Testamento).

J. Willis, *Latin textual criticism (Illinois Studies in Languages and Literature,* 61), Urbana, 1972.

J. E. G. Zetzel, *Latin textual criticism in antiquity,* New York, 1981.

—, *Text and transmission. A survey of the Latin classics,* Edited by L. D. Reynolds, Oxford, 1983.

(b) R. Browning, «Recentiores non deteriores», *BICS,* 7 (1960), 11-21.

W. Bühler, «Gibt es einen gemeinsamen Archetypus der beiden Überlieferungsstränge von Tertullians Apologeticum?», *Philologus,* 109 (1965), 121-33.

W. Headlam, «Transposition of words in mss.», *CR,* 16 (1902), 243-56.

J. Irigoin, «Éditions d'auteur et rééditions à la fin de l'antiquité (à propos du 'Traité de la virginité' de Grégoire de Nysse)», *Rev. phil.,* 96 (1970), 101-6.

A. H. McDonald, «Textual criticism», *The Oxford classical dictionary,* 2.ª ed., Oxford, 1970.

R. Merkelbach, «Interpolierte Eigennamen», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik,* 1 (1967), 100-2.

R. M. Ogilvie, «Monastic corruption», *Greece and Rome,* 18 (1971), 32-4.

T. C. Skeat, «The use of dictation in ancient book production», *Proc. Brit. Acad.,* 38 (1952), 179-208.

D. C. C. Young, «Some types of error in manuscripts of Aeschylus' *Oresteia*», *GRBS,* 5 (1964), 85-99.

—, «Some types of scribal error in manuscripts of Pindar», *GRBS,* 6 (1965), 247-73.

NOTAS A LAS LÁMINAS

I. Oxford, Bodleian Library, Ms. gr. class. a. 1 (P). Siglo II. Papiro conocido como la *Ilíada* de Hawara. Se puede apreciar claramente la contextura fibrosa del material.

II. Venecia, Biblioteca Marciana, Ms. gr. 454, fol. 41r. Siglo X. Este famoso libro de la colección del cardenal Bessarion es conocido generalmente como el Venetus A de la *Ilíada*.

Las laminas I y II ilustran las relaciones entre los signos críticos alejandrinos y el comentario. Ambos muestran el mismo pasaje de la *Ilíada* (II.856 sigs.); el papiro tiene los signos críticos en el margen, pero no escolios, mientras que el manuscrito tiene unos y otros. No resulta sorprendente el ver que los signos no son idénticos. En 856 el *diplē* parece ser el signo correcto, pero el papiro parece llevar el *diplē periestigmenē;* los escolios traen simplemente una nota geográfica sobre los Alizones y añaden que hubo otros Hodios en el campamento griego, pero no se indica aquí ninguna diferencia entre Aristarco y Zenódoto. En 858 el papiro tiene un *diplē,* y el manuscrito una nota de que el nombre Chromis aparece generalmente como Chromios. En 859-61 figura un obelos en el papiro, y en 860-1 en el manuscrito, y el motivo que se da en este último es que en la batalla del río no se relata la muerte de Chromis, mientras que Homero recoge cuidadosamente la muerte de todos los jefes de un contingente; he aquí un buen ejemplo de un argumento que no satisface al lector moderno. En 863 ambos tienen un *diplē,* y el manuscrito da una nota geográfica sobre el uso del nombre Phrygia.

III. Oxford, Bodleian Library, Ms. E. D. Clarke 39, fol. 113r. Del año 895. Platón: la lámina muestra el comienzo del *Sofista*. El texto fue escrito para Arethas por el copista conocido como Juan el Calígrafo, que también preparó para Arethas una copia de Elio Arístides (Mss. Laur. 60.3 y Paris gr. 2951).

Los escolios marginales son de la propia mano de Arethas; la primera nota comienza: αὕτη ἡ ἐλαία οὐχ ὥς τινες ὑπέλαβον τῆς Ἰωνίας ἐστιν ἀλλὰ τῆς Ἰταλίας, εἴ τι δεῖ Στράβωνι πείθεσθαι τῷ γεωγράφῳ.

IV. Oxford, Bodleian Library, Ms. Auct. V.1.51, fol. 94r. Fines del siglo x. Notas sobre la *Odisea*. La lámina muestra un extracto del contenido del Libro XI (el descenso al Hades) seguido del comienzo de un vocabulario de dicho libro. Tales auxilios eran necesarios para los lectores medievales y su existencia nos ilustra sobre los programas escolares. Este manuscrito fue de la colección de Giovanni Aurispa y luego perteneció al monasterio de San Marcos de Florencia. El principio del texto es el siguiente: ἀπαγγέλλει πῶς κατὰ τῆς Κίρκης ἐντολὰς λαβὼν εἰς Ἅιδου κατῆλθεν.

V. Oxford, Bodleian Library, Ms. Auct. T.4.13, fol. 132r. Siglo xi. Es el arquetipo de las obras de Epicteto. Se cree que Arethas poseyó un manuscrito de este texto, del que el manuscrito de Oxford es quizá una copia directa. La escritura muestra algunas abreviaturas. Empieza con las siguientes palabras: ἐλεύθερος ἔστιν ὁ ζῶν ὡς βούλεται, ὃν οὔτ' ἀναγκάσαι ἔστιν οὔτε κωλῦσαι οὔτε βιάσασθαι.

VI. Oxford, Bodleian Library, Ms. Barocci 109, fol. 167r. Siglo xv. Esta copia tardía de los *Phaenomena* de Aratus es una de las pocas que tienen los versos interpolados por Planudes. La lámina muestra el verso 480 seguido de la interpolación. El nombre Triclinio en el margen derecho parece indicar al autor del escolio al pie de la página, en el que se explica la intervención de Planudes. Su texto es el siguiente: ἰστέον δὲ ὅτι ἡ τοῦ 'Αράτου σφαῖρα οὐκ ἀκριβῶς ἔχει πρός τὴν θέσιν τῶν κύκλων ἐκτεθειμένα τὰ ζώδια. ἡ δὲ τοῦ Πτολεμαίου λίαν ἠκριβωμένως ἐκτίθεται. ταύτῃ γοῦν τῇ τοῦ Πτολεμαίου σφαίρᾳ ἑπόμενος ὁ σοφὸς Πλανούδης κατὰ τὴν ἐκείνης θέσιω ἐκδέδωκε τοὺς παρόντας στίχους, ἐναλ<λ>άξας ὅσα μὴ καλῶς εἴρηκεν ὁ Ἄρατος. διὸ οἱ ἐντυγχάνοντες ταύταις καὶ μάλιστα τοῖς περὶ τούτων λεχθεῖσι παρὰ ἀμφοτέρων ἔχουσιν ἀκριβῆ τὴν περὶ τούτων κατάληψιν, ἀμφοτέρους [ἐπὶ τούτοις] εὑρίσκοντες ἐπὶ τούτοις συμφωνοῦντας.

VII. Oxford, Bodleian Library, Ms. Holkham gr. 88, fol. 207r. Siglo xv. Aristófanes: esta copia contiene el texto y los escolios de la recensión preparada aproximadamente un siglo antes por Demetrio Triclinio. Es la única fuente manuscrita conocida para sus escolios a cuatro de las comedias. Véase en la lámina, al pie de la página, un escolio de Triclinio sobre el metro (empieza: ἡ εἴσθεσις τοῦ παρόντος δράματος), y en el encabezamiento del cuerpo principal de escolios, el título equivocado: «Escolios antiguos de Aristófanes el gramático».

VIII. La *editio princeps* de Aristófanes, Venecia, 1498, de la imprenta Aldina. El texto y los escolios fueron preparados por Musuro, quien tuvo entre sus materiales manuscritos al menos dos copias de la recensión de Triclinio. Tanto en el estilo de los tipos como en la disposición de texto y escolios hay una gran similitud con los manuscritos de la época. Los escolios marginales empiezan, tras el lema ὀρθὴν κελεύεις, con la nota métrica de Triclinio que aparece en la lámina anterior.

IX. Florencia, Biblioteca Medicea-Laurenziana, Ms. Laur. 39.1, fol. 8r. Éste es el Codex Mediceus de Virgilio, copiado en Italia en el siglo v. Fue corregido en Roma por Asterius, cónsul en el 494, y más tarde fue a parar a Bobbio. Está escrito en capital rústica. En la lámina aparece el final de las *Églogas* (10.61-77). Tiene pocas abreviaturas: aquí se limitan a B. *(bus)* y Q. *(que)*. Entre las correcciones, según parece del propio Asterius, podemos apreciar en el verso 62 el cambio de DRUSUM por RURSUS, y de NABIS por NOBIS, y en el verso 70 HAES se corrigió por HAEC. En el verso 63 la lectura RURSUSM sugiere una *duplex lectio* en un estado más antiguo de la tradición (RURSUS/M). En el espacio que quedaba vacante al fin de las *Églogas* Asterius añadió una subscripción en la que dejó constancia de su trabajo sobre el manuscrito, y lo completó con un poema en elegíacos. La subscripción fue escrita en letra pequeña y está algo desfigurada; en su primera parte se lee (desarrolladas las abreviaturas entre paréntesis): «Turcius Rufius Apronianus Asterius v(ir) c(larissimus) et inl(ustris), ex comite domest(icorun) protect(orum), ex com(ite) priv(atarum) largit(ionum), ex praef(ecto) urbi, patricius et consul ordin(arius) legi et distincxi codicem fratris Macharii v(iri) c(larissimi) non mei fiducia set eius cui si et ad omnia sum devotus arbitrio XI Kal. Mai(as) Romae».

X. Biblioteca Apostolica Vaticana, Ms. Vat. lat. 5757, fol. 171r. Es el famoso palimpsesto de *De republica* de Cicerón. Originalmente una edición de lujo de Cicerón, fue reutilizado en el siglo vii en Bobbio para copiar un texto de Agustín sobre los Salmos. La escritura primaria es una uncial gruesa de fines del siglo iv o principios del v, y la escritura secundaria una uncial pequeña del siglo vii. Vemos aquí un fragmento de *De republica* 2.33. En el texto inferior se lee: «ENIM SERPIT / SED VOLAT IN / OPTIMUM STA/TUM INSTITU/TO TUO SERMO/NE R$^{\text{S}}$EMP. POS$^{\text{T}}$ / TUM NUMAE / POMPILI NEPOS / EX FILIA REX / A POPULO EST / ANCUS MAR/CIUS CONSTITU/(TUS)».

XI. Paris, Bibliothèque Nationale, Ms. Par. lat. 5730, fol. 77v. Este manuscrito uncial de la tercera década de Livio se escribió en Italia en la primera mitad del siglo v, y es el padre de todos los manuscritos completos conservados de dicha década. Una copia directa de éste, hecha en Tours hacia el año

800, puede verse en la Lám. XIII. Para la historia de este manuscrito durante el renacimiento carolingio véase la pág. 98. El pergamino es tan delgado en algunas partes, que, como aquí se ve, se transparenta la escritura de la otra cara de la hoja. Tanto en esta lámina como en la XIII aparece el comienzo del libro XXIII; en la línea 11 otra mano corrigió MOPSIORUM por COMPSINORUM, y este nuevo cambio en un pasaje ya corrupto quedó así incorporado al texto de la copia (Lám. XIII).

XII. Leiden, Bibliotheek der Rijksuniversiteit, Ms. Voss. lat. F. 4, fol. 20v. Este bello manuscrito de Plinio el Viejo, escrito en mayúscula anglosajona, fue ejecutado en Northumbria en la primera mitad del siglo VIII. La lámina muestra el comienzo del Libro IV de la *Naturalis historia*, que empieza: «tertius europe sinus acroceraunüs incipit montibus finitur helisponto amplectitur praeter minores simus *(i. e.*, sinus) XIX-XXV passum». Las tres primeras palabras se repiten en el margen en minúscula.

XIII. Biblioteca Apostólica Vaticana, Ms. Vat. Reg. lat. 762, fol. 32r. Minúscula carolina. Este manuscrito de la tercera década de Livio se escribió en Tours alrededor del año 800 y fue directamente copiado del manuscrito uncial del siglo V que aparece en la Lám. XI. Ambas láminas muestran aproximadamente el mismo pasaje del comienzo del Libro XXIII. La supervivencia de un ejemplar antiguo y de su copia en minúscula permite examinar los errores que surgen cuando un copista medieval transcribe un libro antiguo, y los errores cometidos en esta copia han sido recogidos y estudiados (F. W. Shipley, *Certain sources of corruption in Latin manuscripts*, New York, 1904). Hay división de palabras en la mayor parte del texto, apenas hay puntuación, y las abreviaturas son escasas, como por ejemplo *q (que), b (bus), p̄ (prae)*. Sobreviven algunos elementos cursivos de escrituras más antiguas, como la *a* abierta que aparece junto a otras formas de esta letra, y las ligaduras de *et, rt* y *st*. La *a* abierta desapareció con el tiempo, y la *N* mayúscula, aquí usada junto a la forma minúscula, posteriormente tuvo un uso más restringido.

XIV. Florencia, Biblioteca Medicea-Laurenziana, Ms. Laur. 68.2, fol. 6v. Éste es el manuscrito que nos ha preservado los *Anales* XI-XVI y las *Historias* de Tácito. Fue escrito en Monte Cassino en la segunda mitad del siglo XI, y nos proporciona un ejemplo de escritura beneventana de la mejor época. La lámina nos muestra las últimas palabras del Libro XI y el comienzo del XII de los *Anales*. El final del Libro XI está gravemente corrupto, y se lee: «sed ex quis *(glosado como* quibus) deterrima orerentur tristitiis multis».

XV. Londres, British Library, Ms. Harley 2493, fol. 101v. La historia de este manuscrito de Livio, escrito alrededor del año 1200 y que después estuvo en posesión de Petrarca y de Valla, se narra en las págs. 127-128. La lámina

muestra uno de los pasajes de Livio (21.46.3) que Valla utilizó para desacreditar la erudición de sus rivales Panormita y Facio (véase pág. 139). El manuscrito presenta la lectura corrupta «ex quo propinquo». Valla insiste en que, mientras sus rivales no habían acertado a ver nada incorrecto en el texto transmitido, ya Petrarca había alterado hacía tiempo el «ex quo» por ex loco» (y la corrección de Petrarca puede todavía verse en el texto). En el margen Valla escribió su propia conjetura «exque», corrección aceptada por los editores modernos. Puede notarse de paso el empleo creciente de abreviaturas en esta época.

XVI. Florencia, Biblioteca Medicea-Laurenziana, Ms. Laur. 48.22, fol. 121r. Este manuscrito contiene las *Filípicas* y las *Catilinarias* de Cicerón, y fue transcrito por Poggio en 1425. Aquí vemos el final de *In Catilinam* IV.

LÁMINAS

LÁMINA I

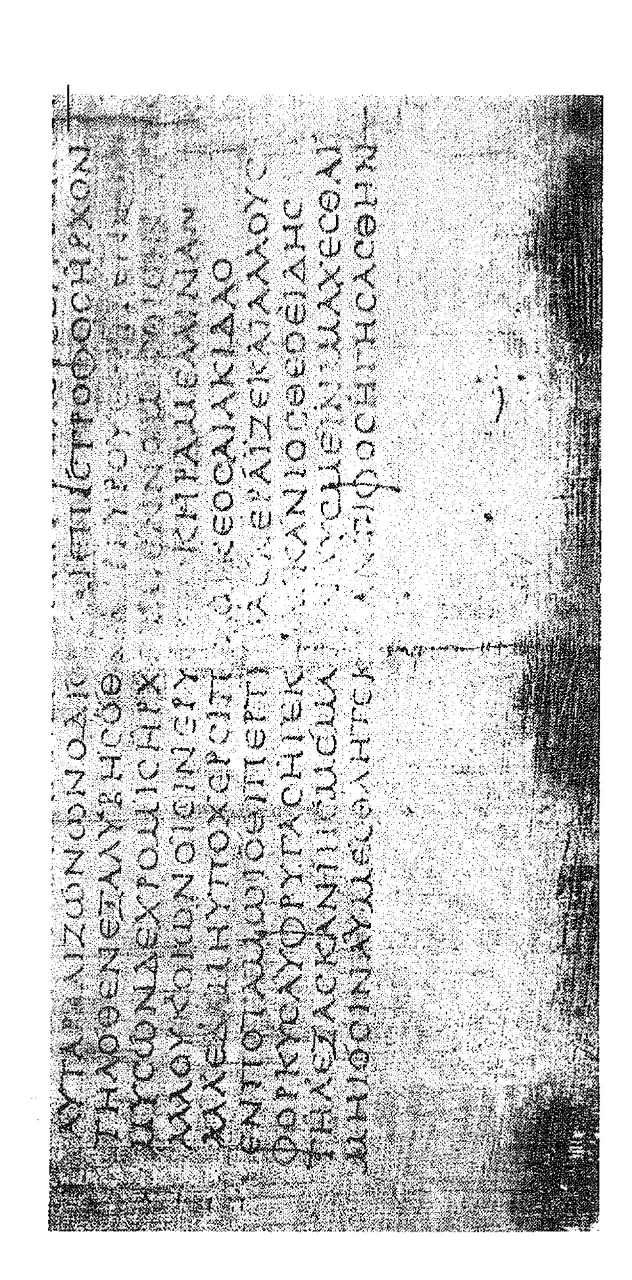


Lámina II

LÁMINA III

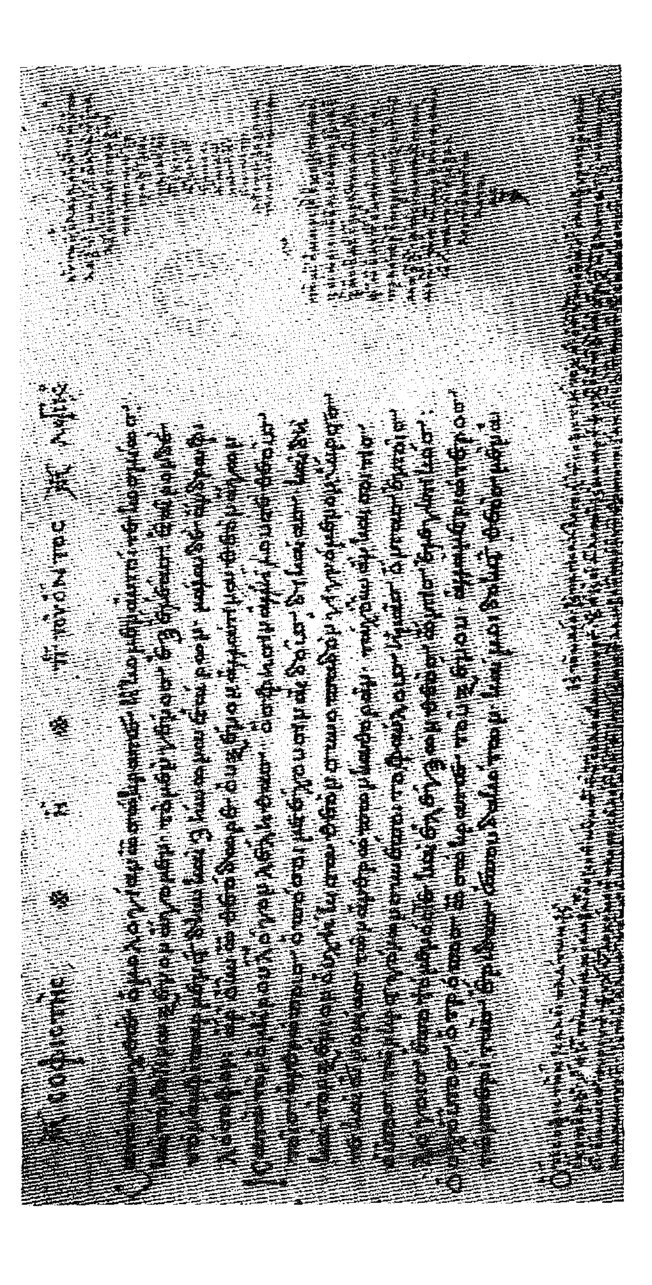
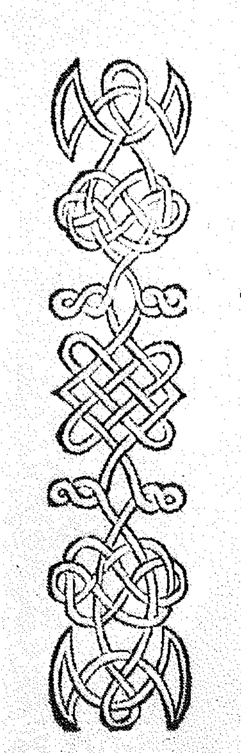


LÁMINA VI

LÁMINA V

LÁMINA IV

Lámina VII



ἈΡΙΣΤΟΦΆΝΟΥΣ ὌΡΝΙΘΕΣ.

Ευ. ὈΡΘῊΝ κελεύεις ἡ τὸ δένδρον φαίνεται;

Πε. Διαῤῥαγείης. ἡδὲ δ᾽ αὖ κρώζει πάλιν.

Ευ. Τί ὦ πόνηρ᾽ ἄνω κάτω πλανύττομεν.

Ἀπολούμεθ᾽ ἄλλως τὴν ὁδὸν προφορουμένω.

Lámina IX

LÁMINA X

LÁMINA XI

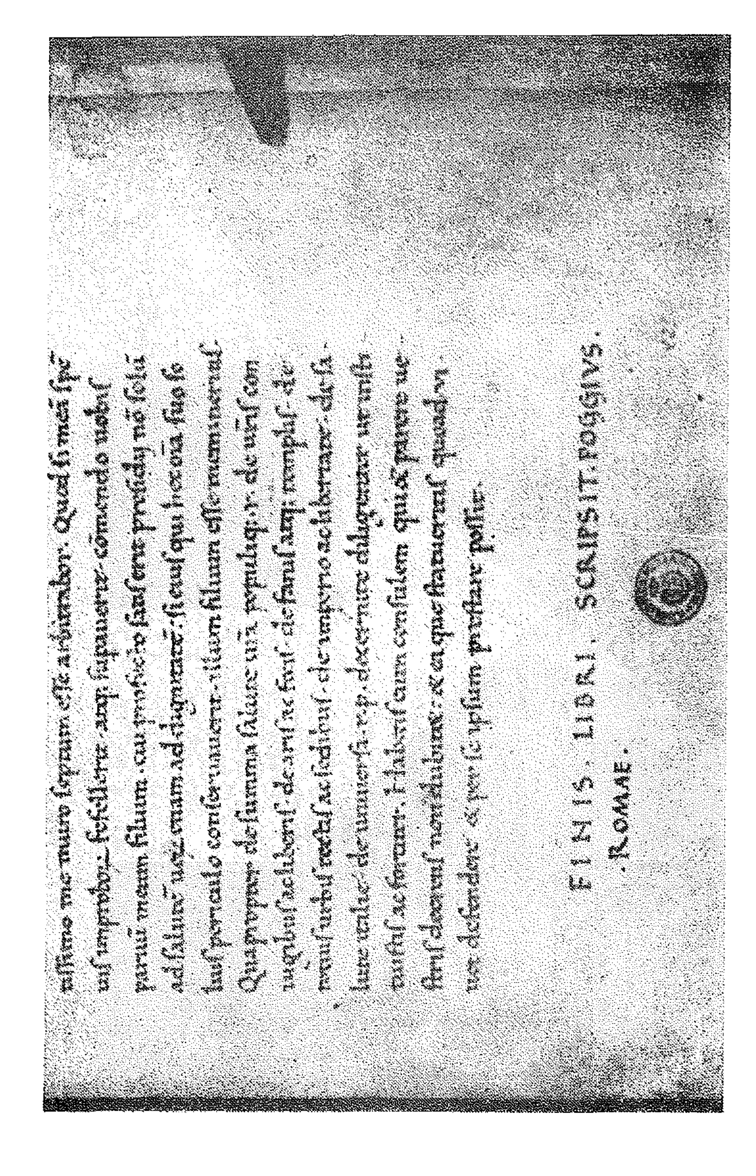
TERTIUS EURO
PE SINUS

Acroceraunis incipit montib;
finitur hellesponto amplectitur
praeter minores sinus XIX XXU
passuum in eo epiros acarnania ae-
tolia phocis locris achaia messenia
laconica argolis megaris attice boetia
iterumque ab alio mari eadem phocis
et locris doris phtiotis thessalia mag-
nesia macedonia thracia omnis graeciae
fabulositas sicut et litterarum clari-
tas ex hoc primum sinu effulsit qua-
propter paulum in eo commorabimur.
Epiros in universum appellata acroce-
raunis incipit montibus in ea primi cha-
ones a quibus chaonia deinde sproti anti
gonenses locos aornon et pestifera avi
bus exalatio cestrini perrhaebi quorum
mons pindus cassopaei driopes sello
epilopes molosi apud quos dodonaei.

INCIPIT LIBER VIGESIMUS TERTIUS·

haec hannibal post cannensem pugnam capta ac direpta con
festim ex apulia in samnium mouerat accitus in hyrpinos a sta
tio pollicentes se compsã traditurũ Compsanus erat trebius nobilis inter
suos sed premebat eum compsinorũ factio familiae per gratiã romano
rum potentis post famam cannensis pugnae uolgataque trebi sermoni
b; aduentũ hannibalis cum compsam urbem excessissent sine certamine
tradita urbs poeno praesidiumq; acceptũ est ibi p̃da omni atq; impedi
mentis relictis exercitu partito magonẽ regionis eius urbes aut defici
entis ab romanis accipere aut detractantis cogere ad defectionem iubet
ipse per agrũ campanũ mare inferum petit oppugnaturus neapolim ut
urbẽ maritimam haberet Ubi fines neapolitanorum intrauit nu
midas partim in insidiis & plerę que caue sunt uiae sinusq; occultique
cumq; apte poterat disposuit alios p̃se actam praedã ex agris osten

Lámina XV


tissimo me muro septum esse arbitrabor. Quod si meā spē
uis improborum fefellerit atque superauerit cōmendo uobis
paruū meum filium. cui profecto satis erit presidii nō solū
ad salutē uerum etiam ad dignitatē: si eius qui hec oīa suo so
lus periculo conseruauerit illum filium esse memineritis.
Quapropter de summa salute urā populique r. de uris con
iugibus ac liberis. de aris ac focis. de fanis atque templis. de
totius urbis tectis ac sedibus. de imperio ac libertate. de sa
lute italie. de uniuersa r. p. decernite diligenter ut insti
tuistis ac fortiter. Habetis eum consulem qui et parere ue
stris decretis non dubitet: et ea que statueritis quoad ui
uet defendere et per se ipsum prestare possit.

FINIS. LIBRI. SCRIPSIT. POGGIVS.
. ROMAE .

ÍNDICES

ÍNDICE DE MANUSCRITOS

Nota: el número de colecciones, tanto públicas como privadas, que contienen manuscritos griegos y latinos de importancia directa para las materias tratadas en este libro es considerablemente alto. Existen las siguientes guías de descripciones impresas o catálogos manuscritos: para los griegos, M. Richard, *Répertoire des bibliothèques et des catalogues des munuscrits grecs,* 2.ᵉ éd., Paris, 1958, con un *Supplément,* Paris, 1965; y para los latinos, P. O. Kristeller, *Latin manuscript books before 1600,* 3rd ed., New York, 1965. La historia de los manuscritos desde su descubrimiento en el Renacimiento es en algunos casos muy complicada. La formación de algunas de las grandes bibliotecas ha sido tratada en monografías especializadas que quedan fuera del contenido de este libro. Resultaría útil que los estudiantes pudieran utilizar algún breve tratado sobre la movilidad de los manuscritos desde el Renacimiento hasta hoy, que explicase los nombres y localización actual de las varias colecciones y de paso iluminase un interesante aspecto de la historia cultural europea. Por el momento no parece que halla un estudio que llene exactamente esta necesidad, pero el capítulo sobre la «Nomenclatura de los manuscritos» en la obra de F. W. Hall, *A companion to classical texts,* resulta todavía útil; y para un tratamiento selectivo de esta materia véase: M. R. James, *The wanderings and homes of manuscripts (Helps for Students of History,* núm. 17), London, 1919; y G. Laurion, «Les principales collections de manuscrits grecs», *Phoenix,* 15 (1961), 1-3.

A) MANUSCRITOS

Athos

Casi todos los monasterios de Monte Athos tienen manuscritos; algunas de las colecciones son muy extensas y tienen un núcleo de libros adquiridos en la Edad Media.

La colección Burney perteneció a Charles Burney el joven (1757-1817), hermano de Fanny Burney. La colección Harley fue formada por Robert y Edward Harley, 1.° y 2.° condes de Oxford; la segunda Lady Oxford la vendió a la nación en 1753 por 10.000 libras.

Esta biblioteca, así denominada por el célebre obispo milanés, fue fundada en 1609 por el Cardenal Borromeo, y por tanto no es una fundación tan antigua como podía esperarse en una gran ciudad renacentista.

MÓDENA, Biblioteca Estense

La familia Este gobernaba en Ferrara; cuando desapareció la línea directa en 1597, el príncipe ilegítimo que se convirtió en el nuevo gobernante transfirió la capital, y con ella la biblioteca, a Módena. En la colección hay algunos libros que pertenecieron a Alberto Pío de Carpi.

MONTPELLIER, Bibliothèque de la Faculté de Médecine

Un importante conjunto de sus libros, entre ellos el abajo citado, procede de la colección del jurista Pierre Pithou (1538-96).

ORLEÁNS, Bibliothèque Municipale

OXFORD, Bodleian Library

Desde su fundación en 1602 por Sir Thomas Bodley se le han agregado muchas colecciones. La signatura Auctarium data de una reordenación de la biblioteca en 1789; las colecciones abajo citadas proceden: de Giacomo Barocci, coleccionista veneciano, adquirida en 1629; del jesuita italiano Matteo Luigi Canonici (1727-1805); de E. D. Clarke, profesor de mineralogía en Cambridge (1769-1822), y de J. P. D'Orville, profesor en Amsterdam (1696-1751).

Esta colección excepcionalmente rica comprende los manuscritos de la antigua Biblioteca Real, que fue especialmente activa en la adquisición de libros en los siglos XVI y XVII, y de otras numerosas bibliotecas incorporadas en varias épocas; entre ellas las de Saint Germain (que incluye la mayor parte de los manuscritos antiguos de Corbie), Saint Victor, la Sorbona y Notre Dame.

Ya en el Renacimiento era una gran colección, y desde entonces ha sido aumentada en gran medida. La colección de los duques de Urbino fue llevada a Roma en 1657 por orden del Papa Alejandro VII. En 1769 Clemente XIV compró la colección Ottoboni, que por entonces comprendía los manuscritos de la Reina Cristina de Suecia *(Reginenses)*, coleccionados para ella principalmente por Isaac Vossius y Nicolaus Heinsius. Otras familias famosas cuyas colecciones han ido a parar a la Vaticana son las Barberini, Borgia, Chigi y Colonna.

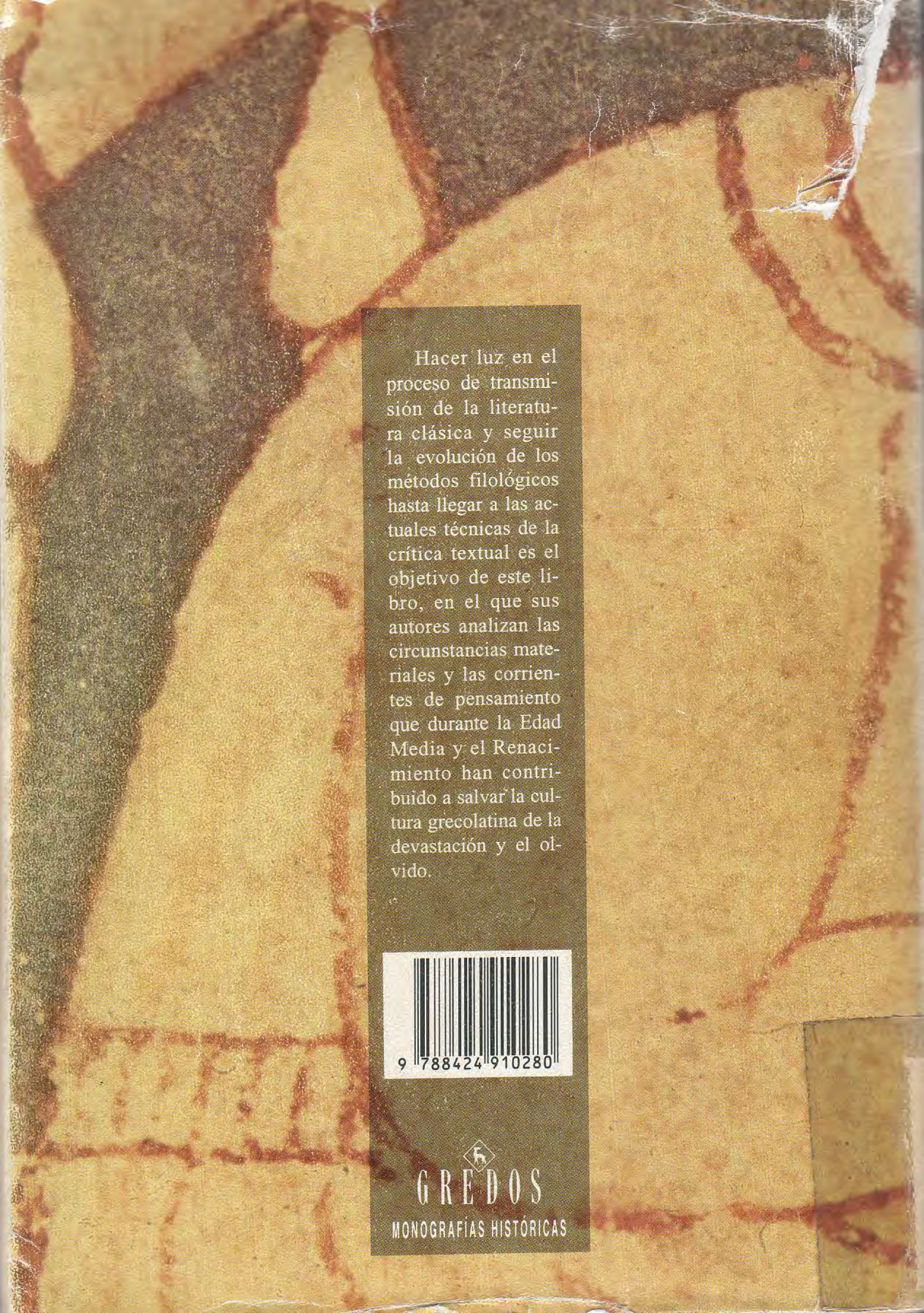
B) PAPIROS

Después de su publicación muchos papiros han ido a parar a bibliotecas u otras instituciones que contribuyeron a costear las excavaciones en Egipto. En tales casos generalmente han recibido una signatura en la biblioteca en cuestión, además de conservar su número de serie correspondiente a la publicación original.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

ÍNDICE GENERAL

Págs.



Hacer luz en el proceso de transmisión de la literatura clásica y seguir la evolución de los métodos filológicos hasta llegar a las actuales técnicas de la crítica textual es el objetivo de este libro, en el que sus autores analizan las circunstancias materiales y las corrientes de pensamiento que durante la Edad Media y el Renacimiento han contribuido a salvar la cultura grecolatina de la devastación y el olvido.

9 788424 910280

GREDOS
MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS